

EL BOSQUE DE LAS COSAS PERDIDAS

LA AUTORA DEL BEST SELLER LA Maldición del Mar

SHEA ERNSHAW

Por la autora del *best seller* *La maldición del mar*, llega una novela romántica inolvidable en la que se mezclan cuentos de hadas oscuros y relatos populares encantados cuando un chico, supuestamente desaparecido, resurge en un bosque mágico... y se enamora de la bruja que está decidida a desentrañar sus secretos.

Cuidado con los bosques oscuros y sombríos... En especial, con el bosque que rodea el pueblo de Fir Haven. Algunos dicen que el bosque es mágico. Embrujado, incluso.

Aunque todos dicen que es una bruja, solo Nora Walker sabe la verdad sobre su identidad. Ella y las Walker que la precedieron siempre han tenido una conexión especial con el bosque. Y es esa conexión especial la que lleva hasta Oliver Huntsman, el chico que desapareció algunas semanas atrás, durante la ventisca más violenta de los últimos años. Oliver tendría que estar muerto, pero sigue vivo, abandonado en el bosque sin recuerdo alguno del tiempo en el que estuvo desaparecido.

Pero Nora, gracias a su conexión, percibe un cambio en el bosque; una intranquilidad ante la presencia de Oliver. Y de pronto, se da cuenta de que su única alternativa es descubrir la verdad de cómo fue que el chico por el que ha llegado a sentir un profundo cariño sobrevivió en el bosque durante la ventisca y, lo que es aún más importante, qué lo había llevado allí. Sin embargo, lo que Nora no sabe es que Oliver también tiene secretos, y hará lo que sea por mantenerlos ocultos, porque resulta ser que él no fue el único que desapareció esa noche fatídica.

Desde la creación del primer cuento de hadas, hemos aprendido que se debe temer lo que se oculta dentro de los bosques oscuros y sombríos, y en *El bosque de las cosas perdidas*, Shea Ernshaw nos muestra por qué.

Shea Ernshaw

El bosque de las cosas perdidas

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2020

Título original: *Winterwood*
Shea Ernshaw, 2019
Traducción: Silvina Poch

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Aa

Dedicado a todos los chicos y chicas de corazón indomable

Creo que el bosque no sería tan brillante, ni el agua tan cálida, ni el amor tan dulce, si no hubiera peligro en los lagos.

—C. S. Lewis

PRÓLOGO

Desapareció un chico la noche de la tormenta.

La noche en que la nieve bajó de las montañas y aulló furiosa contra el alero de la vieja casa: cruel, amenazante y llena de malos presagios que no podían ignorarse.

La electricidad parpadeaba como si fuera código morse. La temperatura bajó con tanta rapidez que los árboles se agrietaron, la savia de olor dulce brotó a la superficie como miel, y después se cristalizó y se congeló. La nieve se arremolinó alrededor de la chimenea y se acumuló sobre el techo; alcanzó tal altura que tapó el buzón de la entrada y yo ya no llegaba a ver el lago Jackjaw desde la ventana de mi habitación.

El invierno llegó en una sola noche.

Por la mañana, la carretera Barrel Creek, la única carretera que baja por la montaña, estaba cerrada por la nieve. Tapada por un muro blanco impasible.

Los pocos que vivíamos en lo profundo del bosque, y los que se alojaban en el Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes al otro extremo del lago, quedamos atrapados. Varados en el implacable corazón del bosque.

No sabíamos durante cuánto tiempo.

Tampoco sabíamos que no todos saldríamos con vida.

NORA

«**N**unca desperdices una luna llena, Nora, ni siquiera en invierno», solía decir mi abuela.

Deambulábamos por la orilla del río Negro, bajo el cielo de la medianoche, siguiendo las constelaciones como un mapa que yo podía tocar con los dedos: marcas de polvo de estrellas que llevaba en la piel. Ella tarareaba una melodía que venía de sus entrañas, cruzando al otro lado del río congelado, deslizándose con paso seguro.

«¿La oyes?», me preguntaba. «La luna susurra tus secretos. Conoce tus pensamientos más oscuros». Mi abuela era así: rara y hermosa, con historias que descansaban detrás de los párpados. Historias sobre la luz de la luna, acertijos y catástrofes. Relatos terribles. Pero también otros vivos y alegres. Mientras caminaba a su lado, yo copiaba cada paso que ella daba en el bosque, admirando su destreza para esquivar ortigas y espinos venenosos, el modo en que sus manos rozaban la corteza de todos los árboles por los que pasábamos, determinando su edad con solo tocarlos. Era una maravilla: su mentón siempre se inclinaba hacia el cielo, ansiando el brillo anémico de la luz de la luna sobre su piel aceitunada, siempre rodeada de un halo de tormenta.

Pero esta noche, camino sin ella, persiguiendo esa misma luna por el mismo río oscuro y congelado, buscando cosas perdidas dentro del bosque frío y triste.

Las ramas de los árboles se hunden y gotean por encima de mí. Un búho ulula desde una picea cercana. Y Finn y yo nos adentramos con gran dificultad en la montaña. Él agita fuerte la cola, con el hocico en alto, siguiendo algún rastro desconocido al otro lado de la orilla del río.

Han pasado dos semanas desde que la tormenta azotó el lago Jackjaw. Dos semanas desde que la nieve cayó y tapó la única carretera que sale de la

montaña. Dos semanas desde que la electricidad estalló y se apagó.

Y dos semanas desde que un chico del campamento que está al otro lado del lago desapareció.

Un chico cuyo nombre ni siquiera conozco.

Un chico que escapó o se perdió o sencillamente se esfumó como la niebla baja que emana del lago durante las lluvias matinales de otoño. Un chico que se escabulló de su cama en una de las cabañas del campamento y jamás volvió. Una víctima del frío del invierno, de la locura y la desesperación, y de estas montañas, que encuentran la forma de meterse en tu cabeza, de engañar a los que se atreven a caminar entre los pinos bien pasada la puesta del sol.

Este bosque es feroz, implacable y cruel.

No se puede confiar en él.

Sí, por aquí camino: hacia lo más profundo de la montaña, donde nadie más se atreve a ir.

Porque yo soy más oscuridad que chica, más sombras de invierno que sol de verano. «Somos las hijas del bosque», susurraba mi abuela.

Así que avanzo por la orilla del río Negro, siguiendo el mapa trazado por las estrellas, como ella me enseñó. Como todas las Walker que me han precedido.

Hasta que llego *al sitio*.

El sitio donde la línea de los árboles se abre a mi derecha, donde dos laderas empinadas se unen y forman un pasadizo angosto que conduce a un bosque oscuro y raro ubicado hacia el este, un bosque que es mucho más antiguo que los pinos del río Negro. Sus árboles están encerrados, apartados, separados del resto.

El bosque Wicker.

Una torre de rocas monta guardia delante de mí: unas piedras planas que fueron tomadas del lecho del río y apiladas hasta alcanzar un metro de altura, junto a la entrada del bosque. Es una advertencia. Una señal de que se debe dar la vuelta. «Solo los tontos entran aquí». Los mineros que buscaban oro a la orilla del río construyeron el hito para alejar a los que vinieran luego, a los desprevenidos que se toparan con este terreno y desconocieran la cruel oscuridad que los esperaba.

Las rocas que marcan la entrada nunca se han caído, nunca se han desmoronado con el peso de la nieve, con la lluvia o los vientos de otoño.

Es una frontera.

«Entra solamente cuando haya luna llena», me advertía mi abuela, con los ojos como charcos bordeados de rocío. Dentro de este bosque sagrado,

encuentro objetos perdidos. Pero solo cuando hay luna llena, cuando el bosque duerme, cuando lo arrulla el brillo pálido de la luz de la luna, puedo entrar desapercibida. Ilesa. «El bosque dormido te permitirá pasar sin problemas. Pero si se despierta, prepárate para correr».

Cada mes, cuando la luna crecida se alza en el cielo, entro al bosque Wicker en busca de cosas perdidas, escondidas entre las ramas que van echando brotes o metidas en algún hueco al pie de los árboles. Gafas de sol extraviadas, chanclas de goma, aretes baratos de plástico con forma de sandía, unicornio y media luna. Anillos para los dedos del pie, y anillos de promesa que chicos perdidamente enamorados regalaron a sus novias. Las cosas que se pierden en el lago Jackjaw durante el verano vuelven a encontrarse en el bosque. Aparecen como si el bosque las devolviera.

Pero a veces, cuando la luna llena trae mucha suerte, encuentro objetos mucho más antiguos, cosas que se olvidaron hace tiempo, de personas que abandonaron estas montañas hace un siglo. Relicarios, botones y artículos de mercería hechos de plata. Cepillos de dientes hechos de hueso, botellas de medicina con etiquetas que se borraron hace tiempo, botas de vaquero y latas que alguna vez debieron de estar llenas de leche en polvo o granos de café molidos. Cadenas de relojes de bolsillo y manillas de puertas. Y de vez en cuando, llego a encontrar oro: monedas burdas hechas con discos martilleados, pepitas de oro enredadas en el musgo, trocitos diminutos que se me enredan en el pelo.

«Cosas perdidas que se encuentran».

Ya sea por magia o maleficio, estas cosas aparecen en el bosque. Son devueltas.

Finn olfatea el aire, vacilante. Y yo inhalo, girando el delgado anillo de oro que llevo en el dedo índice. Un hábito. Una forma de invocar el coraje de mi abuela, que me dio el anillo la noche en que murió.

—Soy Nora Walker —susurro.

«Dile al bosque cómo te llamas». Tiempo atrás me había parecido una tontería: hablar a los árboles en voz alta. Pero cuando entras en la oscuridad y sientes que te atraviesa el frío, y los árboles se tragan todo vestigio de luz, le cuentas al bosque Wicker todos los secretos que se te ocurran. Historias que tenías escondidas dentro del pecho. Lo que sea con tal de arrullar al bosque, de mantenerlo adormecido.

Cierro los ojos con fuerza y cruzo el límite, atravesé la línea de árboles altos como soldados que montan guardia, y entro en la oscuridad del bosque.

Entro en el bosque Wicker.



Aquí no vive nada bueno.

El ambiente es frío y húmedo, y la oscuridad me dificulta ver más allá de los pies. Pero siempre te hace sentir así; cada vez hace más frío y está más oscuro que la vez anterior. Respiro despacio y avanzo, pisando con cuidado, con pausas, sobre troncos caídos y flores cubiertas de gotas de rocío que han quedado congeladas. Es como un cuento de hadas detenido en el tiempo: la princesa fue olvidada, el héroe fue devorado por completo por un duende de los abetos. La historia terminó, pero nadie se acordó de quemar el bosque embrujado y reducirlo a cenizas.

Me agacho debajo de un arco de ramas espinosas y enredaderas muertas. Con la vista puesta en los pies, tengo cuidado de nunca quedarme mirando alguna sombra mucho tiempo, algo que justo no alcance a ver bien, porque mi mente lo empeorará. Lo convertirá en algo con cuernos, colmillos y ojos de color cobre.

Los muertos se mueven dentro de este bosque antiguo.

Clavan sus uñas en la corteza de los abetos, trepan por las ramas, gimiendo, en busca de la luz de la luna, de algún trocito de cielo. Pero no hay luz en este sitio. El bosque Wicker es donde acechan las cosas viejas y vengativas, cosas mucho más antiguas que el tiempo. Cosas que no te conviene encontrar en la oscuridad. *Entra. Sal corriendo.*

Finn me sigue pisándome los talones, ya no va adelante. Está tan cerca que sus pisadas coinciden con las mías. Sombra humana. Sombra perruna.

Soy una Walker, me recuerdo cuando una espina de miedo empieza a clavarse en mi columna, retorciéndose entre la carne y los huesos, instándome a correr. *Pertenezco a estos árboles*. Incluso si no soy tan formidable como mi abuela o intrépida como mi madre, la misma sangre corre por mis venas. Negra como el alquitrán. La sangre que da a todas las Walker nuestra sombra nocturna, nuestro «lado sombrío». La parte de nosotras que es diferente, rara, poco común. Mi abuela podía meterse en los sueños de las personas, y mi madre puede arrullar a las abejas silvestres y dormirlas. Pero yo siempre me he sentido normal y corriente. Y en noches como esta, cuando me meto en la parte más cruel del bosque, me pregunto si los árboles también podrán percibirlo: soy una chica que apenas puede considerarse descendiente de brujas.

Apenas puedo considerarme una Walker.

Continúo avanzando, mirando en medio de la oscuridad con los ojos entrecerrados, viendo por dónde asoman las raíces de la nieve, buscando cosas escondidas entre los líquenes y las rocas. Algo brillante, o con esquinas afiladas, u oxidado por el tiempo. Algo hecho por el hombre, algo cuyo valor se mide por su peso.

Pasamos por encima del lecho de un arroyo seco, y el viento cambia de dirección, del este al norte. La temperatura baja. Un búho chilla a la distancia, y Finn se detiene a mi lado, moviendo el hocico. Le toco la cabeza con suavidad, sintiendo su respiración acelerada.

Él percibe algo.

Hago una pausa y escucho si hay chasquidos de ramas que se rompen con pisadas, o sonidos de un lobo que acecha entre los árboles, observándonos. Cazando.

Pero una mariposa nocturna me roza el hombro, con las alas blancas que se sacuden en el aire frío, y revolotea hacia un abeto espinoso y triste, dejando marcas de polvo en cada sitio donde se posa. Parece que hubiera atravesado una tormenta, con las alas rotas en los bordes. Cortadas.

Una mariposa nocturna que se ha enfrentado a la muerte, que la ha visto de cerca.

El pulso se me va a los pies y me tiemblan las pestañas, segura de que no la he visto bien. Otro engaño del bosque.

Pero sé lo que es: he visto dibujos de ellas. Incluso he llegado a ver una apoyada contra la ventana mientras mi abuela tosía en su habitación, al otro lado del pasillo, con las manos aferradas a las sábanas y sangre en la garganta.

Una mariposa de hueso.

De las peores. Portadora de augurios y advertencias, de presagios que nunca deben ignorarse. *De muerte.*

Mis dedos vuelven a tocar el anillo de piedra de luna que pesa en mi dedo.

La valentía que había sentido, el coraje de mi abuela que me había recorrido entera, desaparece. Cierro los ojos con fuerza, después vuelvo a abrirlos, pero la mariposa sigue allí, volando en zigzag entre los árboles.

—No deberíamos estar aquí —le susurro a Fin. *Tenemos que correr.*

Aparto la mano de la cabeza de Fin, y el corazón me golpea las costillas. Echo un vistazo por encima del hombro, hacia el sendero estrecho por el que caminábamos. *Corre, corre, corre*, grita mi corazón. Doy un paso atrás, alejándome de la mariposa, intentando no hacer ruido. Pero la mariposa sube dando círculos, rebotando con rapidez entre los árboles, llamada por algo. De vuelta a la oscuridad.

Me invade una sensación de alivio y el corazón se tranquiliza dentro de mi pecho, pero Finn se aparta de mi lado. Sale disparado, rodea un tocón y se mete entre la maleza, persiguiendo a la mariposa.

—¡No! —grito, *demasiado fuerte*; mi voz resuena sobre la capa de nieve y rebota entre las copas de los árboles. Pero Finn no se detiene. Corre a toda velocidad, rodeando un grupo de álamos espinosos, y desaparece en la oscuridad. No lo veo más.

Mierda, mierda, mierda.

Si fuera otra cosa, otro tipo de mariposa, o si él persiguiera a otro lobo hasta lo profundo de las montañas nevadas para después volver a casa dentro de uno o dos días, lo dejaría ir.

Pero una mariposa de hueso significa algo más: algo cruel, malvado y perverso. Así que corro tras él.

Lo sigo hasta lo más profundo del bosque, pasando junto a árboles que crecen en ángulos raros, por un terreno empinado e irregular que no reconozco; un terreno donde se me resbalan las botas, donde mis manos se apoyan contra los troncos de los árboles para impulsarme hacia delante, y donde cada paso suena como un trueno al tocar el suelo congelado. *Estoy haciendo mucho ruido. Muy fuerte.* El bosque se va a despertar. Pero no reduzco la marcha; no me detengo.

Lo pierdo de vista detrás de dos árboles caídos, y me atraviesan unas pequeñas punzadas de dolor.

—¡Por favor, Fin! —exclamo casi en un susurro, intentando hablar en voz baja mientras siento la presión de unas lágrimas que se asoman y me nublan la vista. Me invade el terror, y quiero gritar, excluir el nombre de Finn con más fuerza, pero controlo el impulso. Pase lo que pase, no puedo despertar al bosque; si no, Finn y yo no saldremos de aquí con vida.

Y después lo veo: moviendo la cola, detenido a unos metros de un bosquecillo de abetos. El corazón se me sale del pecho.

Finn nos ha llevado al punto más alejado del bosque Wicker en el que he estado. Y la mariposa, con el cuerpo roído y las alas blancas con agujeros en los bordes, revolotea entre los copos de nieve que caen, lentos y cambiantes, como si no tuvieran mucha prisa. Sube hacia el cielo, una mancha blanca entre el follaje negro, y desaparece entre los árboles.

Me acerco con cuidado a Finn y le toco la oreja para evitar que vuelva a perseguirla. Pero él enseña los dientes, gruñe.

—¿Qué pasa? —pregunto en voz baja.

Sus orejas se mueven hacia delante, se le acelera la respiración mientras inhala a bocanadas, y un gruñido bajo y gutural sale de lo profundo de su pecho.

Hay algo allí.

Una bestia o una sombra con garras encorvadas y ojos sombríos que parecen agujeros. Algo que el bosque oculta, algo que esconde, algo que no quiero ver.

Me tiemblan los dedos, y el pavor me sube por la garganta. Sabe a ceniza.

Odio esta sensación que crece en mi interior. Este miedo horrible. *Soy una Walker.* Yo soy de quien susurran los demás, yo soy quien evoca escalofríos y pesadillas.

Trago saliva y aprieto los dientes, dando un paso hacia delante. La mariposa nos ha traído hasta aquí. A algo que no alcanzo a ver. Recorro la oscuridad con la mirada, buscando unos ojos, algo que esté observándome desde los árboles.

Pero no hay nada.

Niego con la cabeza y suelto una bocanada de aire, a punto de volver con Fin, cuando mi pie izquierdo choca con algo en el suelo. Algo duro.

Bajo la vista con los ojos entrecerrados, intentando ver en la oscuridad.

Un montículo de nieve. La manga de un abrigo, creo. La punta de una bota. Una cosa que no pertenece a este lugar.

Y entonces las veo. *Las veo.*

Unas manos.

Allí, bajo una capa de nieve, en mitad del bosque Wicker, hay un cadáver.



Los copos de nieve se han acumulado sobre las pestañas rígidas.

Los ojos están cerrados como dos medias lunas. Los labios pálidos están abiertos, esperando a los cuervos.

Hasta el aire entre los árboles se ha quedado quieto, una tumba, como si el cadáver fuera una ofrenda que no hay que molestar.

Lo miro, sorprendida, y pasa un segundo, seguido por otro; mi corazón trepa en silencio por la tráquea. Pero ningún sonido escapa de mis labios, ninguna petición de ayuda. Me quedo mirando, estupefacta, incapaz de actuar. Mi mente se hace más lenta, los oídos me silban: un raro *crac crac*, como si tuviera una radio apoyada contra la cabeza. Me acerco unos centímetros, y los árboles tiemblan encima de mí. Durante un segundo, me pregunto si el bosque

entero podría desprenderse de sus raíces y darse la vuelta: los troncos hacia el cielo y las copas hacia el suelo.

Ya he visto pájaros muertos en el bosque, incluso un ciervo muerto con la cornamenta aún unida al cráneo vacío. Pero nunca he visto nada como esto. Nunca he visto el cadáver de una persona.

Finn gime por lo bajo detrás de mí. Pero no desvío la mirada. No quito la vista del cuerpo, como si fuera a desvanecerse si aparto la mirada.

Trago saliva y me agacho, con las rodillas apoyadas en la nieve, los ojos llorosos por el frío. Pero necesito saberlo.

¿Es él? ¿Es el chico que desapareció del campamento?

Tiene la cara cubierta por una capa de nieve; el pelo oscuro está congelado. No alcanzo a ver ninguna herida. No hay golpes ni sangre. Y no ha estado aquí mucho tiempo, si no, directamente no estaría. Los muertos no duran mucho en las montañas, en especial en invierno. Las aves sacan lo que pueden antes de que lleguen los lobos y dispersen los huesos a lo largo de kilómetros, dejando apenas una huella de lo que alguna vez había estado allí. El bosque es eficiente con la muerte; lo borra todo con rapidez. No quedan restos para enterrar, quemar ni llorar.

Un viento suave sacude los árboles y retira la nieve de su frente, de los pómulos y los labios pálidos. Y el vello del cuello se me pone de punta.

Levanto la mano de la nieve. Los dedos vacilan sobre su palma abierta, temblorosos, curiosos. *No debo tocarlo...* pero bajo la mano de todas maneras. Quiero sentir la piel helada, la pesadez de la muerte en sus extremidades.

Mi piel se encuentra con la de él.

Pero su mano no está rígida ni quieta. Tiembla cuando la toco con la punta de los dedos.

No ha muerto.

Sigue vivo.

Los ojos del chico se abren con un estremecimiento: verdes como el bosque, un verde grisáceo, verde de vida. Tose a la vez que sus dedos se cierran alrededor de los míos, sujetándolos con fuerza.

Grito —un sonido ahogado, absorbido por los árboles—, pero Finn de inmediato salta a mi lado, con la cola levantada y el hocico que inhala el aroma del chico que acaba de volver a la vida. Suelto mi brazo de un tirón e intento ponerme de pie, retroceder, pero me tropiezo y vuelvo a caer en la nieve. *Corre*, chilló mi pulso acelerado. Pero antes de que pueda levantarme,

el chico rueda a un lado, vuelve a toser y se toca la cara con las manos. Intenta respirar.

Está vivo. No ha muerto. Respira con dificultad, la piel está tibia, me sujetó la mano, en cierto modo está vivo. Se me seca la garganta y mis ojos se niegan a pestañear. Estoy segura de que él no es real. Pero de todos modos inhala aire profundamente, en movimientos acompañados entre cada acceso de tos, como si tuviera los pulmones llenos de agua.

Me descuelgo la mochila de un hombro y busco dentro la cantimplora con té de enebro caliente. «Te salvará la vida si alguna vez te pierdes», decía mi abuela. «Puedes sobrevivir semanas a base de té de enebro».

Le ofrezco la cantimplora, él baja la mano de su rostro y sus ojos se encuentran con los míos: ojos oscuros y somnolientos. Unas inhalaciones fuertes y profundas hacen que su pecho suba y baje como si nunca hubiera recibido aire hasta este momento.

Él no acepta la cantimplora, y yo me inclino hacia delante, respirando hondo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Sus ojos recorren el suelo, después se alzan hacia el cielo, como si buscara la respuesta, como si su nombre se hubiera perdido en alguna parte del bosque. Como si se lo hubieran quitado; arrebatado mientras dormía.

Su mirada vuelve a posarse sobre mí.

—Oliver Huntsman.

—¿Eres del campamento de chicos?

Un viento helado pasa por encima de nosotros, levantando una capa de nieve. Su boca se abre, buscando las palabras, y después asiente.

Lo he encontrado.



El Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes no es un establecimiento de élite, tampoco es un sitio donde los ricos mandan a sus hijos. Es un grupo de cabañas precarias, un comedor y varios edificios administrativos abandonados, muchos de los cuales habían albergado a los primeros mineros que buscaban oro en el río Negro. Ahora es un sitio adonde los padres desesperados envían a sus hijos obstinados para que les cambien la mente y la personalidad, para que los conviertan en hijos dóciles y obedientes. Aquí vienen los peores, los que han agotado sus últimas oportunidades, sus últimas disculpas, sus últimos castigos o visitas a la dirección de la escuela. Van y

vienen. Cada temporada llega una tanda nueva, excepto por los pocos que pasan todos sus años de bachillerato en el campamento. Aprenden a sobrevivir en el bosque, a hacer fuego con piedras, a dormir en pleno frío, a comportarse.

Dos semanas atrás, la mañana previa a que la tormenta de nieve bajara de las montañas, me desperté y encontré la casa tapada por la nieve. Las ventanas estaban cubiertas de hielo, el techo se quejaba por el peso, y las paredes se arqueaban hacia dentro como si alguien estuviera quitando los clavos de la madera. En la radio habían dicho que nevaría entre treinta y cuarenta y cinco centímetros. Nevó más de un metro... en una sola noche. Me levanté de la cama, con el frío que se colaba por los tablones del suelo cual sanguijuela, y salí a la nieve.

El paisaje había cambiado de la noche a la mañana.

Bajé a la orilla del lago y me encontré con que el bosque estaba repleto de espuma blanca de malvavisco. Pero no estaba tranquilo y silencioso como la mayoría de las mañanas de invierno. Resonaban unas voces al otro lado del lago congelado, que venían del campamento. Gritaban a los árboles. Iban dando pisotones con sus pesadas botas de nieve y espantaban a los pájaros, que salían volando con chillidos de descontento por el cielo gris de la mañana.

—¡Buenos días! —exclamó el viejo Floyd Perkins, saludando con la mano mientras avanzaba por la orilla con dificultad, bajando la cabeza para evitar el viento que soplaban, con los hombros encorvados por el tiempo, la edad y la gravedad. Cuando llegó hasta donde estaba yo, entrecerró los ojos como si no pudiera verme bien: las cataratas nublaban su vista ya fallida—. Un invierno crudo —dijo, alzando la vista, mientras unos copos de nieve suaves nos caían encima—. Pero no tanto como otros. —El señor Perkins ha vivido en el lago Jackjaw casi toda la vida. Conocía a mi abuela cuando ella aún vivía, y vive en el extremo sur del lago, en una cabaña pequeña que está junto a la tienda que atiende durante el verano, donde alquila canoas y botes de pedales, y vende sándwiches de helado a los turistas bajo el sol ardiente. Y, cada mañana, recorre la orilla del lago, con el paso lento y fatigado, los brazos largos que le cuelgan a los costados y la artritis que crujie en sus articulaciones. Aunque haya nieve, él hace su recorrido matutino.

—¿Qué pasa en el campamento? —pregunté.

—Desapareció un chico anoche. —Se frotó la nuca con los nudillos, y el pelo canoso se asomó por el gorro de lana—. Se esfumó de su cama durante la tormenta.

Miré detrás de él, en dirección al campamento. Había unos chicos apartando la nieve con palas a la entrada de sus cabañas, mientras que casi todos los demás habían ido al bosque, exclamando un nombre que no podía distinguir.

—He hablado con uno de los supervisores —continuó el señor Perkins, asintiendo tristemente con la cabeza mientras contemplaba la gravedad de la situación—. Quizás el chico se escapó y llegó a bajar de la montaña antes de que cayera la nieve anoche.

Se alzó un remolino de viento de la superficie del lago congelado, y me hizo temblar.

—Pero lo están buscando en el bosque. —Me crucé de brazos y señalé los árboles al otro lado del campamento con un gesto de la cabeza.

—Supongo que tendrán que verificar que no se perdió. —Alzó una gruesa ceja canosa; la mirada seria—. Pero si ese chico fue anoche al bosque, es muy posible que no haya conseguido salir. Y nunca van a encontrarlo.

Yo entendía a qué se refería. La nieve estaba alta y seguía cayendo, por lo que a esa altura las huellas estarían tapadas hacía rato. El chico en sí podría estar tapado por la nieve también. Hasta Finn tendría problemas para seguir su rastro en esas condiciones.

—Espero que haya escapado —dije—. Espero que haya llegado a la carretera. —Porque yo sabía qué le pasaría si no lo había hecho. Si bien los chicos del campamento aprenden a sobrevivir en la naturaleza y a construir refugios para la nieve debajo de los árboles, no creía que alguno pudiera sobrevivir en serio a una noche de frío a la intemperie. Durante una ventisca. Solo.

El lago crujía y hacía chasquidos a lo largo de la orilla a medida que se acomodaba el hielo. Y el señor Perkins preguntó:

—¿Te quedaste sin electricidad anoche? —Echó un vistazo detrás de mí, en dirección a los árboles, donde mi casa se escondía entre los pinos.

Asentí con la cabeza.

—¿Y usted?

—Esa carretera va a estar tapada durante un buen tiempo. La electricidad va a tardar en volver. —Volvió la vista hacia mí. Los ojos ligeramente entornados y las arrugas que cubrían su frente me recordaban a mi abuela—. Estamos solos —dijo por último.

La única carretera que baja por la montaña estaba cerrada. Y el pueblo más cercano, Fir Haven, a cuarenta y cinco minutos en coche, estaba demasiado lejos para ir a pie. Estábamos atrapados.

El señor Perkins inclinó la cabeza, un gesto serio, una certeza de que este iba a ser otro invierno difícil, y continuó caminando por la orilla del lago en dirección al puerto, hacia la tienda y su casa.

Me quedé escuchando los gritos de los chicos que se abrían paso entre los árboles, mientras el cielo volvía a oscurecerse y otra tormenta se cernía sobre el lago. Yo sabía lo despiadado que podía ser el bosque, implacable.

Si había un chico perdido allí, era muy probable que no sobreviviera a la noche.



La oscuridad persiste, la oscuridad más profunda. La oscuridad del invierno.

El chico, Oliver Huntsman, me sigue entre los árboles, tropezándose con las raíces, tosiendo, respirando con dificultad. Quizás no consiga salir del bosque Wicker; quizás caiga muerto en la nieve a mis espaldas. Se detiene para apoyarse contra un árbol, con el cuerpo tembloroso; yo vuelvo a su lado y lo rodeo con un brazo. Es más alto que yo y tiene los hombros anchos, pero continuamos juntos por la oscuridad. Huele a bosque, a verde. Y cuando llegamos al final del bosque Wicker, atravesamos el límite y volvemos a salir al cielo abierto.

Lo suelto, y él se inclina hacia delante, sujetándose de las rodillas y respirando a bocanadas. Sus pulmones hacen un raro sonido áspero con cada respiración. Ha pasado demasiadas noches aquí afuera solo, en el bosque, en el frío. Donde los sonidos de cosas desconocidas que se arrastran y se deslizan están justo donde no se llegan a ver, y el miedo se convierte en una voz en la mente que fastidia e hila pensamientos insomnes. Uno puede volverse loco entre estos árboles. Como el Sombrerero Loco.

Junto a nosotros, el sonido del agua que corre debajo de la superficie congelada del río Negro alivia y estremece a la vez. Oliver alza la vista al cielo nocturno, con el rostro inmóvil, asombrado, como si no hubiera visto las estrellas durante semanas.

—Tenemos que seguir avanzando —digo.

Le tiembla el cuerpo, la piel está pálida y apagada. Tengo que llevarlo dentro, sacarlo de la nieve y el viento. Si no, el frío aún puede matarlo.

Vuelvo a rodearlo con el brazo, apoyando una mano sobre sus costillas para sentir el pecho que sube y baja con cada respiración, y marchamos río abajo hasta que el lago Jackjaw se extiende frente a nosotros, totalmente congelado.

—¿Dónde estamos? —pregunta él, con un hilo de voz, cada palabra marcada por el frío.

—Ya casi hemos llegado a mi casa —respondo. Y después, porque pienso que quizás él se refiere a otra cosa, porque se le ha borrado la memoria, añado—: Hemos vuelto al lago Jackjaw.

Él no asiente con la cabeza y sus ojos no brillan por haberlo reconocido. No recuerda este sitio, no tiene ni idea de dónde está.

—Mi casa está cerca —le digo—. Te llevaré al campamento por la mañana. Ahora tenemos que calentarte. —No estoy segura de que él pudiera aguantar otro kilómetro hasta el campamento. Y el hospital más cercano queda a una hora en coche por la carretera que está tapada de nieve. No tengo más opción que llevarlo a mi casa.

Le tiemblan las manos, y estoy segura de que está en estado de *shock*. Sus ojos saltan con recelo de un árbol a otro, respira de forma irregular, como si viera algo en la oscuridad. Un engaño de las sombras o la luz de la luna. Pero el bosque que rodea el lago Jackjaw es seguro y dócil, muy lejos de ser tan antiguo como el bosque Wicker donde lo he encontrado. Estos árboles son jóvenes, han sido cortados a lo largo de los años para usar la madera; y los pinos que se alzan por encima de mi casa no hace mucho eran pequeños. Aún suaves y verdes por dentro, tienen ramas que oscilan con el viento en lugar de gemir y crujir. No son tan antiguos como para guardar rencores o recuerdos, para poner maleficios en sus raíces. No son como los que están dentro del bosque Wicker.

Llegamos a la hilera de cabañas de troncos dispersas por la orilla, y Finn trotta por la nieve delante de nosotros.

—Mi casa está allí. —Señalo entre los árboles con un gesto de la cabeza. La mayoría de las cabañas que están a lo largo de la orilla son casas de verano, de personas que solo visitan el lago Jackjaw cuando el tiempo es más cálido y el lago se descongela. Pero mi madre y yo siempre hemos vivido aquí todo el año, al igual que nuestros ancestros. Nos quedamos en el lago durante todas las estaciones, incluso las atroces... *en especial* las atroces. A mi madre no le gustan los turistas que vienen en verano, con su música a todo volumen, las cañas de pescar y las toallas de playa. Eso la irrita. Pero la tranquilidad del invierno la sosiega, calma su mente acelerada e inquieta.

Nuestra casa está al final de la hilera, más cerca de las montañas y la naturaleza del bosque, metida entre los árboles. Escondida. Y esta noche, está oscura, sin luces que zumban en su interior, sin el chisporroteo de la electricidad que pasa por las paredes: sigue cortada desde la tormenta.

Me quito la nieve de las botas con unos pisotones y abro la pesada puerta de troncos, por donde se mete el aire frío. Finn me roza las piernas y entra a la sala de estar, donde se echa sobre la alfombra que está junto a la estufa y empieza a quitarse la nieve de las patas a mordiscos. Apoyo mi mochila sobre el sofá verde oliva gastado, que tiene los cojines hundidos y caídos como si se lo estuviera tragando el suelo de madera.

—Voy a encender el fuego —le digo a Oliver, que sigue parado en la entrada, temblando. Parece un chico que está cerca de la muerte, cuyos ojos tienen la mirada vacía de alguien que ya puede ver el otro lado, a solo unos centímetros de distancia.

Mi abuela sabría qué hierbas usar, qué palabras susurrar junto a su piel para aliviar el frío que le cala los huesos, para mantenerlo con los pies en este mundo antes de que pase al siguiente. Pero ella no está aquí, y yo solo conozco un mínimo de remedios, apenas algunos hechizos. No sé lo suficiente para hacer magia en serio. Aprieto los dientes, sintiendo un dolor conocido desde hace tiempo: la carga de la inutilidad que llevo en el pecho. No puedo ayudarlo, y desearía poder hacerlo. Soy una Walker cuya abuela murió demasiado pronto y cuya madre prefiere olvidar lo que somos en realidad.

Soy tan inútil como cualquier otra chica.

Avivo las pocas brasas que aún brillan entre la ceniza, reviviendo el fuego dentro de la vieja estufa, mientras los ojos verde jade de Oliver recorren la casa lentamente: las paredes de troncos, las vigas de madera podrida que cuelgan del techo, las cortinas gastadas de flores que tienen el fuerte aroma de la salvia que se ha quemado miles de veces dentro de la casa para sacar a los espíritus obstinados.

Pero los ojos de Oliver no se quedan mirando las cortinas o las paredes gruesas. En cambio, observan la rara colección de objetos que ocupan todos los estantes y rincones con telarañas de la antigua casa. Viejos relojes de bolsillo y gafas con marcos delgados de metal, cientos de botones plateados dentro de frascos de cristal, cucharas de plata con tallados delicados y candelabros de plata con la cera aún endurecida en la base. Un joyero elaborado con bordes dorados que solo guarda polvo.

Todas las cosas que hemos encontrado dentro del bosque Wicker a lo largo de los años; las cosas que no vendimos en Fir Haven a un hombre llamado León que tiene una tienda de antigüedades y rarezas. Estas son las cosas que tienen algún significado, de las que no puedo desprenderme. Me hacen compañía. Son las que esconden recuerdos en su interior, las historias que cuentan cuando las sostienes en la palma de tu mano.

Al igual que la mayoría de las Walker que me precedieron, encuentro cosas perdidas.

Y de pie en la entrada está un chico llamado Oliver Huntsman.

Lo último que he encontrado.

OLIVER

Ella tiene el pelo largo y oscuro, trenzado en la espalda, como un río hecho nudos.

He oído hablar de ella, «la chica que vive al otro lado del lago». Los chicos del campamento dicen que no se puede confiar en ella. Dicen que se puede ver su sombra en el techo de su casa cuando hay luna llena, que se la ve lanzando hechizos oscuros hacia el cielo salpicado de hielo. Dicen que desciende de este bosque, que es una Walker. Y que todas las Walker son brujas.

Su casa está escondida entre los árboles, una casita de galletas de jengibre que huele a tierra, hierba y madera. Un sitio que podría atraer a Hansel y Gretel para que vengan a buscar dulces, y quizás encontrar su muerte dentro de estos muros. *Al igual que podría pasarme a mí.*

Se mueve por la sala de estar con la soltura de un ave, apenas haciendo ruido con los pies al caminar sobre el viejo suelo de madera, levantando pequeñas nubes de polvo. Estoy dentro de la casa de una bruja.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, intentando doblar los dedos, pero están congelados. El frío me recorre como agua de un grifo de invierno, y se forman cristales de hielo en cada articulación de mi cuerpo. Los pensamientos no dejan de ir y venir, sueltos y nerviosos. Cada recuerdo tiene el color de la nieve: demasiado blancos como el hielo, demasiado cegadores y dolorosos para verlos.

—Te he encontrado en la nieve —responde ella, arrodillándose junto a la estufa. Se mueve con rapidez, con habilidad, añadiendo más leños a las llamas con las manos. Sin hacer una sola mueca para apartarse del fuego, de las chispas que le lamén la piel.

Me muevo un poco y entro en la sala de estar, mis botas se deslizan por el suelo, acercándose al calor del fuego, y mis ojos viran hacia la ventana, donde

la nieve se arremolina contra el cristal, obligando a mi mente a recordar. *Me he despertado en el bosque, he visto a una chica que pensaba que yo era un fantasma. Sus dedos suaves han tocado mi piel.* Pero parece que eso hubiera pasado hace días: las horas pasan lentas, gotean, se derriten como la nieve que se ha quedado en mis huesos.

—¿Qué día es? —pregunto.

Se encienden unas llamas sobre los leños secos, enviando una ola de calor, y ella me hace un gesto para que me siente en una pequeña silla que está frente al fuego. La obedezco, sacando las manos de los bolsillos del abrigo y extendiéndolas hacia las llamas.

—Miércoles —responde ella, mirándome a los ojos solo durante un segundo, como si tuviera miedo de lo que pudiera ver en ellos. O quizás tenga miedo de lo que yo vea en los suyos.

Me duelen las manos cuando las cierro, a la vez que la sangre vuelve a circular por mi piel en oleadas dolorosas. *Miércoles*, pienso. Pero no significa nada. Tendría que haber preguntado la semana, el mes, incluso el año. Los pensamientos chisporrotean lentamente entre las sinapsis. No puedo recordar los momentos que me llevaron hasta aquí, que me llevaron a ese bosque, echado de espaldas, con la nieve cayendo a un ritmo lento y eterno, enterrándome vivo.

La chica va a la cocina y tararea algo en voz baja, como si pensara que yo no puedo oírla: una melodía suave, una canción de cuna, quizás, lenta y trágica. Pero después, sus ojos miran los míos y se detiene.

Bajo la vista al suelo, y oigo que sus pasos atraviesan la sala.

—Bebe esto —dice, ofreciéndome una taza con puntitos rojos llena hasta el borde de té caliente—. Te hará entrar en calor. —Asiente con la cabeza y yo la acepto, con las manos temblorosas, mientras el aroma de algo fuerte y picante sale del vapor.

Bebe esto. Come aquello. Alicia cae en la madriguera del conejo. *¿De ahí he vuelto?* ¿Del País de las Maravillas o del País de Nunca Jamás? ¿O de un sitio mucho peor? ¿Un sitio repleto de monstruos en lugar de pasteles dulces de limón y finales felices llenos de canciones?

—Aún estás en riesgo de sufrir hipotermia —añade ella, con los labios apretados—. Pero estás en mejor estado del que pensaba que estarías.

No me siento en buen estado. Siento que nunca volveré a sentir calor. Siento como si me crecieran raíces de árboles dentro de los huesos y estuvieran a punto de partirmelos en pedazos, de rasgarme la piel y sacar espinas por los ojos.

Me siento oscuro y vacío. La cáscara de lo que solía ser.

Sostengo la taza de té con las manos, deseando beber algo más fuerte. Un café negro y consistente, algo firme. Pero bebo un trago del té sin protestar, haciendo una mueca por el sabor amargo. Ella ve cómo lo termino, con unas pecas pequeñas amontonadas a lo largo de la nariz: no son pecas permanentes, son recuerdos dispersos de temporadas más calurosas y días soleados. Toma la taza vacía de mis manos, con los ojos aún cautelosos, hasta atribulados, y sus dedos rozan los míos. *Dedos blancos y pálidos.*

Hay cierta crudeza en ella, algo agreste. Esa mirada que a veces uno se encuentra al ir en coche por una carretera vacía de noche y se cruza un animal, con los ojos asustados, sorprendido por los faros. Esa mirada indómita, de una criatura que es más libre de lo que jamás entenderías.

Una vez más, se me hace un nudo de miedo por dentro. *Es la chica que vive al otro lado del lago.* Una chica a la que es mejor no acercarse, que hay que evitar. Va a lanzarte un maleficio, a hechizarte, a arrojarte al fuego solo para ver cómo se desprende la piel de tus huesos. Pero no me mira con malicia en los ojos, con una necesidad salvaje de matar. Me ha salvado y me ha traído de vuelta.

La chica sostiene la taza vacía, y se queda boquiabierta, con los ojos clavados en el suelo debajo de mí.

Oigo un *plaf* de agua que cae sobre la madera.

Uno tras otro.

Toca la manga de mi abrigo y se da cuenta de que está empapado, como si yo estuviera hecho de hielo y ahora me derritiera, formando un charco a mis pies.

—Hay que quitarte esta ropa mojada —me dice, con urgencia en los ojos, en la respiración.

Yo asiento, con el cerebro en piloto automático; el frío socava toda capacidad de protestar.

Me quito el abrigo con un movimiento de hombros, la camiseta de manga larga y los vaqueros, al lado del fuego. Si fuera cualquier otro día, si mi mente estuviera despejada y rápida, quizás me sentiría raro al estar semidesnudo, con solo la ropa interior, el cuerpo tembloroso, la mandíbula apretada, frente a una chica que no conozco. Pero lo único que siento es el frío. Es lo que único que queda de mí.

Sus ojos oscilan sobre los míos, coinciden por medio segundo y después aparta la mirada, fingiendo que no estaba mirando, fingiendo que no se ha sonrojado.

Me siento en la silla, y ella echa sobre mis hombros una manta de lana pesada que había en el sillón; después cuelga la ropa mojada encima de la estufa de leña para que se seque. Huele a pinos, viento y naturaleza, un aroma difícil de describir, a menos que hayas entrado al bosque y vuelto con él pegado en el pelo y las fibras de tu ropa. Es como si el bosque me hubiera seguido, como el humo de una fogata que lo impregna todo.

—Por la mañana, voy a llevarte de vuelta al campamento —dice ella, que ahora está frente al fuego, frotándose las manos—. Han estado buscándote.

Bajo el mentón al pecho y me envuelvo mejor con la manta.

—¿Cuánto tiempo he faltado?

Se muerde el labio inferior, revelando una hilera de dientes blancos, y me da la sensación de que estoy viendo demasiado de ella. Como si estuviera mirándola con fijeza desde muy cerca, observando cada movimiento y temblor de sus ojos oscuros.

—Desde la tormenta —responde por fin, alejando las manos del fuego—. Dos semanas.

La sala se vuelve borrosa, tiembla por unos segundos, y se reacomoda de pronto. *Dos semanas, dos semanas completas*. Niego con la cabeza.

—No puede ser —digo entre dientes, pestañeando para no caerme de la silla—. Habría muerto allí fuera si hubiera estado tanto tiempo.

—Pero no has muerto —responde ella, y va hacia la ventana, desde donde me mira su reflejo: el pelo oscuro y los ojos oscuros sin luna—. Quizás el bosque te ha cuidado. —No entiendo lo que quiere decir. Una ráfaga de viento sacude la casa, y cae polvo de las vigas de arriba. Después de un momento, continúa—: En el campamento todos piensan que intentaste escapar.

Gotea agua de mi piel al suelo, y vuelvo a negar con la cabeza. *No escapé*. Pero no lo digo, porque no puedo explicar cómo terminé en ese bosque oscuro, donde solo me llegaban destellos de luz a través de la oscuridad eterna, donde los árboles se bamboleaban como brazos largos de esqueletos que bailaban al ritmo de alguna danza macabra, con el viento como la única música que llenaba mis oídos. *Siempre el viento. Frío, cortante y cruel*.

Aparto el recuerdo de mi mente, afilado como un clavo, y otra vez dejo vagar los ojos por la sala de estar: la estufa de leña es la única luz que se extiende por las paredes, iluminando una cocina pequeña, un pasillo angosto y unas escaleras hacia el fondo.

—¿No hay electricidad? —pregunto.

Ella niega con la cabeza y responde:

—Tampoco hay teléfonos fijos. Los móviles nunca han funcionado a esta altura de las montañas. Nuestro único contacto con el mundo exterior, con el pueblo más cercano, son los teléfonos fijos y la carretera, y ambos quedaron fuera de servicio tras la tormenta.

—¿Entonces estamos atrapados? —pregunto.

Ella se encoge de hombros y dice:

—En algún momento la carretera quedará despejada. Ya hemos tenido inviernos crudos como este. —Su mirada se aparta de la mía, como si recordara—. Hace tres años, pasaron dos meses hasta que se descongeló la carretera y volvió la electricidad. Estamos acostumbrados a arreglárnoslas solos. —Retrae su labio inferior, como si quizás hubiera contado demasiado, revelado un punto débil—. Estamos acostumbrados a la soledad —aclara, con la voz que se alza al techo alto y se desvanece—. Tú también te acostumbrarás —dice, como si yo nunca fuera a irme de estas montañas, como si ahora fuera uno de los residentes, atrapado hasta que me entierren en el suelo; como si fuera a envejecer en este sitio.

Un escalofrío sube por mis brazos y me tapo mejor con la manta. Quizás lo que dicen de ella es verdad: quizás no debería estar aquí, en su casa, un sitio de oscuridad y podredumbre.

—¿Tú encontraste todas estas cosas? —pregunto, tragando saliva con fuerza y desviando mi atención a las lupas, las botellas de perfume viejas y las hebillas de cinturones que están sobre el alfíizar de la ventana. Mi mente se retrotrae a las historias que he oído, lo que cuentan los chicos sobre las veces en que ella va al bosque oscuro, «un sitio donde nadie más se atreve a entrar», y encuentra cosas perdidas. Dicen que ella es la única que puede; que está hecha del bosque; que si la abres, soltará savia como un árbol; que su familia está maldita, condenada, y es más peligrosa que una tormenta de invierno; que tiene el pelo hecho de ortigas y le salen garras de las uñas.

—Sí —responde con cautela—. Como te he encontrado a ti.

Un silencio raro se encorva y nos envuelve, y da la sensación de que quizás nos ahoguemos con él. Ella se acerca a mí y levanta un brazo, rozando mi frente con la palma de la mano, sus dedos cálidos se apoyan sobre mi piel, tomándome la temperatura. Siento que inhalo y aguento la respiración, la dejo atrapada en los pulmones.

—Necesitas dormir —dice—. Quizás tengas fiebre.

Sus ojos café oscuro me miran, pestañeando, oscuros como el bosque, pero parece que ella mira el pasado, con la boca apenas inclinada, un gesto

que no puedo interpretar. Huele a viento, a lluvia sobre la hierba, y no hay forma de que sea todas las cosas terribles que los chicos dicen de ella.

No hay forma de que secuestre a los chicos de las camas y los entierre bajo los tablones del suelo. No hay forma de que se convierta en una bestia con colmillos y arremeta contra el bosque, derribando árboles. No hay forma de que sea una bruja que desayuna sapos hervidos y se hace nudos en el pelo para atar maldiciones inquebrantables. *No es más que una chica.*

Con el pelo negro azabache y ojos que pueden partirte el corazón.

—Puedes dormir en el sillón —dice suavemente, bajando la mano y alejándose de mí, y sé que la he mirado demasiado—. Así estarás cerca del fuego.

Fuera, el cielo está oscuro, ni siquiera hay una pizca de luz. Pero no sé qué hora es, ni cuánto falta para que amanezca. Quizás mis recuerdos vuelvan a aclararse cuando sienta el sol de la mañana en mi cara, cuando las sombras vuelvan asustadas a sus rincones polvorrientos.

—Gracias —respondo, sintiendo que me llama el sueño.

Ella pone una almohada y dos mantas más sobre el sillón, sonríe una vez, y se dispone a subir la escalera con el lobo detrás. Se detiene en el primer escalón, como si hubiera olvidado algo. *Mañana estarás como nuevo. Mañana no recordarás el bosque en absoluto. Mañana ni siquiera te acordarás de mí.*

Pero no habla; un mechón de pelo cae encima de sus ojos justo antes de que empiece a subir la escalera. Escucho el sonido de sus pisadas, de los pequeños surcos de la madera, del crujido del techo. Y me siento intranquilo, solo, con una punzada de incertidumbre que se cuela entre mis pensamientos.

Estoy en la casa de la chica que vive al otro lado del lago, de la chica en la que nunca se debe confiar. Su nombre sube por mi pecho, el nombre que susurran los demás chicos del campamento cuando cuentan historias sobre ella a altas horas de la noche, cuando ya estamos en la cama. Historias contadas para asustar y espantar.

El nombre que resuena entre mis oídos: Nora Walker.

La chica con la luz de la luna en las venas.

NORA

Me acuesto en mi cama, en el desván, y pienso en el chico.

Oliver Huntsman.

El modo en que sus ojos temblaban ante los míos cuando yo hablaba, y se quedaban allí, un verde intenso que me recordaba a la hierba que brota del suelo en primavera. Hay cierta amabilidad en ellos. Pienso en el modo en que se le ha secado el pelo mojado, formando ondas pequeñas y suaves alrededor de sus orejas; el modo en que contenía la respiración un segundo antes de hablar, pensando cada palabra, cada sílaba; el modo en que el corazón se me ha subido a la garganta y me he mareado. Una sensación que he intentado reprimir, pasar por alto. Pero no he podido.

Pienso en el bosque, en el momento en que lo encontré en la nieve: cuando despertó de pronto, el blanco de los ojos como una cáscara de huevo quebrada. El miedo que temblaba en sus labios. *¿Qué vio en ese bosque?* ¿Por qué el bosque lo dejó vivir? Ojalá pudiera abrirla, cortarle la corteza dura, y ver qué esconde en su interior.

Ahora duerme abajo, y sé que ni siquiera el calor de la estufa calmará el frío de su carne, no podrá curar lo que lo acecha.

Necesita medicina. No de la que dan personas con batas blancas en una sala blanca, dentro de un edificio blanco estéril. Él necesita medicina del bosque.

«La única forma de curar el frío causado por el bosque es usar un remedio que crezca dentro de él». Las palabras de mi abuela siempre zumban en mi cabeza, siempre cerca.

Bajo las escaleras en puntillas de pie, atravieso la cocina y voy al fondo de la casa, con el sigilo de un ratón, con el sigilo de las semillas que caen al suelo en primavera.

Abro la puerta de la habitación de mi madre y entro. Huele a ella, a vainilla y miel. *Siempre está el aroma a miel.* Se le queda impregnado, en el pelo ondulado castaño rojizo, y se le meten trozos de panal en las uñas. Nunca se pueden quitar bien. No del todo. Hace tres semanas, se fue al pueblo costero de Sparrow para entregar cuatro cajones de miel de trébol silvestre, que acomodó en la parte de atrás de la camioneta. Cuando hay luna llena, recoge los pañales pegajosos de las colmenas silvestres que están dentro del bosque Wicker, mete la miel con un embudo dentro de frascos de cristal y los lleva a *boutiques* pequeñas y mercados de alimentos orgánicos de la costa oeste. Las tiendas pagan más por su Miel del Bosque Wicker, que según dicen, es más dulce que el azúcar de caña y puede tratar toda clase de dolencias de la piel, como urticarias y quemaduras.

No he hablado con ella desde que se fue, desde que no funcionan los teléfonos y la carretera ha quedado tapada. Pero estamos acostumbradas a las tormentas de invierno, a estar separadas. Y aunque quizás debería sentirme sola, aislada y asustada sin ella, no me siento así. Ella y yo siempre hemos sido más diferentes que parecidas. Yo soy la hija que quiere ser una Walker, y ella es la madre que finge que no es: ni Walker ni madre. Se siente traicionada por mi curiosidad, por mi necesidad de conocer nuestro pasado, de saber quién soy.

De comprender la oscuridad que vive en mis venas.

Y yo me siento traicionada por ella: por su silencio cuando está en casa, su rechazo a hablar de la abuela o de las Walker que nos precedieron.

Me gusta más cuando no está, cuando puedo estar sola en la casa vieja.

De todos modos, mi madre nunca se ha preocupado por mí: sabe que puedo cuidarme sola hasta que se descongele la carretera. Podría cuidarme sola incluso si ella nunca volviera.

Dentro de su habitación, me arrodillo en el suelo y extiendo los brazos debajo de la cama, paso por al lado de una vela usada, de pelusas que se van flotando, de un calcetín amarillo al que le falta el compañero, hasta que encuentro la caja de madera que ella tiene escondida.

La saco, apoyo la caja en el suelo frente a mí, y después abro la tapa en silencio.

En su interior hay distintos recuerdos: fotos viejas y cartas familiares guardadas dentro de sus sobres, el collar de perlas de mi abuela, una vieja caja de música que había pertenecido a Henrietta Walker. Reliquias de familia, metidas debajo de una cama, donde en algún momento serán olvidadas. Las

cosas que me recuerdan quién soy, que me hacen sentir menos sola. Las comisuras de mis labios se alzan y forman una sonrisa.

Y debajo de todo eso, encuentro el libro.

Toco las palabras borroneadas que están escritas a mano en el frente: *Libro de hechizos de medicinas del bosque y luz de luna*. Debajo hay un dibujo de una brújula con los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este, oeste.

Pero no abro el libro. No quiero abrirlo en la habitación de mi madre, donde temo que ella pueda percibirlo cuando vuelva, que sepa que me he sentado en el suelo con el libro abierto de par en par frente a mí. Lo meto debajo del brazo, con el peso de la historia de mi familia dentro de sus páginas, y salgo de la habitación con olor a miel como si nunca hubiera entrado en ella.

Con el fuego que brama abajo, hace un calor sofocante en mi habitación, así que abro una de las ventanas y dejo que la nieve entre como un remolino y caiga en el suelo. Yo crecí en esta habitación, en este desván con vistas al lago. También nací aquí, hace diecisiete años, con una luna llena de agua, mientras una tormenta inundaba la ribera del lago y convertía la orilla en lodo. Todas las Walker llegan al mundo cuando la luna está más brillante. Como si nuestro derecho de nacimiento nos llamara.

Pongo el libro en la cama, sintiéndome una ladrona.

El libro me pertenecerá algún día, porque pasa de una Walker a otra. Pero por ahora, pertenece a mi madre, y ella nunca lo abre, nunca lo saca para pasar sus páginas. Es una carga para ella. Nuestra historia familiar parece una enfermedad de la que no puede librarse.

Cuando yo era más pequeña, cuando aún vivía mi abuela, ella traía el libro a mi habitación mientras mi madre salía a hacer entregas. «Tu madre quiere olvidar las tradiciones», me decía. «Quiénes somos en realidad». La abuela Ada se sentaba en mi cama y pasaba las páginas del libro con delicadeza, como si revelara artefactos del pasado enterrados en el polvo. Sus dedos arrugados e inestables conocían las páginas de memoria.

El recuerdo hace que me duela el pecho, pensando en la amabilidad de sus ojos grises, en el tono suave y cómplice de sus palabras.

Me leía páginas en voz baja, como si las paredes pudieran delatarnos. Páginas y páginas de anotaciones, recetas y dibujos hechos a mano. Había instrucciones de cómo descifrar las telarañas que montan las arañas de la pimienta para predecir el estado del tiempo, y de cómo encontrar las preciadas bayas que se usaban durante el embarazo para saber si había un niño o una

niña moviéndose en la barriga. La abuela me leía recetas viejas escritas por Scarlett Walker, Florence Walker y Henrietta Walker, mujeres que parecían más personajes folclóricos que mujeres reales, que vivieron en esta casa y pasearon por el bosque recolectando primula y cicuta. Mujeres que tenían más poder, me temo, que el que yo tendré en mi vida.

Algunas recetas eran inofensivas: instrucciones para hornear un pastel de higos chumbos con especias o una receta muy complicada para hacer guiso de colinabo y perejil; el mejor método para hacer té de enebro, y cómo cosechar raíces de milenrama en otoño. Pero otras eran para hacer cosas que tenían que ver más con la hechicería que con medicinas del bosque: cómo conseguir que un murciélago cace un ratón doméstico, cómo cultivar fresas silvestres, helechos espada y árboles de la cera para protección y adivinación, cómo ver a los muertos que vagan entre las lápidas.

No había índice al final del libro, ni lógica alguna en el orden de las recetas y los hechizos. Las cosas sencillamente se escribieron en orden sucesivo, de una Walker a otra. El libro tiene manchas de té y chocolate, y las primeras páginas son ilegibles porque la tinta casi ha desaparecido con el paso del tiempo. Y cada ciertas páginas, se ha escrito una historia breve —la historia de una Walker que vivió alguna vez, y de cómo murió—, registrada como en una especie de libro contable familiar, de modo que cada relato, cada mujer, nunca cayera en el olvido.

Pero cuando falleció mi abuela, apenas una semana después de que yo cumpliera quince años, mi madre tomó el libro, lo metió dentro de la caja de madera y lo dejó debajo de la cama, como si no pudiera confiármelo, como si intentara borrar el recuerdo de mi abuela y todas las demás Walker. Lo único que quería mi madre era ser normal, dejar el pasado en su sitio, que dejaran de llamarnos brujas o raras, y de obligarnos a esquivar miradas de reojo cuando íbamos al pueblo, mientras oíamos el final de un comentario dicho entre dientes sobre las arañas que vivían en nuestro pelo y los escarabajos que teníamos metidos en las uñas del pie.

Somos las Walker. Y nuestros ancestros han vivido en este bosque desde mucho antes de que los primeros mineros se instalaran a lo largo del río Negro. Nosotras vinimos de este bosque, de las raíces, del agua y de las piedras gastadas por el clima.

Somos las hijas del bosque.

Uno no puede sobrevivir sin el otro.

Me siento cruzada de piernas sobre el cubrecama. La nieve entra flotando en la habitación, atascándose en mi pelo, aterrizando sobre Finn, que está

hecho un ovillo en el suelo, con el hocico metido debajo de la cola.

Abro la tapa del libro y me encuentro con el aroma añejo a ámbar quemado y jazmines, igual que en las noches que pasaba con mi abuela. Un golpeteo me invade el pecho, una especie de dolor peculiar. La emoción y también el miedo dan saltos dentro de mí. Si mi madre descubriera que lo he sacado de debajo de la cama, se enfadaría. Lo escondería en un sitio donde yo no pudiera encontrarlo jamás. Quizás llegaría a destruirlo.

Aun así, me encorro encima de las páginas y se me desata la trenza de pelo negro oscuro y delgado, como el de mi abuela. Incluso el puente macizo de la nariz, la tormenta oscura que yace detrás de mis ojos, la curva melancólica de mis labios... lo heredé todo de ella. El recuerdo de mi abuela, siempre escondido en mi propio rostro.

El peso de la piedra de luna hace que el anillo se deslice alrededor de mi dedo, mientras miro por encima recetas y dibujos hechos con carboncillo, hasta que encuentro lo que estoy buscando. Una mezcla sencilla; una arruga que atraviesa la página donde el libro ha sido abierto en innumerables ocasiones. La receta no era un hechizo de verdad. Pero la abuela la hacía durante los meses fríos del invierno para calentar los huesos helados, calmar un resfriado, devolver la circulación a los dedos entumecidos.

En silencio, bajo la escalera y voy hasta la cocina.

Los ingredientes son fáciles de encontrar. Hay un armario entero lleno de frascos de cristal con hierbas secas, raíces en polvo y líquidos aromáticos con descripciones escritas en las tapas. Hasta hay un frasco que dice «agua del lago», en caso de que hubiera que hacer alguna receta con prisa y no hubiera tiempo de caminar unos metros hasta el lago en sí.

Mi madre ha mantenido el contenido del armario, nunca ha tirado nada, aunque no usa las hierbas, no como las usaba mi abuela. Ella finge que no es una Walker, pero no puede borrar nuestro pasado. No puede limpiar la luz de luna que corre por nuestras venas.

Viendo el puñado de ingredientes en el mismo bol de cobre que usaba mi abuela: clavos de olor molidos y cardamomo en polvo, un poquito de diente de perro y raíz de bardana, y una pizca de una tintura de color rosado rojizo rotulada como «bero».

Meto la mezcla en una pequeña bolsa de tela de algodón, después cruzo la sala de estar y voy con Oliver. Tiene el pelo seco, oscuro y ondulado, y no se mueve cuando meto delicadamente la bolsa de tela debajo de las mantas, junto a sus costillas desnudas. Se le hincha el pecho, el peso lento y acompañado de los pulmones que se expanden. Lo recorre un escalofrío y le

tiemblan los párpados; su cuerpo se pone tenso durante unos segundos, por un sueño que no puedo ver. Me recuerda a un animal que está cerca de la muerte. Que la combate, que lucha. Podría meterme debajo de las mantas y envolver su pecho con mis brazos, podría sentir el latido de su corazón en la palma de mi mano, podría esperar a que el calor vuelva a su piel antes de regresar a mi cama.

Pero es un chico que no conozco. Un chico que ahora huele al bosque. Que me recuerda a los árboles del invierno, altos y delgados, con la corteza dura y salvaje que podría rasgar y abrir la carne. Ni una pizca de debilidad.

Contengo la respiración y me alejo. *Es un chico que no conozco*, me vuelvo a repetir. Es un chico que tiene sus propios secretos. Un chico distinto a los demás, de modos que no entiendo, que no puedo identificar.

La receta indica que las hierbas deben mantenerse cerca del cuerpo mientras se duerme, durante tres noches seguidas, y así se desterrará el frío de los huesos.

Es todo lo que puedo ofrecerle, todo lo que sé hacer: soy una Walker sin magia de verdad. Sin sombra nocturna. Eso deberá ser suficiente.

De vuelta en el desván, cierro el libro y me meto debajo de las sábanas, intentando no pensar en el chico. Un desconocido que duerme abajo.

Falta poco para que amanezca; la luz que entra por la ventana de mi habitación está adoptando una tonalidad entre rosada y carmín.

Me subo las mantas hasta el mentón, rogando que el sueño me encuentre, que me lleve y me dé al menos una hora de descanso. Pero el corazón me martillea las costillas, una molestia que no quiere irse. No se trata del chico de abajo solamente. Hay algo más.

La mariposa que he visto en el bosque. Las alas blancas deshilachadas y los ojos negros diminutos. La mariposa es una advertencia.

Y sé lo que significa. Sé lo que se avecina.

Mis ojos viran hacia la pared, encima de mi cabeza, donde distintos objetos recolectados en el bosque están sujetos a la madera con tachuelas. Trozos de musgo y hojas secas de arce, una pluma de cuervo y un huevo roto de urraca, semillas de guillomo y otras cosas encontradas en el suelo del bosque. Una decena de flores silvestres secas cuelgan con los tallos hacia el techo, con el polvo de polen que cae sobre mi almohada. Trae buena suerte meter el bosque en tu casa, dejar que te vigile mientras duermes. Estas cosas me protegen. Me traen sueños bonitos.

Pero esta noche no.

Incluso con la ventana abierta, con la nieve que se junta de a ráfagas en el suelo, sudo entre las sábanas, y mis mejillas se pegan a la almohada.

Y en mi sueño febril, tengo la rara sensación de que por la mañana, Oliver se habrá ido. Se habrá derretido en el suelo como un niño hecho de nieve.

Un engaño del bosque.

Como si nunca hubiera estado aquí.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

FLORENCE WALKER nació en 1871 durante una luna verde de Litha.

Unos cuervos se juntaron en el alféizar de la ventana cuando ella respiró por primera vez, y la vigilaron en su cuna, con las alas plegadas, todas las noches mientras dormía.

El día de la boda de Florence, un gorrión de corona blanca posado en un abedul cantó una melodía que provocó escalofríos entre los asistentes.

—Es una bruja de las aves —dijeron—. Hacen lo que ella les ordena.

Pero las aves solo se sentían atraídas por la sombra nocturna de Florence.

Ella siempre tenía semillas de girasol en los bolsillos, y las dejaba apiladas sobre rocas y en la orilla del lago. Y cuando se ponía su vestido amarillo melocotón, se le caían las semillas por un agujero del bolsillo y dejaba pequeños caminos marcados por todos lados. Susurraba augurios a las aves y, a cambio, ellas le contaban los secretos de sus enemigos.

Más adelante, la casa Walker que se había construido entre los árboles pasó a estar siempre llena del cotorreo de pinzones y rascadores moteados. Volaban entre las vigas y dormían amontonados alrededor del lavabo del baño.

Florence murió a los ochenta y siete años. Una tuberculosis muy fuerte. Un búho ululó toda la noche a los pies de la cama, hasta que Florence finalmente soltó un *pío* y se quedó inmóvil.

En el jardín, aún puede verse un cuervo que salta entre las hileras de ajos y geranios, buscando lombrices. Tiene ojos de niña.

Cómo atraer al cuervo del jardín:

Un puñado de semillas.

Una voluta de humo de zafiro.

Dos clavos de olor de la entrada del jardín.

Hacer un chasquido con la lengua y decir el nombre «Florence Walker» tres veces.

Usar un sombrero para el sol.

NORA

Se me forman gotas de sudor en la frente y pateo las sábanas para apartarlas. Estoy acalorada y desorientada.

El sol de la mañana es un orbe de luz difusa que se ve a través de la ventana de mi habitación, y Finn está jadeando junto a la escalera, con la lengua que le cuelga ante el calor del desván. Tengo unas puntadas diminutas en las sienes por haber dormido poco, y después recuerdo al chico, de labios gruesos y ojos demasiado profundos.

Salgo de la cama, mareada, nerviosa, y Finn me sigue mientras bajo la escalera: ambos necesitamos el alivio del aire fresco, algo que borre los sueños agitados que aún golpean dentro de mí, los que no puedo quitarme.

Pero cuando llego al último escalón, me detengo en seco.

En la sala de estar, el fuego está bajo, apenas sale una chispa del interior del calefactor.

En el sillón hay una pila de mantas, un cojín arrugado, estrujado, usado para dormir.

Pero no está Oliver Huntsman.

Enseguida abro la puerta principal y salgo con prisa a la nieve. El aire frío me inunda los pulmones, me pincha las puntas de las orejas. Un dejo de pavor se cuela entre mis omóplatos: no porque esté preocupada por él, sino porque no puedo estar segura de que haya estado aquí, de que no lo haya imaginado. Un chico hecho de nieve y estrellas oscuras, que al alzarse el sol en el cielo, se hizo polvo y desapareció.

Me quedo de pie en el suelo de madera e inspecciono los árboles, buscando pisadas en la nieve, alguna pista de que ha desaparecido durante la noche, que ha vuelto al bosque Wicker.

Y entonces la veo.

Aparece una silueta entre los árboles, entre la casa y el lago congelado, mientras la nieve cae del cielo color carbón. Contengo la respiración, una picazón desafiante trepa por la parte de detrás de mi cuello. Es él.

Lleva puesta la ropa de ayer, ya seca, y quizás solo sea la luz de la mañana —toda cristalina, rara y bella—, pero parece demostrar una valentía inusual, como un chico que está a punto de embarcarse en un viaje, en alguna aventura llena de peligros de la cual seguramente no volverá.

Él se da la vuelta, percibiendo que lo observo, y veo que lleva en la mano el saco de hierbas que puse junto a él mientras dormía.

Me mira de reojo con los ojos color esmeralda; en ellos, una oscuridad que no consigo descifrar.

—¿Estás bien? —pregunto, acercándome al borde del porche, pero las palabras parecen inútiles, las absorbe el aire frío apenas salen de mis labios.

—Necesitaba aire fresco —dice él, apoyándose sobre la otra pierna—. Esperaba que hubiera salido el sol. —Su mirada salta al cielo, donde las nubes oscuras han extinguido el azul que está detrás. Me pregunta si pensaba que la luz del sol le daría calor, lo curaría... un bálsamo para su mente cansada. Quizás pensaba que le devolvería los recuerdos con solo una rápida inhalación.

Sus nudillos se cierran alrededor de la bolsa de hierbas y baja la mirada hacia ella, con las cejas juntas, como si no recordara que la llevaba en la mano.

—Te la hice anoche —explico, atravesada por la vergüenza. *Hierbas de bruja recolectadas por una chica bruja*. Soy una Walker que nunca ha querido ser otra cosa, pero tampoco quiero que él me mire como los chicos de la escuela, como los demás chicos del campamento. Como si fuera un monstruo: rara y misteriosa, con maldad en el corazón. Quiero que él vea a una chica y nada más—. Te ayudará a recuperar el calor —añado, como si eso lo hiciera menos extraño. Como si una bolsa de hierbas fuera tan común como una cucharada de jarabe para la tos con sabor a fresa antes de ir a dormir.

Pero su mirada se relaja, sin miedos, sin restricciones.

—Tienes que dormir con ella durante dos noches más —añado, aunque no espero que la conserve... una bolsa rara con hierbas de olor intenso.

Él asiente, y cuando habla, su voz está áspera y hecha trizas por el frío.

—Gracias.

Finn baja a pisotones por los escalones del porche y mete el hocico en la nieve, siguiendo un rastro por la niebla baja de la mañana, pasando por las piernas de Oliver.

—Se avecina otra tormenta —digo, mientras un viento helado se levanta del lago como un remolino, feo y malo. Sopla entre los árboles, pinchándome la cara, y una sensación de *déjà vu* me atraviesa con tanta rapidez que casi no me doy cuenta. Siento como si ya hubiera estado aquí parada, mirando a Oliver entre los árboles, con los labios apretados. O quizás vuelva a hacerlo, y el tiempo se haya adelantado apenas un poco y vuelto atrás. Cuento los segundos, pestaño, y cuando abro los ojos, la sensación ya no está.

Oliver baja la vista, y yo desearía arrancarle palabras de su garganta: ojalá supiera en qué piensa. Pero está mudo como las liebres que se sientan en el porche en primavera, espiando por las ventanas, pensando en sus ideas dóciles e incognoscibles.

Cuando sigue sin responder, me aclaro la garganta, preparándome para la pregunta que necesito hacer, la que me he guardado toda la noche y me ha hecho agujeros de duda en la piel.

—¿Cómo terminaste en el bosque Wicker?

—¿Cómo sobreviviste dos semanas en ese bosque oscuro y espantoso?

—Con ese frío?

Sus ojos vuelven a posarse en mí, pero esta vez su boca está al revés, y su frente adopta un gesto de desconcierto.

—El bosque Wicker? —pregunta.

—Ese es el sitio donde te encontré.

Él niega con la cabeza.

—No lo sabía —responde primero, y después—: No recuerdo lo que pasó.

Un cosquilleo me recorre la espalda de puntillas: desconfianza, quizás.

—Es un sitio peligroso —digo—. Podrías haber muerto. O podrías haberte perdido y no saber cómo salir.

—Pero tú entraste al bosque Wicker —señala.

Está calmado, pero mis pensamientos dan vueltas y vueltas, giran y giran sin parar.

—Anoche había luna llena —respondo con rapidez—. Y soy una Walker.

—Todo lo que has oído sobre mí es verdad, pienso, pero no lo digo. Todas las historias. Los rumores que circulan en el campamento, la palabra que pronuncian en voz baja: bruja.

Si se hubiera criado aquí, conocería todo lo que se dice de mi familia, todas las historias que se han contado de las Walker: de Scarlett Walker, que adoptó como mascota a un cerdo que encontró en el bosque Wicker y que se había puesto de un color blanco ceniciento después de comer unos inusuales

arándanos blancos; de Oona Walker, que podía hervir agua con solo golpear una cuchara contra la olla; o de Madeline Walker, que metía sapos en frascos para evitar que las personas contaran sus secretos.

Pero Oliver no conoce esos relatos: las leyendas que yo sé que son verdad. Solamente conoce lo que le han contado los chicos, y la mayoría de esos cuentos son mentira. Surgieron del miedo y el rencor, no de la historia.

No sabe que las Walker pueden entrar en el bosque Wicker porque nuestra familia es tan antigua como los árboles, que estamos hechas de las mismas fibras y tierra, de raíces y semillas de dientes de león.

Sin embargo, de alguna forma, este chico se metió en la oscuridad del bosque Wicker y salió ilesa. Salió vivo. Como si interviniere alguna especie de magia rara.

—¿Cómo sobreviviste allí dentro? —insisto, buscando en su cara alguna mínima señal de mentira, algo que intente ocultar.

Él mastica la pregunta, la amasa en su cabeza, y cuando hace un gesto de negación, me pregunto si lo sabrá. Quizás su mente ha borrado lo que debe olvidarse: las cosas desagradables. Es mejor no recordar el bosque, o lo oscura que puede ser la oscuridad.

Trago saliva con fuerza: frustrada, cansada. Algo le pasó allí dentro, pero no quiere decirlo. O de verdad no se acuerda. Y por alguna extraña razón, mi mente vuelve a la mariposa, a sus alas blancas que se batían en el aire oscuro. El recuerdo de su revoloteo entre los árboles, que me llevó a Oliver, al sitio donde estaba echado en la nieve. Hago una mueca y me cruzo de brazos, intentando desterrar la imagen. *Quizás me equivoqué*. Quizás no era una mariposa de hueso, sino una mariposa nocturna común, muy grande y blanca como la nieve. Una mariposa que no advertía nada.

Quizás.

Quizás.

—Mejor te llevo de vuelta al campamento —digo, exhalando una bocanada de aire.

Se le hunden los hombros y se le tensa la mandíbula. Me doy cuenta de que no quiere volver allí, al campamento, pero tampoco puedo quedármelo. *El que lo encuentra se lo queda*. Él es un objeto perdido que pertenece al Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes. No me corresponde quedármelo: para ponerlo sobre el alféizar de una ventana, limpiarlo y admirarlo.

Aunque tenga ganas de hacerlo.

Él asiente con la cabeza, un gesto serio.

—Y debemos ir antes de que empeore esta tormenta —añado. El cielo ahora tiene el color de un magullón que está a punto de empezar a sanar, y el viento azota los árboles, soplando nieve por el lago.

Oliver alza los ojos, y hay en ellos una intranquilidad que traiciona algo más. Miedo, quizás. Agitación. O simplemente falta de sueño.

—De acuerdo —cede él.



Finn gime desde el porche, con los ojos grandes y llorosos.

No quiere que lo dejen solo, pero es mejor que se quede. En verano, los turistas suelen pensar que Finn es un lobo de pura sangre: peligroso y salvaje. Y quizás tengan razón. Cuando apareció en la puerta de nuestra casa hace dos años, arañando la madera para que lo dejáramos entrar, parecía una mezcla de lobo y perro collie, con un destello silvestre en los ojos. Como si fuera a salir corriendo al bosque en cualquier momento y volver adonde pertenece.

Incluso los chicos del campamento que lo han visto de lejos gritan que hay un lobo acechando entre los árboles. O le arrojan piedras.

Le tienen miedo, y el miedo hace que las personas hagan tonterías.

Le doy a Finn una palmada en la cabeza, y Oliver y yo tomamos un atajo entre los árboles, siguiendo la orilla. A nuestra izquierda, la superficie congelada del lago es una red de grietas que se entrecruzan hasta llegar al centro. En los meses más cálidos, el agua es brillante y tranquila, de un tono azul suave. Pero ahora, el lago se ha quedado aletargado: negro, sombrío y helado.

—Los chicos del campamento dicen que no tiene fondo —señala Oliver a mis espaldas, mientras los pies golpean la nieve y el aliento forma nubecitas blancas con cada exhalación.

—Nunca nadie ha visto el fondo —respondo—. Tampoco lo han tocado. —A veces me quedo parada en la orilla e imagino que caigo, caigo y caigo dentro de esa agua oscura, y siento terror y también la rara emoción de la curiosidad. *¿Qué hay allí abajo, donde nunca ha brillado la luz? ¿Qué acecha en el punto más profundo?* ¿Qué monstruos se esconden donde nadie puede ver?

—Entonces, ¿crees que es cierto? —pregunta él, deteniéndose frente al lago. Su voz suena fuerte, con una gravedad que anoche no estaba. Quizás las hierbas estén funcionando.

Me muerdo la comisura del labio y levanto un hombro.

—Cuando vives aquí mucho tiempo, empiezas a creer en cosas que quizás antes no creías en el mundo exterior —le digo, segura de que no va a entender lo que quiero decir.

Siento que me mira, con los ojos verdes demasiado verdes, y después su mano se levanta, se extiende hacia mí. Sus dedos me rozan apenas el pelo, haciéndome cosquillas detrás de la oreja.

—Una hoja —dice, quitándola y enseñándomela. Una hoja amarilla de tres puntas con bordes dorados yace sobre su mano—. Estaba enroscada en tu pelo.

Su cercanía me pone nerviosa, y me paso rápidamente los dedos entre el cabello.

—Pasa a menudo —respondo con suavidad, apartando la mirada y sintiendo el calor que me sube por las mejillas—. El bosque se me queda pegado.

Su sonrisa es amplia y plena, y es la primera vez que la veo: la ligera curvatura de sus labios, la inclinación hacia un lado, el guiño de sus ojos como si estuviera a punto de reír.

No le permito ver mi sonrisa, que intenta asomarse a mis labios. Sé que piensa que soy rara. Una chica que hace pocións y tiene hojas enredadas en el pelo. *Sin duda es una bruja*. No hay forma de que no lo sea.

Después de caminar casi un kilómetro por el extremo norte del lago, llegamos al campamento.

La primera construcción que se hizo en estas montañas.

Las primeras estructuras que se alzaron entre los árboles.

El Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes se fundó hace cincuenta años y se construyó a partir de los restos del primer asentamiento de mineros de oro. A principios del siglo xx, hombres y mujeres fuertes hicieron su fortuna en estas montañas, cribando oro en la ribera del río Negro. Incluso el lago cedió algunos granos de polvo de oro en los primeros años.

Pero ya no: hace tiempo que el oro se acabó.

Ahora hay una veintena de cabañas enclavadas detrás de los árboles cubiertos de nieve, con algunos edificios más pequeños y de formas raras que están dispersos a lo largo de la orilla, entre ellos un cobertizo de mantenimiento y una estación de bombeo, que antes formaban parte del pueblo minero desierto.

La nieve del campamento está llena de huellas: las botas de cuatro decenas de chicos que deambulan por aquí y por allá, de una cabaña a otra y vuelta otra vez. En verano, la playa es un caos de chicos que juegan al Frisbee

y al fútbol, y que se meten en el agua con canoas y veleros que construyeron ellos mismos y que apenas pueden mantenerse a flote.

Cuelgan carámbanos de hielo de las vigas del comedor, y subimos la escalera con paso pesado, hasta llegar a las dos inmensas puertas de madera. Al otro lado, alcanzamos a oír la algarabía de las voces: los del campamento están en pleno desayuno.

Echo un vistazo a Oliver, que está detrás de mí, con los hombros levantados por el frío. Tengo la clara sensación de que quizás debería llevarlo de vuelta a mi casa, esconderlo en el desván, ponerlo a salvo. Pero bueno, lo sé: no me corresponde quedármelo.

—¿Vienes? —pregunto, con un tembleque en la voz que acompaña cada palabra con un crujido.

Quizás se está preparando para el castigo que le espera cuando los supervisores del campamento vean que ha vuelto. Quizás desee seguir en el bosque, echado de espaldas sobre la nieve. Perdido.

Pero no puedo llevarlo otra vez al bosque.

Una cosa encontrada no puede desencontrarse.

Él asiente, así que abro una de las pesadas puertas de madera y entramos.

Nos golpean el extraño clamor de las voces y el denso aire ahumado. Es como salir de un mundo de ensueño silencioso y apagado por la nieve y entrar a un mundo despierto, lleno de murmullo y bullicio. Mis ojos y oídos tardan unos segundos en adaptarse.

El salón es extenso, impresionante, y parece que podría soportar mil años de nevadas y vientos intensos antes de empezar siquiera a deteriorarse. Arde una fogata en un enorme hogar de piedra ubicado al fondo de la pared de la izquierda. El aire huele a pan tostado ennegrecido y tiene un tono oscuro y lúgubre, como si el triste aire invernal intentara colarse al interior.

Hay dos mesas largas de madera, con velas que iluminan las caras de los chicos sentados a ambos lados, y el barullo que montan resuena por el elevado techo de madera. La mayoría está desayunando, los tenedores raspan los platos y el zumo de naranja cae sobre las mesas, pero en el otro extremo del salón hay algunos que están jugando al tenis de mesa cerca del hogar.

Ya he estado aquí, en un par de ocasiones.

Todos los veranos e inviernos, el campamento hace una fiesta a la que invitan a los habitantes de Fir Haven, y cada invitado lleva comida o bebida. Hay música y visitas guiadas de las viejas instalaciones mineras. Vienen más que nada chicas: para ver a los chicos, para besarlos detrás de los árboles. Mi madre insistió para que yo fuera los dos últimos años, dijo que era bueno

conocer gente nueva. Hacer amigos. Como si a mi vida le faltara algo al no contar con un grupito de chicas que me invitaran a fiestas de pijamas en el patio durante el verano, de esas en las que los sacos de dormir forman un abanico bajo las estrellas. Como si no pudiera ser perfectamente feliz sin esas cosas. Como si este bosque y Finn y un desván lleno de libros y cosas encontradas no fueran suficientes.

Oliver y yo nos quedamos de pie durante un momento, esperando a que alguien nos mire, se dé cuenta: Oliver Huntsman ha vuelto.

Pero ellos siguen llenándose la boca con gofres que chorrean sirope, sorbiendo zumo de naranja y riendo con tantas ganas que me sorprende que no se ahoguen.

Oliver se queda mirando el paisaje de chicos como si intentara identificar los nombres y las caras de las personas que conocía antes de desaparecer, aunque ahora no son más que un confuso borrón. Descruza los brazos y se vuelve hacia mí, con una marcada línea de tensión que nace en sus sienes y llega al mentón.

—Gracias —dice—. Por dejarme pasar la noche en tu casa.

No hay calidez alguna en su mirada. Y una piedra fría de duda se instala en mi pecho. Quizás lo rescaté del bosque, pero traerlo de vuelta aquí parece estar mal: peor que la oscuridad del bosque y la promesa de la muerte.

Obligo a mis labios a sonreír, pero lo único que digo, lo único que sale de mi pecho es:

—De nada.

Este es el sitio al que pertenece. En mitad de un mar de chicos.

Él se va sin mediar palabra, sin ni siquiera decir adiós, y se acerca a la hilera de mesas, mezclándose con los demás chicos. Espero que alguien lo reconozca, que grite su nombre. Pero nadie lo hace. El salón está sumido en la penumbra, es muy difícil discernir a un chico del resto. *Un chico que ya han olvidado*. Pero estoy segura de que en cuanto los supervisores descubran que ha vuelto, querrán respuestas. Querrán saber dónde ha estado y que pasó. ¿Les dirá la verdad, que ha estado en el bosque Wicker todo este tiempo? ¿Acaso sabe la verdad? ¿Acaso recuerda cómo terminó allí?

Me quedo mirándolo, sabiendo que quizás esta sea la última vez que lo vea.

Incluso si se queda un año entero en el campamento, será uno más del montón de chicos sin nombre. Los chicos van y vienen. Y pronto él también se irá, lo mandarán de vuelta a sea cual sea el sitio del que vino: uno de los estados llanos, o de los estados húmedos, de vuelta a casa con sus padres y

amigos. Pronto olvidará este sitio y la noche en que una chica lo encontró en el bosque y lo dejó dormir en su casa junto al fuego. Un recuerdo viejo reemplazado por nuevos.

Desaparece entre la marea de chicos. Mi primer objeto encontrado hecho de carne y hueso, y ahora se ha ido.

Mi corazón traiciona a mi cabeza y se hunde para dentro. Se hace cóncavo. Como si un dolor profundo e incognoscible lo estrujara hasta dejarlo como un grano de maíz diminuto. Una sensación que no quiero sentir. Me niego a sentirla.

Giro en dirección a la puerta, haciendo la sensación a un lado, y con el rabillo del ojo veo que se acerca alguien. Alta y ligera, desplazándose no con las zancadas grandes de un chico, sino con la soltura de una chica que se siente cómoda consigo misma.

La esbelta Suzy Torrez, con el pelo color bellota recogido en una coleta y las pestañas tan largas que parecen alas de colibrí, se acerca hacia mí con paso despreocupado, esbozando una sonrisa.

—¡Nora! —exclama.

Noto que me quedo boquiabierta y se me va la sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando llega hasta donde estoy.

Suzy vive en Fir Haven y va al bachillerato del pueblo. Apenas la conozco: nuestras taquillas estuvieron una al lado de la otra el año pasado, pero nunca fuimos amigas. Tiene un grupo de mejores amigas que lo hacen todo juntas y una multitud de chicos que la halagan, y yo no tengo ninguna de esas cosas. Tampoco quiero esas cosas.

Sin embargo, veo a Suzy de vez en cuando en el lago, más que nada en verano, tomando sol en la orilla, tendida sobre una toalla con todas sus amigas, cubiertas de aceite de coco y riendo tan fuerte que sus voces se oyen al otro lado del lago. Por lo general tiene un amorío de verano con alguno de los chicos del campamento, un amor pasajero que cambia en cuanto llega la nueva camada de chicos. Siempre he envidiado la facilidad con la que su corazón revolotea de uno al otro, flotante y maleable.

—He estado varada aquí desde la tormenta —dice. Sus ojos se dirigen al salón—. Me escabullí para ver a Rhett Wilkes. No sabía que nunca iba a poder irme de estas montañas. Los supervisores no estaban nada contentos cuando me encontraron escondida en la cabaña de Rhett, pero ¿qué iban a hacer? —Se encoge de hombros—. No podían mandarme a mi casa. —Sus ojos se apartan un segundo y vuelven, con una ceja levantada—. Nunca en mi vida he odiado tanto a los chicos como en este momento. —Su nariz se

sacude como si no pudiera soportar el hedor de todos estos chicos, amontonados, con olor a humo y sudor, varados en el bosque. Después se le entrecierran los ojos—. Tú vives al otro lado del lago, ¿no? —pregunta.

Asiento. Por supuesto que lo sabe. Todos saben dónde viven las Walker: en la casa donde se rumorea que las brujas practicamos la magia más vil, donde las Walker hacemos hechizos y bebemos la sangre de nuestros enemigos. La casa por la que la mayoría de los residentes evita pasar.

—¿Qué haces en el campamento? —pregunta, con los dientes blancos y brillantes, y un tono de voz sensiblero y tranquilo. Me habla como si yo fuera cualquier otra chica de la escuela, como si fuéramos amigas, de esas que se quedan hablando hasta tarde por teléfono, riendo, con las sábanas por encima de la cabeza para que no las oigan. Eso es algo que nunca he conocido, y que quizás nunca conozca: una sensación que duele, que se hunde en mi estómago como una piedra arrojada a las profundidades de un estanque, que se hunde, se hunde, hasta que ya no se ve.

—Encontré al chico que había desaparecido —leuento—. Lo he traído de vuelta aquí.

Ella frunce el ceño, como si el recuerdo de un chico desaparecido le disparara unas raras punzadas de dolor en el pecho.

—Creía que había muerto —responde, con la voz tensa—. Que se había congelado en la nieve, y que lo encontrarían en primavera. —Al decir eso, se estremece, pero su descripción parece curiosamente cruel, como si morir en el bosque fuera algo común aquí. *Un chico muerto, fácil de reemplazar por cualquiera de los demás.*

Alzo una ceja, y ella enrosca su pelo largo y oscuro por encima de un hombro, golpeando el suelo con un pie como si estuviera impaciente. Nuestra conversación la aburre.

Las velas dispuestas a lo largo de las dos mesas largas parpadean por unos segundos, proyectando sombras danzarinas en las paredes; Suzy se cruza de brazos y se acerca a mí. Baja el mentón como si no quisiera que nadie más oiga lo que está a punto de decir.

—Este sitio me da escalofríos.

—A todos les da escalofríos —respondo, observando las siluetas raras que la luz de las velas forma en el techo: manos, caras y huesos que se doblan en ángulos extraños. Los chicos siempre se han quejado de que el campamento está embrujado, que los fantasmas de los mineros hacen ruido en los pasillos y se bambolean entre los árboles por las noches. Los chicos no están

acostumbrados a vivir en el bosque, al ruido constante de las ramas que arañan las ventanas, y a sentir el viento en el cuello mientras duermen.

—Sí —coincide ella en voz baja. Pero me doy cuenta de que lo está pensando, de que algo le pica en la piel. Se frota las manos contra los brazos y aparta la mirada, mordiéndose el labio—. No puedo quedarme más aquí —murmura, más que nada para sí misma. Baja el mentón hasta el pecho y respira despacio, como si intentara imaginar que está en otro sitio... *choca tres veces los talones* y puf, *estará de vuelta en su casa...* en lugar de estar atrapada en estas montañas, viviendo con todos estos chicos espantosos.

La luz de las velas vuelve a vibrar, y el viento sacude las paredes resistentes. Sopla otra tormenta fuerte. Oigo el rugido del ventarrón justo antes de que las dos puertas que tenemos detrás se abran de par en par, empujadas por la corriente, y golpeen contra la pared con un gran estruendo.

En un instante, todo el comedor queda sumido en la oscuridad: se apagan todas las velas, el fuego del fondo queda reducido a brasas. Se arrastran las sillas por el suelo de madera, se apartan los platos, se caen los cubiertos. La luz del día, débil y gris, se filtra por la puerta abierta, pero apenas alcanza para iluminar el comedor sombrío.

—Bueno, bueno, tranquilizaos —brama una voz desde algún sitio de la oscuridad: uno de los supervisores—. Sentaos y os contaremos. —Se enciende una linterna al otro lado del salón, después un par más, y los espeluznantes haces de luz atraviesan las caras y las altas paredes.

—Por favor —dice Suzy con disimulo, como si cada palabra fuera un secreto—. ¿Puedo quedarme contigo, hasta que se despeje la carretera?

Siento que mis dos cejas se levantan. Suzy Torrez jamás ha pisado mi casa. Suzy Torrez preferiría estar muerta antes de que la vieran hablar conmigo en los pasillos de la escuela. Nunca me ha pedido sentarme con ella en la cafetería durante la comida ni me ha invitado a ninguna de sus fiestas de cumpleaños, y ahora quiere quedarse a dormir. En mi casa.

—He estado durmiendo en un catre en un cuartito cerca de la cocina. Es el único sitio que no está repleto de chicos. No lo aguento más —insiste, implora, con el blanco del ojo demasiado blanco.

Se enciende un farol que despidé más luz por el salón, mientras los chicos vuelven a las largas mesas de madera.

—Eh... —Empiezo a abrir la boca para hablar, pero Suzy me interrumpe.

—Al menos hasta que puedan usarse los teléfonos, entonces podré llamar a mis padres y ellos encontrarán una forma de venir a buscarme. —Ahora sus

ojos se fijan en los míos, rogando. El pelo le cae sobre la cara. Los dedos le tiemblan como si tuvieran una picazón a la que ella no puede llegar.

Me da lástima, al ver la curvatura desesperada de su boca, el borde lloroso de sus ojos. A mí tampoco me gustaría dormir aquí, en este sitio húmedo y frío. Y una parte de mí, una parte que no quiero admitir que siento, piensa que sería bonito tener a alguien en casa, para que no haya tanto silencio. Anoche, dormir en mi habitación con Oliver abajo, en el sillón, fue reconfortante, por raro que parezca. Otro cuerpo cálido y un corazón vivo dentro de la casa.

—Está bien —digo.

Una sonrisa le invade la cara y revela sus dientes perfectamente derechos.

—Voy a buscar mi bolso. ¿Nos encontramos fuera?

Asiento con la cabeza y ella se da vuelta, camina por el salón inmenso y desaparece tras una entrada oscura que imagino que llevará a la cocina.

Se vuelven a encender las velas a lo largo de las gruesas mesas de madera, y las llamas se convierten en puntitos de luz en mitad de la oscuridad que iluminan las paredes. Pero antes de salir por la puerta abierta, me doy cuenta de que algo baja revoloteando del techo, algo que antes no podía ver por la oscuridad.

Una mariposa nocturna.

Debe de haber estado volando entre las vigas, y ahora se agita por el aire, atraída por la luz de las velas. Su cuerpo gris blanquecino es más claro de lo que debería ser. Sus antenas son demasiado largas y blancas. *No es una mariposa común.*

Es el mismo tipo de mariposa que vi en el bosque Wicker.

Una mariposa de hueso.

Verla otra vez es como si una chispa me tocara los párpados: fría como las heladas del invierno, feroz como el viento congelado, como una premonición. Pero nunca he podido anticipar lo que se avecina. No como Georgette Walker, mi tataratía abuela, cuya sombra nocturna le permitía ver el futuro en las gotas de rocío suspendidas de las briznas de pasto. *Esta* sensación es distinta: una certeza instalada en el fondo de la garganta, un dolor sordo y anquilosado, un zumbido en los oídos.

Me doy la vuelta, un escalofrío me recorre la columna, y salgo disparada al exterior, antes de que los supervisores decidan que tienen que contarme junto con los demás, y me preparo para encarar el frío aire invernal.

Me tiemblan las manos a los costados, y el corazón golpea contra los delicados travesaños de mis costillas. Apoyo el hombro contra uno de los postes grandes que sostienen la plataforma, respirando con dificultad,

pestañeando para quitarme la nieve de los ojos, pestañeando para quitarme la imagen de las alas que se me quedó pegada en los párpados. Me había convencido de que la mariposa que vi en el bosque era una mariposa nocturna común, *una mariposa de invierno del color de la nieve*, nada más. Pero me equivoqué. Es de las que debo temer, de las que se mencionan en el libro de hechizos infinidad de veces. La vi en los dibujos hechos con carboncillo de alas hechas jirones en los bordes, patas peludas, ojos redondos y negros que buscan una sola cosa: la muerte.

Los ojos se me llenan de lágrimas por el frío, me estalla la cabeza.

Una bruma se hunde en el lago, la penumbra se pone densa como el humo de aliso húmedo, y me recuerda al día en que enterramos a mi abuela en el cementerio pequeño que está en el extremo oeste del lago, un sitio donde los antiguos mineros descansan bajo el suelo, y las lápidas están gastadas, derruidas, hundiéndose en la tierra negra.

«Bruma funeraria», la llamó mi madre ese día. La clase de clima que solo se aplica a un entierro: para llorar, para disimular las lágrimas que ruedan por las mejillas, para anestesiar los corazones que se han partido por la mitad. Pero ahora la bruma funeraria ha descendido sobre el lago, bajando de la montaña en olas interminables. Un recordatorio... o quizás una advertencia.

Es un buen día para enterrar a los muertos.

OLIVER

Cuando tenía diez años, mi padre me llevó a acampar en lo profundo de las montañas Blue Mile. Dormimos en una tienda mientras la lluvia la azotaba desde afuera y goteaba por un agujero en la delgada tela de nylon. El agua se acumuló en un charco alrededor de los sacos de dormir, y temblé toda la noche.

Nunca había tenido tanto frío en la vida.

Hasta ahora.

El frío de este bosque es despiadado. De ese que se te mete dentro, bajo la ropa, los calcetines y la piel, y llega hasta la médula ósea. Me escapo del comedor por una puerta trasera, antes de que alguno de los supervisores me vea, antes de que *nadie* me vea. La luz de las velas es débil y soy una más de las sombras que pasan caminando.

La bruma cubre los árboles, densa, y avanzo en medio de la nieve, pasando junto a las cabañas que están metidas entre los pinos. Los números de las cabañas están desordenados: cabaña cuatro, después veintiséis, después once. No tienen sentido. Pero llego a la cabaña catorce, el sitio que me asignaron para dormir cuando vine la primera vez, hace ya semanas; abro la pequeña puerta, y entro agachado.

Casi nadie ha oído hablar del lago Jackjaw, o de un campamento para chicos escondido en lo profundo de las montañas, alejado de todo. Hasta el pueblo más cercano queda a una hora en coche por una carretera empinada y serpenteante. Es un sitio que no figura en casi ningún mapa. Un sitio donde es fácil perderse, ser olvidado.

Pero nunca tuve la intención de desaparecer.

Dentro de la cabaña hay dos literas, cada una contra una pared lateral: cuatro chicos por cabaña. Huele a madera húmeda y humo de fogata. Es un

olor que ha quedado impregnado en las sábanas, en las almohadas blancas almidonadas y en la alfombra verde raída del centro, en todo.

Me agacho junto a la estufa de leña que está en un rincón.

Los supervisores nos dijeron que no debemos dejar que se apague el fuego de las estufas, que deben arder día y noche, para mantener el calor en las cabañas. Pero casi todos los chicos se olvidan. Y nuestra estufa se ha puesto oscura.

Pongo unos leños secos sobre las brasas, avivando el fuego, pero la cabaña sigue fría; el viento aúlla contra las ventanas y sacude los cristales delgados. Me quito las botas y voy a la cómoda de madera que está en la pared de la derecha. Me arrodillo y abro el cajón de abajo, el que era mío. Pero está vacío. La ropa, la mochila que traje, los pocos libros, el teléfono móvil sin batería: no queda nada.

Los supervisores deben de haberlo sacado todo. Debieron de meter mis pocas pertenencias en una caja cuando desaparecí, listas para enviarlas a mi tío cuando se despejara la carretera. «Lamentamos informarle que su sobrino, Oliver Huntsman, ha desaparecido del Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes. Si aparece, le avisaremos. Mientras tanto, aquí están sus pertenencias».

Cierro el cajón; un vacío raro se instala en mis entrañas. Mis pocas cosas ya no están. Tampoco llegaban a representar una vida, pero eran todo lo que tenía, todo lo que me quedaba que aún guardara algún significado: de mi vida anterior, de mis padres. Y contengo la amenaza de las lágrimas, el retorcijón espantoso que siento en el pecho. Quizás los supervisores ya estaban haciendo lugar para otro chico. Mi único cajón, mi cama... despojados de todo recuerdo del chico que desapareció.

Oliver Huntsman, limpiado hasta la inexistencia.

Subo la escalera hasta la cama de arriba, la que era mía, y el colchón triste y hundido se acomoda debajo de mí. Me quedo mirando el techo, a un brazo de distancia, con nombres de chicos, símbolos y dibujos rudimentarios tallados en la madera. Las noches en las que los chicos no podían dormir, o estaban aburridos o no querían ser olvidados, clavaron la hoja de un cuchillo y dejaron una prueba de que estuvieron aquí.

Dentro del bolsillo de mi abrigo, encuentro la bolsa de tela llena de hierbas que *ella* me dio. Huele como el jardín de mi madre, donde cultivaba tomillo, patatas y zanahorias que comía recién cosechados. Aprieto la bolsa contra el pecho, contra las costillas, intentando quitarme el frío y el recuerdo

de mi madre, que es como tener un cuchillo contra la garganta, que me hace sentir solo: espantosa y desesperadamente solo.

Los chicos dicen que Nora es bruja. «Una bruja de la luna que está llena de pensamientos raros y palabras extrañas, que vive en una casa rara, repleta de cosas raras, entre los árboles».

Quizás tengan razón. O quizás solo cuentan esas cosas para pasar el tiempo. Hablan de ella para que nadie hable de ellos.

Tal vez ella también se sienta sola. Incomprendida. Con un vacío en su interior que nunca podrá llenarse.

Como yo.

El fuego crepita y cierro los ojos, subiendo la manta por encima de la cabeza para cubrirme del frío. Intento dormir, que el día se derrita a mi alrededor. Y durante un rato sí duermo, pero mis sueños son oscuros y deprimentes: corro entre los árboles, mirando hacia arriba, buscando el cielo nocturno estrellado, pero estoy perdido y me hundo en la nieve y el frío hasta que ella me toca la mano y yo me despierto.

Mis ojos se abren después de un pestaño, y sigo en mi cama, mirando el techo.

Pero no estoy solo.

Se oyen unas voces que se acercan a la casa. Botas que se arrastran por el suelo.

Los demás han vuelto.

Me quedo quieto, escuchando sus movimientos pesados y la puerta que se cierra cuando entran. La cabaña está oscura, hace rato que el sol ha caído, y no saben que estoy aquí, escondido en la cama de arriba. *No saben que he vuelto.*

—Te dije que el fuego no iba a apagarse —dice uno de ellos. Reconozco la voz: las voces de los chicos con los que compartí una cabaña antes de que mi mente quedara en blanco. Antes de desaparecer. Parece que es Jasper, sus palabras tienen un tono más alto que las de los demás.

Oigo que alguien pone más madera en la estufa, otro se quita las botas, se abren y se cierran cajones de la cómoda. La cama que está debajo de mí crujе cuando Lin se echa sobre el colchón y empieza a golpear el pie contra el armazón de madera.

Jasper, cuya cama está al otro lado de la mía, dice:

—No sé por qué tengo que aprender esta mierda. ¿Cuándo voy a necesitar usar una brújula? Cuando nos vayamos de aquí, jamás voy a volver a un bosque.

—Seguramente trabajes de supervisor —sugiere Lin, debajo de mí, y suelta una carcajada.

—Ni loco —responde Jasper.

Hay una larga pausa entre ellos, y el viento de fuera gana fuerza, lo que hace que el fuego de la estufa crepite y chisporrotee. Unas gotas de lluvia empiezan a caer sobre el techo.

Creo que se han dormido, pero después Jasper dice:

—Ya han pasado dos semanas.

Debajo de él, en la cama de abajo, Rhett espeta:

—Cállate.

—Solo me pregunto dónde estará —añade Jasper enseguida.

—Ya aparecerá —responde Rhett con tono mordaz. Afilado como un clavo. Quizás debería decir algo, que estoy aquí, pero me quedo callado, con un nudo en el estómago.

—Es comprensible que no quiera volver —señala Lin, debajo de mí. Todos se quedan en silencio—. Yo también me escondería.

Jasper hace un ruido y replica:

—No me digas.

Alguien rezonga, otro tose, pero nadie habla. Y pronto la cabaña se llena con el sonido del sueño. De cosas dichas entre dientes y ronquidos, de patadas a los pies de la cama, de mantas subidas hasta el mentón para cubrirse contra el frío.

El viento silba entre las grietas de las gruesas paredes de troncos. Un grito eterno. Largo y hueco. Un sonido desesperado.

La lluvia se vuelve aguanieve y después nieve, y se acumula en el alféizar de las ventanas. La oscuridad del exterior se vuelve más oscura.

Pero me quedo absolutamente inmóvil, escuchándolos respirar. No saben que he vuelto, que he regresado del bosque. «Yo también me escondería», ha dicho Lin.

¿Qué pasó esa noche, cuando la tormenta sacudió las paredes de la cabaña, cuando se borró una parte de mi memoria?

Aparto la manta, bajo en silencio la escalera angosta y atravieso la cabaña. Ninguno se mueve. Podría despertarlos, decirles que he vuelto, preguntarles qué pasó esa noche... pedirles que completen las partes que no puedo recordar. Pero el dolor que persiste en mi garganta no me lo permite. La punzada de dolor que late dentro de mi pecho me dice que no debo confiar en ellos.

Algo pasó que mi mente no me deja recordar.

Algo que es más oscuridad que luz.

No puedo quedarme aquí, con ellos. No hay más que malos recuerdos en este sitio.

Me pongo las botas y abro la puerta lo suficiente para pasar. Echo un vistazo hacia el interior y veo que alguien se mueve, creo que Rhett, y levanta la cabeza. Pero cierro la puerta antes de que pueda distinguir algo en la oscuridad.

Antes de que pueda ver que me escabullo.

NORA

La noche llega rápido en las montañas.

El sol se hunde y es devorado por las cumbres nevadas. Se lo comen entero.

Entro unos leños recién cortados que había en la leñera y los suelto al lado de la estufa. Hay suficientes para que Suzy y yo no pasemos frío en toda la noche, si es que se encienden.

—¿Encontraste todas estas cosas en el bosque? —pregunta Suzy, de pie frente a la ventana oscura, pasando el dedo sobre los objetos que la tienen fascinada, acomodados sobre el alféizar. Candelabros de plata y una estatuilla del tamaño de la palma de una mano con la forma de un chico y una chica que bailan: la cabeza de la chica, pecosa, se inclina como si mirara un cielo imaginario. Conozco de memoria estas cosas encontradas, que llenan la casa y la hacen parecer menos vacía.

Suzy había pasado la mayor parte del día sosteniendo el móvil en alto, intentando buscar señal, incluso después de que le dijera que aquí nunca hay señal. Después iba a la cocina y descolgaba el teléfono fijo, a ver si había señal. Pero nunca había nada. Solamente el monótono silencio. Al final, volvió a apagar el móvil para ahorrar batería.

Ahora, ya caída la noche, parece derrotada, y habla en voz baja, desanimada.

—Sí —le digo—. Cuando hay luna llena.

Ella ve el remolino que forma la nieve contra la ventana.

—En el instituto dicen cosas de ti —señala en tono distraído, como si no escuchara en serio—. Dicen que les hablas a los árboles. Y a los muertos. —Lo menciona en un modo que me hace pensar que quiere creerlo, para poder volver al instituto cuando todo esto termine y decir: «Me quedé en casa de Nora Walker y es todo verdad».

Y quizás debería sentirme dolida, herida por su afirmación, pero sé lo que dicen sobre mí, sobre mi familia, y sus palabras caen como gotas de lluvia sordas que nunca penetran en mi piel. Sé lo que soy... y lo que no. Y entiendo su curiosidad. A veces creo que solo sienten envidia: un deseo de ser más de lo que son, de escapar de su vida insulsa y ordinaria.

Entro en la cocina y enciendo dos velas con una cerilla: una para Suzy y una para mí.

—Nunca he hablado con los muertos —reconozco. La verdad. Aunque muchas veces las Walker podemos ver sombras, imágenes fugaces de fantasmas que vagan por el viejo cementerio al otro extremo del lago. Vemos imágenes efímeras de un plano intermedio, de fantasmas que van de un rincón de la casa a otro. Nuestros ojos ven lo que otros no ven. Pero no le cuento eso a Suzy. Es la prueba de que en realidad podría ser lo que dicen que soy.

Suzy mueve los párpados y golpetea los dedos contra el antebrazo opuesto, entornando los ojos, como si no me creyera, como si estuviera segura de que esconde algo: diez gatos negros en el ático; una escoba entre los abrigos de invierno, guardados en el armario del pasillo; frascos con los corazones de mis víctimas escondidos bajo los tablones del suelo. Pero no existe nada tan truculento dentro de esta casa. Hay solamente hierbas, hollín de la chimenea e historias que yacen dentro de las paredes.

—Te prepararé una cama en el sillón —le digo.

Las mantas y la almohada de cuando Oliver durmió aquí anoche siguen amontonadas en el extremo.

Pero Suzy echa un vistazo al sillón, a los cojines hundidos, los apoyabrazos raídos y el relleno que se sale, y frunce el ceño. Baja los brazos, y hace una mueca.

—¿Hay alguna cama en la que pueda dormir?

—No, lo siento.

Aparta la mirada y estudia la sala de estar. Probablemente haya pensado que yo vivía en una de las casas más grandes del lago: en los chalets de troncos con cinco habitaciones, sala de juegos en el sótano y baños con spa donde podría darse un baño de burbujas para apaciguar el frío constante.

—¿Podría... tal vez...? —Sus palabras se van apagando—. ¿Podría dormir contigo, en tu habitación?

Otra punzada de lástima me estremece.

No quiero decir que sí, no quiero compartir la cama con una chica que seguramente hable mal de mí en el instituto, que se quedará mirando todas las cosas extrañas que hay en mi habitación y después alimentará más rumores

sobre mí en el centro de bachillerato de Fir Haven. Pero en cierto modo también quiero sentirme normal, una chica normal y corriente que puede invitar a amigas a su casa, y quedarnos despiertas hasta tarde sin preocuparme de lo que Suzy dirá de mí en la escuela.

La palabra se escapa antes de poder atajarla.

—Sí.

Cierro ambas puertas con llave y subimos la escalera hasta el desván, con Finn siguiéndonos de cerca.

Suzy da unas zancadas hasta la pared llena de ventanas, y divido las almohadas de mi cama: una para Suzy, una para mí. La nieve ahora cae con más fuerza, formando ondas gruesas contra el cristal. Me pregunto si la mariposa nocturna sigue allí fuera, acechándome, esperando entre los árboles. Una semana antes de que falleciera mi abuela, una mariposa de hueso había estado repiqueteando contra las ventanas de la casa toda la mañana, *tac, tac, tac; tic, tic, tic*. Creí que iba a romper el vidrio, con sus alas delicadas que se batían con frenesí, y la cabecita que golpeaba contra las ventanas. Fue la primera vez que vi una: la mariposa de la que me advertía mi abuela; y vi que mi madre caminaba por toda la casa, frotándose las manos, trenzándose y soltándose el pelo metódicamente, como si la solución a la mariposa estuviera en los pliegues de su cabello oscuro.

Ella sabía que se acercaba la muerte: la mariposa de hueso era una señal.

Y cuando nos despertamos un día y vimos que la abuela se había ido al lago en mitad de la noche, a respirar por última vez en la orilla, con las hojas de otoño dispersas a su alrededor, en tonos tristes de anaranjado y dorado, supimos que la mariposa había estado en lo cierto. Se acercaba la muerte. Tal como temíamos.

Y ahora, una me sigue a mí.

—¿Por qué te quedas aquí en invierno? —pregunta Suzy, tocando la ventana con las puntas de los dedos.

Cierro los ojos con fuerza, apartando el recuerdo de la mariposa y mi abuela.

—Es mi casa.

—Lo sé, pero podrías irte en invierno, como hacen los demás.

—Me gusta el invierno —digo. *Me gusta el silencio: un silencio frío e interminable*. Pero es más que eso. *Pertenezco a este lugar*. Todas las Walker, generación tras generación, han vivido en este bosque. Entre estos pinos antiguos. Así ha sido siempre.

No sabemos vivir en otro sitio.

—Tu casa es más vieja que las demás —observa Suzy, que aún mira por la ventana, donde apenas alcanza a ver la silueta de las demás casas del lago.

—La construyó mi tatarabuelo —le cuento—. Mucho antes de que hubiera otras casas en la orilla. —Su mirada es amable, y la luz de la vela que sostiene en la mano parpadea sobre sus pómulos y el pelo de color café rojizo —. Era minero —continúo—. Hizo su fortuna buscando oro en el río Negro. —Pero al igual que muchos de los hombres de mi familia, fue y vino tan rápido como el anochecer. No era culpa de ellos: se sabía que las Walker eran caprichosas, inestables en materia de amor. Y los hombres no eran más que una fascinación pasajera. Como el hombre que fue mi padre. Ya sea por mala suerte o decisión nuestra, los hombres nunca permanecían mucho tiempo en nuestra vida.

Camino hacia el armario y me pongo un pantalón de chándal negro y un suéter grueso. Pero Suzy se queda en la ventana, apoyando la mano contra el cristal.

—¿Has dicho que encontraste al chico que desapareció? —pregunta.

Cierro la puerta del armario, viendo por un segundo mi reflejo en el espejo de su interior: los ojos somnolientos y el pelo que debe peinarse.

—En el bosque —digo con cautela.

Los residentes conocen el bosque Wicker. Hablan de él en voz baja, en un tono que nunca supera el susurro. Como si decirlo en voz alta liberara la oscuridad. «Nunca hay que hablar del bosque Wicker a sus espaldas», advierte una nota dentro del libro de hechizos.

—¿Ha sobrevivido allí todo este tiempo? —pregunta ella, apartando la mano de la ventana.

—Ha tenido suerte —respondo. O quizás fue lo opuesto a la suerte. Perderte dentro del bosque Wicker es una mala suerte de proporciones catastróficas. «Uno de los desventurados», diría mi abuela si estuviera aquí. «Condenado. Un chico que hay que evitar».

Una picazón me recorre las vértebras, fría como el hielo, y se instala cual bloque de hormigón en mi pecho.

—Podría haber terminado como el otro chico —dice Suzy.

La miro a los ojos de inmediato. Su silueta se recorta contra las ventanas enormes, la nieve se arremolina contra el vidrio.

—¿Qué otro chico?

Ella levanta un hombro.

—El que murió. —Se da la vuelta hacia mí—. La misma noche en que desapareció el tuyo.

No es mío, quiero decir. Pero en lugar de eso, pregunto:

—¿Murió un chico?

Suzy aprieta los labios, con un gesto serio.

—Sí, la noche de la tormenta.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Tan solo oí a los otros chicos hablar de ello. Querían llamar a la policía, pero los teléfonos no funcionan.

Me acerco a ella.

—¿Quién era?

—No lo sé. —Juega con un poco de pelo entre los dedos. No por nervios, es solo un hábito—. Lo mantuvieron en secreto, nadie quería hablar de ello. Pero oí sus susurros en el pasillo, donde pensaban que yo no los escucharía.

—¿Dijeron quién murió? —pregunté. Se me endurecieron los pulmones dentro del pecho, el aliento se me quedó trabado en la garganta.

Ella niega con la cabeza y junta las cejas, haciendo una mueca de dolor ante la idea de que alguien encontrara su muerte aquí, en este bosque, en el frío glacial.

—Solamente los oí decir que había desaparecido un chico y que otro estaba muerto.

Me hundo en el borde de la cama, mirando detrás de Suzy, hacia la ventana.

—Murió alguien —repito en voz baja, casi para mis adentros, y paso el dedo por el anillo de mi abuela, sintiendo la forma ovalada de la piedra de luna gris. Como si pudiera invocarla, oír el tono tranquilizador de sus palabras cuando me contaba una de sus historias. Pero ella no aparece.

Suzy y yo nos quedamos en silencio un tiempo, con el frío que se cuela por las paredes mientras el fuego de abajo se va apagando. Siento la habitación rara, vacía, me empiezan a zumbar los oídos, y cuando pestaño, pienso que veo las paredes vibrar un momento y después volver a su sitio.

Debo de estar cansada. Debe de ser la falta de sueño.

Suzy suelta un suspiro, como si estuviera exasperada, o exhausta.

—No quiero hablar de eso —dice—. Es muy horrible. —Y va hasta el otro lado de la cama, arrastrando los pies, se mete con rapidez bajo las sábanas, con el suéter y los vaqueros aún puestos. Como si pudiera esconderse de eso, de la muerte de un chico. Algo que puede limpiarse fácilmente con unas abrigadas mantas de lana.

Sus párpados se cierran, y el pelo suave y ondulado se extiende sobre la almohada. Huele a agua de rosas, como una vieja fragancia francesa que ya

solo usan las señoras de los hogares de ancianos, que fuman cigarrillos delgados y aún se pintan las uñas de rojo cereza.

Y durante unos segundos, casi me convenzo de que estamos en una fiesta de pijamas: dos mejores amigas que se quedan hasta tarde comiendo palomitas de maíz con mantequilla y viendo películas de terror, rizándonos el cabello y riéndonos al hablar de los chicos que besamos en el instituto. Una noche totalmente distinta. Otra vida.

Los demás me miran y ven una bruja: una chica peligrosa, temeraria, llena de pensamientos oscuros. Pero no ven las partes de mí que mantengo ocultas. La pérdida, la sensación de estar sola, ahora que la única persona que de verdad me entendía, mi abuela, ya no está. No saben que cargo con una sensación de no ser suficiente. Un ladrillo hueco dentro del pecho.

Nadie ve que tengo tantas heridas como todos los demás.

Que yo también estoy un poco rota.

De mala gana, me meto en la cama.

Las rodillas de Suzy se chocan con las mías, un codo en la cabeza, y cuando al fin se duerme, ronca contra la almohada, un murmullo suave que es casi un arrullo.

Pero me quedo despierta. Mi cabeza grita.

Murió un chico. Y me dan ganas de vomitar. *Murió un chico.* Y estamos atrapados en estas montañas. *Murió un chico.* Y no sé qué pensar. Si fuera verano y la carretera estuviera despejada, vendría la policía. Harían preguntas. Determinarían la causa. Pero nada de esto va a pasar hasta que abran la carretera, y no sé si debería tener miedo o no. *¿Cómo murió? ¿Un accidente o fue otra cosa?* Suzy lo mencionó como si fuera una nota al pie, algo que apenas recordaría dentro de un año. *Ah, sí, el invierno en que murió un chico. ¿Qué era lo que había pasado?*

Pero nunca he conocido a alguien que haya muerto, además de mi abuela. Y quizás, si no fuera por la mariposa, o el chico que encontré en el bosque, no estaría tan nerviosa. Habría menos chirridos en mi mente, como los de los saltamontes que se mueven entre la hierba alta de la playa, bajo la luna de otoño. Tal vez.

En cambio, mi mente gira en círculos: *¿sabe Oliver qué le pasó al chico que murió? ¿Estaba él allí cuando pasó? ¿Qué recuerda?*

Pasa una hora y la nieve choca contra las ventanas, una tormenta baja con todo desde la montaña. Finn rasca la madera del suelo, le tiemblan las patas: estará soñando que persigue conejos o ratones.

Obligo a mis párpados a cerrarse. Ruego que el sueño caiga sobre mí.

Pero en cambio, me quedo mirando el techo.

Hasta que, cuando la noche parece alcanzar su punto más oscuro y mi mente el más inquieto, se oye un *bam* contra la casa. Después un *tac, tac, tac* contra el cristal.

Hay alguien. Fuera.



—¿Qué pasa? —pregunta Suzy entre dientes, con los ojos aún cerrados. Tal vez habla dormida; no se ha despertado del todo.

—He oído algo abajo —susurro, levantándome de la cama—. En la puerta. —Mi vista salta a la escalera, escucho.

—Mm —responde ella, acomodándose mejor y hundiendo la cabeza en la almohada.

El viento se agita contra la casa, y el corazón se me agita en el pecho. Bajo la escalera, un escalón cada vez, con cuidado y en silencio. *Murió un chico*, repite mi cabeza con cada latido del corazón.

Vuelvo a oír que llaman, un sonido claro y rápido, que viene del otro lado de la puerta principal. Tal vez solo sea el señor Perkins o uno de los supervisores del campamento, que vienen a advertirme de que hay un asesino entre nosotros, a decirme que cierre las puertas con llave y me quede dentro. Antes era yo la que había que temer en este bosque, pero quizás ya no.

Voy hasta la ventana del frente, respirando despacio, intentando calmar la adrenalina que me presiona las sienes, y corro la cortina. Hay alguien de pie en el porche, con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados para protegerse del frío.

Mis dedos deslizan el cerrojo, y abro la puerta. La nieve se enrosca a mi alrededor, el viento entra como un látigo en la sala de estar, y él levanta la cabeza.

Oliver.

—No sabía a dónde ir —dice, con una arruga en el entrecejo.

Me vuelve el aire a los pulmones y doy un paso hacia atrás, dejándolo entrar.

—¿Qué haces aquí?

Él se quita la capucha del abrigo, y sus ojos se encuentran con los míos. Pupilas oscuras, aún más oscurecidas por la falta de luz en la casa.

—Necesito un sitio donde quedarme.

Me cruzo de brazos, mis pensamientos siguen rondando por las palabras que no puedo olvidar, una melodía que se repite: *Murió un chico*.

—¿Por qué no puedes quedarte en el campamento? —pregunto.

Lo miro, intentando identificar todas las razones por las que no debería permitir que este chico que apenas conozco esté dentro de mi casa, por qué debería pedirle que se vaya, pero solamente veo al chico que encontré dentro del bosque Wicker: con frío, temblando, solo. Con el pecho desnudo frente al fuego cuando lo traje a casa. Las manos que parecían de hielo, la mandíbula como piedra, los músculos que solo se relajaban cuando yo lo tocaba.

—No confío en nadie allí —responde.

—¿Por qué no?

Sus ojos se quedan clavados en los míos, y luego se apartan. Tras una pausa larga y silenciosa, solo dice:

—No tengo otro sitio adonde ir.

Creo oír movimiento arriba, Suzy está despertándose, o quizás solo está dándose vuelta en la cama. El sonido se va. *Murió un chico*, vuelvo a pensar. La frase no deja de sonar, eco, eco, *eco*. Trago saliva y vuelvo a mirar a Oliver, diciendo en voz alta lo que no puedo quitar de mi cabeza:

—Murió un chico la noche en que desapareciste —digo, soltando las palabras sin más, y eso causa un dolor raro dentro de mis costillas, como si me engancharan con un anzuelo.

La frente de Oliver se pone tensa.

—¿Qué?

Siento que se me contrae la mandíbula, que mis ojos tienen miedo de apartarse de él: tengo miedo de perderme un movimiento de una pestaña que podría significar algo, que podría revelar alguna pista que Oliver intenta esconder.

—Murió un chico —digo, esta vez con más firmeza.

Pero la expresión de Oliver se pone más tensa, como si no lo entendiera.

—¿No lo sabías? —pregunto.

—No. No... —Se queda callado. Se balancea un poco, y veo lo pálido que está: el frío aún no lo ha abandonado por completo—. No recuerdo nada. No puedo... —Otra vez se le quiebra la voz.

Quiero tocarlo, estabilizarlo, pero mantengo las manos a los costados, analizando cada arruga de su cara, la curva de los pómulos. Busco una mentira, algo que oculta. Pero lo único que hay es una confusión silenciosa.

—No puedo volver al campamento —dice él finalmente—. Si la carretera no estuviera tapada de nieve, me iría, pero... —Suelta un profundo suspiro—.

Estoy aquí varado.

Oliver respira y juro que el viento se calma, él cierra los ojos y el bosque se sacude contra la casa.

Mi objeto perdido que encontré en el bosque, que ahora es más bosque que chico.

Digo lo siguiente sin pensarlo, antes de decirme que no es buena idea.

—De acuerdo. —Me atraviesa una punzada de intranquilidad—. Puedes pasar aquí la noche.

Una noche, me digo a mí misma. Una noche más, lo dejaré dormir aquí, a este chico que habla como si un viento suave se moviera en su interior, que no puede recordar qué le pasó la noche en que murió otro chico, cuyos ojos me hacen sentir un poco a la deriva, de un modo que dan ganas de gritar. Las Walker no confiamos en nuestro corazón. Tenemos corazones escurridizos, sensibleros, sangrantes. Son imprudentes y tontos. Unos músculos que laten demasiado rápido, que se ahuecan al romperse. Demasiado frágiles para confiar en ellos. Sin embargo, lo dejo quedarse.

Cierro con llave la puerta principal y añado más leños a la estufa. Y cuando Oliver se acomoda en el sillón, veo que aún tiene la bolsa de hierbas que le di, la sujetá con la mano. Estaba segura de que no la conservaría, pero lo ha hecho.

—Gracias —me dice, y me quedo parada al pie de la escalera, mordiéndome el labio, girando el anillo de piedra de luna en el dedo.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunto. *Muy tarde*, pienso. Ya lo he dejado quedarse. Ya he dejado que mi corazón se apartara dos grados del centro, ya me he permitido creer que podría ser distinto, que no es como los demás, que tal vez tenga el mismo agujero que yo en su interior. Y si dice que no, ¿lo obligaré a irse? *Lo dudo*.

Me mira con sus ojos profundos como la luna, y siento la cabeza ligera, llena de plumas y polvo, sin un solo pensamiento racional saltando por allí. Solamente pensamientos mareados. Sin brújula ni estrellas para guiarme de vuelta a la orilla.

—No lo sé —responde al fin, y siento la garganta demasiado seca.

Murió un chico. Murió, murió, murió. Las palabras ahora se han instalado con firmeza en mi cráneo, se han plantado ahí, donde echarán raíces, espinas y flores venenosas, metiéndose en mis pensamientos, haciendo realidad.

Está formándose una tormenta dentro de mí, dentro de esta casa, y oscurece los vanos de las puertas: la oscuridad sale de los rincones y de

debajo de los armazones viejos y chirriantes de las camas.

De vuelta en mi habitación, me siento sola, fuera de lugar en mis propias sábanas. El techo del desván parece demasiado empinado e irregular, como huesos frágiles que podrían romperse por las rodillas y hacerse añicos. Obligo a mis ojos a cerrarse, pero solo veo la mariposa, el recuerdo de las alas blanco ceniza que se mueven hacia mí en la oscuridad. Que me acechan.

Oliver ha vuelto del bosque.

Y pasó algo la noche de la tormenta. *Algo malo*.

«Cuando ves una mariposa nocturna de color claro», me decía mi abuela una y otra vez, con los ojos como lunas negras, «la muerte no está muy lejos».

LIBRO DE HECHIZOS

DE MEDICINAS DEL BOSQUE

Y LUZ DE LUNA

WILLA WALKER lloraba y lloraba y lloraba.

Nació en 1894, durante el invierno de una luna de buey. Era una bebé muy inquieta. Lloraba incluso cuando las estrellas de verano se reconfiguraban en el cielo, bailando sobre su cuna tallada a mano. Su madre, Adaline Walker, creía que su pequeña hija tenía algo malo: un augurio de enfermedad o mala suerte.

Cuando Willa tenía dieciséis años, se quedó de pie en la orilla del lago Jackjaw y lloró sobre el agua poco profunda. Sus lágrimas llenaron el lago hasta que se desbordó: la ribera se llenó de lodo y el lago quedó sin fondo.

La sombra nocturna de Willa era casi la más peligrosa. Sus lágrimas podían llenar océanos si ella lo permitía. Podían ahogar hombres, desbordar ríos y convertir el bosque en agua.

Nunca más se supo la profundidad del lago Jackjaw después de ese día, y la madre de Willa la obligó a llevar un pañuelo a todos lados: el delgado trozo de tela debía contener cada lágrima que rodara de sus mejillas. Para evitar que se ahogara el mundo.

Willa se enamoró dos veces, y dos veces se le rompió el corazón.

Murió en la segunda noche del Beltane, después de cumplir veintitrés años. Se desconoce la causa.

Cura para la pena y los ataques de llanto inexplicables:

Dos pizcas de escutelaria.

Polvo de hoja de limón y hierba de San Juan.
Néctar de una abeja de cardo mariano.
Un pelo de crin de caballo, quemado en los extremos.
Mezclar en mortero de madera. Beber o poner debajo de la lengua.

NORA

No debería importarme.

No debería importar que Oliver no estuviera en el sillón cuando me he despertado y he bajado la escalera: igual que la mañana después de que lo encontrara en el bosque.

Sin embargo, me quedo parada en el porche, mirando hacia una línea de pisadas profundas que han quedado marcadas en la nieve recién caída, que rodean los dos pinos que montan guardia junto a mi casa y después bajan hacia el lago. Me atraviesa una oleada de *déjà vu*, igual que la otra vez: la nieve cae en forma de ondas ya conocidas, cada pestaño de mis ojos es un segundo que he sentido *una, dos veces* antes. El tiempo gira y vuelve a su sitio con una sacudida.

Tic, tic, bam.

Me apoyo en la reja del porche, aferrándome a la madera fría, y fijo la vista en las pisadas que avanzan por la nieve.

Esta es la segunda vez que se ha ido de la casa mientras yo dormía, y quizás debería enfadarme. Pero en cambio, algo me molesta, una inquietud que no se va, una curiosidad que late detrás de mis ojos y quiere seguir el camino que él ha recorrido, ver a dónde lleva. No puedo saber a qué hora se ha ido de casa, pero cuando he tocado su almohada, el aroma a bosque y tierra permanecía en el algodón. Sin embargo, la calidez de su piel se había ido hacía rato.

Finn baja al trote por la escalera del porche y sale a la nieve, olfateando el suelo.

El sol que se asoma emite un brillo pálido en el horizonte, y quizás no debería seguir sus pisadas, quizás no me convenga saber a dónde se ha ido.

Sin embargo, meto las manos en los bolsillos del abrigo, bajo por los escalones con paso pesado y me adentro en la nieve de todos modos.

Murió un chico. Y quizás Oliver decidió irse en plena noche, intentó caminar por la carretera que lleva al pueblo. Si ha hecho eso, no va a llegar. O quizás ha ido a otro sitio. Tal vez está intentando ocultar otros secretos, un pozo profundo de secretos.

Finn salta con alegría por la nieve, siguiendo las huellas de Oliver, y cuando llegamos al lago, las pisadas doblan a la izquierda, hacia la orilla sur.

El aire se arremolina y salpica hielo; el cielo de la mañana es aterciopelado, como una tela hilada a mano, estropeada por nubes profundas e imperfecciones, no hecha a máquina. Y el camino que Oliver siguió para rodear el lago me lleva al pequeño puerto, donde los muelles yacen congelados, esperando la primavera. Las canoas descansan con el casco hacia el cielo.

En verano, los turistas se juntan en este lado del lago; los niños corren por los muelles para zambullirse en el agua; los helados de naranja, cereza y sandía chorrean sobre los dedos de los pies y por los brazos quemados por el sol. Niños normales con vidas normales: algo que yo nunca he conocido. Siempre hay olor a protector solar y fogatas. Las tardes arden con tanta intensidad que es imposible que sobreviva nada oscuro y sombrío.

Pero ahora, la tienda del puerto está tapiada hasta que pase el invierno, con un cartel de cerrado que cuelga torcido sobre la puerta turquesa. El viento golpea contra la madera, un *tac tac tac* que me recuerda a un pájaro carpintero que busca insectos dentro de los troncos de los abetos.

—¡Hola! —exclama alguien, y me giro repentinamente, hacia el lago.

El viejo señor Perkins está en uno de los muelles, pateando nieve con las botas de lluvia verdes, con la capucha del impermeable amarillo puesta, como si fuera primavera, como si no hiciera mucho frío y solamente lloviznara.

—Buenos días —le respondo.

Cuando mi abuela vivía, ella y el señor Perkins solían sentarse en los muelles al atardecer y charlaban sobre los años que habían dejado atrás: antes de que llegaran los turistas, cuando se encontraba oro en la suela de los zapatos con tan solo caminar por la orilla, e innumerables peces nadaban en el lago. Ahora, de vez en cuando, mi madre y yo caminamos hasta el puerto para ver cómo está, en especial en invierno. Le llevamos un termo con té de manzana y canela, un pastel de calabaza recién hecho y frascos de miel recién envasada.

Pero esta vez, no he traído pastel.

El señor Perkins me hace un gesto inclinando la cabeza, y frente a él hay una escoba con la que ha estado barriendo, quitando la nieve del muelle. Algo raro para hacer en invierno. Pero Floyd Perkins nunca ha sido ordinario.

—Los muelles estaban hundiéndose —explica—. Y se me rompió la pala para la nieve. —Hace un gesto con la mano hacia la escoba, como si la solución fuera obvia, y después alza la vista hacia el cielo—. Esta maldita nieve no para. Es casi tan malo como el año en que tu tía abuela Helena empezó a arrojar cubos de hielo por la ventana. —El señor Perkins conoce casi todas las historias de las Walker. Estuvo aquí el invierno en que Helena Walker se puso a lanzar cubos de hielo por la ventana del desván todas las mañanas: un hechizo peculiar para invocar a la nieve. Un hechizo que solo Helena podía hacer. Ese año, el invierno duró ocho meses, y después de eso, la madre de Helena, Isolde, le prohibió volver a invocar la nieve y le puso candado a la hielera. La idea aún me hace sonreír: la cabellera pelirroja y enmarañada de Helena, arremolinándose a su alrededor mientras los copos caían a borbotones del cielo.

—El bosque parece enfadado —digo, haciendo un gesto con la cabeza hacia las montañas, donde se juntan las nubes sobre las pendientes irregulares del norte. No es Helena Walker la responsable de las tormentas de este invierno; es algo más. Hay una oscuridad sobre el lago, un pronóstico de algo que está por venir. Me estremezco y doy un pisotón en la nieve para mantener la circulación en las piernas y los brazos.

—Este bosque tiene mal genio —concuerda él, y se le levanta la comisura de la boca—. Mejor no enfadarlo.

«Un árbol solitario puede acumular odio en la corteza y dar hojas comidas por las polillas», dice una nota escrita a mano en los márgenes del libro de hechizos. «Pero un bosque entero puede entretejer una maldad tan profunda y arraigada que no existe modo de atravesarlo a salvo». La nota parecía haber sido una idea de último momento, pero se me quedó grabada en la mente. La gravedad que transmite. La advertencia de que no se puede confiar en un bosque. Los árboles conspiran. Observan. Están *despiertos*.

Aparto la mirada de las montañas y pregunto:

—¿Ha visto a alguien caminando por el lago esta mañana?

El señor Perkins se limpia la frente, después se pone la mano sobre los ojos, como si mirara a lo lejos, por un mar azul interminable, intentando avistar tierra.

—¿A quién buscas?

No sé qué quiero decir, qué explicación dar acerca de Oliver. Acerca de todo. Así que solamente respondo:

—A un chico del campamento.

El señor Perkins se apoya con todo su peso sobre el mango de la escoba vieja y destalada, como si fuera una muleta o un bastón.

—¿Te están molestando esos chicos? —pregunta. Se le endurece la expresión en un modo protector. El arco preocupado que forman sus cejas canosas, la curva de su labio superior. Es lo más cercano que he tenido a un abuelo, y a veces pienso que se preocupa más por mí que mi propia madre—. Si esos chicos te dicen algo poco caballeroso, me avisas.

Se preocupa de que me llamen bruja a la cara. De que me arrojen piedras, como hacían los habitantes del pueblo cuando veían a una Walker merodeando por el lago. Se preocupa de que yo sea frágil como el hielo y que unas palabras crueles me hagan añicos fácilmente.

Pero dentro de mí tengo más cosas de mi abuela de las que él piensa.

—Los chicos no han hecho nada —le aseguro, dedicándole una pequeña sonrisa.

Él saca el mentón y dice:

—Bien, bien. —Mueve los hombros hacia atrás, combatiendo el dolor de la columna torcida y cansada. Su mano izquierda empieza a temblar, como lo ha hecho bastante en los últimos años, y él la sujetó con la derecha para detener el temblor—. No he visto a nadie caminando esta mañana, ni chicos ni ciervos ni almas perdidas.

—Quizás haya sido más temprano. —Cierro los labios, sintiéndome tonta por haber preguntado, por haber seguido las huellas de Oliver en la nieve—. Tal vez antes de que saliera el sol. —Intento imaginar a Oliver saliendo de la casa a hurtadillas, en la oscuridad, sin decir adiós, y caminando entre los árboles como si escondiera algo. Como si no quisiera que nadie lo siguiera.

Se ha ido, y una ligera sensación de dolor se me mete en la piel. Una sensación que no quiero tener. Un dolor que no voy a permitir que se adentre más en mí. No voy a dejar que este chico altere todo mi ser.

El señor Perkins niega con la cabeza.

—Lo siento, pero lo único que ha pasado por aquí habrá sido una liebre.

—Sus ojos se disparan hacia el lago, como si recordara algo, y se rasca el gorro de lana, revelando los mechones canosos que están debajo—. Puede ser difícil encontrar a alguien en este bosque —añade, tensando la mandíbula, moviéndola de un lado a otro—, si no quiere que nadie lo encuentre.

Finn va trotando delante por la nieve, pasando el muelle: otra vez sigue el rastro de Oliver.

Quizás el señor Perkins tenga razón. Si Oliver no quiere que lo encuentren, tal vez debería dejar el asunto en paz y volver a mi casa. Echo un vistazo a las montañas, donde un oscuro paredón de nubes desciende sobre el lago.

—Es muy probable que empiece otra tormenta dentro de una hora —le digo al señor Perkins—. Tal vez sea mejor que vuelva dentro.

Una risa escapa de su garganta, como si el sonido hubiera empezado en los pies y tenido tiempo de ganar intensidad.

—Igual que tu abuela —dice, haciendo un chasquido con la lengua—. Siempre os preocupáis por mí. —Se despide con la mano y empieza a caminar por el muelle arrastrando los pies—. A mi edad, una hora parece una eternidad. —Barre la nieve del borde del muelle y la arroja al hielo—. Aún falta mucho. —En lugar de despedirse, tararea una melodía conocida en voz baja, una melodía que cantaba mi abuela. Hablaba de unos pinzones perdidos que volaron demasiado hacia el este, con bayas venenosas en las garras, en busca de quienes estaban cansados y con el corazón roto. Una fábula cantada sobre el tiempo que se acorta y se escapa de entre los dedos. Me duele el pecho al oírla. Siento una tristeza rara de la que nunca voy a librarme.

Me hace sentir espantosamente sola.

Finn rodea la orilla, y vuelvo a pensar que quizás no debería seguirlo. Pero la curiosidad es un golpeteo molesto dentro de mi cabeza. Insistente.



Avanzo con dificultad por la nieve profunda, bajo el cielo tormentoso, hasta que llego a un sitio donde las huellas de Oliver se alejan del lago y suben hasta los árboles... a un sitio al que rara vez voy.

Un sitio donde la penumbra de la oscuridad nunca se va. Donde muchas veces he visto sombras humanas que deambulan al ponerse el sol: espectros que aún no saben que han muerto. Un sitio que las Walker prefieren evitar.

El cementerio Jackjaw.

El cementerio está entre la costa rocosa y el bosque, visible desde todos los lados del lago. Hace cien años, cuando murió el primer habitante, los dolientes caminaron unos metros a lo largo de la orilla y decidieron que este era un buen sitio. Cavarón un hoyo, y este pasó a ser el sitio donde se enterraba a los muertos.

Finn entra trotando en el cementerio y se detiene ante una hilera de lápidas viejas, entierra el hocico en la nieve, toca el suelo con la pata durante unos segundos. No quiero estar aquí, entre los muertos, pero sigo el rastro de Oliver hasta el final.

Se me estremece la piel. Me pican las sienes, como si me caminaran insectos por encima. Me arrodillo frente a la lápida donde se detuvieron las huellas de Oliver y paso la mano por el frente, quitando la capa de nieve. Conozco esta tumba, conozco casi todas las que pertenecen a mi familia.

Aquí yace Willa Walker, bajo varios centímetros de tierra y arcilla apisonadas.

Los chicos del campamento suelen venir a donde están las lápidas de las Walker. Beben cerveza, aúllan a la luna y frotan las manos contra las lápidas, pidiendo deseos. Es un sitio de reunión, donde intentan asustarse entre ellos. En la Noche de Brujas, vienen chicos desde Fir Haven y acampan entre las lápidas, se cuentan cuentos de las Walker, hacen hechizos inventados por ellos y se echan maldiciones entre sí.

Pero ¿por qué Oliver ha venido aquí ahora, al sitio donde descansa Willa Walker, una Walker que lloró dentro de un lago hasta dejarlo sin fondo? La que lloró más que cualquier otra Walker. Cuyas lágrimas, según decían, eran saladas como el mar. Cuya sombra nocturna podía ahogar al mundo.

Apoyo la mano sobre la lápida, como si pudiera sentir el pasado dentro de la superficie, como si pudiera ver a Oliver de pie frente a la tumba y recordar lo que sintió, invocar los pensamientos que le repiqueteaban en la cabeza. Ojalá esa fuera mi sombra nocturna: recuperar recuerdos de los objetos. Así siempre sabría la verdad.

Pero no percibo ningún recuerdo, y aparto la mano, la bajo a un lado. Si fuera cualquier otra Walker, quizás podría recoger alguna pista del pasado, invocar una pizca de luz de luna para que me muestre lo que no puedo ver. En cambio, lo único que siento es el aire frío en el cuello. La nieve debajo de mis pies. Nada que valga la pena.

De todos modos, me pregunto, ¿por qué ha venido aquí Oliver? ¿Qué estaba buscando?

¿Qué recuerda?

Me tiemblan las manos, y tengo una sensación de balanceo en el pecho, como si los árboles y el cielo color carbón oscilaran, bamboleándose como un barco a punto de naufragar. Pasó anoche en mi habitación, esta mañana en el porche. Y ahora otra vez. Como si el mundo se tambaleara en el filo de mis ojos, como si estuviera a punto de desalinearse.

Pestaño y obligo a la sensación a irse.

A mi lado, el hocico de Finn se sacude, y él pasa junto a mis piernas, vuelve a salir por la entrada del cementerio, siguiendo las huellas que vuelven al lago. Oliver no se ha adentrado en el cementerio; no se ha quedado. Ha venido a la lápida de Willa y se ha ido.

Quizás odia tanto este sitio como yo.

Las tumbas de aspecto triste y los huesos que yacen bajo el suelo. El viento constante que se enrosca en mi cuello. El miedo de que quizás vea a uno de los muertos, que avanzan a zancadas entre los árboles moribundos, ignorando lo que son. Dedos grises y podridos que se me acercan. Que suplican. Que intentan meterme más en el cementerio. «No tengas miedo», me decía mi abuela cuando pasábamos por aquí. «Todas las Walker pueden ver a los muertos».

Pero no quiero ver a un muerto esta noche, así que me pongo de pie y camino hasta la entrada del cementerio.

Finn avanza por la orilla, hacia el campamento, pero lo llamo para que vuelva.

Oliver no ha intentado bajar por la montaña para ir al pueblo. Ha venido al cementerio, y después ha vuelto al campamento. Y quizás todo ha sido parte de algún engaño. Alguna broma. Quizás fingió que necesitaba un sitio donde dormir anoche; quizás los demás chicos lo desafiaron a que se «quedara en la casa de la chica bruja», a ver si sobrevivía a otra noche. Por lo general, los chicos del campamento me dejan tranquila: tienen la prudencia suficiente para evitar la casa de las Walker. Pero quizás pensaron que Oliver podía convencerme de que lo dejara entrar otra vez, que yo sería tan tonta que lo dejaría entrar. Y así fue.

La idea me enfada.

La idea de que tal vez nada de lo que me dijo sea verdad, de que recuerda más de esa noche de lo que quiere reconocer.

Me voy del cementerio antes de ver alguna sombra, alguna silueta entre las lápidas, de fantasmas atrapados entre este mundo y el otro.

Pero Oliver ha estado aquí. Ha estado aquí, en la lápida de Willa Walker, y no entiendo por qué.

OLIVER

Rodeo el lago, paso el muelle.

Sale humo de la chimenea de una cabaña pequeña, alejada del lago, y veo que hay movimiento en una de las ventanas: un hombre mira desde el interior. Durante unos segundos pienso que me ve, pero después se va y la cortina vuelve a su sitio.

La orilla dobla bruscamente a la derecha, la ribera se hace empinada, y unas rocas enormes salen del borde del lago congelado. Es engañoso: la superficie tranquila, la capa de hielo que parece sólida y segura. *Aquí no hay nada que temer.* Y me pregunto cómo será el lago en primavera, descongelado y brillante bajo el resplandor del sol.

Dócil y tentador. Un sitio donde refrescar el sudor de la piel.

Llegué al Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes cuando el otoño acababa de instalarse sobre las montañas, cuando la temperatura empezó a bajar y el lago, a congelarse. Llegué después de casi todos los demás chicos, que habían estado aquí todo el verano, o más. Yo era el nuevo.

No era parte de ellos.

Pero a decir verdad, no soy parte de nada. No tengo una habitación a la cual volver cuando me vaya de estas montañas. No tengo nadie a quien escribir cartas. Ningún porche ni jardín con olor a menta y ropa recién lavada que se seca al sol.

Y sin un sitio que pueda considerar mi hogar, un sitio propio, no tengo nada que perder. No puedo decepcionar a nadie. No tengo razón para temer lo que pase después. Estoy solo. Y en los libros, los que no tienen nada que perder suelen convertirse en villanos. Así es cómo empieza su historia: con pérdida y tristeza, que enseguida se vuelven ira y rencor, sin vuelta atrás.

Ojalá pudiera ver los recuerdos que se perdieron dentro de mí. Ojalá no me sintiera resentido y frustrado. Solo. Ojalá este zumbido dejara de chirriar en mi cabeza.

Nunca quise ser el villano, nunca quise despertar en el bosque, con el frío metiéndose en mis huesos, y la certeza de que ha pasado algo malo repiqueteando en los oídos. Algo que no puedo revertir.

Pero no siempre se puede elegir, ser el villano o no. Es algo que te pasa.

Una serie de circunstancias que te conducen a un destino del que no puedes escapar.

Delante de mí, entre los árboles, está el cementerio, con las lápidas desmoronadas, la hierba crecida y los árboles moribundos. Es un cementerio viejo, y me pregunto si lo seguirán usando, si los habitantes del pueblo seguirán enterrando aquí a sus seres queridos.

Atravieso la pequeña puerta de metal, doblada en las bisagras. Entro al terreno... y sé que ya he estado aquí. El recuerdo no me llega con claridad y nitidez, sino que es un nudo que se me hace en el estómago. La sensación del suelo duro y hueco que yace bajo mis pies. El aire repentino, como si me metiera en una hielera. Como si me metiera en una tumba. Ya lo he sentido todo.

Doy unos pasos, escuchando a los pájaros de la mañana que graznan desde los pinos, y después mis pies se detienen. Mis piernas rehúsan avanzar. Ya me he parado junto a esta hilera de lápidas, donde el suelo es irregular y las piedras se deterioran con el viento invernal. Me empiezan a zumbar los oídos, un recuerdo que quiere salir a la superficie, y recuerdo el nombre de la lápida que está a mis pies, sin necesidad de leerlo: Willa Walker.

Me quedé de pie aquí en la oscuridad, con la nieve bajo los pies, las estrellas ocultas tras una capa de nubes bajas, y miré esta misma tumba.

Se alzan unas voces en mi mente, las siento en la garganta. Los recuerdos me arañan y rasguñan, me sacan sangre, ráfagas violentas que me golpean como un puñetazo en el pecho.

Me presiono los ojos con las manos e intento borrarlas.

Pero las oigo igual. Y sé que no estuve solo esa noche.

Los otros también estuvieron aquí: los chicos de mi cabaña. Rhett, Jasper y Lin. Estuvieron todos aquí. La nieve caía a nuestro alrededor, se avecinaba una tormenta. Puedo saborear el whisky en la garganta, sentir el calor en mi estómago, puedo oír las risas, forzadas y repentinamente.

Estuvimos aquí esa noche. *Yo estuve aquí.* El corazón me latía demasiado rápido, mis piernas se morían por salir corriendo. No quería estar

en este cementerio con una tormenta que se acercaba.

Pero no estábamos los cuatro solos.

Había alguien más. *Otro chico*.

Sus risas resuenan dentro de mis costillas y doy un paso hacia atrás. Después otro. No quiero estar aquí. Los recuerdos empiezan a cortarme por la mitad, crudos y dentados.

Llego a la puerta, mis talones chocan contra ella, se me traban las botas en la nieve.

Atravieso la entrada y me presiono las sienes con las manos. «Esa noche murió un chico», me dijo Nora. Murió un chico, y yo desaparecí en el bosque.

El viento aúlla en mis oídos, un grito que parece una advertencia, como si los árboles recordaran, como si supieran quién soy. Camino a trompicones hacia el lago, me alejo del cementerio. Dejo que las piernas me lleven al campamento. A cualquier sitio menos este.

Murió un chico, repite mi cabeza. El viento chilla.

Y uno de los que estuvimos esa noche en este cementerio tiene la culpa.

NORA

La vieja casa que está frente al lago ha albergado a casi todas las Walker que han existido. Eso, sin contar a las primeras, de las que no sé mucho: las que, según dicen, salieron del bosque, con el pelo entrelazado con bayas de enebro y dedaleras, los pies cubiertos de musgo, los ojos atentos como los de las aves nocturnas.

Cuenta la leyenda que aparecimos como salidas de un sueño.

Los primeros habitantes afirmaban que veían a las Walker tejer hechizos en las fibras de sus vestidos: imágenes de la luna, estrellas de cinco puntas y conejos blancos para protegerse. Contaban que Josephine Walker bordó el dibujo de un corazón roto en la tela de su vestido azul marino, con una daga que lo partía por la mitad y la sangre que chorreaba por los pliegues de la falda hasta llegar a los zapatos. Dos días después, el chico que ella amaba, pero que amaba a otra, se tropezó en la escalera del porche de su casa y cayó sobre el cuchillo de caza que siempre llevaba enfundado. Dicen que se le clavó entre las costillas y le atravesó el corazón, cortándolo en dos.

La sangre del vestido de Josephine corrió por la tela y dejó gotas bien redondas en el suelo de la vieja casa. El hechizo había funcionado.

Después de eso, los lugareños supieron con certeza que éramos brujas.

No importaba si la historia era verdad o no, si Josephine realmente bordó un hechizo en los pliegues de su vestido: las Walker siempre serían hechiceras en las que no se podía confiar.

Y en este pueblo, nunca seríamos otra cosa.

Puede resultar una carga conocer tu historia familiar: ser parte de un sitio de tal forma que comprendes cada silbido de los árboles, las espirales que suelen hacer los helechos, el sonido del lago que cruje en invierno. La certeza de que algo va mal, aunque no puedas ver bien qué es.

—Qué frío hace, su puta madre —dice Suzy cuando entro por la puerta principal.

Está sentada en el borde del sillón, con una manta sobre los hombros, mientras le tiemblan las piernas.

—Se apagó el fuego anoche —digo, quitándome el abrigo y las botas para agacharme junto a la estufa.

—¿Dónde estabas? —pregunta.

Me muerdo el labio, no la miro. No quiero decirle la verdad, pero no se me ocurre una mentira a tiempo.

—Buscaba a Oliver.

—¿El chico que encontraste en el bosque? —Se levantan sus cejas, al igual que el labio superior: una risita de complicidad.

—Ya no estaba cuando desperté. Es que... no sabía qué había pasado. Creía que había pasado algo malo.

—¿Te tenía preocupada? —dice Suzy, con la sonrisa cada vez más grande.

—No. —Niego con la cabeza—. Es que me pareció raro que se fuera antes de que saliera el sol.

Suzy deja de temblar y se inclina hacia delante. Su curiosidad ha curado el frío que sentía.

Froto una cerilla contra el borde de la estufa y esta se enciende, la luz más brillante de toda la casa. Espero a que la llama prenda en las ramitas que están desparramadas en el fondo de la estufa. El brillo del fuego enseguida se extiende por los leños y cierro la puerta, dejando que el calor se acumule dentro.

—¿Durmió aquí anoche? —pregunta.

Me pongo de pie y voy a la cocina, tengo los nervios de punta: no quiero hablar de esto, de él.

—No tenía a dónde ir —respondo. *O fue solo un juego*, pienso. Una broma tonta, y yo le creí. Un desafío de parte de los demás chicos, que nunca han visto el interior de mi casa. Quizás lo desafiaron a robar una de las cosas perdidas mientras yo dormía, pero cuando echo un vistazo a la sala de estar, no parece faltar nada.

Está pasando algo más que no alcanzo a comprender.

Pero la sonrisa de Suzy es tan amplia que hasta se le levantan un poco las orejas.

—¿Por qué no quiere estar en el campamento? —pregunta.

—No lo sé. —*No sé nada*.

—Seguramente quiere quedarse aquí contigo —sugiere, enseñando los dientes a través de su sonrisa.

Niego con la cabeza («lo dudo») y saco la caja de avena de la alacena.

—Espera. —Suzy se endereza—. ¿Él sabe lo que le pasó al chico que murió?

Mis dedos tocan el borde de la encimera, sintiendo la superficie fría, la parte donde una vez se me cayó un frasco de cristal de miel y se hizo una muesca. El cristal se hizo añicos y la miel chorreó por todos lados. Mi madre se enfureció, pero la abuela solo cantó entre susurros una canción sobre cómo la miel hacía que la casa oliera a dulce. Creo que se la inventó en aquel momento para que yo me sintiera mejor.

—Dijo que no —respondo, recordando la mirada de asombro que invadió la cara de Oliver cuando se lo conté. Pero quizás malinterpreté todo lo que transmitían sus ojos verdes. Quizás soy una tonta al pensar que me ha contado la verdad.

—Probablemente fue un accidente —añade Suzy, hundiéndose en los cojines del sillón, de pronto aburrida otra vez.

Aparto los dedos de la encimera.

—¿Qué quieres decir?

Ella tuerce los labios a un lado, pensando.

—Ese chico que murió, probablemente se cayó de un árbol o murió congelado mientras hacían alguna actividad en el bosque.

—Tal vez —respondo—. Pero si fue un accidente, ¿por qué tanto secreto? ¿Por qué los supervisores no contaron a todos lo que pasó?

—Quién sabe. Quizás querían llamar primero a los padres del chico. O no querían asustar a nadie hasta que viniera la policía. No sé cómo funcionan estas cosas. —Otra vez, habla con un tono insensible, como si no quisiera que la molestara con mis preguntas.

Pero después su expresión decae, y me doy cuenta de que no es eso lo que le pasa. Le afecta hablar del tema. Finge que no es gran cosa para que no lo sea. Así no tiene que pensar en que está atrapada aquí, en estas montañas implacables, con alguien que quizás ha matado a ese chico.

—¿Podemos no hablar de eso? —añade, y sé que estoy en lo cierto. *Tiene miedo*. Y tal vez debería tener miedo... tal vez las dos deberíamos estar aterradas.

—Sí, claro —acepto.

Pero no quiere decir que deje de pensar en eso, que la sensación agria no está carcomiéndome por dentro, que no me sienta inquieta ni nerviosa, ni que

esta noche no vaya a revisar que las puertas estén bien cerradas antes de ir a dormir.

—Ni siquiera debería estar aquí —murmura Suzy, casi lloriqueando, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

El techo de la cabaña cruje y gime a la vez que se levanta más viento afuera.

—En algún momento se descongelará la carretera —digo, ofreciendo una mínima esperanza. Pero ahora que el invierno está firme en las montañas, podría tardar un mes, quizás más. Ha habido tormentas en el lago todos los días, y la nieve no deja de acumularse sobre los techos, las entradas para coches y la única carretera que baja por la montaña. Estamos atrapadas. Encerradas. Cautivas.

Suzy se pasa los dedos por su pelo largo y ondulado, tirando del cuero cabelludo, y apoya la frente en las rodillas, como si fuera una niñita que juega al escondite. Si no puede ver la oscuridad, entonces la oscuridad no puede verla a ella.

Este no es su sitio.

—No veo la hora de irme de aquí —dice, levantando la cabeza para mirar por la ventana. Me pregunta si hablará del lago Jackjaw o de Fir Haven, donde vive. No sé si se querrá ir del todo, escapar de esta parte indómita del país—. Odio el frío, odio estas montañas, todo. En cuanto termine el instituto, me voy. He estado ahorrando. —Me mira con ojos de que me está revelando su secreto más recóndito—. Mis padres no lo saben. Pero me niego a terminar como todos los demás que se quedan aquí estancados.

Ya lo he oído: la desesperación, el plan para escapar. Es algo común en el centro bachillerato de Fir Haven, en especial entre los estudiantes del último año, cuando se acerca la graduación. Hablan de mudarse al este, o a California donde nunca nieva, o al extranjero, lo más lejos que puedan. Sin embargo, la verdad es que la mayoría se queda. Consiguen empleo en la maderera o en una de las plantaciones de árboles de Navidad que están esparcidas por el valle. Se estancan. Se olvidan de los sueños que tenían de viajar a sitios muy lejos de aquí.

Debería decirle que le creo, pero no sé si lo hago, en realidad.

En cambio, pongo una cacerola con agua sobre la estufa y espero a que hierva. Añado más leños al fuego.

—¿Tú vas a irte cuando termine el bachillerato? —pregunta Suzy, y la pregunta me sorprende de verdad, como si yo le importara, aunque sea un poquito. Trago saliva, tensa, sin saber qué sentir. Nunca nadie me lo ha

preguntado. Ni siquiera mi madre o mi abuela. Porque las Walker nunca se van del lago Jackjaw. Al menos no por mucho tiempo. Nos cuesta respirar fuera de este bosque. Cuanto más nos alejamos, más late en nuestro interior, y al aire le cuesta llegar a los pulmones. Mi madre se fue durante un año cuando tenía diecinueve. Viajó por Alaska, conoció a mi padre anónimo, se quedó embarazada y volvió a casa con ojos arrepentidos... al menos eso es lo que contaba mi abuela. Mi madre pensaba que podría dejar de ser quien era al irse del bosque. Pero las Walker siempre vuelven. Creo que por eso viaja hasta el mar para vender los frascos de miel silvestre: es un modo de escapar, una oportunidad para estar frente al mar abierto y sentirse libre por un tiempo... hasta que vuelve al lago Jackjaw.

Hasta que vuelve conmigo: la hija que la ha dejado atrapada aquí. Su carga. Un cuchillo se hunde más en mi corazón cada vez que ella se va, cada vez que promete volver pero yo no estoy tan segura de que lo haga. No sé si esta vez se irá para siempre y nunca volverá. Y a veces me siento culpable por querer que haga eso, por desear que se quede lejos.

Tal vez sea más fácil: estar sola. Alzar muros. Una vida solitaria sin nadie más. Sin nadie que te rompa el corazón.

—No —le respondo a Suzy finalmente—. No voy a irme. —No necesito escapar. No soy como ella, como mi madre. No necesito abandonar este sitio, no necesito ver palmeras o vastos desiertos resecos o ciudades que resplandecen de noche para saber que este es mi sitio, para saber que no podría sobrevivir allí afuera. Soy una criatura del bosque. No puedo vivir en otro sitio.

—Pero podrías —dice ella—. Podrías irte. Podrías visitarme donde sea que esté. París, quizás. —Sus ojos se abren ante la idea, como si casi estuviera allí con solo pensarla, ya con el sabor de un *croissant* de mantequilla en los labios.

No puedo evitar sonreír. Y niego con la cabeza.

—Creo que no tendría ni idea de qué hacer en París.

—¿Por qué no? Podríamos desayunar bollos, cenar helado y enamorarnos de quien queramos. Ni siquiera tendríamos que aprender francés, simplemente podríamos dejar que los chicos nos susurren sus palabras extranjeras al oído y perder la noción del tiempo. Perder la noción de quiénes éramos.

Me río y me echo en el sillón junto a ella. Suzy resopla, con las mejillas sonrosadas. Me gusta su sueño, el mundo imaginario en el que podemos ir a cualquier lado y ser quien queramos.

—De acuerdo —digo, porque me gusta demasiado este momento, porque quiero creer que tiene razón y que podemos hacer esas cosas.

En este momento, soy una chica que deja el bosque atrás. Una chica con una amiga que la convence de salir a escondidas por la ventana de la habitación durante la madrugada y escapar a un sitio muy, muy lejos de aquí. Una de esas amigas verdaderas, *para siempre*. De esas con las que una iría a cualquier parte. Una amiga que siempre va a estar, pase lo que pase.

—Mejor hagamos las maletas esta noche —dice Suzy, guiñando un ojo, siguiendo con nuestro sueño imposible—. Tenemos que ver que tengamos los sombreros que corresponden, no podemos ir a París sin sombreros parisinos perfectos.

—Claro —digo—. Y zapatos.

—Y gafas de sol.

Asiento y me vuelvo a reír.

—También tenemos que cambiarnos el nombre —sugiere, girando la cabeza para mirarme—. Uno que vaya con nuestro disfraz. No podemos permitir que alguien se entere de que somos unas pueblerinas.

—Por supuesto.

—Agatha Valentine —dice Suzy, cuyos ojos empiezan a ponerse llorosos de la risa—. Así me llamo yo.

Niego con la cabeza.

—Parece el nombre falso de una investigadora privada —señalo.

—O de la heredera de una empresa de tarjetas de felicitación.

Lanzo una carcajada.

—Tú te llamarás Penélope Buttercup —me dice, alzando una ceja—. La hija de un magnate de los caballos de carreras, cuyo campeón pura sangre, Buttercup, ganó el Kentucky Derby. Pero no ganó en la prestigiosa carrera de Belmont Stakes, su mayor bochorno.

—Mi historia parece un poco más elaborada que la tuya —señalo, entre risas.

Suzy ya está llorando, y creo que nos dio un poco de esa sensación de que una vez que empiezas a reír, no puedes parar, cuando todo se vuelve gracioso, aunque no debería hacer gracia.

—La heredera de una empresa de tarjetas de felicitación y una princesa de las carreras de caballos —continúa—. Nos invitarán a las mejores fiestas de París. —Resopla otra vez.

Nos sentamos así, limpiándonos las lágrimas, soltando lo último que queda de nuestras risas reprimidas. Cuando el silencio finalmente se posa

sobre nosotras, la casa parece demasiado tranquila. El aire, demasiado quieto. Me doy cuenta de lo absurdo que es reír, encontrar algo gracioso cuando en realidad estamos atrapadas por la nieve, Oliver ha desaparecido y un chico ha muerto. Me da vergüenza y me levanto del sillón, frotándome las manos sobre el pantalón.

Hemos olvidado dónde estábamos, hemos olvidado que aún quedan cosas que temer.

La cacerola con agua que he dejado sobre la estufa empieza a hervir, y la llevo a la cocina para prepararnos la avena y una taza de té. Suzy apoya el mentón sobre las rodillas, y veo que su sonrisa ha desaparecido: sus pensamientos han vuelto a esta sala, a esta casa del bosque, al frío que siempre busca el modo de entrar. A este sitio, donde ha muerto un chico. Todo vuelve en una oleada, y creo que alcanzo a ver el miedo que me mira desde sus ojos color avellana. París ha quedado a una distancia imposible.

Nos quedamos calladas el resto del día. Tenemos miedo de hablar, de perdernos en tontos sueños imaginarios. En cambio, me siento junto a la ventana de la parte delantera y busco alguna silueta que se mueva entre los árboles, alguna señal de Oliver. Pero no aparece. Solamente veo un ciervo que avanza con cautela por la nieve, cuando llega el anochecer al bosque. Camina hasta la orilla y golpea con las patas la superficie del lago congelado, intentando romper el hielo, pero algo lo sobresalta, un pájaro quizás, y vuelve corriendo al bosque.

Miro a Suzy, acurrucada junto al fuego como una muñeca, acomodada con cuidado, con las manos sobre el regazo, y durante un momento no puedo saber cuánto tiempo ha pasado, cuántas horas, cuántos días y meses, desde que llegó a mi casa, desde que vino la tormenta y la carretera quedó cerrada. Siento que estoy perdiendo la noción de los minutos. El tiempo me ha estado engañando desde que encontré a Oliver en el bosque, desde que mis ojos se encontraron con los de él.

Tic, tic, tac.

Me levanto de la silla para quitarme la sensación, para plantar con firmeza los pies en el suelo. El reloj que está encima del fregadero de la cocina hace *tic, tac*, entrelazándose con las fibras de mi mente, haciendo avanzar los segundos, *demasiado rápido*.

Tic, tic, tac.

Cierro los ojos con fuerza y oigo que el reloj titubea, como si el tiempo se hubiera estancado entre los segundos. Un sonido tembloroso se escapa de mis labios. Un jadeo sibilante.

—¿Estás bien? —pregunta Suzy.

Levanto los párpados y asiento con la cabeza.

—Estoy bien —susurro.

—Estabas temblando.

Junto las manos para que no lo vea, y las meto dentro de las mangas.

—Solo tengo frío —miento.

Pero sé que es otra cosa. Un *déjà vu* o el tiempo que se escapa: está pasando algo que nunca he sentido. Mi abuela me diría que necesito descansar, me pondría las manos en la frente y me haría beber té con raíces de manzanilla y hojas de vainilla. Después, mientras estuviera dormida, se metería en mis sueños para ver qué me pasa en realidad. Usaría su sombra nocturna para recomponerme.

Camino hasta la estufa y pongo las manos sobre el calor.

—Quizás nos convenga dormir aquí abajo esta noche —digo—. Va a hacer menos frío junto al fuego.

Ella asiente, pero la piel se le ha vuelto pálida, como si apenas me escuchara. Sus ojos ya no brillan por la risa, y se mordisquea el costado de una uña, con la vista clavada en el suelo.

«Estamos a salvo aquí», quiero decirle. Pero eso daría a entender que no estamos a salvo fuera, en el bosque, en las montañas, en la oscuridad.

Pero la verdad es:

Ya no lo sé.

Me persigue una mariposa de hueso. Murió un chico. Y mi mente retumba entre los oídos, amenazando con partirse.

Quizás... aún no ha pasado lo peor.



—¡Nora! ¡Nora! —repite una voz—. Despierta.

—¿Qué?

—Levántate.

Abro los ojos de inmediato y lo primero que veo son motas blancas. Estoy acostada en un extremo del sillón, frente al fuego, con las rodillas levantadas hasta el pecho: Suzy ha ocupado el resto del sillón.

Pero ahora está de pie junto a mí, con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —Me incorporo con los codos—. ¿Qué hora es?

—Casi medianoche —responde.

Me aclaro la garganta y me froto los ojos, echando un vistazo a la sala de estar oscura, donde todo parece estar igual que cuando nos fuimos a dormir.

—Hay una fogata —dice, alzando una ceja—. En el lago.

—¿Qué? —Me levanto del sillón, dejando que la manta que tenía encima caiga al suelo.

—No podía dormir —añade, como si necesitara justificarse—. Estaba de pie junto al calefactor, para no pasar frío, cuando he visto la luz fuera.

En las ventanas, apoyo la palma de la mano contra el cristal, donde se ha formado hielo sobre el cristal delgado, intrincado y espinoso. Pasando el muro de pinos, cerca de la orilla del lago, una fogata echa chispas hacia el cielo nocturno como si fuera papel picado. Apenas llego a discernir la silueta de unos chicos recortada contra las llamas.

—Quizás sean Rhett y los demás —dice Suzy—. Seguramente se han escapado de su cabaña. —Esboza una sonrisita y camina hacia mí—. Deberíamos ir —añade, asintiendo, mirándome como si esperara que yo aceptara.

Pero niego con la cabeza, mientras el zumbido de los oídos se hace más fuerte.

—No pueden hacer una fogata tan cerca de los árboles —digo.

Ella se apena.

—¿Por qué no?

Pero yo ya estoy yendo a la puerta, con el pulso que me late por todas y cada una de las venas, con un repiqueteo en el pecho tenso. Finn levanta la cabeza desde su sitio junto a la estufa, con las orejas hacia delante, los ojos expectantes.

—Quédate —le digo, y él baja la cabeza.

—¿A dónde vas? —pregunta Suzy, siguiéndome con la mirada.

—A los árboles no les gusta el fuego —respondo—. Voy a apagarlo.



Las risas estridentes rebotan entre las ramas de los árboles y resuenan por el lago, fuertes y crispantes.

Avanzo rápido por el bosque, dando pisotones sobre la nieve; la furia crece en mis entrañas con cada paso que doy. Ni siquiera tengo tiempo de pensar en que esta puede ser una mala idea cuando llego al círculo de árboles y entro en el anillo de luz que despiden el fuego. Tengo los brazos rígidos a los costados, las uñas clavadas en las palmas de las manos. Pero los chicos no me

ven, no al principio —soy una silueta borrosa recortada contra el fondo de pinos, una sombra más—, pero después uno de ellos mira en dirección a mí, y se queda boquiabierto.

—Mierda —dice, asustado.

Todos se sobresaltan al unísono.

Los ojos como platos.

Los cerebros no consiguen reaccionar.

Casi puedo oír el *tric trac* de los engranajes. El susto al ver a una chica que sale del bosque.

No reconozco a ninguno, pero casi nunca los reconozco. Van y vienen muy a menudo en el campamento. *Chicos temporales*. Busco a Oliver, sus ojos muy verdes y el pelo ondulado, pero no lo veo y se me estruja el estómago.

—¿Quién narices eres? —pregunta uno. Lleva un gorro grueso de invierno, de esos que tienen orejeras abrigadas, con cuadros escoceses rojos, y forrado con piel artificial. Su aspecto es ridículo: el sombrero es muy pequeño, parece estar apoyado sobre la cabeza. Me pregunto si lo habrá traído él o si lo encontró entre las cosas perdidas del campamento.

—No podéis hacer una fogata tan cerca de los árboles —digo, pasando su pregunta por alto. Oigo que los pinos que nos rodean tiemblan de un modo extraño, las llamas lamen las ramas más bajas, saborean la savia opaca que se ha enfriado por el invierno—. Tenéis que apagarlo.

Espero a que los chicos reaccionen, digan algo, pero se quedan parados como muñecas mudas. Ojos que se abren. Ojos que se cierran.

Pienso en mi madre, que en verano va con paso firme hasta la casa de los vecinos cuando hacen parrilladas demasiado cerca de las ramas combadas, o cuando lanzan fuegos artificiales en el Día de la Independencia cerca de unos álamos secos. «Vais a quemar todo el maldito bosque», espeta. A ella nunca le ha importado que sus vecinos se conviertan en enemigos. «Este es nuestro bosque», suele decirme cuando vuelve a la casa, todavía echando chispas, con las mejillas sonrojadas por la ira. «Son solo turistas de verano».

—Vais a enfadar a los árboles —continúo, esta vez más fuerte. En invierno, una fogata es menos peligrosa, las ramas y la maleza son menos inflamables. Pero de todas maneras oigo la agitación de los árboles, el murmullo de las ramas que crujen, la furia que aflora en las raíces bajo nuestros pies. Echo los hombros hacia atrás, como si pudiera hacerme parecer más grande, una bestia del bosque, como los cuervos oscuros que se rumorea

que se posan sobre las ramas del extremo más alejado del bosque Wicker, alguien que inspire miedo.

Pero dos de los chicos se ríen: unas risas profundas y detestables, con las mejillas rojas como frambuesas aplastadas.

Niego con la cabeza, irritada. *No me creen.*

—Los árboles tienen mucha memoria —advierto, áspera como la grava. El bosque recuerda a quiénes tallaron nombres en sus troncos, con coroncitos cortados en la madera; quiénes arrojaron un cigarrillo sobre un montículo de hojas secas y chamuscaron su corteza. Saben quiénes rompieron una rama y arrancaron puñados de hojas y agujas de los pinos para encender una fogata.

Ellos recuerdan. Son rencorosos. Las ramas afiladas pueden sacar sangre. Las zarzas pueden enganchar un pie y hacer que una persona se tropiece y se parta la cabeza.

—¿Eres una niña exploradora o algo así? —pregunta uno de los chicos, con las cejas levantadas en un gesto exagerado y burlón. Me doy cuenta de que está conteniendo otra carcajada. Su cabeza está coronada por cabello rubio rojizo, y un leve hueco entre los dos dientes de delante salta a la vista. Ni siquiera lleva puesto un abrigo: solo un suéter horrible con un dibujo gigante de la cabeza de un reno bordado en la parte delantera. Pero sospecho que la botella de alcohol oscuro que tiene en la mano, en la que ya casi no queda nada, le está dando calor.

—Es Nora Walker —responde una voz a mis espaldas, y Suzy entra despacio en el círculo de luz que despidió la fogata.

Tiene las mejillas sonrosadas por el frío, y la boca encorvada hacia un lado, como si acabara de revelar un secreto en el momento justo.

Las caras de los chicos se ponen amarillentas, se quedan boquiabiertos, se aflojan los pómulos. Pero no miran a Suzy. Me miran a mí.

Soy una Walker.

Una *bruja del invierno*, una *bruja del bosque*, una chica con locura en las venas que debería estar en un psiquiátrico, y todas las demás cosas que los chicos del campamento me han dicho. Me han dicho cosas que hieren y hacen daño, pero solo un poco.

—Eres la chica de la luna —dice al fin el chico con el gorro de orejeras.

Pero Suzy lo mira con malos ojos.

—No digas estupideces, Rhett.

Él la mira con el ceño fruncido: *Rhett*, la razón por la que ella se metió a escondidas en el campamento. Es por él que ella está aquí, atrapada como los

demás. Lo observo, intentando comprender por qué lo eligió. Es atractivo, obviamente, con la cara redondeada y un hoyuelo en la mejilla, pero los ojos no son suaves y cálidos como el resto de él parece ser. Tienen un aire de insensibilidad. De crueldad, incluso. Un chico que suele conseguir lo que quiere.

—No les hagas caso —dice Suzy, haciendo un ademán y colocando un mechón de su largo pelo ondulado sobre un hombro—. Solo están enfadados por tener que vivir en mitad de estas montañas espantosas.

Pero no es por eso por lo que me llaman la chica de la luna, por lo que me miran con la inquietud marcada en la curva de las cejas. Es porque me tienen miedo. Piensan que mi sangre es del color de la noche más oscura y que mi corazón está lleno de espinas y vinagre. Deberían temerme. Y lo que es más importante, deberían evitar cruzarse conmigo.

No saben que, a diferencia de mis ancestros, a diferencia de las Walker del pasado, ninguna sombra nocturna emana de mí.

Suzy se aclara la garganta y levanta el mentón.

—Ese es Rhett. —Señala con la cabeza al chico del hoyuelo, y él me mira pero no sonríe: solo me observa con ojos fríos y calculadores, como si intentara ver si los rumores son verdad, si yo podría enfriarle la sangre con solo estirar un dedo. Y en este momento, me gustaría poder hacerlo.

»Ese es Lin —continúa ella, echando un vistazo al chico que está a mi izquierda, que asiente con la cabeza pero no habla. El enorme abrigo inflado azul marino que lleva puesto es como un capullo: tiene la capucha levantada y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, como si no pensara quitársela hasta la primavera, como si nunca hubiera tenido tanto frío en su vida. Lo deben de haber mandado desde algún sitio cálido, como California o Florida, algún sitio donde el cielo suele ser de color aguamarina y el aire huele a coco.

—Me llamo Jasper —interviene el chico con el suéter del reno, sonriéndome desde el otro lado de la fogata y extendiendo el brazo con el que sostiene la botella de líquido oscuro, sacudiendo una ceja—. Whisky —dice, haciendo un gesto con la cabeza para que la acepte. Pero no presta atención a la botella.

No me importa cómo se llaman; no he venido aquí a pasar el rato. A beber alcohol, tostar malvaviscos y contar historias infantiles de fantasmas.

—Tenéis que apagar el fuego —vuelvo a decir, esta vez con más firmeza, mientras toco el anillo con la piedra de luna que tengo en el dedo, girándolo en círculos.

Rhett me mira con desdén, levanta un palo y atiza el fuego, enviando más chispas hacia las ramas, provocando a los árboles.

—Tal vez deberíamos hacerle caso —dice Lin, levantando los hombros cubiertos por el enorme abrigo—. Después de todo lo que ha pasado...

Rhett alza el palo, que despide una delgada espiral de humo del extremo ennegrecido.

—Cállate, Lin —dice, poniendo el brazo que le queda libre sobre los hombros de Suzy, que se ha acercado a él—. No vamos a hablar de eso.

—¿A quién se lo va a contar? —Dispara Lin, mirándome.

Jasper sacude la botella en alto.

—A quien quiera.

—Esto es una mierda —farfulla Lin, dándole una patada a un montículo de nieve a sus pies, cavando una pequeña zanja que llega al suelo rojizo, y el lodo se le pega al calzado.

Cosas que quiere decir, pero no puede, se retuercen en su mirada.

—Todo esto es una mierda —coincide Rhett, clavando el palo ardiente en la nieve. Sus cejas se alzan con brusquedad debajo del grueso gorro, como si estuviera advirtiéndole a Lin que dejara de hablar—. Pero ya está hecho.

Me doy cuenta de que no se trata de un simple grupo de chicos que han robado una botella de alcohol y han venido al lago a emborracharse. Es una reunión. Han venido a hablar en secreto, en privado, *sobre lo que pasó*.

—En algún momento se abrirá la carretera, y entonces tendremos que lidiar con esto —dice Lin, alzando la mirada.

—Los brutos no saben lo que pasó —responde Rhett con frialdad. Ya he oído ese nombre antes, «los brutos». Es como a veces llaman a los supervisores.

—Los brutos son unos estúpidos. Va a ser mucho peor cuando un detective empiece a hacer preguntas —dice Jasper, con la mandíbula tensa y la botella que se balancea a su lado, arrojando gotitas sobre la nieve—. Esta era mi última oportunidad, que me mandaran a este campamento. —Se le hunden las cejas, una debilidad, un destello de duda, miedo e inseguridad. Como si de verdad tuviera miedo de lo que pudiera pasarle—. Si meto la pata —continúa—, es probable que mis padres no me dejen volver a casa.

Todos se quedan en silencio, y los árboles se agitan; el viento se levanta del lago y entra en el bosque que lo rodea, sacudiendo la nieve de las ramas. A la naturaleza de este sitio no le gustan nuestros cotorreos de medianoche, las voces cada vez más fuertes, las llamas que parpadean y las chispas que suben en círculos entre los árboles. La hemos despertado.

—¿Habláis del chico que murió? —Me atrevo a preguntar.

Todos parecen hacer la misma mueca al unísono, rehuyendo de mis palabras. Trago saliva con fuerza; siento que tengo demasiados ojos encima, de pronto siento que me superan en número. *Ha sido mala idea venir aquí*. Hasta los árboles se acercan, escuchan, se van despertando de su sueño nevado.

Me repiquetea el corazón. El estómago se me hace un nudo.

Pero Rhett mira a Suzy, con ojos furiosos.

—¿Qué le has contado?

—Nada —responde ella enseguida, levantando los hombros, las manos y ambas cejas, en un gesto de inocencia—. Igualmente nunca me contasteis nada. Es solo lo que he escuchado.

—Genial —señala Jasper, con el labio superior que forma una mueca de desdén mientras se aleja apenas del fuego, sin mucho equilibrio, medio borracho—. Estamos jodidísimos.

Yo niego con la cabeza.

—Lo único que sé es que murió un chico.

Y que Oliver se metió en el bosque esa noche, que lo encontré entre los árboles, y que ayer rodeó el lago hasta llegar al cementerio y se paró frente a la lápida de Willa Walker. *Sé que pasó algo malo la noche de la tormenta*.

Un chico sobrevivió. Un chico murió.

—Fue un accidente —insiste Jasper, mirándome por encima de la fogata, con ambas cejas levantadas, pero inclinando la cabeza un par de grados hacia la izquierda, como si quisiera que yo le creyera, como si intentara convencerme. *Solo un accidente. No hay nada que ver aquí. Nada que denunciar. Ocúpate de lo tuyo*.

Pero sigo hablando de eso.

—¿Cómo murió?

Rhett arroja el palo medio quemado al fuego y deja que lo devoren las llamas.

—Hemos dicho que fue un accidente —gruñe, quitando el brazo de los hombros de Suzy. Harto. Enfadado. No me quiere aquí, de pie junto a la fogata, haciendo preguntas.

Un silencio invade al grupo, y sé que me he pasado de la raya. Rhett me mira como si estuviera a punto de pasar junto a Suzy y ponerme las manos en la garganta para callarme, para que no diga nada, nunca más. Una sensación

de intranquilidad se despliega debajo de mi piel, instándome a dar la vuelta e irme. Pero no me muevo.

Jasper se aclara la garganta, tambaleándose hacia la izquierda, como si le costara mantenerse derecho.

—Voto por que sigamos bebiendo hasta que se despeje la carretera, y entonces nos vamos a la mierda. —Inclina la cabeza hacia atrás y bebe otro trago de alcohol; los ojos se le van al cráneo—. No noto casi nada cuando estoy borracho.

Veo que Suzy pone los ojos en blanco. Es evidente que Jasper ha bebido demasiado, y eso le molesta incluso a ella.

El grupo se sume en otro breve silencio, y yo intento contenerme, guardármela, pero la pregunta sale igual.

—¿No notas qué?

—Las voces —responde Lin de inmediato, casi con un susurro, antes de que Rhett pueda detenerlo. Y el blanco de los ojos de Lin me mira como si yo supiera de lo que habla, como si la bruja de la luna pudiera leer sus pensamientos y entender el indicio de algo que está escondido detrás de sus labios fruncidos.

Tal vez sí sé de qué habla.

Pienso en los aullidos que solía oír cuando era pequeña, que resonaban desde el cementerio: aullidos de llantos, de locura, los aullidos de los muertos. Al igual que todas las Walker que me precedieron, oímos lo que otros no pueden oír. Vemos.

El corazón me vibra demasiado rápido y un escalofrío me recorre la espalda, una vértebra a la vez.

—¿Qué tipo de voces? —pregunto. Necesito saberlo.

Los ojos de Lin pestañean a cámara lenta, masticando las palabras antes de escupirlas.

—Por la noche, en la cabaña. Oímos cosas.

Jasper enciende algo en la mano que tiene libre, y me llama la atención. Parece un encendedor, plateado, con los laterales brillantes. Él se queda mirando la llama antes de apagarla y vuelve a meterlo en el bolsillo, como si no quisiera que nadie más lo viera, que lo admiren demasiado.

—No es solo por la noche —dice Jasper, tosiendo una vez—. Lo he oído durante el día también. Entre los árboles, como si me persiguiera.

Doy un paso hacia delante, más cerca del fuego.

—¿Qué te persigue?

Lin se encoge de hombros y Jasper bebe otro sorbo de whisky. Rhett tiene la vista clavada en las llamas, con el rostro redondo cubierto por un fuerte contraste de luz y sombras oscuras. Pero nadie responde.

Tal vez porque no lo saben. O quizás porque tienen miedo de algo.

De algo que no pueden ver.

O quizás está todo en su cabeza. «Locura de nieve», lo llamaba mi abuela. El frío puede solidificarse en la mente, y los hilos de hielo dispersan todos los pensamientos cuerdos. Un miedo resonante que hace que los ojos vean cosas que no están, oír cosas que no existen. Engaños del bosque.

Jasper se da la vuelta, de espalda a las llamas, con el rostro enrojecido.

—Es culpa de Max que esto haya pasado —declara, una palabra encima de la otra, una mezcla de sonidos mal pronunciados.

—No culpes a Max. —La mandíbula de Rhett se contrae. Y esta vez, las dagas de sus ojos apuntan a Jasper.

Pero yo me quedo pensando en una cosa: Max.

¿Será el chico que murió?

—¿Entonces piensas que tendríamos que culpar a Oliver? —pregunta Lin, a la defensiva, sacando las manos de los bolsillos de su abrigo enorme, como si se preparara para pelear.

—Alguien tiene la culpa —replica Jasper, sacando pecho.

Pero Suzy da un paso hacia delante, con ambas manos en alto.

—Basta —interviene.

Todos se quedan parados con los hombros rígidos, como hilos que están demasiado tirantes, a punto de cortarse. Se miran entre sí, sin pestañear, con el aire tenso en la garganta.

Y me pregunto: ¿sabrán que *yo* encontré a Oliver, que soy la que lo trajo de vuelta del bosque? ¿Sabrán que ha estado quedándose en mi casa, que dice que no confía en ellos? Por un lado empiezo a dudar de que Oliver haya aparecido en mi puerta porque lo desafiaron a hacerlo. Una broma tonta. Si fuera amigo de estos chicos, ¿no estaría aquí con ellos ahora, en la fogata?

—¿Qué hizo Oliver? —pregunto rápidamente, alternando la vista entre Jasper y Lin, esperando que alguno me lo cuente.

La tensión parece aflojar, aunque sea un poquito.

Suzy baja los brazos e incluso la mirada, se hunde junto a Rhett.

El aire entre ellos ha cambiado.

Se niegan a responder mi pregunta, a decirme la verdad. Quizás están protegiendo a Oliver: no quieren que yo sepa lo que hizo. Siento que todos contienen la respiración. Los segundos se quedan estancados a nuestro

alrededor, esperando a que alguien hable, que admita alguna verdad que aún no consigo ver. «¿Qué pasó esa noche?», quiero gritar. «¿Qué hizo Oliver?».

El fuego se retuerce y escupe más humo, masticando la madera húmeda.

Jasper echa la cabeza hacia atrás, mirando los árboles.

—Odio este bosque —murmura, tambaleándose a un lado, mientras la botella que tiene en la mano salpica líquido ámbar sobre el suéter de reno—. Mierda —exclama de pronto, con los ojos como platos mientras empieza a darse media vuelta, perdiendo el equilibrio. Se tropieza con algo, quizás sus mismos pies, se aleja a toda velocidad del fuego, agitando los brazos, y cae con un fuerte golpe sobre la base de un abeto enorme.

Suzy se lleva una mano a la boca, atónita.

Jasper suelta un pequeño grito ahogado y un gemido sibilante. Le corre sangre por la mejilla, donde una rama le ha cortado la piel al tropezarse, y veo caer las gotas, que pintan la nieve de rojo. El corazón se me dispara.

—¡Su puta madre! —exclama Jasper, frotándose el corte con una mano, y la sangre se la mancha, mientras unas piñas caen del árbol, haciendo *plaf* al golpear contra la nieve que lo rodea.

—Estás hecho mierda —señala Lin, negando con la cabeza.

Rhett se ríe ante el comentario, pero los árboles que están más cerca de nosotros se erizan, las raíces se retuercen en el suelo. No nos quieren aquí.

Doy un paso rápido hacia delante, echo nieve sobre el fuego con una patada y lo sofoco con una sola maniobra. Un humo gris y ceniciente sube al cielo en forma de espiral.

—¿Por qué mierda has hecho eso? —grita Rhett.

—Os he dicho que ibais a enfadar a los árboles. No podéis encender una fogata tan cerca del bosque.

Rhett da un paso en dirección a mí, abriendo y apretando las manos a los lados.

—Bruja estúpida —espeta en voz baja.

Pero Suzy le sujetó el brazo, y él la mira.

—Déjala en paz —dice.

Las cejas de Rhett se juntan, pero el brazo se relaja, como si sentir la mano de Suzy fuera suficiente para tranquilizarlo.

—De todas formas, no me gusta estar aquí —reconoce Lin, alejándose del grupo y yendo hacia los árboles, hacia el lago.

Jasper echa un vistazo a la botella de alcohol vacía que ha quedado en la nieve.

—Y yo necesito más bebida —comenta arrastrando las palabras, y se pone de pie con dificultad.

—Bueno —dice Rhett, con tono terminante e irritado, mirándome un segundo más antes de volver con Suzy—. Podemos volver a la cabaña. —Apoya un brazo sobre los hombros de Suzy—. ¿Vienes?

Ella levanta la cabeza para mirarlo, encogiéndose de hombros con timidez, como si estuviera contemplando las demás cosas que puede hacer esta noche. Otros planes. Me mira y se suelta del brazo de Rhett, y dice en voz baja para que solamente la escuche yo:

—Ven tú también.

Niego con la cabeza.

—No, gracias. —No tengo ningún interés en pasar un minuto más con estos chicos.

Rhett le da una palmada a Jasper en el hombro mientras se pone de pie con dificultad, riendo, pero Jasper no le hace caso, como si estuviera avergonzado.

—Quizás tampoco te convenga ir con ellos —susurro a Suzy, manteniendo la voz baja.

Sus ojos decaen un poco, como si estuviera cansada, o tal vez lo que veo es lástima: se siente mal por mí. «Nora Walker, la que no tiene amigos de verdad».

—Volveré antes de que salga el sol —dice, como para dejarme tranquila.

Pero yo no asiento con la cabeza; solamente siento una punzada de preocupación.

—No creo que puedas confiar en ellos. —Quizás esté siendo paranoica, o quizás solo lo pienso porque Oliver dijo que no confía en ellos. Pero no quiero que ella vaya con Rhett, con ninguno de ellos.

Suzy sonríe, alzando una ceja en actitud conspiradora.

—Son unos imbéciles, lo sé. Pero son divertidos, y estoy aburrida. —Me guiña un ojo y extiende el brazo para apretarme la mano.

Abro la boca para decirle que no vaya, pero la vuelvo a cerrar. Da igual, no va a hacerme caso. Y puede hacer lo que quiera. Puede ir a dormir a la cabaña de Rhett, no tiene ninguna obligación conmigo. Pero eso no quita la preocupación persistente que siento en las sienes. El dolor que tengo detrás de la cabeza.

Los veo irse por la nieve, hacia el lago, con Jasper tambaleándose al final del grupo con la botella vacía en la mano. Los restos de la fogata quedan humeantes; el aire, con olor a ceniza; y escucho con cuidado a los árboles que

vuelven a dormirse. Las raíces se hunden en el suelo, las ramas se balancean con delicadeza.

Me pregunto si solo serán los ruidos de los árboles los que han asustado a los chicos, si será eso lo que oyen de noche cuando todo está muy silencioso, si esas serán las voces que dicen que los acechan en el campamento. O si será otra cosa. Algo peor.

Algo de lo que no quieren hablar.

Siento el peso aplastante del frío, de la infinidad de preguntas, y de pronto, no quiero estar aquí en la oscuridad, sola. Me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia la casa, mientras la nieve sopla en forma de ráfagas blancas.

Tan solo unos metros después de haber salido del bosque, siento el escalofrío de que alguien me mira.

El pulso crepita en mis oídos, como pequeños chasquidos de advertencia. *Hay alguien allí*. Me detengo en seco y miro hacia la pendiente, entre los pinos, lista para salir corriendo al lago, o al campamento si es necesario.

Pero después lo veo.

Oliver.

LIBRO DE HECHIZOS

DE MEDICINAS DEL BOSQUE

Y LUZ DE LUNA

CEECEE WALKER nació durante el invierno de una luna alpina clara.

Quizás fue por la suave capa de nieve que acallaba todo sonido; quizás fue porque su madre nunca gimió ni lloró durante el parto. Quizás fue porque la partera era sorda de un oído.

Pero cuando CeeCee abrió por primera vez sus ojos de bebé, no soltó un solo llanto. Ni siquiera un lloriqueo ni un susurro.

CeeCee no lloró ni una vez por un biberón ni por que le cambiaran un pañal. Pasaron siete años hasta que dijo su primera palabra: *ábaco*, la cual dejó a su madre muy confundida.

Nunca volvió a decir otra palabra en inglés. A los nueve años, solo hablaba en alemán y decía entre dientes cosas que su madre y sus hermanas no podían entender ni descifrar. Cuando tenía once, pasó a hablar francés y después ruso. A los doce, hablaba árabe, español e hindi. Entre los trece y el invierno en el que cumplió diecisiete, solo habló en portugués.

Una vez, su madre se negó a hacerle el dobladillo a un vestido de CeeCee a menos que ella lo pidiera en inglés. La chica se negó, y durante el resto del año usó vestidos demasiado largos cuyas faldas se rasgaban por donde ella caminaba.

CeeCee se enamoró del héroe de un libro en lugar de un chico de verdad, y soñaba con navegar por el mundo con él, en su barco hecho de cristal y perlas. Su sombra nocturna le permitía hablar en cualquier idioma que

quisiera, pero igualmente se quedó en el bosque, rodeada de aquellos que hablaban uno solo, el que a ella menos le gustaba.

Más adelante, tuvo preferencia por el modo en que las vocales chinas se deslizaban por su lengua, y hablaba en chino mientras caminaba entre los álamos temblones de otoño y leía su libro preferido.

Pero en sus últimos momentos, con la vista puesta en el techo del desván y su hermana menor a su lado, susurró una última palabra: *ábaco*, por motivos que, hasta el día de hoy, nadie ha comprendido.

Cómo invocar un idioma:

Cortar una cebolla silvestre en tercios y sostenerla bajo los ojos hasta que estén llorosos.

Esparrir polen de tulipán sobre una tela blanca de algodón y ponerla bajo la almohada en la última noche de las Lammas.

Antes de dormir, decir tres palabras en el idioma que se quiere hablar mientras se sujetan la lengua con el dedo índice y el pulgar.

Comer solamente avena y rábanos durante una semana.

En la siguiente luna menguante, el idioma residirá debajo de la lengua.

OLIVER

—Me has asustado —dice Nora, que entra en la casa dando zancadas y después gira sobre los talones para mirarme. Se le está deshaciendo la trenza del pelo, unos mechones negros quedan rezagados sobre el cuello, y la piel está enrojecida por el frío; tiene las mejillas de color fresa y los ojos blanco hueso.

—Lo siento —respondo.

Ella me levanta las cejas, como si en realidad necesitara una explicación, como si la compasión que sentía por mí la noche en que me encontró hubiera desaparecido, reemplazada por algo más: duda. Y quizás hasta miedo.

Tal vez me esté convirtiendo en el villano después de todo.

—¿Qué hacías allí afuera? —me pregunta.

Me tiemblan las manos, y yo las cierro para que ella no se dé cuenta.

—He visto que Rhett y los demás se escapaban del campamento —le cuento. *La verdad. Nada más que la verdad*—. Los he seguido.

—¿Por qué? —me pregunta; el espacio entre sus ojos está salpicado de arrugas diminutas.

—No confío en ellos. —Repite lo que le dije anoche. Se forma un charco de nieve derretida a mis pies, pero no me quito las botas. No sé si me dejará quedarme, si me quiere aquí, si *ella* confía en *mí*—. He visto la fogata, y te he visto a ti, y quería quedarme tranquilo de que estuvieras bien —admito.

Ella entorna los ojos, y parece estar afligida por algo, un dolor que no alcanzo a ver.

—No hace falta que me sigas —dice—. Ni que me protejas.

—Lo sé. —Y sí, lo sé. Ella no es débil, no es frágil ni indefensa ni asustadiza. Es la tormenta que destroza los techos y arranca los árboles. Sin embargo, necesitaba saber si estaba bien. Necesitaba estar más cerca de ella.

Ella es lo único que calma la sensación de frío, el recuerdo del bosque que siento siempre en la nuca. Ella acalla la oscuridad que no deja de buscar la forma de entrar.

Nora suelta un suspiro y se cruza de brazos.

—¿A dónde fuiste esta mañana? —pregunta, con las cejas inclinadas hacia abajo.

—No podía dormir.

Su boca se frunce en un arco, como si no me creyera.

—Seguí tus huellas alrededor del lago —confiesa. El lobo levanta la cabeza del suelo y olfatea el aire, como si oliera algo desconocido, y vuelve a apoyar el mentón sobre las patas—. ¿Por qué fuiste al cementerio?

Aparto los ojos de ella por primera vez, los aparto de lo que quiere saber. No sé cómo explicar lo que recuerdo, lo que sentí. Solo tengo fragmentos de recuerdos que cortan y pinchan cuando intento pensar en ellos.

—Creo que estuve allí esa noche —digo. Es lo único que sé con seguridad.

—¿Y te paraste frente a la lápida de Willa Walker?

Un dolor intenso empieza a punzar detrás de mis ojos.

—Sí.

—¿Por qué esa?

—No lo sé. —Las punzadas se convierten en golpes que azotan mi cabeza, un océano que se escapa por las grietas del cráneo—. Pero creo que no estaba solo.

—¿Estaban los demás allí, los chicos que estaban esta noche en la fogata? —pregunta.

Yo asiento con la cabeza.

—¿Y Max? —Quiere saber. Siento la pregunta como el extremo afilado de un cuchillo.

Max.

Siento que hago una mueca al oír su nombre.

—¿Lo recuerdas? —insiste.

Niego con la cabeza, y el calor del fuego de pronto se vuelve muy fuerte, el aire se hace muy denso, los pulmones se me tensan en el pecho.

—No —respondo en voz alta. Una mentira. *Fácil y rápido.*

—Murió, Oliver —dice ella, negando con la cabeza, y quiero decirle que yo no estuve allí, que no tuve nada que ver. Pero no puedo porque no lo sé con certeza, y la frialdad de su mirada me hace más daño que cualquier otra

cosa. Duele porque quizás yo sea el villano, con ojos crueles, una risa malvada y secretos escondidos: guardados muy *muy* dentro.

Ella me tiene miedo. Tiene miedo de quién soy en realidad, de lo que podría haber hecho.

Y tal vez sí debería temerme.

—Ojalá... —Siento la voz como una cuchilla en la garganta: la línea que separa la verdad de la mentira me corta en dos—. Ojalá pudiera recordar —digo finalmente.

Pero Nora se lleva las manos a las sienes; su anillo tiembla a la luz del fuego. No sabe qué creer.

Yo no debería estar aquí. En su casa. Ella no debería confiar en mí.

Voy hacia la puerta y la abro; dejo que el viento azote las paredes, las cortinas, el pelo largo y susurrante de Nora. No me despido.

Pero a mis espaldas, oigo que dice:

—Espera.

Cuando vuelvo la mirada, veo que ella se ha acercado y está a solo unos pasos de distancia.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—No lo sé.

Se muerde el labio y mira al suelo. No quiero que me pida que me vaya, pero sé que debería. Debería sacarme de un empujón, cerrar la puerta con llave y pedirme que no vuelva nunca más.

Ella alza los ojos color avellana oscuro, y aunque revelan un dejo de duda, dice:

—Puedes quedarte. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

Niego con la cabeza. Pero ella me interrumpe antes de poder oponerme.

—Es mi casa. —Traga saliva—. Y quiero que te quedes.

Los latidos de mi corazón son muy fuertes, lo suficiente para partirme el pecho, lo suficiente para que ella los oiga.

Y cuando la veo, se forma un dolor dentro de mí, una quemazón molesta a la que intento no prestar atención. Debería decirle la verdad: que lo poco que recuerdo de esa noche es suficiente para saber que tiene razón en tener miedo; que no pasó nada bueno esa noche, en el cementerio junto al lago; que hay recuerdos perdidos enterrados en mis entrañas y que me asustan, que nunca quiero ver.

Debería decirle esas cosas, pero también quiero quedarme, más que nada en el mundo: quiero quedarme aquí con ella. No quiero estar solo. No quiero

que la grieta que tengo dentro se agrande, que se filtre el océano de soledad. No quiero ahogarme.

Y tampoco quiero que se ahogue ella, que se asfixie con lo mismo: el dolor que ambos sentimos en lo más profundo de nuestro ser.

Así que no abro la boca.

Cierro la puerta, y las cortinas vuelven a acomodarse contra la pared; el pelo de Nora vuelve a caer sobre los hombros. Las manos me tiemblan un poco, y doy un paso hacia ella. La respiración *me engancha, me araña, me raspa* las costillas. Mis dedos quieren acercarse a ella, tocar la palma de su mano, la larga línea de su antebrazo, la curva de su clavícula, donde tiene la piel sonrosada. Quiero desobedecer los latidos de mi corazón, que me dicen que me vaya.

Quiero permitirme sentir esto que no entiendo: las alas en la garganta y el deseo en la punta de los dedos.

No quiero ser el villano.

Pero la puerta se abre de par en par y alguien entra en la casa pasándome por al lado, con olor a alcohol y perfume de rosas.

NORA

Suzy entra en la sala de estar a las zancadas, con el abrigo cerrado hasta el mentón, y los hombros y el pelo espolvoreados con copos de nieve.

—Qué frío hace, joder —declara, cerrando la puerta de un golpe y pasando junto a Oliver en dirección a la estufa. Tiene las mejillas y la nariz rojas, y extiende las manos para calentarlas sobre el fuego.

Miro a Oliver, pero él no transmite expresión alguna.

—¿Qué ha pasado? —pregunto a Suzy—. Creía que ibas a quedarte en el campamento.

—Rhett es un imbécil —dice, apartándose el pelo de la frente con un ademán, y me doy cuenta de que ha estado bebiendo. Quizás han encontrado otra botella de alcohol en la cocina del campamento, y han estado bebiéndosela entre todos en la cabaña de los chicos—. Me ha dicho que no debería confiar en ti. —Sus ojos se encuentran un segundo con los míos, rojos y llorosos—. Ha dicho que íbamos a meternos en problemas por tu culpa, porque sabes demasiado.

De pronto siento que falta el aire en la sala, que esta vibra en la periferia. Vuelvo a echar un vistazo a Oliver, pero él ha dado un paso hacia atrás. Apenas mira en mi dirección, como si sus propios pensamientos le nublaran la vista.

—No sé nada —le digo a Suzy, mirándola otra vez.

Pero ella continúa hablando, como si ni siquiera me oyera.

—Le he dicho que era un idiota y que esta noche iba a dormir solo. —Le quita importancia con un ademán, y la cabeza se le va a un lado, como si apenas pudiera mantenerse en pie. Me deja sorprendida que me haya defendido: sorprendida y agradecida. Tal vez sí piense que somos amigas. Y durante un momento, quiero estrecharla en un abrazo.

»Los hombres son unos imbéciles —espeta, y sus ojos recorren la sala, pestañeando ante Oliver. Me pregunto si le dirá algo, si también le dirá que es un imbécil, igual que todos los demás. Pero vuelve la vista a la estufa, como si estuviera a punto de vomitar.

—Quizás sea mejor que te sientes —sugiero, tocándole el hombro.

Ella se estremece y se vuelve hacia el sillón, se desploma sobre los cojines y se lleva las mantas hasta la garganta en un solo movimiento rápido. Cierra los ojos y dice entre dientes:

—Cántame una canción, Nora. —Como si fuera una niñita que pide un cuento antes de dormir; té y galletas y un beso en la frente.

—¿Suzy? —digo en voz baja, pero un ronquido suave escapa de su boca. Ya se ha dormido.

El pelo le cae por la mejilla, la boca no tiene expresión alguna, y me pregunto si recordará algo de esto por la mañana. Si recordará lo que han dicho los chicos.

—Lo siento —dice Oliver a mis espaldas. Se acerca, y solo su cercanía hace que me duela el estómago: un dolor profundo y raro, nudos marineros en la barriga.

—¿Por qué?

Habla en voz baja, como si no quisiera despertar a Suzy, pero dudo que ella vaya a moverse pronto.

—Por lo que han dicho esos chicos.

—Estoy acostumbrada a que la gente hable de mí —señalo, negando con la cabeza y permitiendo que un lateral de mi boca forme una pequeña sonrisa. Quiero que vea que no me molesta, que soy más fuerte de lo que él piensa. Pero de todos modos, toco el anillo de mi abuela y dejo que mi mente repase todo lo que los chicos han dicho en la fogata, lo que han dicho de las voces en la cabaña, de que no sabían a quién culpar: a Oliver o a Max.

Solo están paranoicos, pienso.

Oyen cosas que no existen en realidad.

—No tengo que quedarme —dice Oliver, con cautela en la voz, como si no lo dijera de verdad. Sus ojos se van hacia Suzy, que ahora ocupa el sillón, el sitio donde él ha dormido las dos últimas noches—. Puedo buscar otro sitio.

Es curioso cómo una puede convencerse de que no hay nada que temer, la facilidad con la que se puede mirar a un chico que apenas se conoce y confiar en cada palabra que sale de sus labios. Quizás sea una tonta. O quizás la sensación vibrante y endeble que siento en mitad del pecho, el frágil

repiqueteo de mi corazón, signifique algo. Quizás haya cierta verdad en esa sensación.

Una sensación que no debería pasar por alto.

Una sensación que no quiero.

—No —digo finalmente, y sus ojos se posan en mí unos segundos de más, lo que hace que me cueste respirar—. Puedes dormir en el desván.

Su mirada se tranquiliza y la sala empieza a temblar, las paredes se derriten en la periferia de mi visión, el reloj de la cocina suena demasiado fuerte. Oliver queda desenfocado, y pienso en cuando él estaba entre los árboles, observándome frente a la fogata. Ha seguido a los chicos desde el campamento porque yo le preocupaba. Y no sé qué sentir ni qué decir, pero el corazón me estalla, causando pequeñas punzadas de dolor.

Aparto los ojos de él, con temor de que la casa se astille a nuestro alrededor, de que el reloj de pared deje de funcionar.

—¿Estás bien? —me pregunta, tocándose el brazo, la mano.

Pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, todas las palabras se disuelven en mi lengua, se quedan atascadas en los dientes, así que me limito a asentir con la cabeza. *Bien, bien, bien.* Todo está bien. No siento como si la cabeza se me fuera a partir por la mitad y todos mis pensamientos fueran a derramarse sobre el suelo. No siento como si la casa fuera a derrumbarse. No siento como si el tiempo fuera a hacerse añicos.

Estoy bien.

Él me suelta la mano, y voy a cerrar la puerta principal, percibiendo la tormenta que está formándose fuera: no de las montañas, sino de otra cosa.

Una tormenta hecha de furia y rencor entrelazados en los corazones de chicos insensatos.

Enciendo una vela, algo que ya es un ritual, y me dirijo a la escalera. La casa ha dejado de girar. El reloj ya no retumba en mis oídos.

Sin mediar palabra, Oliver me sigue.

Quizás ahora este sea el sitio al que pertenece, conmigo, en esta casa.

Nunca nadie me había pertenecido, no de verdad.

En el desván, la cama está sin hacer, las almohadas están caídas y arrugadas desde la noche anterior. Y Oliver se queda parado en el último escalón, recorriendo mi habitación con la vista, las pilas de libros en el suelo, mientras Finn le pasa por al lado con paso cansado y suelta un resuello al acomodarse sobre la alfombra que está a los pies de la cama.

—Yo dormiré en el suelo —dice Oliver, mirando el sitio donde Finn se ha hecho un ovillo, con el hocico metido debajo de la cola.

—No, hay sitio de sobra —sostengo yo, estirando con prisa el edredón y las almohadas. Pero Oliver no entra en mi habitación, como si fuera a darse la vuelta e irse por la escalera—. No tiene por qué ser incómodo —señalo, alzando una ceja—. Es una cama, nada más. Un sitio donde dormir.

Él sonríe un poco, después entra en la habitación y mira por la ventana, hacia el lago cubierto de nieve, mientras yo me quito el abrigo y el suéter. Pienso en qué diría mi madre si supiera que hay un chico en mi habitación. Nunca he tenido algo cercano a un novio, ni siquiera una amiga, que se quedara a dormir. Probablemente sonreiría, contenta de que al final su hija fuera normal; no la chica que mi abuela quería que fuera.

—¿Por qué te llaman bruja? —me pregunta, aún mirando por la ventana.

Me siento en el borde de la cama, un poco sorprendida por la pregunta, y empiezo a trenzarme el pelo: un entrelazado que mi abuela me enseñó noche tras noche hasta que me salió bien.

—Porque no saben qué más llamarme.

El brillo apagado de la luz de la luna apenas le toca la piel, su silueta está envuelta en sombras.

—¿Lo eres? —pregunta, mirándome—. ¿Eres una bruja?

Me suelto el pelo y toco el borde del edredón, jugueteando con el dobladillo. Nunca nadie me lo ha preguntado, no a la cara. Pero no lo dice con malicia, ni siquiera con curiosidad, hay algo más. Una tranquilidad, como si me preguntara cuál es mi color preferido, mi segundo nombre, mi libro favorito.

—Mi familia es más antigua que las brujas —le digo, cruzando las manos sobre la falda, sabiendo que estoy revelando más de lo que le he contado a nadie—. Es más antigua que la palabra misma.

—Pero puedes hacer cosas —señala, con la voz un poco tensa, como si ese fuera el origen de su pregunta, a lo que ha estado apuntando todo el tiempo—. Me hiciste esa bolsa de hierbas.

—Eso no fue magia de verdad —respondo, apartando la mirada, sintiéndome rara por hablar de esto, *por hablar de magia, de lo que soy en realidad*. Son cosas que nunca he hablado con nadie que no fuera una Walker—. Eso solo era medicina.

Mi abuela siempre hablaba de las «antiguas tradiciones», de que nuestros ancestros le hablaban a la luna y dormían bajo los árboles y no temían a nada, de que usaban magia que les salía de los dedos como si fuera algo tan común como batir mantequilla para untar en el pan tostado.

Pero las «antiguas tradiciones» se perdieron. Los hechizos se olvidaron, los que no se escribieron en el libro. La magia más sustanciosa se ha escapado, pero no por una razón en especial, simplemente porque el tiempo diluye lo que alguna vez había sido fuerte. Ahora solo quedan nuestras sombras nocturnas, ese destello de magia que cada una de nosotras llevamos dentro y que evoca lo que somos. Esa parte de nosotras que aún es bruja.

Las Walker empezaron a usar hierbas y hacer pequeñas bendiciones, en lugar de lanzar hechizos oscuros para maldecir a aquellos que nos hicieron daño. «Ahora solo deseamos con todas nuestras fuerzas que la luna ceda a nuestro favor», decía mi abuela. «Ya no le damos órdenes».

Oliver sale de la luz de la luna y se acerca a la cama.

—¿Entonces no puedes deshacer nada que se haya hecho?

—¿Como qué?

—Como la muerte de alguien.

Trago saliva, y mis dedos se aferran al borde de la cama, las uñas se clavan en la tela. *Sé lo que me está pidiendo*.

—¿Como Max? —pregunto. Y espero a que responda, pero las palabras se quedan metidas en su garganta como pequeñas espinas—. No puedo revivir a alguien —le digo—. Nadie puede.

Ese tipo de magia era usada por otro tipo de brujas, una antigua forma de brujería que se ha perdido casi por completo, y por una buena razón.

Los muertos nunca deben volver de donde han estado.

De lo que han visto.

Oliver atraviesa la habitación, removiendo el polvo con aroma a lavanda con sus pisadas, y se sienta a los pies de la cama, apretándose los huesos que le rodean los ojos, y se me cae el alma a los pies de un modo inesperado. Pensó que quizás yo podría solucionarlo, que podría traer de vuelta al chico que murió. Y de pronto me siento una inútil por no poder hacerlo, por no poder deshacer lo que se ha hecho, por no ser una de *esas* brujas, de las que él quiere que yo sea.

Un pavor conocido surge en mi interior, la sensación de que apenas soy una Walker. Solo llevo el nombre. Pero no tengo magia de verdad, no tengo sombra nocturna.

—¿Cómo murió? —pregunto, lo intento. Quizás lo sepa, quizás lo recuerde. Quizás lo diga al fin. *Y quizás no me convenga saber la respuesta*.

—No lo sé —responde. Y cuando su mentón se levanta y sus ojos se hunden en los míos, veo que el bosque se refleja en ellos. Veo la oscuridad, el

cielo nublado y el paso lento del tiempo—. Quiero recordar —dice, con un dejo de nervios que lo recorren—. Pero es como si los recuerdos hubieran sido reemplazados por algo frío, como si estuviera de vuelta en el bosque y no pudiera ver nada. —Se le commueve la voz, y sé que está diciendo la verdad. Quizás mienta sobre otras cosas, pero no sobre esto.

—A veces nuestra mente quiere que olvidemos —señalo, y mi voz se oye áspera, como la grava que cubre la orilla del lago. Y dentro de mí crece una herida, se expande. *Las cosas que me gustaría olvidar a mí*. Como el día en que mi abuela murió y me dejó sola. Me dejó con una madre que no quiere que yo sea lo que soy—. Así duele menos.

Él se queda mirándome, y veo que siente angustia, un sentimiento que sí entiendo. *Lo conozco*. Quiero tocarlo, apoyar mi mano sobre la de él. Sobre su mejilla, su pecho. Quiero decirle que todo va a ir bien. Pero el momento pasa. Desaparece.

—Mi abuela decía que nuestros sueños se llevaban el día —leuento, unas palabras que solían darme tranquilidad—. Que el sueño era la mejor cura para casi todo.

Aparto las sábanas y me meto en la cama. Oliver camina hacia el otro lado, vacila antes de acostarse junto a mí, y me pregunta qué pensará, con la respiración fuerte que hincha sus pulmones, los párpados bajos como si intentara no mirarme a los ojos, como si yo fuera una distracción, alguien en quien no pudiera confiar.

Apago la vela de la mesa de noche, y en un santiamén, la habitación parece terriblemente oscura. Hasta la luz de la luna se oculta tras unas nubes densas. El colchón se mueve cuando Oliver apoya la cabeza en la almohada, y se queda mirando el techo, a la peculiar colección de cosas: helechos y trozos de corteza y hojas, que cuelgan sobre la cama. Me avergüenzo... son cosas de niña, cosas que juntó una niñita que creía en la suerte y los sueños cubiertos de musgo.

Se me viene a la cabeza que tengo la casa llena de desconocidos: un chico que encontré en el bosque y una chica que hasta hace unos días se habría reído si le hubiera pedido prestado un lápiz en la clase de Historia. Y me gusta esa sensación: una casa repleta, rebosante, llena de corazones que laten.

Por primera vez en mucho tiempo, no me siento sola.

El desván se llena con el subir y bajar de nuestra respiración, y el silencio entre medio. Siento una tranquilidad absoluta, como si el sitio de Oliver fuera mi cama, como si ya hubiera dormido aquí mil veces y todo fuera como siempre ha sido.

Pero el silencio empieza a incomodarme, la mente es incapaz de dormir, y siento que Oliver se mueve a mi lado: sigue despierto.

—¿Por qué te mandaron al campamento? —pregunto. Es algo en lo que he pensado desde que lo encontré en el bosque, pero que he tenido mucho miedo de preguntar, mucho miedo de oír la respuesta.

Su respiración cambia, se vuelve superficial, y alcanzo a distinguir apenas la tensión de su rostro.

—Me mandó mi tío, ya no quería lidiar conmigo...

Se oye una pausa al final de su afirmación... el hueco donde debería haber más palabras, donde sus pensamientos se partieron por la mitad.

—¿Siempre has vivido con tu tío? —pregunto con cautela, con miedo de preguntar cosas que él no quiera responder.

Tarda tanto en hablar que temo que nunca hable. Pero después se aclara la garganta.

—No. Mis padres murieron hace un año. —Se le entrecorta la voz, después se recomponen—. Un accidente de tráfico. A tres kilómetros de mi casa.

Un dolor punzante se me clava en el pecho. *No tendría que haber preguntado nada.*

—Lo siento muchísimo —digo, pero las palabras parecen inútiles, unas cosas pequeñas que resbalan por la piel como aceite en agua, que nunca se absorben.

—Yo casi no conocía a mi tío; él nunca quiso que yo viviera con él —continúa—. Así que me envió aquí. —Se pasa una mano por el pelo y la baja a un costado—. Incluso si me escapo de este sitio, no tengo a dónde ir.

Casi vuelvo a decir «lo siento», pero me contengo. Él no quiere que le digan «lo siento». Yo odiaba cuando la gente me lo decía después de que muriera mi abuela. Odiaba la lástima que goteaba de sus lenguas, los terribles ojos acongojados. Los «lo siento» no cambiaban nada.

Oliver quiere que le digan que los errores pueden corregirse, que pueden deshacerse momentos de nuestro pasado, que yo soy una Walker que puede resucitar a los muertos.

Pero yo no puedo solucionar nada. El pasado ya está decidido.

Cierro los ojos, y me siento dolorosamente vacía. Siento mi vacío sumido en el de él, haciéndose uno mismo. Ambos estamos solos. No tenemos a nadie más. Cierro los ojos con más fuerza e imagino que todo es distinto. Imagino que Oliver nunca desapareció la noche de la tormenta. Imagino que nunca lo encontré dentro del bosque Wicker. Imagino que es parte del lago Jackjaw,

igual que yo, que sus padres nunca murieron y se crio a unas casas de distancia, que nos hemos conocido toda la vida. Imagino que de niños entrábamos caminando en el agua poco profunda en verano, yo con un traje de baño amarillo con volantes, él con sus largos brazos de niño bronceados por el sol, y que él intentaba meterme en el agua, riendo hasta que nos dolía el pecho, que nos negábamos a ir a casa incluso después de que el sol se pusiera teñido de color sandía. Imagino que él fue mi primer beso.

Imagino que puedo quedármelo para siempre, mi objeto encontrado.

Estiro la mano y toco la de Oliver, entrelazando mis dedos con los de él. Y su mano se dobla con suavidad contra la mía; no la aparta.

No me sueltes, pienso. Si no, ambos podríamos quedar a la deriva. Ambos podríamos olvidar lo que es real. Olvidaremos lo escurridizo que puede ser el tiempo, lo malvado e implacable. Si pestañas, quizás te lo pierdas todo.

Él empieza a respirar profundamente, se lo está llevando el sueño, y mi corazón, desgraciado y traicionero, me quema un agujero en el pecho. Cierro los ojos y solo veo la mariposa nocturna: las alas contra la ventana, buscando cómo entrar. Cierro los ojos y veo a Oliver echado entre los árboles, con la nieve que cae sobre él, enterrándolo vivo.

Me deslizo por las sábanas de flores, a tan solo unos centímetros de él, con nuestros dedos aún entrelazados. Deseo poder meterme en sus sueños, como lo hacía mi abuela. Deseo poder ver lo que él ve.

Así sabría con seguridad qué secretos oculta.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

ADA WALKER nació en la última hora de la última noche de la luna de lobo, con ojos azul tiza y el pelo rubio, que luego se volvió negro.

Se chupó el dedo hasta los nueve años, y solía dormirse en sitios fuera de lo común: en el recodo de un olmo, en una zona de ortigas, entre las patas de una loba madre, en el techo de la vieja casa durante una tormenta. Ada podía dormir en cualquier sitio, hasta flotando de espaldas en el lago Jackjaw.

A los once años, vio el primer sueño que no era suyo.

Nunca tuvo la intención de espiar, pero todos los sueños que vio de ese momento en adelante no fueron de ella. Cuando Ada cerraba los ojos, se zambullía en los sueños de otras personas mientras dormían. Aprendió a descifrar esos sueños con extraordinaria precisión, pero sabía que casi nadie entendería, ni captaría, el verdadero significado de sus sueños, así que les contaba historias imaginativas que inventaba.

Cada luna llena, hacía té de bayas de cuervo con limón, y entrelazaba historias con el mismo esmero que se trenzaba el pelo. Se enamoró una sola vez, del hombre que le dio un anillo de piedra de luna que reflejaba el azul tiza de sus ojos, el mismo hombre que le dio una hija que podía encantar a las abejas.

Ada Walker murió en una cálida noche de otoño, con la mariposa de hueso en la ventana.

Y ningún remordimiento en el corazón.

Cómo hacer té de bayas de cuervo:

Un puñado de bayas de cuervo, recolectadas en la noche más fría.

Una pizca de flores de amapola, anís estrellado, regaliz, trébol.

Dejar infusionar toda la noche durante una luna llena. Beber antes de que salga el sol en una taza alejada del reloj más cercano.

NORA

Quiero confiar en él.

No quiero hacer lo que estoy a punto de hacer.

Pero hay cosas —*al menos una*— que él no me está contando.

Observo el pecho que se hincha, el estremecimiento de su piel mientras duerme, como si recordara el bosque, la nieve, la noche en que lo encontré dentro del bosque Wicker. Eso aún lo acecha.

Cuando estoy segura de que está dormido, me escabullo de la cama y apoyo los pies silenciosamente sobre el suelo de madera. Avanzo con sigilo por el desván, entre las sombras y las columnas de luz de luna, esquivando los sitios donde sé que los tablones ceden uno o dos centímetros y soltarían una ligera sacudida. Finn respira tranquilo en el suelo. Toda la casa está sumida en sueños, salvo yo.

Me arrodillo junto a la silla pequeña que está al lado de la ventana, donde Oliver se quitó el abrigo, y palpo la tela gruesa hasta que encuentro un bolsillo. Meto la mano. No encuentro nada. Paso los dedos por el cuello, buscando el otro bolsillo, que tiene algunas ramitas y trocitos de piñas, nada raro después de andar por el bosque. Me siento sobre los talones. *Quizás no haya nada que encontrar.*

Tal vez no debería revisar sus cosas. Yo me pondría furiosa si lo encontrara husmeando en mi armario, en mi mesita de noche. Siento la molestia de una ligera punzada de culpa. Pero vuelvo a tocar el abrigo, la lona pesada, busco la cremallera principal y meto la mano en el interior. Como era de esperar, hay un bolsillo oculto, más pequeño que los demás, pero más arriba, a la altura del pecho. Busco la apertura y meto la mano. Mis dedos tocan algo pequeño y blando. Lo saco y lo sostengo en la palma de la mano:

la bolsa de hierbas que le di. La aprieto; el aroma a tréboles, cardamomo y lirios ya se extinguió hace tiempo.

La ha conservado todo este tiempo, dentro del abrigo, cerca de su pecho.

Lo oigo respirar en la cama, y vuelvo a apoyarme sobre los talones, sintiéndome una tonta por husmear, por pensar que encontraría alguna pista, alguna cosa que demostrara si era culpable o no, si mentía o no. En cambio, lo único que he encontrado es la bolsa de hierbas que le di, como si él no pudiera deshacerse de ella, incluso cuando ya ha perdido su fuerza.

Deseando no haber curioseado nada, vuelvo a meter la bolsa en el bolsillo. Pero toco algo más.

Liso y frío.

Saco la mano y veo que se desenreda una pequeña cadena, con algo grande y brillante en un extremo.

El objeto tintinea, y enseguida lo envuelvo con las manos, para no despertar a Oliver. Me duelen las rodillas por apoyarlas sobre el suelo de madera, pero me acerco a la ventana, abriendo las manos como una ostra que revela la perla que tiene en su interior: en mi mano yace un reloj de bolsillo plateado. La cadena está rota, uno de los eslabones está torcido, y falta el resto. Pero un ligero *tic tac* emana de su interior, los engranajes ocultos que se mueven, los mecanismos diminutos que laten en un delicado unísono. Aún funciona. Paso el pulgar sobre el cristal, observando la cara blanca del reloj, con las manecillas doradas que marcan las horas.

Es un simple reloj de bolsillo, elaborado con gran habilidad. Me pregunto si pertenecería al padre de Oliver o a su abuelo. Un recuerdo, tal vez. O quizás lo encontró en el bosque Wicker, un objeto perdido que levantó del suelo.

Doy la vuelta el reloj, sintiendo el peso del metal en la mano, evaluando su valor. No es muy viejo, pero está bien hecho. Fue elaborado por alguien que sabía lo que hacía. Lo inclino para verlo mejor a la luz de la luna. Tiene unos dibujos que parecen encaje grabados en el dorso, esmerados y delicados. Pero eso no es todo. También hay unas letras. Un nombre. Se hizo para alguien. Un regalo, tal vez un regalo de cumpleaños.

Dice: «Para Max».

El reloj se me cae de la mano y golpea contra el suelo con un fuerte golpe seco.

Mierda, mierda, mierda.

Dirijo la vista a la cama, donde Oliver se ha movido, se ha puesto de costado, pero no se despierta. No se sienta ni me ve en la ventana, levantando

algo del suelo que no me pertenece.

Algo que tampoco le pertenece a él.

Él no encontró este reloj en el bosque.

Era de Max. El chico que murió.



Las mentiras se cuelan por los tablones como los ratones que buscan un sitio donde anidar.

Toco a Finn detrás de la oreja, despacio para no sobresaltarlo. Sus ojos se abren de golpe y yo susurro:

—Vamos. —Él se levanta y se estira sobre la alfombra antes de bajar conmigo la escalera. Sus patas hacen unos suaves *clic clic clic* al pisar cada escalón, y yo me estremezco con el ruido, esperando que nadie despierte.

En la sala de estar, me detengo junto a la puerta y miro a Suzy, que ronca con un brazo colgando del sillón y la cara contra un cojín. No va a despertarse pronto.

Pero al ver la suave inclinación de su nariz, el delicado revoloteo de sus pestañas castañas, me pregunto de pronto si sabrá más de lo que cuenta. Si habrá secretitos brincando detrás de sus párpados. ¿Estuvo ella esa noche, cuando la tormenta soplaban sobre el lago y ellos se juntaron en el cementerio? ¿Estuvo con los demás?

Me azota una oleada de desconfianza. *Dos desconocidos en mi casa.* Y tal vez no puedo confiar en ninguno.

No respiro, no me trago la sensación de pavor que me invade el pecho. Voy hacia la puerta y salgo corriendo a la pálida luz del amanecer.

Por primera vez desde la tormenta, por primera vez en mucho tiempo, me gustaría en serio que mi madre estuviera aquí. Alguien en quien puedo confiar, que puede ver las cosas con claridad.

Pero sé que es una idea tonta. Mi madre nunca me creería, nunca creería todas las cosas que han pasado. Me miraría con los ojos anestesiados, con indiferencia. No podría resolver nada.

Así que corro hasta el lago, agachándome entre los árboles, yendo al único sitio en el que siento que estoy a salvo.

Cambio de dirección y avanzo por la orilla, con inhalaciones profundas y exhalaciones entrecortadas que me queman los pulmones, y miro por encima del hombro para ver si Oliver se ha despertado y está buscándome, para ver si

Suzy está de pie entre los pinos. Pero sigo sola, pisoteando la nieve, jadeando, con las piernas que me queman.

La luz cambia a mi alrededor: se hace clara y lechosa. La noche se convierte en día. Sin embargo, las aves de la mañana no se despiertan, y no cotorrean en las ramas. Hace demasiado frío. El mundo está demasiado silencioso. O tal vez tienen demasiado miedo. *Una chica Walker avanza entre los árboles, agitada, con furia en los ojos: mejor quedarse callados. Es más seguro quedarse escondidos.*

Unos delgados listones de humo salen de la chimenea de la pequeña cabaña que está junto a la tienda, y una vela brilla en una de las ventanas. El señor Perkins está despierto.

Subo con prisa los escalones bajos del porche, con la respiración que sigue áspera como el papel de lija. Llamo a la puerta.

Inspiro, exhalo.

Echo un vistazo por encima del hombro, pero el lago sigue en silencio; solo unos copos suaves se balancean desde el cielo, los restos de la tormenta de anoche que van llegando tarde.

No se oye ningún ruido al otro lado de la puerta, y el cuerpo me empieza a temblar, el frío se instala bajo mi piel. Y dentro del bolsillo de mi abrigo está el reloj plateado: lo siento marcar los segundos, una ínfima vibración que siento en la palma y que se vuelve parte de mis propios latidos. Lo he robado. Cuando Oliver se despierte... ¿cuánto tardará en darse cuenta de que no está?

Vuelvo a llamar a la puerta, y esta vez oigo los pasos arrastrados del viejo señor Perkins, caminando despacio por el suelo de madera crujiente, *muy despacio*. Unos segundos después, la puerta se abre hacia dentro, y Floyd Perkins me observa con la intensidad de un ave, la vista aguda, vigilante.

—Buenos días —dice, pestañeando cuando un viento invernal sopla por la puerta abierta.

—¿Puedo entrar? —pregunto. La voz suena quebrada, peor de lo que esperaba.

Las arrugas que rodean sus ojos se juntan y él rezonga, no porque esté irritado, sino por la rigidez de las articulaciones viejas que intenta mover al abrir la puerta de par en par.

—El lobo se queda en el porche —dice, echando un vistazo rápido a Finn. El señor Perkins siempre ha pensado que Finn era mucho lobo y poco perro. «Es un animal salvaje», me dijo una vez. «No confío en nada que podría matarme mientras duermo».

Finn obedece y baja al porche. De todos modos, prefiere estar fuera, donde hace frío, en lugar de estar en la cabaña del señor Perkins, que parece un horno.

Atravieso el vano de la puerta y la ola de calor ardiente es casi insopportable, el olor a humo me llena las fosas nasales, ya se me están formando gotas de sudor en la frente.

—Es terriblemente temprano para estar fuera con este frío —dice el señor Perkins, que camina sin prisa por la sala de estar y se sienta en una de las viejas mecedoras que están junto al hogar—. Solo los que buscan problemas o los que intentan escapar de ellos salen tan temprano.

Echo un vistazo a la cabaña, un cuadrado perfecto. Apenas hay sitio suficiente para meter una cocina, una sala de estar y una habitación al fondo. No sale ninguna luz de las altas lámparas de pie de metal que están en los rincones; solo el fuego del hogar proyecta un brillo parpadeante por las paredes y el techo. El señor Perkins construyó la casa cuando aún era joven y tenía la espalda fuerte, después de encontrar oro en el río Negro. A diferencia de la mayoría de los mineros que se fueron corriendo de las montañas cuando el oro se acabó o cuando el miedo al bosque se volvió muy profundo, con el susurro frío de los árboles que siempre sentían en el cuello, Floyd Perkins se quedó. Supongo que él es parte de este sitio tanto como las Walker.

—¿Funciona su teléfono? —pregunto con prisa, aunque estoy segura de que si el mío no funciona, el de él tampoco.

Me mira, y sé que debo de parecer aterrada. Tengo los dientes tan apretados que siento punzadas en las sienes.

—Todavía nada —responde.

Me rasco los dedos y observo las llamas mientras mastican los leños que están dentro de la chimenea. Una imagen tranquilizadora. Conocida. «Si tienes fuego, ya tienes algo», decía mi abuela.

—¿Por qué necesitas un teléfono? ¿Ha pasado algo? —Las cejas grises del señor Perkins se enderezan.

He venido porque no sé a dónde ir. Pero ahora que el señor Perkins me mira con preocupación, esperando a que explique por qué estoy aquí, las razones parecen estar muy enredadas; tengo las ideas muy dispersas.

—Encontré a un chico en el bosque —digo, frotándome las manos sobre las llamas a pesar de que se me está acumulando el sudor por la espalda.

Él entorna los ojos y se inclina hacia delante, aún sentado en la silla.

—¿En qué bosque?

El aire se vuelve muy denso, el olor a humo impregnado en las paredes y mi pelo. Dejo que los ojos recorran la sala, hasta una hilera de marcos hechos a mano dispuestos en una pared, cada uno con una especie diferente de helecho, flor silvestre o insecto, y el nombre científico escrito a mano en la parte inferior.

—En el bosque Wicker —respondo.

—¿Lo encontraste vivo? —pregunta, dando golpecitos con el pie contra el suelo. El señor Perkins nunca ha entrado en el bosque Wicker: sabe bien que no debe.

—Estaba hipotérmico —digo—, pero vivo.

Él deja de dar golpecitos con el pie.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Un par de semanas, creo.

—Ah. —Asiente con la cadencia aletargada de un hombre que tiene todo el tiempo del mundo, tiempo para sentarse a pensar, a evaluar lo raro que fue mi descubrimiento—. Tal vez el bosque le tomó cariño. Decidió no devorarlo al final. —Le brillan los ojos como si estuviera haciendo una broma. Pero yo no me río.

—Y algo más —digo, volviendo a meter las manos en los bolsillos de mi abrigo, viendo cómo el fuego echa chispas sobre la alfombra, esperando que alguna se prenda, incendie las cortinas y todo arda como la yesca—. Creo que ha muerto un chico.

Su mandíbula hace un movimiento circular, pero no habla.

—He encontrado su reloj de bolsillo —continúo, sacando el reloj y sujetándolo de la cadena rota, dejando que cuelgue para que lo vea el señor Perkins. Él entrecierra los ojos, pero no se mueve para tocarlo, para extender la mano hacia él—. Quizás fue al bosque —sugiero—. Quizás los dos chicos fueron, y volvió uno solo. —Tal vez Oliver y Max fueron al bosque Wicker esa noche y pasó algo, algo que Oliver querría olvidar—. Quizás —vuelvo a empezar— uno de ellos es culpable de la muerte del otro.

Me tiemblan los dedos, y temo que se me caiga el reloj, así que lo vuelvo a poner en el bolsillo. Me estalla la cabeza y se me oscurece la vista, las cosas quedan desenfocadas, me cuesta ver con claridad, me cuesta estar segura de qué es lo que sé y lo que no.

—¿Encontraste el reloj en el bosque? —pregunta el señor Perkins. Me doy cuenta de que está empezando a preocuparse, las arrugas se le hacen más profundas a lo largo de la mandíbula, de los ojos cansados.

—Encontré a un chico —aclara—. Y él tenía el reloj escondido en el bolsillo.

—¿Y crees que él le hizo algo al chico que murió?

Meto los labios para dentro, no quiero responder.

El señor Perkins se inclina hacia delante, con las manos temblorosas sobre el regazo y la artritis en las articulaciones.

—Muchos mineros murieron en estas montañas a lo largo de los años —dice, de frente a las llamas—. Una vez un árbol caído destrozó la tienda de campaña de un minero y lo aplastó mientras dormía. Algunos mineros rompieron el hielo del río y se ahogaron, otros se perdieron en el bosque y murieron congelados, y sus cuerpos fueron recuperados en la primavera. Pero en su mayoría, los hombres se mataron entre sí por oro y robos. Ese bosque es peligroso —dice, haciendo un gesto con la cabeza, sabiendo que yo lo entiendo—, pero no tan peligroso como los hombres mismos.

Sé a qué se refiere: hay que temer más a lo que llevan los hombres en el corazón que a esos árboles.

Él se reclina en la mecedora, los ojos se le nublan, como si estuviera entrando en un sueño o un recuerdo.

—Algunos dicen que aún vagan por el lago y el bosque, perdidos, sin saber que están muertos.

Siento frío de pronto, aunque me caen gotas de sudor de las sienes. Pienso en los chicos de la fogata, en lo que dijeron sobre que oían voces, algo en su cabaña, en los árboles. No eran las voces de los mineros, era algo más. *Alguien más.*

Max.

—Los primeros pobladores eran supersticiosos —añade, dando vueltas alrededor de una idea que quiere explicar, pero que aún no consigue—. Hacían ofrendas a los árboles, a las montañas. —Da golpecitos con un dedo contra la silla, con la expresión seria—. Pensaban que eso apaciguaría la oscuridad que vivía en el bosque Wicker. Arrojaban sus objetos máspreciados al lago, dejaban que el agua se los tragara. Creían que el lago era el centro de todo, el corazón del bosque.

—¿Funcionaba? —pregunto, sintiéndome como una niñita que pregunta acerca de una historia para dormir, un cuento de hadas que nunca fue real—. ¿Calmaba al bosque?

Él entorna tanto los ojos que casi se cierran, contemplando la respuesta.

—Quizás. Quién sabe dónde terminará un lago sin fondo. —Se levanta de la mecedora y camina hasta una de las ventanas de la parte delantera, mirando

hacia el lago congelado, con un grupo de casas de verano vacías y un campamento de niños al otro lado—. Pero no siempre se puede culpar al bosque Wicker —añade— por las cosas malas que pasan.

Me meto las manos en los bolsillos y miro la imagen a sus espaldas, por la ventana: al océano de árboles verdes llenos de pinchos que se extiende hacia el horizonte. Y detrás, las montañas nevadas que perforan las nubes oscuras. Un sitio que es violento y salvaje, donde pasan cosas malas.

Un chico desaparece.

Un chico muere.

¿Quién tiene la culpa?

El sol de la mañana se filtra por las nubes, y durante un breve momento entra por todas las ventanas de la casa del señor Perkins, iluminando cada rincón oscuro, cada mota de polvo que rueda por el suelo de madera, las pilas de libros que cubren las paredes, los viejos marcos que cuelgan de los clavos torcidos, las telarañas que cuelgan entre las vigas como listones de seda.

Había esperado algo al venir aquí, pero no sé bien qué. Respuestas a las preguntas equivocadas, respuestas que el señor Perkins no tiene. Si mi abuela viviera, iría con ella; me estrecharía entre sus brazos anchos y me tararearía una melodía que solo ella sabría hasta que yo me sumiera en sueños. Y en mis sueños, ella susurraría respuestas a todas las cosas que yo necesitara saber. Al despertar, mi corazón se sentiría despejado, nuevo, en carne viva, una sensación parecida a cuando te quitan una cuerda que te ataba. Un mareo que te da risa.

Pero ella ya no está, mi madre no está aquí y lo único que me queda es el señor Perkins.

Estoy sola.

—Gracias —le digo, con voz seria. Atravieso las nubes de calor hasta la puerta principal y la abro. Me siento pesada, sin ningún valor, a la deriva. Una Walker que no sabe qué hacer, en quién confiar.

Antes de poder escapar al frío, el señor Perkins se aclara la garganta, ahora detrás de mí.

—Te está siguiendo una mariposa nocturna —dice.

Levanto la vista y veo una mariposa blanca que revolotea por el techo del porche.

El corazón se queda inmóvil en mi pecho, con temor a moverse.

—Ya la he visto muchas veces —digo en voz baja, atravesada por el frío. La verdad que no puedo evitar.

—¿Y sabes lo que significa? —pregunta desde el vano de la puerta.

Aprieto la mandíbula, y cuando abro la boca para hablar, siento la tensión en cada palabra.

—La muerte se acerca.

Las manos del señor Perkins empiezan a temblar otra vez.

—Significa que no te queda mucho tiempo.

Trago saliva y lo miro: tiene la expresión adusta, como si yo fuera la que estuviera cerca de la muerte, no él. Un intenso frío se instala en el aire que nos separa.

—Ten cuidado —dice al fin, volviendo la vista al hogar. Nada más que decir. Nada más que se pueda decir. Mi destino ya está decidido.

La muerte me busca.

Veo a la mariposa virar hacia el bosque, al otro lado de la casa del señor Perkins, despareciendo entre los rayos de luz del sol que se asoman por los densos árboles.

—Déjame en paz —le digo entre dientes, pero ya se ha ido.

La muerte revolotea. La muerte ya está aquí.

OLIVER

Ha desaparecido el reloj de bolsillo que tenía en el abrigo.

Nora lo encontró. Ahora lo sabe.

Me quedo de pie frente a la ventana, se me hunde el corazón, y sé que ya nada será igual. Se ha ido de la casa. Ha escapado hacia la pálida luz de la mañana. Y yo le mentí. Le dije que no sabía cómo murió Max, que no recordaba. Pero tenía su reloj en mi bolsillo.

Ahora nunca volverá a confiar en mí.

El lobo también se fue, y cuando bajo la escalera, Suzy sigue desmayada en el sillón, roncando por lo bajo, murmurando algo. Salgo por la puerta principal, porque este no es mi sitio. Ahora no. Quizás nunca lo fue: solo me convencí de que lo era. Me convencí de que podía dormir en su casa, en su desván, con el aroma a jazmín y agua de lluvia en las almohadas, la sensación de su mano sobre la mía. Me convencí de que podía quedarme y así los recuerdos no me encontrarían, de que podía quedarme y la oscuridad estaría contenida. *Siempre la oscuridad, golpeándome la cabeza, buscando una forma de entrar.*

Las huellas de Nora pasan entre los árboles, un rastro en la nieve. Pero no lo sigo.

Rodeo el lago; cada paso, pesado; cada inhalación, un dolor en el pecho. Tendría que haberle dicho la verdad, pero la verdad es gris y está llena de agujeros, sin líneas claras que la separen de las mentiras, con huecos que aún afectan lo que recuerdo de esa noche. Mi mente es algo en lo que no puedo confiar.

Pero el reloj estaba en mi abrigo cuando me desperté en el bosque.

Y eso puede significar una sola cosa.

Llego al campamento y paso por el comedor: todos ya están allí para el desayuno. No volverán a las cabañas hasta después de la cena, cuando llevarán cigarrillos a escondidas y comerán las barras de caramelo que ocultan bajo el colchón para que los supervisores no las encuentren. Pero los supervisores son perezosos. Casi no se han dado cuenta de mi regreso, ni de mi desaparición inmediatamente después. He pasado un solo día en mi cama desde que volví del bosque, y no vino ningún supervisor a hablarme ni una sola vez, a llevarme a rastras a la oficina principal para que el director del campamento pudiera preguntarme dónde he estado, dónde estuve la noche en que murió un chico. Ya no les importa.

O tal vez los demás chicos les contaron una historia, una mentira. Quizás dijeron que me escapé otra vez, que conseguí bajar de la montaña.

La capa de nieve caída anoche cubre el paisaje, y avanço entre los árboles hasta que llego a la cabaña número catorce, y entro.

El interior es tan normal y corriente como la última vez que vine. Pero esta vez, he venido en busca de algo: un recuerdo quizás, algo que explique los huecos de mi mente.

Algo que haga encajar todas las piezas.

La cabaña huele a tierra húmeda; camino hasta las camas, deseando con el alma que mi mente recuerde el resto, que recuerde lo que pasó esa noche. El cementerio. Jasper, Rhett y Lin. Max estaba también: estaba allí y todos estábamos bebiendo. Nos reíamos de algo, me resuena la risa en los oídos. Un tintineo que no se detiene.

Subo por la escalera de madera y me acuesto en mi cama. La cama de Lin está bajo la mía. Y en la pared opuesta, están las de Jasper y Rhett. *Cuatro chicos por cabaña*.

Pero ¿dónde dormía Max? Con nosotros no; en otro sitio.

¿En otra cabaña?

Me pongo de espalda y cierro los ojos con fuerza. ¿Por qué mi cerebro se niega a recordar? ¿Qué está ocultando? La verdad sobre lo que pasó, sobre lo que hice.

Se está haciendo un hoyo cada vez más grande en mi pecho: el sitio donde lo he estropeado todo. Donde le he mentido a ella. Donde no tengo nada que perder.

Nada adonde regresar.

Nadie en quien confiar. *Nadie que confíe en mí*.

Abro los ojos y observo el techo, miro todas las pequeñas marcas de cuchillos, las rayas y los tajos que forman palabras, imágenes y símbolos sin

sentido. Veo la cara de un conejo grabado en la madera que me mira, varios árboles tallados en la parte más baja e inclinada del techo, con líneas burdas para cada rama, que forman un bosque diminuto. Toda palabrota habida y por haber ha sido marcada en los tablones. Preservadas para siempre. Hay nombres de chicos que entrecruzan las vigas, un modo de señalar su paso por aquí, un recuerdo de que cien chicos han dormido en esta cama antes que yo.

Pero un nombre me llama la atención, tallado donde el techo se junta con la pared, casi oculto. Cada letra está marcada en profundidad, como con furia. Una noche en la que no podía dormir. Cuando los árboles se sentían muy cerca. El aire, muy frío. Su casa, muy lejos.

Las letras forman: max caulfield.

Max dormía aquí. En esta cabaña. En esta cama.

Me enderezo y toco el veteado de la madera, paso el dedo por la hendidura de cada letra. *Max dormía aquí.*

Unos destellos de luz de luna se filtran delante de mis ojos, el recuerdo de la nieve en la piel. Pienso en Nora, en su mano apoyada sobre la mía anoche, pero aparto el recuerdo. Mi mente me engaña, siempre vuelve a ella. Intento recordar el cementerio, la risa que sale de las gargantas de los demás. Pero yo no reía con ellos. *Ellos nunca fueron mis amigos*, repite mi cabeza. Se reían de *mí*.

Se burlaban de mí.

Me levanto y bajo por la escalera, bajo de la cama, del sitio donde dormí alguna vez. *Pero no siempre fue mi cama.*

Llegué al campamento más tarde, cuando ya se había instalado el frío y habían asignado las cabañas a los chicos. Yo era el nuevo. El intruso.

Nunca fue mi sitio.

Max se había metido en problemas antes de que yo llegara. El recuerdo me viene en oleadas que rompen en la orilla de mi mente; sal y espuma que golpean contra mí. Lo habían descubierto dentro de la cabaña de los supervisores, hurgando entre sus cosas, poniendo whisky en su café por la mañana. Ofensas más graves que las de la mayoría de los chicos.

Así que los supervisores lo pusieron en una cabaña junto al comedor, una en la que no había ningún otro chico. Una cabaña rodeada por las de los supervisores, donde no podría escabullirse fácilmente sin que lo oyieran. *Ahora lo recuerdo*: cuando llegué al campamento y los chicos me contaron que me habían dado la cama de Max.

Él me odiaba por eso, como si hubiera sido mi culpa.

Me alejo de las camas, mis talones chocan contra la pesada puerta de madera.

Me hicieron ir al cementerio esa noche; se reían y pasaban una botella de alcohol entre ellos, y yo estaba rígido, listo para pelear. Listo para que me atacaran.

Nunca fuimos amigos.

Y Max: él era el que más me odiaba.

NORA

—*¡H*ola? —pregunto en mi propia casa.

Como si yo fuera la desconocida, la intrusa que fuerza cerraduras y se mete a hurtadillas por las ventanas.

Finn olfatea el aire, inhala rápidamente por las fosas nasales.

Entro a la sala de estar de puntillas, dejando un rastro de nieve por el suelo. *Tin, tin, tin* hacen las gotas de agua.

Entonces aparece alguien al pie de la escalera.

—Mierda, me has asustado —dice Suzy.

Bajo los hombros.

—Creía que no había nadie en casa. —Pero el tono de voz me traiciona y revela algo: la incertidumbre que siento, mientras busco grietas en el contorno de Suzy, algo que esté ocultando.

—Estoy solo yo. —Va a la cocina y se apoya contra la encimera blanca, como si aún le costara un poco mantener el equilibrio, con algo de resaca después de anoche. Tiene unos círculos oscuros alrededor de los ojos.

—¿Oliver se ha ido? —pregunto.

Ella tuerce la boca hacia un lado.

—Supongo que sí. No hay nadie en tu habitación. —Se frota las sienes y después alza los ojos rojos para mirarme—. Solamente he subido para ver si seguías dormida. No estaba husmeando.

—No pasa nada —respondo. Camino hasta la estufa, el fuego arde con fuerza: habrá añadido más leños. La cabeza me ha empezado a latir, veo unos puntitos de luz.

—¿Dónde estabas? —pregunta.

—Necesitaba salir de la casa —digo. No sé por qué miento, por qué no le cuento que he ido a ver al señor Perkins, que he encontrado un reloj que

pertenecía a Max en el abrigo de Oliver, que creo que hizo algo que no puede revertir.

Pero *sí* sé por qué no le cuento nada de eso: porque no estoy segura de si puedo confiar en ella.

No sé si ella sabrá más cosas acerca de Max, acerca de todo.

Suzy pestañeó varias veces, como si necesitara dormir más.

—¿Qué pasa? —pregunta. Percibe que algo va mal.

Pero demasiadas cosas van mal. Una mariposa de hueso está persiguiéndome, el reloj de un chico que murió estaba en el bolsillo de Oliver. Está pasando algo malo y no puedo saber quién es el villano ni quién está tan asustado como yo.

Nerviosa, giro el anillo con la piedra de luna en el dedo.

—¿Tú estuviste con ellos esa noche? —pregunto, el timbre de mi voz se quiebra.

—¿Cuándo? —Se le juntan las cejas.

—La noche en que murió Max, y desapareció Oliver.

Ella frunce mucho más el entrecejo, se le forman unas arruguitas a los costados de la boca, está confundida.

—No —responde, apartándose de la encimera de la cocina—. Estaba durmiendo en la cama de Rhett cuando ellos se fueron.

—¿Sabías que iban al cementerio?

Suzy cruza los brazos huesudos, con el suéter retorcido en el torso, en una postura defensiva.

—No, ¿de qué hablas? —Se le suelta un mechón del pelo recogido.

—Pero cuando ellos volvieron —insisto—, ¿me imagino que sabías que había pasado algo? Sabías que Max y Oliver no estaban con ellos.

Ella se muerde una mejilla como si intentara recordar en mitad de la neblina somnolienta que tiene en la cabeza. Tiene una pequeña mancha negra casi imperceptible junto al ojo derecho: se le emborronó el rímel mientras dormía, el único maquillaje que habrá traído.

—¿Por qué me preguntas esto? —Su tono de pronto se pone agrio; dos piedras que se frotan, las chispas que prenden en los dientes.

Porque me sigue una mariposa de hueso, quiero decir. *Porque la cabeza no me deja de latir*.

Porque la muerte me busca. Siempre veo manchitas negras de fatalidad a lo lejos, iguales que su rímel corrido.

Suzy y yo nos quedamos mirándonos, sin respirar, buscando la verdad en la cara de la otra, en las arrugas que rodean nuestros ojos, esas que suelen

revelar que alguien miente.

«Nunca se debe confiar en alguien que pestañeaa mucho»: una anotación, una advertencia, escrita en el libro de hechizos.

—Yo no sabía que había desaparecido alguien esa noche —dice con tono rotundo cuando yo no le respondo—. No llevo la cuenta de quién duerme en cada cabaña.

Ahora siento que la ira hervе en mi interior, unas alas golpean contra mis costillas: la certeza de que sabe algo que no quiere decir, y doy un paso hacia ella.

—Pero ¿tú los oíste hablar de eso... de que alguien había muerto?

Suzy levanta ambos hombros en un gesto exagerado, con las cejas oscuras y perfectas levantadas como pequeñas tiendas.

—Supongo —responde—. La verdad es que no estaba prestando atención. Me preocupaba más quedarme varada aquí.

—Murió un chico, y ¿lo único que te importaba era estar varada?

Ella tensa la mandíbula y descruza los brazos, con un aire repentinamente rígido.

—¿Crees que tuve algo que ver?

—Solo quiero saber lo que pasó.

—¿Y supones que miento?

—No tengo razones para pensar que no mientes. —La frase debe de molestarla, pero ya no me importa. Ya no me importa lo que piense. Siento que estoy perdiendo el control, que no puedo ver lo que tengo frente a los ojos, que todos me ocultan algo y quiero gritar. Este es mi bosque, el sitio donde siempre me he sentido segura; sin embargo, no tengo ni idea de qué pasa.

Soy una Walker que no puede ver la verdad.

Suzy mueve la mano demasiado rápido, y arroja al suelo uno de los frascos de miel de mi madre que estaban en la encimera. Cae con un fuerte estruendo, el cristal se rompe al impactar contra la madera, el pegajoso líquido color ámbar se cuela entre las grietas. Ella se queda mirándolo, como si fuera a disculparse, pero después levanta la vista y pregunta:

—¿Por qué voy a mentir?

La miel forma charcos en el suelo de madera, siguiendo las vetas y líneas, llenando los surcos como si fuera lodo, lenta y mercúrica.

—Para engañarme —digo al fin. Ahora me silban más los oídos—. Para hacerme quedar como una imbécil. Porque eso es lo que hace la gente como tú: busca formas de atormentar a las brujas Walker.

Gente como tú, pienso. Gente que finge ser amable pero después dice cosas horribles sobre mí a mis espaldas. Gente que forma círculos a los que no puede entrar nadie de fuera. Gente a la que le gusta ver cómo otros se retuercen mientras se cuentan rumores de oreja a oreja.

Se queda boquiabierta un segundo, y después se le hunden las cejas.

—Creía que eras mi amiga —dice, con la voz fina como un papel que se rasga lentamente a lo largo de un pliegue. Como si fuera a caerse en una grieta y desaparecer. Igual que la miel.

Pero me niego a sentirme mal por ella.

—Nunca habíamos sido amigas antes de esto —señalo enseguida, con resentimiento. Yo no pertenezco a su mundo, a su círculo de amigas. Estoy perdida en la zona gris: no soy tan normal como para tener amigos, pero tampoco tengo el poder suficiente para hacer magia de verdad como las Walker que me precedieron—. Nunca me has hablado en el instituto, ni siquiera me has sonreído en el pasillo. —Escupo las palabras—. No soy más que una conveniencia para ti. Porque soy lo único que tienes en este momento, porque no tienes a dónde ir. Me estás usando y ya está. —Las palabras salen de mi boca antes de poder arrepentirme de haberlas dicho, antes de poder sentir el golpe de su peso dentro de mi cabeza.

Los labios redondos de Suzy se cierran de pronto.

La ira que yo sentía se disuelve de mi lengua con la misma rapidez, queda reducida a nada. Me quedo sintiéndome vacía: hueca como la cáscara de una bellota.

Suzy cruza la habitación y va hasta el sillón sin ni siquiera mirarme, levanta el bolso del suelo y camina hacia la puerta principal. Al pasar, huele al aroma rancio del perfume de rosas: lo último que se puso sobre la piel hace días. Se detiene y me mira. Durante un momento, creo que debería decir algo, una serie de palabras para deshacer lo dicho, un bálsamo para las heridas que he causado. Pero ella habla antes que yo.

—Siempre creía que todos te trataban mal en el instituto sin razón alguna. Yo te defendí ante Rhett y los demás, les dije que eras buena y que todos los rumores son mentira. —Vuelve a acomodar la mandíbula—. Pero quizás me equivoqué.

Abre la puerta de un tirón y sale a la nieve, cerrándola con un golpe antes de que yo llegue a decir nada.

Se ha ido.



La miel se hunde y se queda quieta.

Levanto los fragmentos de cristal uno por uno y los echo a la basura, sintiéndome igual de rota, tan inútil como la miel derramada en el suelo.

Arriba, el desván está vacío —no hay señal de Oliver—, como ha dicho Suzy. Me siento en el borde de la cama.

La casa parece extrañamente vacía, solo quedan ecos, exhalaciones y tablones de madera que se acomodan. Estoy sola. La culpa me envuelve como una manta vieja, con las fibras rasgadas, hilos sueltos y olor a naftalina. Nunca tendría que haberle dicho esas cosas a Suzy. Incluso si no le creo, incluso si ella sabe lo que pasó esa noche pero no lo quiere contar, nunca quise ser tan mala.

Saco el reloj de bolsillo y lo sostengo en la mano, pasando el pulgar por el nombre grabado de Max. La cadena rota cae entre mis dedos: una pista que no entiendo. No hay sangre en el reloj. No hay manchitas rojas dispersas por el cristal. Y Oliver no tenía sangre encima cuando lo encontré en el bosque. *La sangre puede limpiarse*, pienso. Pero no con facilidad. No cuando estás perdido en el bosque, muriendo de frío.

Pasó otra cosa. El problema es que no la veo. No puedo montar el rompecabezas.

«Te está siguiendo una mariposa nocturna», dijo el señor Perkins cuando me fui de su casa, y la mariposa de hueso revoloteaba entre los árboles. Siempre cerca.

La muerte me busca. Pero no quiero terminar como Max: un cadáver, con mentiras zumbando alrededor como moscas.

Levanto el libro de hechizos de la mesita de noche, lo pongo sobre mi regazo y hojeo las páginas. No sé qué busco: una explicación, un remedio, un modo de hacer que la mariposa nocturna deje de seguirme, de destruirla, quizás. Un modo de contener a la muerte.

Leo las historias de mis ancestros, los extraños relatos de años anteriores: el otoño en que un caballo palomino desapareció en el bosque Wicker, y Dodie Walker lo encontró con una varilla para buscar agua. Montó el caballo a pelo y lo sacó del bosque. Los lugareños decían que sus ojos se habían vuelto del mismo color mostaza que los del caballo. Leo sobre el verano en el que una plaga de langostas descendió sobre el lago Jackjaw, que cubrían las luces de los porches y caían por las chimeneas. Cuando Colette Walker atrapó una de las langostas dentro de un frasco de cristal y le murmuró un pequeño hechizo al oído, el aire finalmente se despejó y las langostas se fueron de las montañas.

Casi al final de la página, hay una anotación acerca de la mejor forma de atraer un insecto al desván:

Abrir la ventana después del amanecer.

Encender una vela azul lavanda y dejar que se consuma por completo para atraer al insecto.

Atrapar al insecto en un frasco de cristal y susurrarle el hechizo deseado al oído.

**hechizo no recomendado para quienes temen a las criaturas aladas o desagradables.*

El hechizo parece bastante simple. No hace falta sangre ni sacrificios ni una celebración pagana especial para hacerlo. Y si consigo atrapar a la mariposa, quizás pueda obligarla a irse, a dejarme en paz y llevarse la *muerte* consigo.

Tengo que intentarlo.

Encuentro en la cocina uno de los frascos de miel vacíos de mi madre y lo llevo arriba. Revuelvo el cajón de la cómoda y saco una vela color lavanda, la que está casi consumida del todo, la enciendo y la pongo en el suelo.

Cuando abro la ventana del desván, entra un poco de nieve a la habitación. Pequeños copos danzarines se deslizan por el alféizar, sin ninguna prisa.

Busco señales de Oliver o Suzy entre los árboles. Pero nada se mueve: el bosque está silencioso y libre de seres humanos.

Estoy sola de verdad. Anoche, había dos personas durmiendo en mi casa, con los pulmones que se inflaban y los párpados cansados. Pero ahora me invade una oleada de tristeza; las lágrimas saladas quieren rodar por las mejillas pálidas, pero no las dejo. *Soy una Walker*. Estamos acostumbradas a valernos por nuestra cuenta. A sobrevivir. Con las manos callosas, la vista aguda y el corazón fuerte.

No quiero que Suzy u Oliver vuelvan, en realidad no. Tengo miedo de lo que Oliver puede haber hecho, y tengo miedo de lo que Suzy podría haber visto. *Estoy más segura sin ellos*. Las puertas cerradas con llave son mejores que los amigos en los que no se puede confiar.

Sin embargo, el silencio de la casa es una carga dentro de mi pecho.

Retrocedo y me siento junto a la vela parpadeante. Tengo el frasco de cristal en la mano, y espero a que la mariposa entre revoloteando por la ventana abierta, que la luz la llame. Pero no llega nunca, y la habitación se queda fría.

La luz del sol se apaga y se hace de noche.

Las sombras se convierten en oscuridad cerrada.

Apoyo la cabeza sobre el suelo de madera.

Finn se estira junto a mí; sus patas me tocan el hombro, la respiración le agita los pulmones. Una vez más, mis ojos quieren soltar lágrimas punzantes.

Sé que la mariposa de hueso nunca va a entrar al desván.

Sé que no se la puede engañar tan fácilmente con una vela color lavanda encendida en el suelo de una habitación. Una mariposa de hueso no es lo mismo que atrapar una langosta, una abeja o una luciérnaga.

Incluso si la hubiera atrapado, estoy segura de que no podría haber susurrado un hechizo con el poder suficiente para obligarla a dejarme en paz, un hechizo para desterrarla de este bosque. ¿De qué sirve una Walker que ni siquiera puede encantar un insecto? ¿Una bruja que no conoce un simple hechizo? Una bruja cuya abuela murió antes de poder enseñarme cómo evocar la luz de luna que llevo en mi interior, cuya madre preferiría nunca volver a pronunciar un hechizo dentro de las paredes de esta casa.

Soy una Walker que apenas es bruja.

Creía que quería estar sola, que era valiente y fuerte y que no necesitaba absolutamente nada de nadie. Pero ahora no lo sé. Ahora se me desmorona el corazón dentro de la cueva de mi pecho, y desearía tener el tamaño de un mosquito, tan pequeña que podría meterme en una grieta del suelo y desaparecer. Diminuta y olvidable.

Dejo que la vela quede reducida a nada, mientras la cera gotea sobre el suelo de madera junto a mis pies hasta que la llama silba y se apaga. Dejo que el frasco de vidrio se escape rodando de mis dedos y choque con un golpe seco contra la pata de la cama. Me llevo las rodillas al pecho y flexiono los dedos de los pies debajo de la alfombra. Pero dejo la ventana abierta —quiero sentir el frío— y escucho el viento que azota el alero de la casa.

Un dolor suave se forma dentro de mis costillas, una angustia que no se va. Vacía y hueca, como si me hubieran sacado el relleno pegajoso con un cuchillo, cual calabaza de Noche de Brujas.

Al final, se me cierran los párpados y me sumo en un sueño horrible.

Mis sueños son raros y verdes, y siento que me arrastran por debajo de musgo y hojas doradas. Una tierra fértil y oscura me bloquea la vista, me tapa las orejas y la boca, me sofoca, me entierra viva. Siento sabor a tierra; el suelo congelado se desmorona encima de mí.

Pero después se oye una música metálica, fina y lejana, que vibra a través del suelo de mis sueños. Me despierto, ahogándome y llevándome las manos a la cara para quitarme las raíces, para apartar la tierra con las uñas y volver a

la superficie. Pero sigo en el suelo del desván. No estoy enterrada; no estoy muerta.

El cielo nocturno llena mi habitación; el sol se ha puesto hace rato.
¿Cuánto tiempo he estado dormida?

La nieve entra por la ventana abierta, junto con algo más.

Un ruido que viene de fuera, de entre los árboles, en mitad de la oscuridad nevada.

La música no estaba en mis sueños.

Era real.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

EMELINE WALKER nació un mes tarde, bajo una luna fantasma en lugar de la luna de trébol enano, como se suponía. Tenía los ojos blancos como la porcelana, y cuando abrió la boca para llorar, solo salió aire.

Era una niña silenciosa, que hablaba para sí misma, jugaba al juego de la cuna sola en su habitación y enterraba los dedos de los pies en el lodo para sentir a las lombrices que se retorcían debajo.

Pero a los diecisiete años, durante un otoño inusualmente ventoso en el que las pelusas de los dientes de león silvestres volaban por el lago como sombrillas diminutas, Emeline entró en el bosque Wicker y perdió la cabeza.

Sin embargo, no fue su culpa.

Había perdido el relicario de plata que le había regalado su verdadero amor, así que fue al bosque donde se encuentran todas las cosas perdidas. Erró entre los árboles, apartando a patadas hojas podridas y piedras negras lisas, buscándolo. Dormía dentro de los troncos. Se adornaba las muñecas con flores de sedum. Un año después, cuando al fin volvió a salir, algunos mechones de su largo cabello negro azabache se habían vuelto blanco hueso, y tenía tierra seca bajo las uñas, pero no había ningún relicario aferrado en su mano.

Durante el resto de su vida, Emeline continuó buscando en la vieja casa: dentro de las tazas de té, detrás de los libros y debajo de los tablones del

suelo. Cada noche sacudía las sábanas, en caso de que el relicario se hubiera metido entre el algodón.

Llegó a ser anciana, con el pelo canoso largo hasta los tobillos, que dejaba una estela a través del jardín cuando desenterraba caléndulas, hojas de vainilla y jengibre silvestre, segura de que el relicario aparecería entre las raíces. Emeline nunca supo cuál era su lado sombrío, su magia Walker, su sombra nocturna: le fue esquiva, al igual que el relicario.

En su lecho de muerte, Emeline Walker sostuvo la mano de su hermana menor, Lilly, y dijo:

—Ah, allí está. —Y se quedó inmóvil.

Cómo desenredar una mente enmarañada:

Arrojar agua salada caliente por la ventana de un primer piso.

Junta las manos alrededor de un círculo de tierra de primavera recién labrada y escupir por encima del hombro izquierdo.

No bañarse durante tres noches seguidas. En la cuarta noche, beber un vaso de leche dorada de cúrcuma, hacerse una trenza apretada que caiga por la espalda y dormir sin calcetines.

NORA

La música vibra entre los árboles, metálica y apagada.

Sigo el sonido. Los graves que retumban a través del suelo duro y congelado, y las voces que se alzan llenas de risas. Ya he pasado por casi la mitad de las casas de verano protegidas con tablas, estoy casi a la altura de los muelles, y llego al punto de origen: la vieja casa de los Wilkinson, con el enorme porche que la rodea, las gruesas paredes de troncos y dos ventanas salientes con vistas al lago. Es una de las casas de troncos más bonitas del lago Jackjaw, y los Wilkinson solo vienen dos veces por verano. Traen a sus tres perros, cinco hijos y amigos ruidosos. Hacen parrilladas y fiestas hasta altas horas de la noche, y los adultos se emborrachan con vino tinto y se ríen de los mismos chistes que cuentan año tras año.

Ahora, cubierta de un capullo de nieve, la casa resuena otra vez.

Los pies me llevan por los escalones del porche, como si siguiera en un sueño; las manos abren la puerta principal que ha quedado un poco entreabierta, y los ojos absorben la marea de chicos que se amontonan en el interior. *No debería estar aquí.* Pero el corazón traiciona a la mente.

Quizás Oliver esté dentro.

Y si está, no sé qué voy a decir. Tal vez grite y le golpee con los puños en el pecho. Quizás le diga que mintió; que él mató a alguien esa noche y escondió un reloj de bolsillo en su abrigo. O tal vez me dé media vuelta y me vaya, incapaz de encontrar las palabras correctas. Pero necesito ver su rostro, la curva delicada de cada ojo, la bondad que alguna vez vi en ellos, y quizás entonces lo sepa. Tal vez lo vea *de verdad*: un monstruo, un villano, o el chico que recuerdo de los árboles.

Aprieto las manos a los costados y atravieso la puerta.

Casi todo el campamento está aquí. Hay chicos con vasos de vino y copas largas de champán llenas de un licor oscuro. A mi derecha, varios chicos juegan a un juego para beber en la mesa del comedor, a gritos, borrachos. Una fogata arde con fuerza en un gigantesco hogar a mi izquierda; los leños arrojados sin cuidado sobre las llamas, muy cerca de la alfombra color salmón de la sala de estar, que ya tiene los bordes chamuscados.

Paso por al lado de un grupo de chicos, y nadie parece darse cuenta de que estoy aquí. Ya están demasiado borrachos. Hay un chico de pie sobre una mesa de café, con una manta de lana verde a modo de capa, gritando que su padre le juró que solamente estaría dos meses en el campamento pero ya han pasado seis. Sus ojos vidriosos apuntan hacia mí, pero no parecen registrar a la chica que está en pleno océano de chicos. Mis pies chocan contra latas de cerveza vacías desparramadas por el suelo. Sobre una mesa larga ubicada bajo una ventana, hay una radio portátil que reproduce música *country* a un volumen atronador, de alguna estación de radio distante; funciona a pilas y quizás a cuerda.

Los chicos se han metido en la casa de verano de los Wilkinson.

Y van a destruir el sitio.

El calor y las risas retumban en mis oídos, y el olor a cerveza derramada es nauseabundo. La luz parpadeante de las velas que iluminan la sala crea la ilusión de que unos fantasmas humanos trepan por las paredes: brazos y piernas largos y puntiagudos, personas insecto.

Re corro las caras con la mirada, pero no veo a Oliver. Quizás él no vendría, no estaría con todos estos chicos del campamento si en realidad no son sus amigos. A menos que también haya mentido acerca de eso. Acerca de todo. Se me instala un nudo en la garganta y siento ganas de vomitar, de pie parada entre todas estas caras desconocidas, de chicos que nunca he visto.

Uno de ellos me observa, un chico con camisa verde, pelo rubio y un arete en la nariz. Está de pie a solo un metro de distancia, boquiabierto, y parece que intenta hablar pero la mente empantanada no puede formar las palabras.

No tendría que haber venido, pienso de pronto. Ha sido mala idea.

Empiezo a dar la vuelta, a deshacer mis pasos entre la multitud, cuando la veo: Suzy. Y se me cae el alma a los pies.

Ella se tambalea hacia una escalera y sujet a el pasamanos, se apoya en él, sonriendo. Está borracha. Me invade la misma oleada de culpa.

Contengo las ganas de salir corriendo y, en cambio, cruzo la sala en dirección a ella, abriéndome paso entre el gentío. El chico de la camisa verde y el arete en la nariz me guiña un ojo, pero sigue sin hablar; ha perdido la voz

por el alcohol. Otro chico con pecas, que fuma un cigarro que seguro que habrá robado de la casa, arquea una ceja y me dice:

—Hola, chica de la luna. —Algunos más echan un vistazo hacia mí, pero no dicen nada. Tal vez tienen miedo de lo que yo podría ser en realidad, de que los rumores sean verdad.

Cuando llego a Suzy, tiene las mejillas sonrosadas y una lata plateada de cerveza en la mano. Se le cae un poco al suelo cuando me ve, alejándose del pasamanos de la escalera.

—Has venido —dice sin emoción, como si yo hubiera recibido una invitación: una tarjeta con un grabado plateado enviada por correo, cubierta de purpurina. «Estás invitada a una fiesta de invierno en la casa de los Wilkinson. Entra por tu cuenta, porque nosotros haremos lo mismo».

—No deberíais estar aquí —señalo—. Esta es la casa de otra persona. —No es lo que tenía pensado decir, no al principio. Pensaba disculparme, o decir algo de que no sé en quién confiar, de las noches sin dormir y de que encontré el reloj y que no fue mi intención decir que ella no era mi amiga.

Sin embargo, Suzy esboza una amplia sonrisa: ya ha olvidado la pelea que tuvimos.

—A quién le importa —responde.

—Los supervisores del campamento se van a enterar —añado—. Se van a dar cuenta de que casi todos los chicos se han ido de las cabañas.

La sonrisa relajada y blanda de Suzy no se rompe, los ojos están llorosos, ebria de felicidad, y se ríe.

—A los supervisores no les importa qué hacen los chicos —afirma, haciendo un ademán con la mano—. No es que puedan echarlos del campamento: estamos todos varados aquí.

Se le cierran los ojos y los vuelve a abrir. Me mira con el ceño fruncido, como si acabara de recordar lo enfadada que está, que yo soy la última persona con la que quiere hablar.

—Discúlpame por lo que pasó —digo enseguida—. No tendría que haber dicho esas cosas. Es que...

Un chico choca conmigo, y vuelca un líquido oscuro de un vaso rojo sobre mi calzado.

—Perdón —farfulla, mirándome con odio como si hubiera sido mi culpa.

Se aleja tambaleando hacia la cocina, y yo vuelvo a mirar a Suzy.

—Es que estoy intentando saber qué pasó —explico.

Ella alza una ceja puntiaguda, y me doy cuenta de lo cansada que parece, con los párpados que quieren cerrarse.

—¿Te refieres a que estás intentando saber si tu novio es el responsable?

Suspiro y aparto la mirada; observo a la multitud de chicos. Alguien canta al ritmo de la música y su voz no suena tan mal, si no fuera por el hipo que marca algunos versos.

—Murió un chico, Suzy —digo, girando hacia ella—. Y alguien es responsable.

Su boca se vuelve inexpresiva, y se vuelve a apoyar contra el pasamanos.

—Los accidentes ocurren —señala, y bebe un buen trago de cerveza.

—¿Qué quieres decir? —Doy un paso hacia ella, oliendo su aliento a cerveza, apenas disimulado por el perfume floral. Pero Suzy niega con la cabeza y se da la vuelta, sujetando el pasamanos para mantener el equilibrio mientras sube las escaleras, bamboleante—. ¡Suzy! —exclamo, pero ella ya ha subido la escalera y se ha ido por el pasillo.

«Los accidentes ocurren». Es como lo que dijo Rhett en la fogata.

Vuelvo la vista a la puerta principal, que sigue abierta desde que he entrado. Debería irme, volver a casa, cerrar la puerta y esperar a que se derrita la nieve, a que se despeje la carretera y todo vuelva a la normalidad.

Pero no lo hago. Subo la escalera en busca de Suzy. Me adentro en la casa.

Quizás ella sabe lo que pasó.

Paso por al lado de dos puertas abiertas, ambas con literas a los lados. Un sitio donde los niños pueden apilarse en las noches de verano templadas.

Se oyen unas voces apagadas al final del pasillo: el cotorreo de unos chicos que conversan.

Me detengo junto a la última puerta, me apoyo contra la pared, escucho.

—Tu novia está borracha —dice alguien dentro de la habitación. Jasper, creo. *Los chicos de la fogata están aquí.* Pero se oye como si estuvieran lejos de la puerta, al otro lado de la habitación.

—Cállate —responde Rhett. Oigo que Suzy hace un sonido con la garganta, como si se hubiera ofendido.

—No debería estar aquí —añade Jasper.

—No soy su novia —suelta Suzy finalmente—. Y puedo ir adonde quiera.

—Se la oye echa polvo y me imagino la cara de los chicos, con sonrisas burlonas, poniendo los ojos en blanco.

—Le has contado demasiado —continúa Jasper. Oigo unas pisadas y me pregunto si se estará acercando a Rhett. Una advertencia o una amenaza, quizás—. Ella va corriendo a contárselo todo a esa amiga bruja que tiene.

—No le he contado una mierda —espeta Rhett.

Hay más movimiento dentro. Parece que alguien empuja a alguien más. *Ni siquiera confían en ellos mismos*, pienso. Están empezando a formarse grietas; algunos van marcando los límites. Tienen secretos entre ellos. No pueden dejar de pensar en eso. El miedo ahora está arraigado en su interior.

—¡Basta! —grita Suzy, y se habrá metido en medio de ellos porque todos se callan.

—Lo único que estás haciendo es empeorarlo todo —interviene otra voz. Lin, parece.

Alguien suelta una profunda exhalación y después se oye que alguien se sienta, unos resortes que se hunden, probablemente una cama.

—Tenemos que esperar a que pase todo —dice Rhett, pero se lo oye tenso, como si tuviera un nudo en la garganta, como si quizás no creyera en sus propias palabras.

El ruido de la habitación se calma, y me aprieto más contra la pared, estirándome, sin saber qué está pasando.

Pero después alguien habla al fin: Lin, y el timbre de su voz se parece a las cuerdas demasiado tensas de un violín.

—En algún momento lo van a encontrar.

Otra pausa prolongada, como si todos tuvieran demasiado miedo de romper el silencio.

Suzy se aclara la garganta, pero de todos modos tiene la voz quebrada al hablar.

—¿Vosotros sabéis dónde está Max?

Se oyen unas quejas desesperadas en voz baja. Uno de los chicos dice algo que no puedo distinguir, un susurro de palabras que no quiere que oigan las paredes, *o una chica que se esconde en el pasillo*.

—Es solo cuestión de tiempo hasta que los supervisores lo encuentren —continúa Lin, tal vez en respuesta a lo que no alcancé a oír—. No está muy bien escondido.

Esto es lo que están ocultando, de lo que han estado evitando hablar. Pero ahora Lin lo ha dicho en voz alta.

El corazón me empieza a latir como un tambor, *tun tun tun tun*, y aprieto las uñas contra la pared que tengo detrás.

—No van a encontrar a Max —responde Rhett, y oigo que sus pisadas atraviesan la habitación, como si se alejara de los demás, hacia una pared en el otro extremo. Quizás esté mirando por una ventana.

Max. Su cuerpo, su cadáver, está escondido en algún sitio.

Oculto.

—No puedo meterme en problemas por esto —dice Jasper, con igual cantidad de miedo y amenaza en el tono de voz.

—Ninguno de nosotros puede meterse en problemas —responde Rhett.

Jasper hace un sonido de negación.

—Conmigo es distinto. Mi padre va a matarme si se entera. Esta era mi última oportunidad, venir aquí. No puedo... —Se detiene a mitad de la frase.

—Es la última oportunidad para todos —ofrece Lin. Los chicos que son enviados al Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes no están de vacaciones de invierno. No están aquí a modo de recompensa o para descansar un poco de la escuela y los límites de horario. Están aquí porque ya han metido la pata. Ya han hecho un desastre de su otra vida. Se supone que este es el sitio en el que se enderezan, en el que retoman el buen camino, en el que se arreglan. Pero no si un chico termina muerto. Y no si ellos tienen la culpa.

—Ahora no hay nada que hacerle —responde Rhett, mientras sus pisadas vuelven a atravesar la habitación. Quizás esté caminando en círculos—. Ya ha pasado.

Otra vez alguien farfulla algo en voz tan baja que no puedo distinguir qué dice. Ojalá hablaran más alto, ojalá pudiera entrar en la habitación sin que me vieran.

Y después el tono cambia.

—Sigo oyendo cosas por la noche —confiesa Lin con voz suave, como si mirara al suelo mientras lo dice.

—Eso es lo que pasa cuando alguien se ahoga —suelta Jasper, con la voz tan aguda que suena como si fuera a romperse, como si a su mente se le estuvieran abriendo las costuras—. Te persiguen porque están furiosos, hostia.

Ahogado.

Ahogado.

Ahogado.

Persigue, persigue, persigue.

Ahora tengo el corazón en la nariz; apenas puedo respirar. Tengo que pedirles a los pulmones que inhalen, que exhalen, que no hagan ni un solo ruido.

Max se ahogó. ¿En el lago? ¿Se caería al romperse el hielo? Me late la cabeza, y la sangre que corre por mis venas parece muy ruidosa, un estruendo

en mis oídos. Debería irme, salir a escondidas del pasillo antes de que me oigan, me encuentren, me descubran espiando.

—Cállate —dice Rhett, y me lleva una mano a la boca, para silenciar mi propia respiración.

—No puedo dormir —sostiene Lin—. No lo soporto.

Más palabras que no consigo oír, y después la voz de Suzy se alza por encima de las demás, con una entonación rara... encubierta.

—Nora dice que encontró a Oliver en el bosque.

Siento que las cejas se me juntan. No sé por qué cuenta eso, por qué es importante.

—Dijo que estuvo allí durante las últimas dos semanas, escondido o algo así.

—¿Qué? —pregunta uno de ellos, Rhett quizás.

La música de abajo se detiene de pronto y vuelve a empezar un segundo después con otra canción. Se oyen gritos, alguien que discute. Un problema entre borrachos.

Uno de los chicos al otro lado de la pared dice algo más que no consigo distinguir, y después oigo unos pies que se arrastran, los pasos desganados de tres chicos y una chica que caminan hacia la puerta.

He esperado demasiado.

Rhett sale por la puerta, y durante un segundo pienso que si no me muevo, tal vez me pasen por al lado y piensen que no soy más que una sombra contra la pared. Un fantasma. Pero Rhett se detiene de pronto y me clava los ojos.

—¿Qué cojones? —exclama.

En el segundo siguiente, Jasper pasa junto a Rhett, golpeándolo con el hombro, y me sujetó el brazo.

—Ha escuchado todo lo que hemos dicho, la madre que la parió. —Tiene un corte rojo brillante en la mejilla izquierda, el sitio donde lo cortó la rama del árbol cuando estaban en la fogata.

Rhett se aprieta las sienes con las manos.

—Mierda.

Me suelto el brazo de un tirón, pero Jasper vuelve a sujetarme, esta vez con más fuerza. Los dedos me pellizcan la piel.

—¡No me toques! —grito. El cuerpo se me pone rígido, se resiste, pero él es demasiado fuerte y me obliga a entrar a la habitación.

La luz de la luna brilla por la ventana e ilumina una cama bien hecha, con un edredón bordado. Hace frío, como si entrara una corriente de aire, pero la ventana está cerrada.

—Mierda, mierda, mierda —repite Rhett, caminando por la habitación oscura, con la voz que parece unos fragmentos de cristal que me cortan cada vez que habla.

Suzy se queda parada en el vano de la puerta. La miro por unos segundos, pero ella no levanta la vista; se cruza de brazos, como un ave con las alas plegadas sobre sí misma, cubriendose los ojos para no ver los míos.

Pero Rhett me mira con odio, como si fuera un animal en una trampa, que es precisamente lo que soy. *Estoy atrapada*. Mantengo los brazos a los costados, rígidos, como una chica capaz de salir a mordiscos y arañosos de ser necesario. Una chica con dientes que pueden rasgar la piel.

—¿Qué has oído, chica de la luna? —pregunta Rhett, dando medio paso hacia mí, con los ojos cubiertos por la sombra, como si estuviera decidiendo mi destino.

—Nada —digo, con voz desafiante.

—Miente —gruñe Jasper, que sigue sujetándome el brazo; mucho más alto que yo—. Nos ha oido hablar de Max. Se lo va a contar a la policía cuando se abra la carretera.

Lo miro con los ojos entrecerrados, mientras una espina se me clava en las sienes.

Rhett se pasa la mano por el pelo rubio ceniza, buscando respuestas en los recovecos oscuros de la habitación. Me hace un gesto negando con la cabeza y da un paso hacia atrás, en dirección a la puerta.

—No podemos confiar en ella —añade Jasper, que ahora tiene la vista puesta en Rhett.

Mis ojos se vuelven a Suzy otra vez, y después a Lin, que lleva puesto el abrigo grande y acolchado con la capucha levantada, incluso bajo techo. Espero a que uno de ellos diga algo, que intervenga, que le diga a Jasper que me suelte. Pero ninguno me mira. Les tienen miedo a Jasper y a Rhett; tienen los ojos clavados en el suelo.

—Tú te quedas aquí —sentencia Rhett, con las pupilas como agujeros negros sin fondo— hasta que pensemos qué hacer contigo.

Me muevo hacia él, pero Jasper aún me sujetá el brazo.

—¡No podéis encerrarme aquí! —grito.

Rhett echa los hombros hacia atrás. Una palidez fría le invade el rostro.

—Rhett —dice Suzy al fin, entrando a la habitación—. Ella no sabe nada.

Pero él se le echa encima, se detiene a solo unos centímetros de su cara.

—¿Tú también quieres quedarte aquí?

—No —responde ella—. Pero no puedes hacer esto.

—Mira cómo lo hago —replica.

Durante un momento, Suzy lo mira como si estuviera a punto de decir algo más, como si fuera a darle un empujón en el pecho y gritarme que corra. Pero después su mirada cae, no en un gesto manso, sino de comprensión: sabe que no puede hacer nada. La superan en número. Se me cae el alma a los pies. Y cuando Rhett sale por la puerta, le sujetla la mano y se la lleva.

Él ya lo tiene decidido. Y va a dejarme aquí.

Jasper me suelta el brazo y sale rápidamente al pasillo con los demás, justo antes de que Rhett cierre la puerta con un fuerte golpe.

La habitación se hunde en la oscuridad.

Corro a la puerta, busco a tientas la manilla, las uñas raspan el veteado de la madera. Pero ya es tarde. Golpeo la puerta con fuerza, intento abrirla, pero apenas se mueve. La han cerrado con algo, la han dejado bien cerrada para que la bruja no se escape de la jaula.

—¡No! —grito, volviendo a tirar de la manilla. Pero no se mueve. *Mierda*.

Apoyo la oreja contra la madera de la puerta y escucho para ver si siguen allí. Pero después oigo el ruido de unos pasos que se alejan, que caminan por el pasillo.

—¡Esperad! —grito contra la puerta—. ¡Por favor! —Pero lo único que hay es silencio.

Y la oscuridad de la habitación.

Giro y me apoyo sobre la puerta, reclinando la cabeza. Pienso en lo que me dijo el señor Perkins, que morían más mineros a manos de otros que en la oscuridad cruel del bosque.

El corazón de los hombres es a lo que más debemos temer.

Pero no pueden dejarme aquí. No por mucho tiempo.

Los supervisores del campamento van a descubrir que los chicos se han escabullido de las cabañas. Van a oír la música que resuena al otro lado del lago. Van a venir a investigar. Van a inspeccionar la casa. *Me van a liberar*.

Pero ¿y si los supervisores no vienen? ¿Y si Suzy tenía razón y ya no les importa lo que hagan los chicos, ya no les importa si se van a escondidas mientras vuelvan a su cama antes del amanecer?

Si me dejan aquí, encerrada, ¿cuánto tiempo pasará hasta que vuelvan a liberarme?

—¡Ey! —exclamo, otra vez desesperada. Golpeo los puños contra la puerta. *Bam. Bam. Bam.* Tal vez alguno de los otros chicos me oiga y

venga a sacarme. Aunque dudo de que oigan mis gritos por encima de la música. O que les importe.

Ahogado, vuelvo a pensar.

Max se ahogó en el lago, se hundió hasta el fondo sin fondo, tal vez murió congelado antes de que el agua llegara a llenarle los pulmones.

Entonces, ¿dónde está el cuerpo? ¿Dónde está escondido?

Hay algo que no entiendo.

Una parte muy grande de este asunto no tiene sentido.

Respiro despacio. Mantengo la calma. *Tranquila, tranquila, tranquila.*

Creo que oigo una voz.

—Nora.

Me giro enseguida en dirección a la puerta.

—¿Hola? —pregunto, acercando la boca a una grieta en el marco de la puerta.

—¿Estás bien? —Es Suzy.

—No —respondo—. Tienes que sacarme.

Creo que la oigo respirar. La inhalación suave de su garganta, la exhalación temblorosa contra el veteado de la madera.

—No puedo —dice después de un momento.

—¿Por qué no? —Siento que la punzada en mi corazón se hace más fuerte.

—También van a encerrarme, si te ayudo... —Su voz se apaga, como si estuviera viendo el pasillo, escuchando si alguien se acerca—. Están muy paranoicos. Rhett piensa que van a ir todos a la cárcel.

Están tan paranoicos que son capaces de encerrarme en una habitación. Están tan paranoicos que oyen voces en la cabaña, que piensan que algo los persigue. *Que Max los persigue*. No pueden pensar con claridad, acerca de nada, y siento que el corazón me araña las costillas. Empieza a entrar en pánico.

—Sácame y ya está, Suzy —imploro—. Si me atrapan, no les diré que me has ayudado. Pero no puedo quedarme aquí. —Parece que la oscuridad me está tragando. Un abismo negro.

Otra larga pausa. Creo que quizás se ha ido, me ha dejado aquí.

—Por favor, Suzy.

Pero después la oigo respirar otra vez. Sigue ahí.

—Lo siento —dice—. Tengo que volver abajo antes de que se den cuenta de que me he ido.

—¡No! —exclamo, golpeando la palma de la mano contra la puerta.

—Solo están borrachos —añade enseguida—. Seguro que te dejan salir por la mañana. —Otra pausa—. Voy a hablar con Rhett. Le voy a decir que no sabes nada. Lo voy a intentar.

—Suzy —ruego—. Abre la puerta. No te vayas.

Pero oigo el ritmo rápido de sus pisadas por el pasillo, alejándose. Ya se ha ido.

—Mierda —vuelvo a decir entre dientes, bajando la mano del marco de la puerta. Me aprieto los ojos, con fuerza, como si presionándome pudiera sacarme de este sitio. Cuando los vuelvo a abrir, la habitación está demasiado oscura, y me cuesta distinguir una pared de la otra, el techo del suelo. La cabeza me da vueltas y me invade la misma sensación que tuve antes: el escalofrío y el temblor del aire, un zumbido y un chasquido. Los segundos se hacen minutos y, vacilantes, vuelven a la normalidad.

Tic, tac...

—No —susurro. No quiero sentirlo ahora.

Me alejo de la puerta y camino por la habitación hasta que mi pierna se choca con la esquina de la cama. Hago una mueca ante el dolor punzante y me doblo, después sigo avanzando, con las manos extendidas para tantear si hay más obstáculos. Llego a una pared y una ventana, y aparto la cortina. La luz apagada de la medialuna se filtra en la habitación. Toco el cristal y observo la nieve de fuera. Pero la caída al suelo es muy grande, lo suficiente para romperme algún hueso. Tiene que haber otra forma de salir. El repiqueteo de la música se siente más fuerte a través del suelo, y vibran las paredes, pero oigo algo más. Algo distinto. *Algo que nunca he oído antes.*

El susurro de un insecto que golpea un cristal. De alas.

Un sonido tan débil que me sorprende que pueda oírlo. Se hace más fuerte, a medida que golpea contra la ventana. Los ojos negros y la barriga hinchada.

Quito la mano de la ventana y doy un paso hacia atrás, mientras el miedo me trepa por las costillas. *No, no, no.*

La mariposa nocturna me ha encontrado, incluso aquí, incluso encerrada en esta habitación. Y la certeza se me instala en lo profundo de la piel.

—Vete —susurro, con un hilo de voz desesperado.

El insecto gira y golpea contra la ventana —*bam, bam, bam*—, buscando una forma de entrar, de alcanzarme, para rozarme la piel con las alas y marcarme, así la muerte puede encontrarme más fácilmente.

La muerte se acerca.

Me late el cuerpo y me deslizo apoyada contra la pared, bajo al suelo, me llevo las rodillas al mentón. Lo que sea, con tal de tapar el sonido. *Bam, bam, bam.*

—¡Basta! —grito, ruego.

Los latidos de mi corazón parecen un tambor, con el mismo ritmo que las alas.

—Vete. Vete. Vete —susurro dentro de mis manos. Hasta que es lo único que oigo.

Lo único que me llena los oídos.

OLIVER

Tengo que encontrarla.

El lago no puede estar más oscuro; se traga las estrellas a medida que rodeo la orilla. Estoy seguro de que este sitio, estas montañas, observan cada movimiento que hago.

Ahora recuerdo lo suficiente; basta para saber que no puedo confiar en los otros. El pasado es un desastre borroso dentro de mi cabeza: el cementerio, el sabor del alcohol en la garganta, las risas. La sensación de tener los puños apretados a los costados, listos para pelear. Sin embargo, lo que recuerdo es suficiente para saber que son capaces de cosas horribles.

Y solo pienso en ella, en Nora.

No confían en ella. Es la bruja del bosque.

Tengo que encontrarla, saber que está bien, y protegerla.

Me alejo del lago y subo por los pinos hasta su casa. Sé que no querrá verme. Sé que diga lo que diga, no querrá oírlo, no me dejará entrar... y eso duele más que ninguna otra cosa. Pero debo intentarlo. No necesito que ella confíe en mí, solamente necesito que se aleje de Rhett, Jasper y Lin.

Llamo a la puerta y contengo la respiración hasta que los pulmones me empiezan a arder y doler.

Los recuerdos revolotean dentro de mí. Recuerdo el modo en que Max inclinaba la cabeza hacia atrás en el cementerio, tomando un largo sorbo de whisky. Recuerdo que me miraba como si me desafiara a dar el primer paso, a decir algo que lo hiciera enfadar. Pero yo no tenía miedo. Sentía otra cosa: ira.

Vuelvo a llevar el puño a la puerta y golpeo con más fuerza, esperando que venga Nora, que mire por las cortinas. Pero no lo hace. *Algo va mal*. La casa está demasiado oscura, no se ven velas encendidas por las ventanas. Y oigo a Finn, el lobo, que aúlla al otro lado, un triste lloriqueo. Giro la manilla de la puerta y esta se abre.

La noche se traga el sitio entero. No hay velas. No hay fuego en la estufa.

El lobo pasa corriendo junto a mis piernas, hacia la nieve, y se mete entre los árboles.

—¡Finn! —exclamo, pero no me escucha. Ni siquiera aminora la marcha.

Corro para no perderlo, antes de que desaparezca entre los árboles y no lo vea más. *Quizás sabe dónde está ella, quizás ha encontrado su rastro.* Sigo sus huellas por la nieve, a lo largo de la hilera de casas de verano, hasta que se detiene después de pasar por varias de ellas, con la cola baja y las orejas hacia delante.

Se oye música dentro de la casa, y por las ventanas de abajo veo que hay varios chicos del campamento. Se han metido sin permiso; están de fiesta.

Finn vuelve a gimotear, olfateando el aire con el hocico, y le toco la cabeza. No sé por qué ha venido aquí, a una casa que no es la de él. Sigo su mirada hasta el segundo piso.

Hay alguien en la ventana.

Una chica, la cara apenas visible al otro lado del cristal.

Ella.

Algo va mal; hay un rastro de pavor en sus ojos. No voy a la puerta principal: no quiero que los demás me vean. Así que dejo al lobo en la nieve y uso la ventana de debajo de todo para subir al borde del alero. Me sujeto del canalón y cuelgo una pierna de la cornisa, como cuando trepaba al techo de la casa de mi vecino Nate Lynch, y bebíamos cerveza que él robaba del garaje de su padre. Ahora parece que eso hubiera pasado hace cien años: una vida absolutamente distinta, lejos de estas montañas. Pero trepar por la esquina de esta casa no es distinto, salvo por la nieve húmeda y resbaladiza.

Llego a la ventana del segundo piso, agachado para protegerme del viento, y golpeo el cristal.

Nora levanta la vista hacia mí. Se pasa las manos por el pelo; los ojos se le ven oscuros y cautelosos bajo la sombra de la habitación.

—Nora —digo contra el cristal, señalando la ventana para que ella la destrabe. Pero no se acerca. Da un paso hacia atrás. Y tal vez tiene razón en hacerlo. Tal vez yo soy el villano. Los pies se me resbalan un par de centímetros por la nieve, pero recupero el equilibrio antes de caer al borde del tejado—. Por favor —ruego, sin saber si me oye.

Ella cierra los ojos, como si no pensara que soy real, como si fuera a desaparecer si lo desea con fuerza. Pero cuando los abre, sigo aquí. Adopta una expresión seria y da dos pasos rápidos hacia la ventana, extiende la mano hacia el seguro y lo desliza para abrirla.

Apoyo las manos en los laterales de la ventana y la empujo hacia arriba; después me meto en la habitación, el aire frío y la nieve entran conmigo.

—¿Estás bien? —pregunto, con miedo de acercarme demasiado a ella, de asustarla.

Su boca forma una línea recta.

—¿Qué haces? —pregunta—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—He seguido a Finn.

Ella echa un vistazo a la puerta cerrada a sus espaldas.

—¿Qué ha pasado? —Quiero saber—. ¿Por qué estás aquí?

Ella vuelve a apartarse de mí, tironeando con los dedos de los dobladillos de las mangas.

—Me han encerrado —responde, con amargura en la voz, y se frota los brazos con las manos; se vuelve pequeña, recluida. Odio que me tenga miedo; odio que me mire con oscuridad en los ojos; odio que cada movimiento que hago le dé escalofríos, que la haga alejarse de mí, nerviosa.

—¿Quiénes? —pregunto.

—Rhett y los demás.

Me hierve la ira en el pecho, al rojo vivo. La furia me da ganas de derribar la puerta e ir a buscarlos, hacerlos pagar por lo que le han hecho.

Echo un vistazo a la puerta cerrada, y por otro lado pienso que no debería haber venido en absoluto, al ver el miedo en sus ojos, la desconfianza... pero tampoco puedo dejarla aquí, enjaulada de este modo, esperando un destino que aún está por decidirse.

—Creo que están escondiendo el cuerpo de Max —me dice con cautela, como si se arrepintiera de sus palabras en cuanto salen de la boca.

El cuerpo de Max. Las palabras parecen equivocadas. *Un cuerpo escondido, oculto.* La idea no encaja con mis recuerdos, así que la aparto.

Trago saliva y le tiendo una mano a Nora, pero no me acerco más a ella.

—Tenemos que irnos —digo.

Sus dedos sueltan las mangas del abrigo, pero se enroscan y forman puños en lugar de tomar mi mano.

—No voy a ir a ningún lado contigo —sostiene, alzando la voz.

Se oyen unas pisadas del lado de fuera, probablemente uno de los chicos que busca el baño, y desaparecen por el pasillo.

—Encontré el reloj —suelta Nora, esta vez en voz más baja—. El reloj de Max. —En la penumbra, alcanzo a ver que cambia la expresión de su rostro: la suave redondez de sus mejillas se hunde, los ojos se le arrugan en los extremos, como si intentara ver algo en la distancia, un poco desenfocado—.

En el bolsillo de tu abrigo —añade—. Tenías el reloj de un chico muerto en el bolsillo.

Bajo el mentón y lo apunto al suelo, después vuelvo a levantarla hacia ella. Sabía que llegaría este momento, en el que preguntaría por el reloj. Y un frío hilo de hielo me baja por la columna, por los dedos, y se detiene en los pies.

—Lo sé —digo.

—¿Lo mataste? —pregunta. Es lo que en verdad quiere saber, la raíz de sus miedos. Y tiene razón. Sin embargo, sus palabras quedan suspendidas en el aire, se disuelven allí, como trocitos rotos de cristal, de bordes afilados, listos para cortarme la piel.

—No —respondo, pero sueno tenso, la palabra sale a la fuerza. Un mentirita blanca tan diminuta que se olvida enseguida, que se mira por encima. Casi no se ve.

Ella niega con la cabeza.

—No te creo. —Su voz vuelve a alzarse demasiado, los ojos empiezan a ponerse llorosos mientras contiene las lágrimas. Pero veo que duda, que hay una falta de certeza justo detrás de las pupilas: está intentando ver si yo podría ser un asesino de verdad, si podría quitarle la vida a alguien y mentir sobre ello, si soy un criminal.

Da un paso hacia atrás, escabulléndose en la oscuridad, más lejos de mí.

—¿Por qué te protegen? —pregunta, grita—. ¿Rhett, Jasper y los demás? ¿Por qué están ocultando lo que pasó?

Niego con la cabeza.

—No creo que estén protegiéndome.

Pasa un segundo y se acumula nieve en la alfombra que tengo a mis pies, la música chilla desde abajo y sube por los tablones del suelo. Parece que estuviéramos atrapados en un sueño raro: en una habitación, en una casa, que no es de ninguno de nosotros.

—Entonces ¿qué está pasando? —Otra vez se la oye asustada, con la voz finita, como un cascarón diminuto que se abre y revela el objeto frágil que está en su interior. Tengo tantas ganas de acercarme y tocarla, de decirle que está bien, que no soy quien piensa que soy. Pero no puedo. Porque no lo sé. *Quizás yo sea el monstruo.*

Quizás haya hecho algo malo.

Nora se aclara la garganta.

—No sé qué creer —dice, con un mínimo lloriqueo que se asoma a sus labios. Alza la vista, está a punto de volver a hablar, pero yo me acerco, la

acorralo contra la pared, y le pongo una mano sobre la boca... para silenciarla.

Ella intenta empujarme el pecho, apartarme, pero me llevo un dedo a los labios: un gesto para que haga silencio. Alguien se ha detenido al otro lado de la puerta de la habitación; los tablones crujen bajo su peso. La persona sujetá la manilla, como si revisara si sigue cerrada. Se detiene y escucha. *Quizás nos ha oído hablar.*

Si me encuentran aquí, no sé qué harán.

Mis exhalaciones agitan su pelo negro azabache. Estamos tan cerca que oigo el corazón que le late en la garganta, el ritmo de los pulmones que suben con cada respiración. No quiero alejarme de ella; quiero acercarme. Pero sé que no estamos a salvo aquí.

Las pisadas se van, bajan por la escalera, y quito la mano de su boca.

—Perdón —susurro, aún a unos centímetros de su cara.

Ella no me aparta, no me grita, solo se queda mirándome, sorprendida, respirando.

—Nora —digo, casi susurrando, con la sangre que me corre con fuerza por las orejas—. Tenemos que salir de esta habitación.

Ella se mordisquea el labio inferior, *respira, respira*, y creo que quizás se me suba el corazón a la garganta. Después, asiente con la cabeza.

NORA

Oliver está tan cerca, demasiado cerca, que siento el aroma a gaulteria en su piel. Veo las suaves ondas de pelo oscuro que le caen por las sienes, con nieve que se derrite en las hebras. Podría tocar un copo de nieve y dejar que descansase en la punta de mi dedo; podría rozar su mejilla, su clavícula. Podría apretar mi mano contra su pecho y sentir la cadencia de su corazón, escuchar el repiqueteo de alguien que es capaz de matar, de alguien que ha empujado a otro chico bajo la superficie del lago y lo ha observado mientras se ahogaba.

Pero no lo hago.

No lo hago porque tengo miedo de lo que voy a sentir. Tengo miedo de dejarme que me hunda en él, cada vez más y *más*.

Así que lo dejo tomarme la mano con las suyas, las manos que quizás usó para apretar los pulmones de Max y quitarle la vida, y él me lleva a la ventana abierta.

En un movimiento rápido y casi sin esfuerzo, me levanta, me hace salir por la ventana y me apoya en el tejado.

El viento sopla a nuestras espaldas, y Oliver va primero, bajando por la esquina de la casa. Debería sentirme aterrada, sabiendo que podría caer, pero con sus manos, que me sujetan, que hacen de puntos de apoyo, me siento a salvo.

Se me empiezan a entumecer los dedos cuando se sostienen del canalón. Los pies apenas llegan a la parte de arriba de una ventana de la planta baja, y la caída final es de unos dos metros. Vacilo, y Oliver susurra:

—Suéltate. —Cierro los ojos con fuerza y suelto las manos. Siento medio segundo de ingratitud y Oliver me atrapa. Sus manos me aprietan el torso, las costillas, y me baja al suelo.

Finn me lame la mano.

—Estoy bien —susurro, acariciando su pelaje. Debe de haber percibido que algo iba mal; habrá oído el eco de mis gritos entre los árboles. Me ha encontrado.

Oliver me mira, y sé que tenemos que alejarnos de la casa. Avanzamos hasta los árboles y nos metemos en la oscuridad, donde nadie podrá vernos; luego zigzagueamos por detrás de las casas de verano hasta que llegamos a mi hogar.

Dejo que Oliver entre conmigo y cierro la puerta, deslizando el cerrojo. Aparto las cortinas de las ventanas de delante.

Mantengo fuera las cosas que me dan miedo. Pero encierro a Oliver conmigo, la persona a quien quizás debería temer más.

—Tal vez no conviene que nos quedemos aquí —dice, abriendo un poco una cortina para observar la oscuridad. Piensa que los chicos van a venir a buscarme, que una vez que descubran que me he ido de esa habitación, vendrán a golpear la puerta con los puños y sacarme a rastras por la nieve.

—¿A dónde iríamos? —pregunto.

—Quizás podamos escondernos en otra de las casas?

—Si de verdad quieren encontrarme, van a registrar todas las casas por igual.

Oliver se da golpecitos con la mano contra su costado, y camina hacia la puerta trasera para asegurarse de que está cerrada; después recorre los árboles con la vista. Pero no hay nadie. Es probable que los chicos ni siquiera se hayan dado cuenta de que me he ido.

—Subamos al desván —digo—. Podemos ver mejor el bosque, en caso de que sí venga alguien. —No sé por qué quiero que se quede. *Pero sí lo sé.* Es el golpeteo que tengo dentro del pecho, el dolor suave en el que no puedo confiar. Él es alguien conocido; no como los demás. Es el único que me hace sentir que no estoy tan sola.

Oliver asiente. Pero no puedo mirarlo a los ojos.

Me ha salvado; eso debe significar algo.

En el desván no hace frío: el calor ha quedado atrapado en el techo. Finn se apuesta en la parte de arriba de la escalera, como si percibiera que hay algún peligro fuera.

Me siento en el borde de la cama y me miro las manos. Quiero confiar en Oliver, quiero creerle. *Dice que no mató a Max.* Pero aún yacen mil mentiras bajo la superficie. Mil cortecitos llenos de sal.

—¿Viste la mariposa nocturna? —pregunto—. ¿En la ventana, antes de que me encontraras?

—No. —Niega con la cabeza.

Exhalo y aprieto las manos.

—Es una mariposa de hueso —explico. Si él no va a contarme sus secretos, yo voy a contarle los míos—. Ha estado siguiéndome.

—¿Qué quieres decir?

—Estuvo el día en que murió mi abuela. Y ahora ha vuelto. —Se me llenan los ojos de lágrimas, y ruedan por las mejillas antes de poder detenerlas; el peso de todo me atraviesa de golpe. Caen al suelo y la madera las absorbe, se vuelven parte de la casa. Una tristeza que vivirá en la veta de la madera por siempre.

Oliver camina por la habitación y se queda a unos centímetros de la cama, y la gravedad de su cercanía me dificulta respirar. Pero no se sienta junto a mí, no me toca: *no quiere hacerme daño*, no quiere partirme en dos, ni que me aleje de él nerviosa, con miedo.

—¿Una mariposa nocturna? —pregunta.

—Es un presagio de muerte —explico, con la voz a punto de quebrárseme—. Significa que la muerte está cerca, que está a punto de llegar... —Me limpio las lágrimas de las mejillas, y deseo que me abrace; deseo que me estreche en sus brazos y yo pueda hundirme en su pecho. Deseo cerrar los ojos, que todo se ponga oscuro y escuchar solamente el sonido de su respiración en mis oídos. Pero no lo hace, y bajo los ojos al suelo, siento náuseas, como si la habitación estuviera saliéndose de su eje, y no sé cuánto tiempo más podré aguantar sin caerme, sin hacerme añicos. *Una chica de cristal hecha de trozos de cristal, que llora con lágrimas de cristal.*

Me levanto de la cama y siento el suelo duro bajo los pies, para afianzarme en algo, y camino hasta la ventana.

Oliver se mueve despacio, se para junto a mí, e intento ver qué hay allí en realidad: intento ver todas las cosas que tiene enterradas en lo profundo, fuera de alcance.

—Dime la verdad —digo, ruego; cada palabra, un cuchillo—. Cuéntame lo que pasó en el cementerio, en el lago. Dime si tú lo mataste.

La pregunta es tan brusca que veo cómo se le agranda el blanco de los ojos, y mi corazón quiere derrumbarse. Se suceden unas pequeñas explosiones de miedo en mi mente.

Él abre la boca, está a punto de hablar, y de pronto me aterra lo que vaya a decir, lo que vaya a reconocer. Niego con la cabeza y me acerco a él. Quiero retractarme de lo que he dicho. Quiero volver a meterme las palabras en la garganta. *No quiero saber qué hizo.* No quiero que la habitación quede del

revés cuando la verdad salga de sus labios, cuando su confesión caiga al suelo y se haga añicos como un cristal muy delgado.

—Espera —digo, alzando una mano para evitar que hable. Yo respiro, él respira, los segundos se hinchan como un globo que está a punto de estallar —. No digas nada.

Parece dolido, como si no lo entendiera.

—Si me lo cuentas —añado, con las palabras entrecortadas en los labios —, sé que va a cambiar todo. —Aprieto los dientes—. Si me lo cuentas, no podrás retractarte.

Él da un paso hacia mí; sus ojos verdes, terribles, perfectos y peligrosos, se mezclan con la oscuridad de la habitación.

—No quiero tenerte miedo —digo. El peor tipo de miedo. Ese que no te deja dormir, que cala tan profundo que hasta las mariposas de hueso no se acercan a esas cosas, a esos recuerdos, a esos actos tan espantosos. Max está muerto, y Oliver fue al bosque, junto con todos los chicos que estuvieron esa noche en el lago. Todos estaban allí, y tal vez no fue un accidente, tal vez todos tuvieron un poco que ver, tal vez todos tienen la culpa.

Y no hay forma de corregirlo.

—¿No me tienes miedo ahora? —pregunta él, inhalando profundamente.

—No.

Me mira de un modo que hace que mi corazón quiera dar vueltas, suelto dentro de mi pecho; los pulmones se detienen en plena respiración. Me mira como alguien que está atrapado en un sitio que no es suyo, con una punzada de miedo que le recorre el centro. Su aspecto es tan salvaje como la naturaleza que está al otro lado de la ventana.

Tal vez sea la expresión de sus ojos: de desesperación, de nerviosismo. Como si cada segundo que pasa fuera un movimiento de las manecillas de un reloj. *Tic, tac, tic, tac*. Algo se agita dentro de él, algo de lo que ninguno de los dos podemos escapar.

Él se mueve hacia delante y apoya los labios sobre los míos.

Sus dedos encuentran mi clavícula, suaves como los copos de nieve que han quedado atrapados en su pelo, y yo lo beso. Lo beso antes de que el corazón se me suba a la garganta. Antes de partirme en dos y pasar a ser una chica convertida en charco de agua. Beso a un chico que ha llegado al punto más alejado y profundo del bosque Wicker y que ha regresado, que tiene el sabor de los vientos violentos que soplan sobre el lago en invierno. Un chico que es más bosque que carne y hueso.

Presiono los dedos sobre su hombro, su pecho, buscando los latidos de su corazón, tocando todos los sitios que he querido tocar cientos de veces. *Necesito saber si es real.* O si el bosque lo ha convertido en otra cosa, en tierra y piedras. Primero me besa con suavidad, después con un dolor en su interior, con las manos en mis costillas, *fuerte, fuerte*, como si dejara pequeñas magulladuras donde se posan sus dedos. Quizás lo hace por las mismas razones: para estar seguro de que soy real, para ver si tengo el sabor de los recuerdos, del invierno, del bosque que casi lo mata.

Ambos estamos buscando algo a qué aferrarnos, ya sea gravedad, dedos o labios, para volvemos reales. Para durar más. Antes de que la verdad se meta entremedio y nunca se pueda retirar.

Siento sus labios tibios sobre los míos, y las manos se deslizan por mi espalda, por el cuello, suben por el pelo. Los ojos oscuros y somnolientos se cierran, y yo me hundo en él, apretando más los labios. Siento sus manos como luz de la luna bajo mi piel.

Corazones que laten, y pechos rebosantes.

Es alguien conocido, pero no debería serlo. No me corresponde quedármelo, pero yo lo encontré y lo traje de vuelta.

Las paredes se comban, alejándose de nosotros; el techo se dobla y se aparta; la nieve que está fuera de la ventana y mi pequeña cama de madera son borrones de acuarela en la periferia. Siento que el corazón late más lento, mientras el tiempo se detiene como una gota en el extremo de una hoja, que espera caer y hacerse pedazos en el suelo. La habitación se expande, y estoy segura de que ya he estado aquí, ya he sentido los labios de Oliver sobre los míos, ya lo he besado así.

Alejo mi boca de la de él.

Me arden los pulmones.

Aprieto las manos contra su pecho, para mantener el equilibrio, para no caer al suelo. Para que el tiempo deje de alejarse de mí.

Está pasando algo que no consigo entender.

Sus ojos se abren, se sacuden, como si se despertara; unos ojos color esmeralda, los labios carnosos, y sé que podría ahogarme en él si me lo permito. Podría desaparecer. Parece un cuento sacado de un libro: mejillas sonrosadas, besos eternos y puestas de sol que duran y duran y duran, donde no hay corazones rotos ni muerte, donde no hay lágrimas que forman ríos a tus pies.

Pero esto no es un cuento.

Le tiembla la garganta antes de hablar; los dedos se apartan de mi pelo, con cuidado, despacio.

—Es tarde —dice con delicadeza—. Deberías ir a dormir. —Pero me mira, sus ojos se niegan a soltarme.

Unas palabras brotan de mi garganta y presionan contra los labios. Pero no las dejo salir porque son las palabras equivocadas. Son palabras peligrosas, frágiles, quebradizas, de las que no podré retractarme. Y el sueño me llama; el agotamiento parece un agujero negro.

Él parece igual de cansado; hay una oscuridad en su interior que necesita descansar.

—Tú también —digo.

—Me quedaré despierto —responde, con la mirada aún suave y los párpados bajos—. Me quedaré vigilando.

Unas chispas me recorren la piel; una sensación en la que no puedo confiar, pero que no sé cómo ignorar. «Vemos el dolor a un kilómetro de distancia», decía mi abuela, «pero no sabemos cómo apartarnos de su camino».

La nieve se ablanda fuera, solo caen algunos copos contra el cristal, y me meto en la cama, me hundo con gusto en la almohada. Me dejo toda la ropa puesta, por si acaso. En caso de que tenga que despertarme de pronto, apartar de una patada las sábanas y salir corriendo de la casa.

En caso de que los chicos vengan a buscarme.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

HENRIETTA WALKER llegó al mundo en una calurosa noche de verano, durante una luna de fresa. Era la menor de cuatro hermanas. Y era la más ruidosa.

Pisaba bien fuerte cuando caminaba por los pasillos, bajaba escaleras o iba al lago. Gritaba a los árboles para espantar a los pájaros y se daba un chapuzón en el agua con toda la ropa puesta. Comía zanahorias y rábanos que arrancaba del huerto y entraba a casa con las botas llenas de lodo. Dormía con nudos en el pelo y tierra bajo las uñas, y algunos decían que era más mapache que niña.

Pero cuando caminaba debajo del roble que estaba cerca del viejo cementerio, caían bellotas a sus pies: una ofrenda de parte del árbol. Cuando caminaba por la parte poco profunda del lago, los renacuajos nadaban alrededor de sus piernas y se retorcían debajo de los dedos de sus pies. Ella era una maravilla: para sus hermanas y para todo aquello con lo que se encontraba. También era una incomprendida.

Cerca de la mitad del invierno, cuando llegaban las nevadas y las noches eran más largas, cantaba desde la orilla del lago, y el bosque guardaba silencio. Hasta los pájaros dejaban de cotorrear para escucharla. Los hombres de la taberna que estaba al otro lado del lago, después de un largo día cribando oro en el río Negro, se acercaban por la orilla para escuchar la canción de Henrietta.

Cuando la sombra nocturna se alzó en su interior, podía domar a los animales salvajes del bosque, y silenciar a cualquier hombre.

Era ruidosa, para que nadie más tuviera que hacer ruido.

Murió en la noche más tranquila del año, cuando ni brisa ni ave se agitaban contra las paredes de la casa. Caminó hasta el jardín, se acostó junto al romero y se durmió.

Bendición nocturna de mitad del invierno:

Olíbano para quemar.

Castañas para comer.

Lavanda para bañarse.

Campanas para advertir a los cuervos nocturnos que vuelvan a ocultarse.

NORA

Estoy de pie en la orilla del lago.

El viento me suelta el pelo trenzado, unos mechones negros soplan encima de mi cara, el aire está verde y oscuro. Hace rato que pasó la medianoche.

He intentado dormir, pero no he podido.

Cuando la abuela vivía, muchas veces se metía en mis sueños y me los relataba por la mañana. Descifraba su verdadero significado mientras comíamos tortitas con miel de lavanda y trocitos de azúcar violeta encima.

Un cuervo que vuela significa desgracia.

Soñar con castillos significa que debes encender una vela en una ventana con orientación al sur para mantener alejados a los enemigos.

Una despedida o un largo adiós en un sueño significa que debes enterrar un mechón de tu pelo debajo del porche delantero.

Pero esta noche, en mis sueños, lo único que he visto ha sido el lago. Un ojo congelado y tranquilo: el centro de todo. Profundo, negro y sin fondo, donde nada bueno puede vivir. Así que he bajado del desván, he caminado por la nieve y he venido a verlo con mis propios ojos. ¿Es aquí donde murió Max? ¿Es aquí donde se ahogó, debajo de este hielo?

¿Es este el sitio donde todo cobra sentido?

«El lago se acuerda», decía mi abuela. «Ha estado aquí tanto tiempo como el bosque. Quizás más». Sus palabras me silban en los oídos, remueven el polvo que tengo dentro de la cabeza, y doy un paso lento y pausado hacia el lago congelado.

La duda me recorre. La vacilación.

Trago saliva y giro el anillo de mi abuela en el dedo. Pienso en que siempre me he comparado con las mujeres de mi familia, incluso con las mujeres que no he conocido, que vivieron mucho antes de que yo naciera.

Mujeres cuyas historias llenan las páginas del libro de hechizos, que me miran desde el pasado, ardientes, cautivadoras, sin miedo. Pero al no tener sombra nocturna, es inevitable pensar si de verdad me parezco a alguna de ellas, si mi nombre merece aparecer entre los suyos en el libro de hechizos.

Doy otro paso hacia delante.

«El lago se acuerda». Cada palabra es como una gota de agua que me cae en la cabeza.

«El lago se acuerda». Cada palabra es un hechizo de medianoche.

El hielo está sólido cerca de la orilla, congelado hasta el fondo rocoso, pero a medida que avanzo, centímetro a centímetro, el sonido del hielo cambia, unas grietas diminutas se abren a mis pies, y la tensión salta hacia el centro.

Sé que es mala idea. Sé que caminando sigilosamente por el lago en mitad de la noche es como desaparece la gente, como cae en el hielo y nunca más la ven. No dejan rastro alguno. Pero las palabras de mi abuela dan vueltas por mi piel, suenan como una canción y me llenan los oídos hasta que son lo único que siento. «El lago se acuerda».

Y tal vez Max estuvo aquí esa noche, en el hielo. Oliver también. Estuvieron aquí y pasó algo: muerte, gritos que piden ayuda, el hielo que se rompe y el agua en los pulmones.

Avanzo arrastrando los pies, y el lago se dobla debajo de mí: suben unas burbujas, buscando una salida. Echo un vistazo por encima del hombro. Estoy a solo un tercio del camino desde la orilla, lejos de llegar al centro del lago, pero parece que estuviera a metros y metros de distancia. Demasiado lejos para volver. O quizás estoy demasiado lejos para seguir.

Pero no quiero tener miedo, no quiero temerle al lago. A nada. Quiero ser como las mujeres que me precedieron, valientes e ingeniosas, con el destello de la oscura luz de luna en las venas. Necesito hacerlo, necesito demostrar algo: saber qué pasó esa noche. Porque si no puedo ver la verdad, si no puedo ver lo que tengo frente a los ojos, entonces no soy una Walker en absoluto.

Sigue caminando, me digo. Si me detengo, quizás el hielo se rompa y me caiga. El agua está quieta y negra bajo mis pies.

«Los mineros arrojaban cosas al lago para apaciguar a la naturaleza», dijo el señor Perkins. Un sitio para hacer ofrendas, para acallar al bosque. Pero no he traído ninguna ofrenda. Solo soy yo.

Estoy casi en el centro cuando lo veo: el cambio en la superficie del hielo, el reflejo de las estrellas en el agua. Se ha hecho un agujero delante de mí.

Un agujero en el hielo.

Me acerco un poco al borde de la abertura irregular. Las grietas salen de ella como telarañas, convirtiendo el hielo negro en blanco a lo largo de las venas. *Un agujero en el hielo. Del tamaño suficiente para que pase una persona a través de él.*

¿Es aquí donde Max cayó a través del hielo y se hundió en las profundidades, lanzando zarpazos a la superficie? ¿Es aquí donde quedó con los ojos bien abiertos mientras se le entumecían las extremidades, se le volvían inútiles, y los demás se quedaron mirando? Intento imaginar a Oliver de pie sobre él, mirando mientras Max daba su último suspiro: el mentón, los ojos, hundidos bajo la superficie. ¿Oliver se quedaría mirando con los demás, estupefactos? ¿O se reirían a más no poder? ¿Querrían que muriera?

¿Querría *Oliver* que muriera?

«No son mis amigos», dijo él. Entonces ¿por qué estuvo aquí esa noche? ¿Por qué estuvo con ellos?

¿Y cómo terminó en el bosque?

Me acerco un centímetro más; quiero ver el agua oscura, imaginar a una persona que *se hunde, se hunde, se hunde*, y cae al abismo sin fondo para no volver a salir jamás. Para no regresar nunca. ¿Se habrá quedado mirando el agujero de luz que atravesaba el hielo roto, lo último que vio antes de que se lo tragara la oscuridad? Me estremezco y enseguida doy un paso hacia atrás. Pero una de mis botas se resbala sobre algo: algo delgado y brillante.

Me agacho para levantarla, lo sostengo en la mano. Es un objeto diminuto, plateado, con un tenue brillo. Una cadena. Está rota en un extremo, y tiene un anillo plateado en el otro.

Sé lo que es. Ojalá no lo supiera. Casi la dejo caer, un escalofrío me recorre la columna, el pulso me late en la garganta.

Es la cadena que faltaba del reloj de bolsillo que encontré en el abrigo de Oliver.

El reloj que tenía el nombre de Max grabado en el dorso.

Cierro la mano alrededor de la cadena, la aprieto con fuerza. El eslabón está roto, doblado.

Todo este tiempo ha estado aquí, en el centro del lago, donde un chico cayó en el agua oscura y se hundió.

Y ahora estoy segura de que estuvieron aquí. Max y los demás. Este es el sitio donde se ahogó, donde la cadena se partió y Oliver sujetó el reloj como si fuera un premio. El que sobrevivió.

No necesito que él lo admita. Ya lo sé con certeza.

Él mató a Max.

El corazón se me desmonta en el pecho, y alzo la cabeza al cielo, sintiendo que voy a desmayarme.

Todo está mal.

Se me aflojan las rodillas, quiero llorar, pero hace demasiado frío y las lágrimas se evaporan en los párpados. Quiero gritar a los árboles. Quiero culpar a alguien, a quien sea, que no sea Oliver. Pero la cabeza me estalla, y las palabras de mi abuela no dejan de repetirse: «El lago se acuerda». Pero no quiero saber la verdad. Quiero volver al desván, a lo que pasó anoche, con sus labios apoyados en los míos, sus manos en mi pelo y las mías sobre su pecho. Quiero olvidar. Quiero deshacer todo lo hecho. Quiero volver a la noche de la tormenta y decirle a Oliver que no vaya al cementerio, que no vaya al lago, que evite este sitio y no esté con esos chicos. Porque una vez que la muerte te ha puesto las zarpas frías encima, no puede deshacerse. Y lo único que queda son lamentos.

Dolor, culpa y lamentos.

Y ahora las mentiras no pueden volver a construirse. No cuando tienes la verdad en la palma de la mano.

Me meto la cadena en el bolsillo, mientras respiro sin energía, atrapada. *Todo este tiempo*. Tal vez por eso fue al bosque Wicker: a esconderse, a esperar a que se despejara la carretera para poder huir, para poder escapar del castigo que debería afrontar.

Pero se perdió, se adentró demasiado en el bosque, en un bosque que es antiguo y cruel, y que no deja salir a las personas tan fácilmente. Yo lo encontré y lo traje de vuelta, y ahora está dormido en mi habitación, en mi casa. Y yo estoy partida en dos.

Me alejo del agujero en el hielo arrastrando los pies. Me tiembla el cuerpo entero, la cabeza me da vueltas con el recuerdo de mis labios hundidos en los de Oliver, de sus manos en mi pelo, las mismas manos que seguro que forcejearon con Max, que lo obligaron a hundirse en el agua helada, que rompieron la cadena del reloj; las mismas manos que se negaron a levantar a Max, a salvarle la vida; las manos que me tocaron la piel, la clavícula, tan cerca de la garganta.

Miro el agujero por última vez, confinándolo a la memoria, cuando oigo el sonido de unas grietas delgadas como cabellos que salen de debajo de mis pies.

Me he quedado parada demasiado tiempo; el agujero se ha ensanchado delante de mí, unos trozos de hielo flotan en la superficie, otros se hunden en el agua tremadamente oscura. Mierda. *He esperado demasiado*.

El aire frío de la montaña me vuela el pelo, y doy varios pasos hacia atrás, despacio y con cuidado, mientras el hielo debajo de mis pies es como una capa de cristal que va doblándose, rompiéndose, cediendo.

En la distancia, oigo mi nombre, llevado por el viento... casi ni se oye. Giro la cabeza despacio, con miedo de moverme, de pestañear, y veo que Oliver está en la orilla, con la nieve que se huracana a su alrededor. Vuelve a gritar mi nombre; su voz es devorada por el frío.

Las fisuras que salen del agujero se esparcen como pequeñas venas que se entrecruzan y se separan. Levanto un pie y lo pongo detrás de mí, despacio y con cuidado. El hielo se dobla, y el agua burbujea por las grietas. *Es demasiado delgado*, grita mi cabeza. *Ya es tarde*.

Inhalo profundamente, dejo salir el aire por la nariz. Siento que tengo los ojos de par en par, no pestaño, y echo un vistazo a Oliver, con una palabra debajo de la lengua: *Ayúdame*. Pero no llego a decirla.

Con un violento estruendo, el hielo se rompe debajo de mí.

Se hace mil añicos.

Y yo me sumerjo en el lago.

Agua negra, *negra*. Un millón de cuchillos se me clavan en la piel, me cortan. Se me encogen los pulmones, las manos lanzan zarpazos a la superficie, entumeciéndose, y siento que el anillo de mi abuela, la piedra de luna que me dio, se desliza hacia la punta del dedo. Intento pararlo, casi lo consigo, pero se sale, y se hunde, se hunde, se hunde. *No*, quiero gritar. Mis ojos se abren, temblorosos, y miran por el agua oscura; el *shock* del frío.

Observo el diminuto anillo de oro que va hundiéndose, que cae en las profundidades.

Las costillas me aplastan el corazón; el cuerpo entero se me contrae. *Estoy en el lago. El frío, muy frío. La mente, cada vez más lenta...*

Encima de mí, la superficie del lago se abre y deja ver el cielo sin luna, un abanico de estrellas. *Qué bonito*, pienso. Un pensamiento tonto; mi cuerpo, mi mente, ya están entrando en *shock*. Los latidos del corazón me aporrean el pecho.

Necesito aire, grita mi cuerpo. *Aire*.

OLIVER

Nora no está.

Las sábanas con estampado de margaritas están movidas, la almohada ha quedado arrugada donde ella había apoyado la cabeza, hay un poco de polen amarillo desparramado por el algodón, que ha caído de las flores secas que cuelgan sobre la cabecera de la cama.

Dicen que es bruja, y tal vez tengan razón.

Ella piensa que soy un asesino, y tal vez no esté equivocada.

Me dormí, a pesar de que prometí quedarme despierto. Y ahora, mientras el lobo me sigue al bajar la escalera, mi mente vuelve a lo que ha pasado: a los labios con forma de rosa de Nora apoyados sobre los míos, el aroma de su pelo en mi cuello, a jazmín y vainilla. Creo que no sabe cómo me descoloca. No sabe que durante un brevíssimo momento, la oscuridad del bosque parecía muy lejana. Sus dedos borraron el frío de los árboles que siempre se retuerce en mis articulaciones, que se revuelve por las rodillas, los omóplatos y la columna. Cuando ella está cerca, se desvanecen mis recuerdos de ese sitio.

Ella lo contiene.

Ella es lo único que me hace pensar que tal vez no soy el villano después de todo; sino, el héroe. O el que fue salvado, rescatado del bosque oscuro.

Mi papel en esta historia quizás no sea lo que yo pienso: un personaje cuya función aún no se ha decidido.

En la planta baja, me encuentro con la cocina a oscuras, sin señales de Nora. El fuego de la estufa se ha apagado. Y entonces lo veo: el cerrojo de la puerta principal está abierto.

Abro la puerta de un tirón y diviso las huellas que ha dejado en la nieve: van hacia el lago. Corro a la orilla, y los árboles gimen y se agitan, como si percibieran la urgencia de mis pasos, el estruendo de mis pulmones que absorben el aire.

Sé que algo va mal antes de siquiera llegar al lago, antes de ver a Nora parada en el hielo. La llamo, y ella vuelve la mirada. Su pelo está hecho una tormenta de fuego; el viento la envuelve y da la impresión de que está hecha de magia. *Una bruja de verdad.* Una chica con furia en los dedos, que podría controlar las montañas, los ríos, y hasta el mismísimo tiempo.

Nora se da la vuelta, mira por encima del hombro, y veo la expresión de sus ojos: algo va mal. Parece tener miedo, miedo *de verdad* por primera vez.

Y entonces, el hielo cede bajo sus pies. Una sacudida, un estruendo, y ella desaparece dentro del lago.

Corro, mientras el corazón se aplasta contra mis costillas y los pies se resbalan en el hielo.

Me caigo de rodillas junto al borde de un enorme agujero, con el agua negra que me mira desde su interior. Debajo de la superficie, su cabello gira y se arremolina como juncos, como algas en el mar. Una imagen delicada, casi tranquila. Ella mira detrás de mí, con los ojos borrosos, como si observara el cielo y las estrellas de medianoche. Un relajado chapuzón nocturno. Pero sumerjo los brazos en el agua helada y sujeto la mano que flota por encima de la cabeza.

La levanto, la subo por encima del hielo y la alzo en mis brazos.

NORA

Siento que floto, que voy sin rumbo entre las estrellas oscuras.

Me envuelven unos brazos, y apoyo la cara contra la dura calidez de un hombro. Su cuello huele al bosque, al invierno que sigue y sigue y sigue, eterno como el fondo del lago.

Oigo que gotea agua de mi pelo, o tal vez lo esté imaginando. Unas gotas que se hacen hielo antes de llegar al suelo.

Los árboles se inclinan y tiemblan encima de mí, y observo las ramas verde oscuro, las estrellas que parecen monedas de plata arrojadas a un estanque negro. La cabeza me da vueltas, se me fue la circulación de la piel, pero no me importa. Me gusta la sensación de estar flotando, el aroma de Oliver y el bosque que gira encima de mí. Llegamos a la casa; Oliver cierra la puerta de una patada y después me recuesta con suavidad sobre el sillón.

Dice algo, unas palabras que resbalan y se deslizan juntas. Tal vez esté diciendo mi nombre. *Nora, Nora, Nora*. Pero no lo sé. Me gusta el sonido de su voz, el modo en que rebota por las paredes de la casa.

Finn presiona el hocico contra la palma de mi mano, tibio y húmedo; me lame la oreja. Intento hablar, abrir los ojos, pero me pesan demasiado. Los entrecierro, y en el otro extremo del sillón, Oliver está echando más leños a la estufa, llenándola con rapidez. Dice palabrotas, parece que da un fuerte golpe a la puerta, y después se pone de pie y vuelve a cruzar la sala. Unas olas de calor inundan la cabaña. Pero no sudo: tiemblo.

—¡Nora! —vuelve a decir. Esta vez estoy segura—. No te duermas —me dice. Asiento con la cabeza, o eso creo. Mi boca se abre para decirle que estoy bien, pero siento que se queda así, y ninguna palabra escapa de mis labios. Tengo la boca demasiado entumecida; la lengua es inútil.

Él me envuelve con unas mantas muy, muy gruesas hechas de lana, tan pesadas que me hunden en sueños. Me hunden en las fibras del sillón viejo y

polvoriento, entremedio de los cojines, donde se esconden los clips, los pétalos de rosas y las virutas de chocolate que se pierden.

Pero ahora me da una convulsión. El frío se ha disparado por mis pulmones, ha cortado la piel hasta el hueso, y todo empieza a emborronarse. El agua me presiona los ojos, *me hundo*, mientras todo se vuelve... no negro, sino blanco. Blanco hueso. Blanco luna. Blanco ceniza.

—¿Por qué has ido allí? —pregunta la voz de Oliver desde algún sitio lejano, desde encima de las vigas de la casa. Siento su mano sobre mis pies, frotándolos, enviando punzadas de dolor por las piernas. *¡Duele!*, quiero gritar. Pero mi boca aún no se mueve, o él no me escucha. Siento la sangre muy caliente, hirviendo, mientras vuelve a correr vertiginosamente por las venas.

Sacudo las piernas, pero no se mueven. Cierro los ojos y persigo a la mariposa nocturna entre los árboles, corro tras ella, y cuando la atrape, voy a arrancarle las alas de cuajo. Pero sube, dando vueltas hacia un raro cielo morado, donde se divisan tres lunas en el horizonte, y se ríe de mí. *Chica tonta*, dice entre dientes, siseando. *Chsss, chsss, chsss*.

Abro los ojos de pronto y miro el techo, observo las telarañas que cuelgan tristemente de las vigas y se extienden hasta la punta de una ventana.

—He visto el agujero —digo, pero lo que digo no tiene sentido—. He visto dónde se ahogó —intento explicar, pero tengo los labios demasiado congelados, y Oliver apoya una mano sobre mi frente. Pasa una tela tibia por mi piel.

—Nora —repite. Siempre mi nombre, como si no hubiera nada más que decir. Quiere que despierte, que abra los ojos, *que demuestre que no soy una bruja*. Niego con la cabeza. Oigo cosas que no son reales. Imagino palabras que nunca salen de sus labios.

Intento flexionar los dedos, apretar los puños, pero no se mueven. Así que me rindo.

Se me caen los párpados, cual cortina de terciopelo que baja al final de un espectáculo: un *ballet* macabro sobre brujas, chicos crueles y lagos que se tragan a la gente. Me quedo dormida mientras escucho el fuego que arde, a Oliver que dice mi nombre y los crujidos dolorosos del calor que vuelve a mis huesos.



«Los hombres nunca se quedan mucho tiempo en nuestra vida», decía mi abuela.

Nosotras los alejamos. Les echamos poción en el café para hacerlos desear el olor del mar, para que se vayan de estas montañas y no vuelvan más. Rechazamos sus propuestas, dejamos cartas de amor sin abrir y no nos asomamos por la ventana cuando los chicos arrojan piedrecitas contra el cristal al amanecer. Preferimos estar solas.

Pero eso no quiere decir que nuestro corazón no se abra. No quiere decir que no podamos amar profunda y dolorosamente, ni que no persigamos a chicos que se niegan a amarnos. Sin embargo, al final, siempre al final, encontramos el modo de destruir todo rastro de amor que hubiera crecido en nuestro interior.

Me despierto en el sillón pensando en eso.

Me despierto recordando el momento en que Oliver me sacó del lago y me llevó a casa. Recuerdo sus manos en mi piel, quitando el sudor de mi frente. Y pienso que quizás, posiblemente, él me quiera. Pero también estoy segura de que encontraré un modo de echarlo a perder.

Solo dadme tiempo.

Apoyo las manos en el sillón, me tiemblan los brazos mientras me levanto un poco. Fuera, el cielo está oscuro. Pero tengo un recuerdo del sol que brillaba por las ventanas, que se reflejaba en las paredes, una esfera hueca que parecía demasiado brillante. ¿Cuántos días han pasado? ¿Cuántas noches?

Flexiono los dedos; el entumecimiento se ha ido. Un calor tímido ha vuelto a mi piel.

Me desenredo de las sábanas, me sujeto del borde del sillón para mantener el equilibrio y me pongo de pie. Me crujen las articulaciones, y la cabeza se bambolea un poco, como si hubiera quedado agua atrapada en los huecos de los oídos.

Finn está acostado a mis pies, y extiendo la mano para pasar los dedos por su pelaje grueso, mientras él mueve la cola sobre el suelo.

—Estoy bien —le aseguro, y él suelta un suave suspiro y baja la cabeza, como si al fin pudiera dormir ahora que sabe que me he despertado.

Con los pies inestables, camino hasta la cocina y bebo un vaso de agua, después otros dos... mi cuerpo se desespera por ella. Siento como si tuviera papel de lija en la garganta. Me sujeto al borde de la encimera y escucho por si está Oliver.

—¿Hola? —pregunto al aire, pero la voz sale ronca, casi imperceptible.

Tal vez ha vuelto al campamento. O ha salido a juntar más leña. O quizás se ha desesperado al ver que yo no despertaba, y ha ido a buscar a uno de los supervisores, que saben primeros auxilios. Esté donde esté, estoy sola en la casa.

Pienso en arrastrar los pies hasta la sala de estar, desplomarme sobre el sillón y dejar que otra vez me lleve el sueño. Pero llevo puesta la misma camiseta que tenía cuando fui al lago. El suéter y los vaqueros que llevaba ya no están: Oliver debió de quitármelos cuando me trajo a la casa. Toda mi ropa estaría empapada.

Camino hasta la escalera, los nudillos tensos alrededor del pasamanos, y subo cada escalón con paso lento y con dificultad, hasta el desván.

Una vez dentro, la habitación parece distinta; me lleva un momento adaptar la vista. La cama está entrecruzada por las sombras, no hay ninguna vela encendida, y una brisa fría me roza la piel. La ventana está abierta, levantada, y las delgadas cortinas bordadas se mecen y vuelven a apoyarse en la pared, como si estuvieran bajo el agua.

En el suelo, se ha acumulado una ligera capa de nieve.

A través de la ventana, lo veo de pie sobre el tejado.

No se ha ido al campamento: sigue aquí.

Saco el suéter más abrigado que tengo del armario, unos calcetines gruesos de lana, las zapatillas con suela de goma, y salgo al techo, a la nieve.

Mis músculos están débiles, y el frío casi me tumba. Siento como si tuviera los huesos huecos como los de un ave: un viento suave sin duda me llevaría volando.

Oliver me oye y se gira.

—¿Qué haces? —pregunta con tono urgente, atravesando el espacio que nos separa—. No deberías estar aquí afuera. Hace mucho frío.

—El aire me sienta bien —señalo, mientras se me cierran los ojos, y luego se vuelven a abrir. Pero él niega con la cabeza—. Solo un ratito —le digo—. Quiero estar de pie fuera. —Necesito sentir las piernas, sentir el aire en los pulmones. *Viva*.

Él enrosca mi mano en su brazo y me ayuda a llegar al borde del tejado, donde se ve mejor el lago, donde incluso se asoman algunas estrellas en el cielo oscuro y nublado.

—Venía aquí cuando era niña —digo, con la voz aún temblorosa—. A mi madre no le gustaba nada, decía que me iba a resbalar y romperme el cuello. Pero yo lo hacía de todas maneras. —Sonrío a pesar del frío—. Se está tranquilo aquí arriba —añado—. El cielo parece estar más cerca.

Oliver inclina la cabeza al cielo, pero su boca se encorva hacia abajo, como si no viera lo que veo, como si solamente viera sombras, nada más que la silueta lúgubre y espinosa de los árboles.

—Tenía miedo de que no despertaras nunca más —dice, con la voz hecha un hilo como nunca la he oído antes. Como si aún pudiera ver la imagen de mí en el lago, con el pelo como algas, y el cuerpo muerto mientras me sacaba del agua: el recuerdo aún lo persigue.

Tal vez ahora yo sea la cosa encontrada *de él*. La chica que sacó del lago y trajo a casa.

—Las Walker son difíciles de matar —respondo, riéndome un poco, y después me arrepiento al instante: *un comentario raro*. Un comentario equivocado. Entierro un dedo del pie en la nieve, echando un poco al suelo—. ¿Por qué estás aquí afuera? —pregunto, para distraer mis pensamientos de la muerte, *del ahogamiento*. Con qué facilidad podría haberme hundido y que nadie me encontrara jamás. Si Oliver no se hubiera despertado en ese momento y no me hubiera sacado del lago, el presagio de la mariposa de hueso se habría hecho realidad. Y yo sería otro relato del *Libro de hechizos de medicinas del bosque y luz de luna*, una nota breve. Otra Walker que conoció la muerte en estas montañas. «Murió muy joven», podría decir. «Murió antes de llegar a enamorarse». O justo cuando estaba empezando.

Oliver alza los ojos, que quedan a la altura de las ramas, de los nidos enmarañados hechos por aves que han volado al sur hasta que termine el invierno, que han abandonado su hogar. Y cuando vuelvan en primavera, construirán nidos nuevos, vidas nuevas, porque ya no vale la pena aferrarse a las viejas.

—Para vigilar si vienen los otros —dice—. He subido todas las noches.

Parece distraído, con los hombros rígidos y los ojos que se esfuerzan para ver en la distancia, atentos a si avanzan siluetas entre los pinos, a si vienen a llevarte a la bruja y colgarla de un árbol, para asegurarse de que nunca hable. *Como los lugareños alguna vez hicieron con mis ancestros*. Él está aquí arriba para protegerme.

Meto las manos dentro de las mangas del suéter para combatir el frío. Cuento los latidos de mi corazón. *Uno, dos, diez...* Pierdo la cuenta. *El tiempo no se mide en segundos, sino en respiraciones*.

—Se me cayó el anillo de mi abuela cuando caí en el lago —digo al fin con un hilo de voz. Una cosa que ya no me pertenece: el frío me lo arrebató.

—Lo sé —dice, y me mira por primera vez—. Lo dijiste mientras dormías.

¿Qué más dije? ¿Qué otros murmullos febriles habré dicho que no quería que él oyera?

Me aclaro la garganta.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Tres días. —Exhala profundamente, como si recordara las horas, las noches pasadas con él sentado a mi lado, esperando a que abriera los ojos—. Te despertaste unas veces, pero no estabas muy consciente.

—Seguramente habré sufrido hipotermia —señalo, y después me muerdo el labio, imaginando que él me daba de comer sopa mientras yo mascullaba cosas sin sentido. Cuando lo encontré en el bosque, él estaba al borde la muerte, con el frío calado en los huesos, y lo hice quitarse la ropa y sentarse junto al fuego. Ahora estamos en paz—. Gracias —añado—, por sacarme del lago, por cuidarme.

Sus ojos somnolientos se posan sobre mí, y se le contrae la mandíbula.

—Podrías haber muerto en el agua. —Ahora entiendo por qué me mira así, por qué se le tensan los músculos del brazo cuando hablo.

—Lo sé —digo con tono cansado, sintiendo que el corazón me sube y después me baja, recordando la profundidad helada del lago que intentaba tragarme entera—. Lo siento.

—¿Por qué fuiste allí? —pregunta sin rodeos, mientras se gira para mirarme, pero dejando mi brazo enroscado en el de él, para que no me desplome.

Niego con la cabeza, porque no sé qué decir. *Porque mi abuela se metió en mis sueños y me susurró algo sobre el lago, sobre los recuerdos. Porque pensé que yo era valiente. Porque pensé que el lago me revelaría sus secretos. Porque soy una Walker.*

—Encontré una cadena rota sobre el hielo —digo al fin, a modo de explicación—. La cadena del reloj que encontré en tu abrigo.

La expresión de Oliver se vuelve fría, como si se le oscureciera el corazón dentro del pecho, negro como las alas de una urraca.

—¿Sigues creyendo que lo maté?

No respondo, y aparto mi brazo de él. Tengo miedo de decirle lo que pienso, de decir que incluso si él no lo recuerda, podría haber matado a un chico, y que esa cosa sola basta para destruirlo todo.

—No quería estar allí esa noche —me dice, con la voz que camina de puntillas alrededor de cada palabra.

—Pero estuviste —señalo.

Él niega con la cabeza y vuelve la vista al cielo, donde una luna menguante se asoma entre las nubes y desdibuja las estrellas que la rodean, las devora.

Oliver se muerde la lengua antes de hablar, y las palabras salen tensas y cortantes.

—Y lo que pasó no puede deshacerse —responde. El viento sopla con más fuerza sobre el lago y crea remolinos blancos que se alzan en el aire.

—Si fue un accidente, como dijeron los demás, entonces no fue culpa de nadie —ofrezco, intentado fingir que todo va bien, que no es tan malo como parece.

—No lo entiendes, Nora —dice él, tragando saliva con fuerza y girándose para mirarme—. No fue un accidente. Ellos sabían lo que hacían.

Un río glacial me recorre por completo.

—¿Quiénes? —pregunto.

—Todos ellos.

—¿Querían que Max muriera?

Oliver se queda callado... callado como si fuera medianoche, como si caminara de puntillas. Le pregunto:

—¿Ahora recuerdas lo que pasó? —¿Es por eso que está de pie en el tejado, vigilando si vienen los chicos? ¿Lo hace porque sus recuerdos han vuelto, porque recuerda cada momento de lo que pasó en el lago, con Max y los demás?

Él se descruza de brazos, con un movimiento lento y pausado.

—Ahora ya es tarde. No podemos deshacer lo hecho. —Su pecho se infla con cada respiración; los ojos verdes e inexpresivos son tan oscuros y terriblemente profundos que vuelvo a sentirme atraída hacia él. Y aunque percibo su desazón, las dudas, el miedo y la furia por las cosas que no quiere decir, también podría ponerme de puntillas y posar mis labios sobre los suyos. Podría borrar sus pensamientos, la preocupación que se le ha instalado en los ojos. Podría borrarlo todo; podría quitárselo, tragármelo y hacer que deje de ser verdad. Soy una Walker, y debería poder hacer esto al menos. Algo simple y singular: tomar un recuerdo, una muerte... y corregirlos.

Pero no puedo deshacerlo. Tampoco me inclino hacia delante para besarlo bajo el peso de la luna cetrina. Me quedo mirándolo y espero que hable. Cuando lo hace, parece que fuera vinagre y sal, una herida que nunca va a sanar.

—No quiero hacerte daño —dice, con los ojos caídos.

—No vas a hacerme daño —respondo. Como si pudiera estar segura de eso.

Él vuelve la vista a los árboles, y el terror me perfora los huesos hasta la médula, se retuerce en mi interior como gusanos que cavan túneles en mi carne.

Él niega con la cabeza: no me cree.

—No quiero que tengas miedo.

—No tengo miedo —le digo. Pero sé que sí, tengo un terrible nudo de temor creciendo en la garganta. Me da miedo confiar en él, permitir que esta palpitación que llevo dentro del pecho se convierta en un martillo que me haga pedazos. «Amamos plenamente», siempre dice mi madre. «Con todo el corazón. *Pero* también nuestros sentimientos son heridos con facilidad». Ella siempre ha tenido miedo de su propio corazón descuidado, de los errores del pasado, de lo que es en realidad. Y yo no quiero ser como ella: cínica, temerosa y más llena de dudas que otra cosa.

Oliver da un paso hacia mí, y creo que va a besarme, pero en cambio, su mano toca la mía.

—Estás temblando —dice.

Se me sacude el cuerpo, el frío socava el poco calor que me queda. Pero respondo:

—Estoy bien.

Me aprieta la mano y me acerca a él; yo apoyo la cabeza en su pecho, siento su aliento en el pelo. Él me abraza, y yo quiero llorar, como si esta fuera la última vez.

—Necesitas ir dentro —insiste. Pero no quiero, quiero quedarme aquí afuera con él, y que el frío me convierta en piedra.

Sin embargo, me lleva hacia la ventana; mis músculos están demasiado débiles para resistirme. Me levanta y me pasa por la abertura, de vuelta al desván.

Me tiemblan las piernas; me arrastro hasta la cama y me llevo las mantas al mentón, mientras él cierra la ventana con un golpe seco y la traba, como para evitar que entren las cosas que más tememos.

—¿Vas a quedarte aquí conmigo? —pregunto cuando él se dispone a caminar hacia la escalera, con voz temblorosa—. Por favor.

No quiero estar sola, en esta oscuridad espantosa, con la piel que parece hielo. Toco la parte de mi dedo donde solía estar el anillo de mi abuela, sintiéndome desnuda sin él. *Mi ofrenda accidental al lago, como los mineros que arrojaban cosas al agua para tranquilizar a los árboles.*

Oliver vuelve a mirarme, con algo en los ojos que no puedo entender. Una batalla en su interior. Quiere quedarse aquí conmigo, pero también tiene miedo de lo que podría hacer, o de lo que podría decir. Se ha cubierto con una armadura de piedra, metal y recuerdos dolorosos. Antes, solo había confusión en sus ojos: el vacío de lo que había olvidado. Ahora, hay un muro de sombras, ancho y alto.

Sin embargo, asiente con la cabeza, cruza la habitación y se acuesta junto a mí.

Quizás tampoco quiera estar solo.

Huele a nieve, y yo me acurruco dentro de él, me hago pequeña como un caracol. Acomoda su brazo sobre mis costillas; siento su aliento en el cuello. Podría poner los labios en el hueco detrás de mis orejas, podría pasarme los dedos por el pelo, pero tan solo se queda quieto, dándole calor a mi piel. «Por favor», quiero decir, «dime lo que hiciste esa noche. Dime lo que viste en el hielo; dime de qué te arrepientes».

Dímelo, así puedo ponerme una armadura también. Una fortaleza en este desván diminuto, un campo de batalla por el que no puedas cruzar.

Pero también sé que ya es tarde para eso.

Me doy la vuelta, hecha un ovillo en sus brazos, para mirarlo a la cara. Sujeto su mano y la apoyo en mi pecho, sobre mi corazón.

—No sé si puedo confiar en esto —digo, confieso—. En esta cosa que tengo dentro del corazón. —Dejo que me vea sangrar.

Su boca se relaja, pero no habla. Le tiemblan los ojos.

—Las mujeres de mi familia siempre se enamoran y después encuentran la forma de echarlo a perder. —Esbozo una sonrisita, torciendo los labios a un lado—. Sé que crees que debería temerte. Pero tú deberías temerme a mí.

—¿Por qué? —pregunta con voz suave, cautelosa.

—Porque voy a terminar haciéndote daño.

Se forma una sonrisa en sus ojos, y el espacio que está entre nosotros no puede parecer más pequeño. Solo nos separa una exhalación. No espero a que hable, no quiero oír más palabras. Cruzo el abismo que nos divide y apoyo los labios sobre los de él. Y no es como la vez anterior, no es como cuando nos besamos en mi habitación para asegurarnos de que ambos éramos reales. Ahora es un beso para demostrar que no lo somos; una certeza de que esto no va a durar, de que quizás todo lo que nos queda está aquí en esta cama, con el polen de lavanda en las almohadas y el aire que sale de sus pulmones y entra en los míos. Todo lo que nos queda es esta única noche, frágil y singular, con nieve en el techo, nieve en nuestro corazón y nieve para enterrarnos vivos.

Él me besa, y yo lo beso también. De pronto, siento calor en las venas, y calor en la palma de su mano a medida que mete los dedos debajo de mi suéter y los sube por la espalda. Él quita el frío. Siento que se me estremece el cuerpo, me aprieto más contra él, le toco el cuello, la garganta, los hombros, donde me envuelven, me acercan a él. Exhalo y lo beso con más fuerza. Lo único que siento son sus manos en mi piel, sus besos, su pecho, que respira tan profundamente que casi oigo los pulmones que se aplastan contra las costillas.

Lo único que siento son estos lentes segundos de tiempo; los dedos, los labios hinchados y los corazones que sin duda se romperán cuando llegue la mañana.

Sus besos en mis costillas, mis dedos en su pelo.

Cierro los ojos y finjo que Oliver es un chico del campamento que nunca desapareció, un chico que conocí a orillas del lago, un chico con ojos verde claro y sin ningún recuerdo perdido.

Finjo que nunca vi la mariposa de hueso entre los árboles el día que lo encontré.

Finjo que esta habitación, con el musgo de la montaña y las flores de corazón sangrante que cuelgan sobre mi cama, es el único sitio que existe y existirá.

Finjo que Oliver y yo estamos enamorados. Finjo que nunca va a irse, y finjo que lo hago realidad.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

RUTH WALKER nació a fines de julio de 1922, bajo una luna de venado blanco. Sus labios tenían el color de la nieve, y sus ojos eran tan verdes como el río en primavera. Pero Ruth Walker jamás habló.

Ni una vez en toda su vida.

Su madre, Vena, juraba haber oído a Ruth susurrar a los ratones que vivían en el ático y tararear canciones de cuna a las abejas que estaban fuera de su ventana. Pero nadie más jamás oyó esos murmullos.

Ruth era baja y bonita, con el pelo ondulado color carmesí que nunca le crecía por debajo de los hombros, y chasqueaba la lengua cuando caminaba por el bosque. A los doce años, empezó a descifrar mensajes en las telarañas de las arañas de la pimienta.

Las telarañas presagiaban el clima del año siguiente, y Ruth sabía cuándo habría tormentas de lluvia, cuándo serían las semanas secas del verano y cuándo el viento haría volar la ropa que estaba colgada fuera.

En retribución, Ruth daba de comer a las arañas trocitos de hongos de helechos culantrillo que cultivaba en una maceta de arcilla, en el fondo del armario del desván, muy a pesar de su madre.

A los noventa y nueve años, Ruth se enredó en una telaraña mientras caminaba por el bosque Wicker. Murió bajo las estrellas, tan silenciosa como el día en que nació.

Cómo leer las telarañas de las arañas de la pimienta:

Cosechar hongos de helechos culantrillo (cultivados durante nueve meses antes de la cosecha).

Ofrecer menos de treinta gramos, más de una cucharadita, a la araña de la pimienta.

Dormir en la tierra debajo de la telaraña durante una noche. Esperar a que el rocío se apoye sobre las hebras de seda.

Permanecer en silencio, con cuidado de no romper la telaraña. Descifrar el pronóstico de la estación siguiente.

OLIVER

Era distinto antes. Antes de recordar.

En ese momento no eran mentiras, pero ahora sí.

Mientras corría por el lago congelado y la sacaba del agua, sentí el escozor de *esa* otra noche terrible. Como un ladrillo que se hunde en mi barriga, recordé lo que pasó.

El cementerio fue solo el comienzo. Lo que pasó después fue el final. El lago y mis manos alrededor de la garganta de Max. Los demás que gritaban desde la orilla.

Nunca tendría que haber ido allí.

No son mil mentiritas que no llegan a nada. Es una mentira enorme, tan grande que va a tragarme entero. Y va a destruirla a ella.

Esta noche, con mis manos encima de su piel y la cara sobre su pelo, sé que voy a hacerle daño. Si no sucede antes del amanecer, pasará más tarde. Pero en algún momento cercano, me va a mirar con un miedo en los ojos afilado como un cuchillo dentado. Va a mirarme y sabrá lo que soy.

Así que lo contengo todo lo que puedo. Me acuesto junto a ella, con nuestros dedos entrelazados, y finjo que seguirá así para siempre. Porque ella es lo que me arraiga aquí. Es lo único que borra la sensación del bosque frío en mi interior. Es la única cura para la oscuridad de la que no puedo escapar. Ella es unas largas pestañas castañas, unas pequeñas medialunas en las uñas de las manos y una voz que siempre parece un hechizo.

Y quizás sea bruja.

Así que le beso la sien mientras duerme, y oigo su respiración, un ínfimo chisporroteo de aire, porque sé que esto no va a durar.

No hay forma de escapar de lo que se avecina.

Pero por ahora, la dejo dormir.

La dejo descansar sin saber quién yace a su lado. La dejo respirar y pensar que todo irá bien y que no hay nada que temer en esta casa.

Miento.

Miento.

Miento.

Pero al llegar la mañana, ya me habré ido.

NORA

Las Walker nacemos con una sombra nocturna.

Nuestro lado sombrío, lo llamaba mi abuela. La parte de nosotras que no se parece a nadie más. La parte de nosotras que *ve*, que *obliga* y a veces *ordena*. Nuestro lado sombrío nos permite entrar desapercibidas en el bosque Wicker y salir ilesas. Es la parte antigua de nosotras que recuerda.

La cualidad de la luz de luna que llevamos en las venas, el don que posee cada una de nosotras.

En el caso de mi abuela, su lado sombrío le permitía meterse en los sueños de otras personas. Mi madre puede tranquilizar a las abejas silvestres mientras ella recoge sus panales. Dottie Walker, mi tatarabuela, podía encender fuego con un silbido. Alice Walker, mi tía abuela, podía cambiar su color de pelo al enterrar los dedos del pie en el lodo.

«Las mujeres Walker están iluminadas desde dentro», decía mi abuela.

Pero nunca he poseído una sombra nocturna, algo que yo pueda hacer que otras Walker no.

«Ya vendrá», decía mi abuela. «Algunas Walker esperan toda la vida a que la sombra se alce en su interior». Pero tal vez no todas nacemos con ella. Tal vez mi lado sombrío solo sea una delgada astilla, apenas existente. Tal vez no haya nada que contar acerca de mí cuando muera, ningún relato para escribir en nuestro libro de hechizos.

Porque soy una Walker a la que nunca se le otorgó su sombra.



Finn está ladrando. En mis sueños. En mis oídos dormidos.

En mi habitación.

Mis ojos se abren repentinamente.

Sus ladridos resuenan en las paredes, e intento ver algo, pero la habitación sigue a oscuras y mis ojos pestañean, incapaces de distinguir qué sucede.

—¡Calla a esa cosa! —grita alguien.

Me siento enseguida, unas sombras se mueven por mi habitación, el terror me silba en los oídos. Finn se lanza hacia delante, hacia alguien que está de pie cerca de la escalera. Sus dientes se hunden en su piel, y la persona grita de dolor. Alguien más sujet a Finn y lo aparta.

—¡Lobo de mierda! —grita el chico que está junto a la escalera, sujetándose el brazo en el sitio donde Finn lo ha mordido. *Una voz que he oido antes.* Jasper.

Mis ojos por fin enfocan bien, al fin ven a los chicos que están en mi habitación.

Rhett está de pie junto a mi cama, con el mismo gorro de cuadros escoceses rojos que llevaba puesto en la fogata.

—Levántate —ordena. Echo un vistazo rápido al desván; Oliver se ha ido. Ya no está en la cama junto a mí. *Me ha dejado sola*—. ¡He dicho que te levantes! —Por la voz de Rhett, me doy cuenta de que está borracho. Terriblemente borracho. Tanto que arrastra las palabras. Parece que han estado despiertos toda la noche: tiene los ojos rojos y la piel saturada con el hedor a alcohol.

—No —respondo, desafiante—. Salid de mi casa ya.

Jasper se ríe, una risa rápida y descarada. Otra vez lleva puesto el suéter del reno, pero está sucio, arrugado, manchado, con el cuello desgastado.

—Vas a llevarnos al bosque —dice Rhett, con una sonrisa rara que se asoma por su labio superior, como si lo disfrutara—. Vas a llevarnos a donde está Oliver.

Frunzo el ceño.

—Oliver no está en el bosque.

Él se inclina hacia mí, con los ojos y las fosas nasales bien abiertos.

—¿No? Entonces ¿dónde está?

—No lo sé.

—Le dijiste a Suzy que lo encontraste en el bosque, que ha estado escondiéndose allí, y ahora vas a llevarnos. Vas a enseñarnos dónde ha estado todo este tiempo.

—No —le repito.

Jasper avanza por la habitación y me sujet a el brazo, sacándome de la cama. El corte en la mejilla se ha curado un poco desde la última vez que lo

vi; tiene los bordes blancos, pero sigue rojo en el centro, donde la cicatriz nunca se curará por completo.

—Sí, lo vas a hacer —afirma Jasper entre dientes apretados.

Finn gruñe desde el rincón donde Lin lo sujetaba con fuerza del pescuezo. En un instante, estoy de pie y ellos me obligan a bajar la escalera.

Oliver me ha abandonado. Me atraviesa el dolor al saber que huyó mientras dormía. Y no ha dicho por qué. *Se ha ido sin más.*

Jasper me dice que me ponga las botas y el abrigo, y obedezco; después me sacan por la puerta principal. Veo que han abierto la puerta a patadas: las bisagras están dobladas, la cerradura, rota. Ni siquiera me ha despertado con el ruido. Solamente Finn los ha oído entrar.

—Estáis perdiendo el tiempo —digo. Consiguen cerrar la puerta rota lo suficiente para evitar que Finn nos siga. Pero oigo sus gemidos al otro lado... al menos no le han hecho daño—. Oliver no está en el bosque.

Bajo la luz de la luna, de pie en el porche, Rhett parece estar loco, aburrido y nervioso a la vez. Los chicos me recuerdan a una manada de lobos que buscan algo que destrozar. Están inquietos y borrachos. Imprudentes.

—Entonces ¿dónde está? —pregunta Rhett, acercándose tanto que siento el calor de su aliento.

—Ha estado aquí —digo, mirándolo con odio—. Ha estado quedándose conmigo, pero ahora no sé dónde está.

—Miente —replica Jasper, con la voz que parece el mugido de una vaca.

—¿Lo has escondido todo este tiempo? —pregunta Rhett.

Tenso la mandíbula y mis ojos salen disparados hacia Lin, que está parado con las manos en los bolsillos de los vaqueros, al parecer no muy cómodo con lo que está sucediendo, pero tampoco intenta detenerlos.

—No estaba escondiéndose —digo—. Simplemente no quería estar con vosotros, imbéciles.

Rhett me mira con desdén.

—Si Oliver estaba quedándose contigo, ¿por qué no está en tu casa?

—No lo sé.

—No podemos confiar en nada de lo que dice —interviene Jasper—. Está protegiéndolo. —Hace una mueca de dolor, y veo que el suéter está ensangrentado en el sitio donde lo mordió Finn.

—Vas a llevarnos al bosque —anuncia Rhett. La decisión está tomada.

Jasper vuelve a sujetarme el brazo, pero yo me separo de un tirón.

—No podemos —les digo, y siento una picazón en el dedo donde solía estar el anillo de mi abuela, deseando que aún lo tuviera, deseando que ella

estuviera aquí—. No hay luna llena.

—¿Y qué? —dice Jasper.

—El bosque va a estar despierto. Nos va a ver.

Jasper se ríe, un sonido desagradable, y Rhett se acerca hasta quedarse a solo unos centímetros de mi cara.

—No me importa si es el Día de San Patricio y tienes miedo de que los duendes te roben el oro, vas a llevarnos adonde se esconde. Y basta de esas estupideces de bruja.

Jasper me da un empujón por la espalda, y yo avanzo para que no vuelva a tocarme. Bajamos los escalones, marchando todos en fila como soldaditos de plomo. Están borrachos y desesperados. Sea lo que sea que pasara esa noche en el lago y lo que hayan estado oyendo en las cabañas, no tienen escapatoria, y eso está empezando a abrir grietas en su mente.

Pero después veo a otra persona de pie entre los árboles, con el mentón bajo, esperándonos.

Suzy.

Ha venido con ellos. *Es parte de esto*. Y se me abre un foso agrio en el estómago que me deja en carne viva y me pudre por dentro. Esto debe de ser lo que se siente ante la traición.

Pero ninguno de ellos se da cuenta, ninguno lo entiende: si entramos ahora al bosque Wicker, con una luna menguante, que es cuando los árboles están despiertos, no conseguiremos salir.

—No hace falta que lo hagáis así, chicos —dice Suzy, corriendo hacia nosotros cuando me ve, con unos surcos bien marcados en la frente—. Simplemente podríais haberle pedido que nos llevara al bosque.

—Nunca habría aceptado —sostiene Rhett, que apenas la mira.

Suzy camina a la par de mí, mordisqueándose el borde de una uña.

—Lo siento mucho, Nora —susurra en tono nervioso y mirándome con impotencia. Pero no me importa lo que diga—. Les conté lo de Oliver, que lo encontraste en el bosque. Solamente quieren verlo y... —Se detiene antes de terminar de hablar y vuelve a mordisquearse la uña.

Y hacerle daño, pienso. Quieren encontrarlo para hacerle daño, porque cuando pasan cosas malas, hay que culpar a alguien. *Y quizás Oliver en verdad tiene la culpa*.

—Muéstrales dónde encontraste a Oliver y ya está —me dice ahora, con las cejas caídas, rogándome—. Facilitará las cosas.

Parece una muñeca de porcelana rota a la que le faltan las entrañas, como si la hubieran vaciado por completo. Pero me niego a sentir pena por ella,

como ya he hecho antes.

—Sí, no te lo hagas más difícil —interviene Jasper, caminando detrás de mí con su cuerpo alto e imponente.

Caminamos por la orilla del lago, después giramos al norte, hacia las montañas, hacia la boca del río Negro. Rhett va a la cabeza y yo lo sigo, los demás chicos caminan detrás de mí, en caso de que decida salir corriendo. Y Suzy está al final, arrastrando los pies, probablemente deseando no haber venido, desfilando detrás de tres chicos borrachos que me obligan a subir la montaña en la oscuridad.

Tal vez yo debería tener miedo, de lo que podría suceder, de lo que podrían hacerme.

Pero solamente le tengo miedo al bosque.

Las nubes avanzan hacia el sur, la luna se asoma por el cielo oscuro, y un búho ulula desde unos árboles a nuestra izquierda: no nos quiere aquí porque espantaremos a los roedores que caza por la noche.

El grupo de chicos borrachos, tambaleándose por la nieve, no está pasando desapercibido por el bosque. Y ni siquiera hemos llegado al bosque Wicker.

Seguimos adentrándonos con dificultad en la montaña, hasta que llegamos a dos laderas empinadas, a la quebrada, donde el hito de piedras monta guardia. *La entrada*.

Los chicos se quedan callados por primera vez, mirando a la oscuridad que se abre entre los árboles: el límite del bosque Wicker.

—No me gusta —dice Lin, retrocediendo, alejándose del límite—. Da miedo, joder. Tiene algo malo.

Un viento frío se escapa de la entrada, con el olor de la oscuridad más *oscura*, de piedras y tierra húmedas que nunca han sentido la luz del sol, del sitio donde duermen los monstruos. No monstruos imaginarios, sino de los que cazan y se mueven con sigilo, escabulléndose. De los que nos miran desde lejos, esperando a que entremos. Esperando que seamos tan tontos para hacerlo.

—Eso es porque no deberíamos estar aquí —señalo, con un escalofrío que se desliza en mi voz—. Esta es la única entrada —les digo—, y la única salida.

Suzy traga saliva ruidosamente.

—Quizás deberíamos esperar hasta que sea de día —sugiere ella—. Hasta que podamos ver. —Es evidente el miedo en su voz. La chica que yo recordaba del instituto, la que pasaba zumbando por los pasillos de la escuela

secundaria riéndose a carcajadas para que todos la oyeron, la que besaba a todos los chicos que pudiera en San Valentín y llevaba la cuenta... esa chica ya no está. Ahora parece desinflada, como una chica que ha perdido todo el aire.

Rhett no le hace caso.

—Tú primero —me dice, empujándome el hombro. Controlo las ganas de girarme y golpearle el pecho, de arañarle y rasguñarle la cara, de hacerlo sangrar. Pero aún me siento débil, tengo los músculos tensos por el frío, y hasta ahora no me han hecho daño... tampoco voy a darles una razón para hacerlo.

—No hay luna llena —repito—. No podemos entrar.

—Me importa una mierda —responde Rhett. Vuelve a empujarme y yo me tambaleo hacia delante, con un pie casi en la entrada del bosque. Echo un vistazo a Suzy, que se muerde el labio inferior a mis espaldas, mirándome como si los árboles estuvieran a punto de tragarme, como si nunca en su vida hubiera estado más aterrada. Y en sus ojos, me parece ver que me insta a huir, a darme la vuelta y bajar corriendo la montaña. Pero no sabe lo débil que estoy, que aún me cuesta incluso estar de pie.

—No hace falta que le hagáis daño —ruega Suzy, pero Rhett ya no la escucha.

Se me hacen nudos en el estómago, y estiro el cuello hacia el cielo nocturno: las nubes corren, la luna está hecha un semicírculo desinflado. *No está llena*. No es seguro adentrarse en este bosque oscuro y vengativo.

Suelto una bocanada de aire y susurro las palabras que ya he dicho muchas veces, con la esperanza de que me protejan, de que el bosque me recuerde y me deje entrar sin problemas.

—Soy Nora Walker —digo en voz baja para que los chicos no me oigan. Y después lo repito dos veces más, por las dudas, para la buena suerte.

Pero tengo la sensación de que ya es tarde.

Por más Walker que sea, tal vez ninguno de nosotros sobreviva a esta noche.

Así que pongo los brazos rígidos a los costados, doy un paso por el umbral y entro en el bosque Wicker.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

IONA WALKER nació bajo una luna negra de cosecha: la noche más oscura del año.

Incluso de bebé, no proyectaba ninguna sombra en el suelo. Incluso en las tardes más brillantes, incluso cuando el sol le quemaba el cuello.

Pero una niña sin sombra puede ver en la oscuridad. Una sombra nocturna bastante útil para escabullirse y espiar.

Iona solía caminar por la casa mientras su madre dormía, sin encender una sola luz, sin golpearse un solo dedo del pie contra una mecedora que no pudiera ver. Su vista superaba a la de su gato, Oyster, que aprendió a seguir a Iona por la oscuridad.

A los veintitrés años, conoció a un chico que recolectaba flores nocturnas, bayas de carbón y hojas de diábolo después de la puesta del sol. En una noche fresca de octubre, ella lo besó bajo la luna llena, y él juró que nunca se iría de su lado.

Hasta la noche en que Iona lo perdió de vista entre las sombras de los árboles. Se acercó demasiado al bosque Wicker, atravesó el límite, donde solo pueden entrar las Walker, y nadie volvió a verlo jamás.

Después de eso, Iona desterró a la oscuridad, y nunca volvió a entrar en el bosque después de que el sol se hundiera bajo los árboles. Murió una mañana de finales de agosto, sentada en el porche delantero de la vieja casa, mirando

el lago. Y mientras sus ojos se cerraban, su sombra se extendió delante de ella.

Siempre había estado allí, enroscada en su interior, demasiado asustada para salir a la luz.

Cómo encontrar la propia sombra:

Colgar dedaleras en la puerta trasera con una cuerda negra anudada.

Solamente salir con la luz de la luna (no sol directo) durante cinco noches seguidas. La sombra se revelará en la sexta.

NORA

Siento el peso de los árboles en cuanto entro; los bordes huesudos del bosque arremeten formando ángulos extraños.

No deberíamos estar aquí.

—Sigue caminando —insiste Rhett a mis espaldas, y yo muevo una mano frente a mí para palpar el camino. Tengo los sentidos anulados, algodón en los oídos. Por lo general, puedo cruzar este bosque con cierto sentido de la orientación. Pero ahora el bosque está muy oscuro y despojado de color.

Unas espinas puntiagudas me cortan las manos, el musgo se me pega en el pelo, y siento que los árboles se acercan, la muerte que cruce a lo largo de cada rama, el viento frío e inclemente.

Los árboles están despiertos.

—No veo una mierda —dice Jasper a mis espaldas. Vamos avanzando en hilera y a trompicones por el bosque. Y después oigo que algo hace un chasquido. Veo una luz que de pronto resplandece en la mano de Jasper.

Tiene un encendedor, y los árboles reaccionan al instante.

El bosque silba, como el aire que sale de un sótano que nunca ha visto la luz del día, y las ramas gemen y se enredan entre sí, sofocando la luna que se alza en el cielo.

—¡Apaga el fuego! —le grito.

Los árboles responden a mi voz, el suelo se hincha y se mueve bajo nuestros pies, las raíces están furiosas. *El bosque está despierto. Sabe que estamos aquí.*

En el último destello de luz antes de que se apague la pequeña llama, veo la cara de los chicos, de Suzy, y el extraño pánico en sus ojos. El blanco del ojo demasiado blanco. Los dientes apretados. La boca bien cerrada. No

esperaban esto: que el bosque se moviera alrededor de nosotros, que se les comprimiera el corazón con tanta rapidez dentro del pecho.

—¿Quizás convenga volver? —Oigo que sugiere Lin.

—Acabamos de entrar —responde Jasper, con el encendedor ya apagado en la mano.

—No nos vamos a ir hasta que encontremos a Oliver —declara Rhett, pero tiene la voz ronca, como si intentara ocultar la molesta intranquilidad que siente, el frío que lo ha encontrado y no lo quiere soltar.

—Rhett, por favor —intenta Suzy—. No me gusta este sitio. Parece que los árboles se mueven.

Los árboles se mueven *de verdad*, están desenterrando las raíces para acercarse. Están *despiertos, despiertos, despiertos*.

—Si lo encontramos, quedará demostrado que no hicimos nada malo —dice Rhett, ya con tono desesperado. Lo necesitan. Es como si Rhett pensara que de algún modo Oliver podría corregirlo todo, que Oliver es la clave—. Puede contárselo a los supervisores, y así no estaremos en problemas.

—Él no está aquí —insisto, sin alzar la voz, intentando no enfadar al bosque—. Tenemos que irnos. —Pero cuando me doy vuelta, no tengo ni idea de dónde estamos. *Nos hemos alejado demasiado*, pienso. Pero no es eso: solo hemos caminado durante unos minutos. El bosque ha cambiado a nuestro alrededor, ha bloqueado el camino para salir.

Los árboles están despiertos. Y están moviéndose.

—Mirad! —exclama Jasper, demasiado fuerte, y oigo que arrastra con prisa los pies. Su silueta se inclina hacia el suelo, se arrodilla sobre algo. Se me ocurre que tal vez está herido, pero después sostiene algo en la mano—. Oro —dice.

Doy un paso hacia él, apenas capaz de distinguir el objeto que lleva en la mano.

—¿Qué es? —pregunta Rhett, acercándose a Jasper.

—La hebilla de un cinturón, me parece. —Quita la tierra y la nieve del objeto que tiene en la palma—. Y hay más. —Extiende la mano sobre el suelo y después levanta otra cosa. Suzy y Lin se acercan, intentando ver qué ha encontrado—. Botones —dice—. Hechos de hueso. —Levanta uno para que lo veamos, pero es muy pequeño—. Y algunos parecen ser de plata.

Lin también se agacha y escarba en la nieve que está a los pies del árbol, hasta llegar a la tierra.

—Hay una cuchara por aquí —dice.

Rhett se gira para mirarme.

—Aquí es donde ella encuentra todas esas cosas que tiene en la casa. —Está lo bastante cerca para poder verlo alzar una ceja—. Y por eso no quería que viniéramos aquí: cree que todo le pertenece a ella.

Incluso Suzy se agacha y se dispone a buscar en el suelo con las palmas extendidas.

—No podéis quedaros con ninguna de estas cosas —advierto, mirando a Rhett a los ojos y apretando los dientes—. No podéis llevaros nada de eso del bosque.

—Sí, claro —dice Rhett con una sonrisita, ya sin miedo. No me cree. Y de pronto, a ninguno de ellos parece importarle encontrar a Oliver, ni que los árboles estén acercándose cada vez más. Lo único que les importa son los objetos que están esparcidos por el suelo del bosque.

—Si esta noche os lleváis alguna de estas cosas, el bosque os va a ver. Va a saber lo que habéis robado.

—¿Y qué? —dice Rhett, con los ojos que se apartan de mí y luego vuelven, aún borracho.

—Tú tienes una casa llena de estas cosas —interviene Jasper, sentándose sobre las rodillas—. Y no te ha pasado nada.

—Me las llevé cuando había luna llena —explico, intentando no alzar la voz, intentando que lo entiendan: este no es un bosque normal y corriente—. Me las llevé mientras el bosque estaba dormido. —Pero ninguno me escucha. Hasta Rhett empieza a recorrer el suelo con la vista, buscando.

«Te perseguirá el infortunio». Unas palabras escritas en el libro de hechizos se desplazan por mi mente. «Si te llevas algo del bosque Wicker cuando no hay luna llena, la miseria y la catástrofe te seguirán hasta tu hogar».

Los árboles gimen a nuestro alrededor, y doy un giro completo, intentando orientarme, intentando ver en qué dirección debemos ir para volver a la entrada del bosque. Pero nada me resulta conocido. El paisaje ha cambiado, el bosque me engaña. El camino que hemos seguido desde el límite del bosque ya no está. Se ha borrado u ocultado, o un árbol se ha reubicado en su sitio.

Si Finn estuviera aquí, él sabría cómo salir, lo percibiría; su hocico apoyado contra el suelo podría llevarnos a casa. Me empieza a latir la cabeza y el bosque se vuelve más oscuro: se apaga toda pizca de luz que pasa a través de las copas de los árboles.

Un silbido bajo, un gemido, atraviesa las ramas más bajas, como si el bosque enseñara los dientes, como si gruñera.

Suzy también lo oye, y deja de registrar el suelo. Me mira, y se pone de pie.

—¿Qué pasa? —pregunta, acercándose a mí.

—Tenemos que irnos de aquí —digo en voz baja—. Si no, quizás no consigamos salir nunca.

Lin hace un ruido repentino a nuestra izquierda.

—¡Mierda! —exclama, caminando con dificultad hacia nosotras mientras se le caen unas baratijas plateadas que hacen un ruido metálico al llegar al suelo—. Algo me ha sujetado. —Da unos saltos y sacude el pie, como si aún intentara quitárselo—. Una puta raíz o algo así. —Se mueve hacia el centro del grupo, retorciéndose, dándose palmadas en las piernas.

—Mejor volvamos —sugiere Jasper al fin: la primera cosa sensata que ha dicho.

Rhett asiente con la cabeza.

—Podemos volver durante el día, cuando podamos ver. Oliver no va a poder esconderse fácilmente.

—Os dije que debíamos esperar hasta por la mañana —farfulla Suzy, acercándose a mí, mientras el silbido que nos rodea se hace cada vez más fuerte. Los árboles se aproximan, se aglomeran encima de nosotros, cerca, cerca, cada vez *más cerca*. Se nos está acabando el tiempo—. No me gusta este sitio —susurra Suzy, y extiende la mano y sujeta la mía, la aprieta. Una rama le roza el pelo y ella la aparta de un manotazo—. ¡Debemos irnos! —les grita a los chicos, a Rhett.

—Dinos hacia dónde ir, bruja —dice Rhett, haciendo un ademán con la mano.

Pero yo lo miro sin saber qué hacer. *No conozco el camino*.

Por primera vez, no sé cómo salir de aquí.

—No... —Se me quiebra la voz—. No sé dónde estamos —admito.

Jasper se mete un puñado de cosas encontradas en el bolsillo de su abrigo.

—Este sitio no puede ser tan grande —dice—. Elige una dirección y ya está. —Y sin esperar respuesta alguna, se dispone a caminar entre los árboles, empujando las ramas.

—No sabemos si ese es el camino correcto —señala Suzy, con las cejas inclinadas hacia abajo y la preocupación marcada en cada arruga de su rostro.

—No tenéis alternativa —dice Rhett, poniéndose detrás de Suzy y de mí, haciendo un gesto para que avancemos—. No puedo permitir que vayáis a avisar a Oliver de que estamos buscándolo. Así que vosotras venís con nosotros.

Suzy me aprieta la mano con más fuerza, y acomodamos el paso al de Lin, con Rhett detrás.

—De todas formas, debemos quedarnos juntos —susurra Suzy.

Pero no sé si eso servirá de algo. Hacemos más ruido en grupo: los pasos de los chicos retumban en el bosque mientras quiebran ramas bajo sus pies; son fáciles de rastrear. El bosque no nos quiere aquí. Y los chicos hacen que sea imposible pasar desapercibidos.

Quizás estemos adentrándonos más en el bosque oscuro, yendo a un sitio donde nunca he estado, más lejos de lo que he recorrido jamás. O tal vez tengamos suerte, encontremos la forma de salir y lleguemos a la entrada. *Pero la suerte no vive dentro de este bosque.*

Tomemos el camino que tomemos, el bosque sabe que estamos aquí.

Con las garras bien abiertas, listas para atraparnos.



—Estamos perdidos —le grita Rhett a Jasper.

—Yo nunca he dicho que supiera cómo salir —se lamenta Jasper, girándose en dirección a Rhett.

Nos detenemos en un sitio donde un canal poco profundo atraviesa el terreno, el lecho de un arroyo que se secó hace tiempo. Apenas hay nieve aquí: el bosque es muy denso.

—Nunca tendríamos que haber venido —dice Lin. Su voz suena lejana, como si las palabras salieran de los árboles, no de su garganta.

Suzy se inclina hacia mí. De pronto no quiere saber nada de Rhett. Él nos ha traído hasta aquí, y nos adentramos en el bosque Wicker hasta un sitio al que jamás había llegado; estoy rodeada de un terreno que jamás he visto, y de árboles tan anchos que parecen los pilares oscilantes de una catacumba. «El bosque Wicker cultiva el miedo», advierte el libro de hechizos. «Es arquitecto del infortunio y la maldad».

Y ahora avanzamos hacia el interior del bosque, un sitio del cual no volveremos. *Así es como se esfuma la gente.* Así es como cinco adolescentes se meten en un bosque de noche y desaparecen por completo.

—Tal vez deberíamos detenernos aquí y esperar hasta la mañana —sugiere Jasper, apoyando un hombro contra el tronco ancho de un árbol—. Entonces podremos ver.

—Hace frío —responde Suzy, con la voz entrecortada como si fuera a llorar—. No vamos a aguantar tanto.

Yo debería saber cómo salir, debería poder percibir el camino que nos llevará hasta el límite del bosque. Pero no puedo distinguir el norte del sur ni la luz de la oscuridad; las estrellas y el cielo están emborronados por los árboles. Si fuera ingeniosa como mi abuela, si tuviera la agudeza de las Walker de mi familia, podría cerrar los ojos y sentir la dirección del viento, el silbido del río en la distancia. Pero en cambio, me siento sorda y silenciada. El bosque esconde la salida, cambia a nuestro alrededor... no quiere que nos vayamos.

Lin empieza a dar vueltas por el lecho del arroyo seco; su sombra se dobla a la altura de los hombros.

—Nunca tendríamos que haber venido —repite—. Ha sido una idea tonta.

—Si Oliver de verdad se escondía aquí, teníamos que encontrarlo —les recuerda Rhett a los demás—. Teníamos que cerciorarnos. —Me doy cuenta de que ya están todos sobrios. La estupidez que hubieran planeado en el campamento mientras bebían, lo que pensaban encontrar al entrar al bosque Wicker, está cayéndose a pedazos.

—Seguramente ella ni siquiera encontró a Oliver en este bosque —dice Jasper—. Se lo inventó todo.

Lo miro con los ojos llenos de odio, pero él no se da cuenta.

—No me lo he inventado.

—¿Alguna vez lo viste? —pregunta Rhett, mirando a Suzy.

Pero ella niega con la cabeza.

—No.

Me doy la vuelta hacia Suzy, que está de pie a solo unos centímetros de mí, y siento que las comisuras de los labios se me curvan hacia abajo.

—Cuando volviste a mi casa, borracha, después de la fogata, él estaba conmigo en la sala de estar.

Ella levanta un hombro.

—La verdad es que no recuerdo nada de esa noche —reconoce—. No recuerdo cuando volví a tu casa, solo recuerdo cuando desperté en el sillón.

Niego con la cabeza ante sus palabras. «¡No me lo he inventado!», quiero gritar.

—No se puede confiar en las Walker —señala Jasper—. Son todas unas mentirosas.

Alzo la vista hacia él y doy un paso hacia delante. Voy a enroscar mis manos en su cuello. Voy a sacar todo el aire de sus pulmones para obligarlo a callarse. No soporto oír su voz. No soporto a ninguno de ellos.

Pero Suzy me toca el brazo, y cuando la miro, ella niega con la cabeza.

—Déjalo —susurra.

Aparto mi brazo. Ella miente... miente sobre no haber visto a Oliver. Tal vez lo hace para protegerse. Pero no sé por qué.

Lin ha dejado de dar vueltas, pero entrelaza las manos con aire nervioso y la piel pálida.

—Vamos a morir aquí fuera.

Rhett le grita a Lin:

—No seas estúpido. No vamos a morir.

Lin responde algo, pero yo ya no los escucho. Estoy alejándome de ellos, caminando hacia los árboles, donde puedo ver movimiento entre las sombras... ramas que se retuercen, que se enroscan. *Algo no va bien*.

—Tenemos que salir de aquí —advierto en voz alta. Pero nadie me escucha.

Rhett, Jasper y Lin están discutiendo: sobre el bosque, sobre el hecho de que estamos perdidos, sobre quién ha tenido la idea de venir aquí.

—¡No voy a morir aquí, joder! —grita Jasper.

—Quizás si no estuvieras tan borracho, no nos habrías adentrado más en este bosque de mierda —dice Rhett.

—Fue idea tuya venir a buscar a Oliver —brama Jasper, dándole a Rhett un empujón en el pecho.

—¡Basta! —chilla Suzy.

Pero Rhett empuja a Jasper también; sus rostros están retorcidos por la ira y las manos, hechas puños.

—Parad —dice Lin, que se agacha entre ellos y los separa—. Podéis daros una paliza todo lo que queráis cuando salgamos de aquí.

—Si es que conseguimos salir —espeta Rhett.

Su cara adopta una forma rara, con las cejas que forman picos puntiagudos en la frente, como si pensara algo malvado y oscuro, algo que ninguno de nosotros podría imaginar.

—Voy a sacarnos de aquí, mierda —dice de pronto, mientras los labios se curvan hacia arriba.

Lo siguiente pasa rápido.

Jasper mete la mano en el bolsillo, buscando algo: el encendedor.

—Vamos a quemarlo todo hasta encontrar la salida —afirma con tono desafiante, el mentón en alto, los ojos tan abiertos que parece medio loco—. Vamos a quemar este bosque de mierda hasta dejarlo hecho cenizas.

Sostiene el encendedor plateado frente a él, y Lin exclama:

—¡¿Qué mierda haces?! —Pero Jasper lo acciona, y el encendedor cobra vida en sus manos.

Siento que los árboles se acercan; el suelo tiembla, las raíces empujan hacia arriba.

—¿Qué pasa? —pregunta Suzy, mirándome. Un zarcillo de raíces con pinchos ha empezado a enroscarse en sus tobillos, a subir por las piernas.

Nunca he visto al bosque así: violento y enfadado. Despierto.

Suzy aún no se ha dado cuenta de la raíz que sale del suelo. Tiene los ojos clavados en mí, rogándome que haga algo. Y un segundo después, Jasper arroja el encendedor sobre un montículo de hojas y agujas de pino que están cerca de la base de un árbol.

—¡No! —chillo, acercándose a Jasper, como si pudiera detenerlo. Pero ya es tarde.

—Idiota —grita Lin—. ¡Vas a quemarnos vivos!

No creo que la llama vaya a prender, a encenderse del todo. El bosque está demasiado húmedo, muy frío... pero el fuego se extiende rápidamente por las agujas de los pinos y llega a un arbusto de gayuba. El repentino estallido de luz ilumina el bosque por primera vez, y veo lo que antes no podía ver. El bosque Wicker ha descendido sobre nosotros, formando una jaula de ramas y raíces. Una red para capturarnos.

Así es cómo mata. Atrapa y sofoca. Asfixia a los seres vivos que se han infiltrado donde no deben. Es por esto que ningún ciervo pasa por el bosque Wicker, ni conejos, ni ratones ni aves. Tienen miedo de esta parte del bosque. Saben qué se esconde en su interior: la muerte.

El bosque tiembla con la explosión de luz del fuego. Los árboles aúllan: un sonido que nunca he oído en mi vida.

Ahora las llamas se mueven con rapidez, suben por un árbol muerto formando una espiral hacia el cielo. Las raíces que se habían enroscado en el tobillo de Suzy bajan y se deslizan hacia el suelo, retroceden.

—¿Nora? —pregunta ella, cual niña aterrada.

—Hay que correr —digo. El fuego salta de un árbol al otro, rugiendo, creando su propio viento; las chispas alcanzan las ramas y se esparcen por el suelo. La furia las enciende; la malicia y la ira, más inflamables que cualquier combustible.

—¿Para qué lado? —pregunta Suzy.

No lo sé. No lo sé.

Rhett aprieta las manos contra el gorro, Jasper tiene los ojos como platos, y Lin se queda mirándome, esperando a que les diga qué hacer.

Empieza a caer ceniza de arriba, los restos quemados de las agujas de los pinos, algunas aún encendidas y humeantes. Y después, entre las partículas que llenan el aire, veo el destello sutil de unas alas.

Unas alas blancas que batén.

Unas alas blancas que no me dejan en paz.

Unas alas blancas que zigzaguean por el aire extraño, entre las chispas, los árboles ardientes y el cielo nocturno que se abre encima de nosotros.

Mi mariposa. Una mariposa de hueso.

Revolotea unos metros por delante de mí, después se agita y avanza hacia el lecho del arroyo seco. La muerte quiere que la siga.

Así que eso hago. ¿Qué alternativa me queda... nos queda?

Me dispongo a avanzar por el arroyo y Suzy me sigue. La mariposa se mueve con prisa, escapando del humo y las llamas, que son cada vez más grandes. Las alas blancas y deshilachadas se batén, nerviosas. Quiere salir de este bosque al igual que nosotros. *Quiere escapar.*

Salgo corriendo, y siento que los chicos me siguen a mis espaldas. Ahora corren todos. Nadie se preocupa por buscar a Oliver ni por juntar cosas perdidas. Tenemos que salir, *ya*.

El aire se vuelve caliente y ceniciente, sofocado por el humo, y me lloran los ojos, me arden con cada pestaño. Intento ver el terreno que tengo delante, pero me tropiezo con las rocas, los montículos de nieve y las raíces que se entrelazan por encima de la tierra. Pestaño y corro. *Corro.* Había sentido frío hace tan solo unos minutos, pero ahora me brotan gotas de sudor de la frente, se deslizan por la espalda y se me meten en los ojos, complicando todo.

Pierdo de vista a la mariposa, que desaparece en mitad del humo que no para de crecer, de la abundante maleza, pero después la vuelvo a ver. El lecho del arroyo seco se desvanece. No sé si estamos yendo por el camino correcto: si estamos adentrándonos más en las montañas o volviendo al lago. El suelo baja, pero a veces subimos, vamos más arriba, nos metemos más en el bosque.

El fuego se expande, rugiendo, estallando y gimiendo, como una bestia que nos persigue, alentado por su propio ciclón de viento. El calor es insopportable, el humo nos sofoca.

—Ya tendríamos que haber salido —exclama Rhett a mis espaldas. Pero no le hago caso.

Cada respiración me raspa la garganta como si fuera papel de lija. El humo nos llena los pulmones. Arde el bosque entero, y estamos perdidos dentro de él.

—Entonces no nos sigas —espeta Suzy. Ya se le ha agotado la paciencia.

Lin nos sigue el paso a Suzy y a mí, pero Rhett y Jasper son más lentos, dudan de cada giro que damos.

Me detengo en un sitio donde el bosque está dividido en dos: pinos a un lado, un bosquecillo de cicutas al otro. Y otra vez he perdido de vista a la mariposa.

—¿A dónde mierda nos estás llevando? —grita Jasper cuando nos alcanza. Se acerca a mí, como si fuera a sujetarme del brazo, pero yo me alejo.

—Déjala en paz —le ordena Suzy—. Ella es nuestra única oportunidad de salir de aquí.

—A menos que quiera que nosotros muramos aquí —dice Rhett. Sus ojos han adoptado la sombra de la desesperación; está dispuesto a hacer lo que sea. Va a luchar con tal de sobrevivir—. Después de todo, es una bruja —señala—. Quizás ella tenga algo que ver con esto.

—Jasper ha provocado el incendio —dice Suzy, mirándolo a los ojos—. No ha sido Nora.

Las llamas avanzan a toda velocidad por los árboles que están detrás, los ciclones de viento caliente y ceniciente se acercan como rayos, pisándonos los talones. *No podemos quedarnos quietos*.

—Tal vez ha lanzado un hechizo para enfadar al bosque —dice Jasper, con la boca hecha una línea recta—. Tal vez no quiere que salgamos, y es todo un engaño.

—Quizás tengas razón —suelto yo, mirándolo, con la ira que corre como cintas negras por cada una de mis venas—. Quizás me asegure de que nunca salgáis de este bosque. —Es mentira, pero no me importa. Quiero que crea que puedo invocar a la muerte con tan solo un movimiento de mi dedo índice.

Jasper avanza hacia mí, pero Suzy se interpone entre nosotros, empujando sus pequeñas manos contra el gran pecho de él.

—Ni se te ocurra tocarla —advierte.

Jasper niega con la cabeza, pero no me quita los ojos de encima.

—Voto por que la sacrificemos como ofrenda al bosque, que la dejemos arder aquí dentro como buena bruja que es.

—Cállate, Jasper —interviene Lin, con la cara sonrojada, mientras las llamas suben a los pinos que están a unos pocos metros de distancia.

—Sois dos imbéciles —dice Suzy, mientras sus ojos saltan de Jasper a Rhett.

Me limpio la frente, quitando la capa arenosa de ceniza que se me ha pegado a la piel. Quizás me haya equivocado al seguir a la mariposa. Quizás

solamente me conduzca a la muerte. *Al fuego*. Pero mis ojos observan una hilera de cicutas, separada por una fila de pinos. El suelo se empina hacia abajo en el punto donde se juntan los árboles: una quebrada. Una forma conocida en el suelo.

Salgo disparada y me alejo del grupo, antes de que Jasper pueda sujetarme, y corro junto a la hilera de pinos. Doy unas zancadas más y me doy cuenta de que es el camino correcto.

Más adelante hay una abertura entre los árboles.

Voy a toda velocidad hacia el límite del bosque, con el corazón galopando y los ojos llorosos por el humo. Aminoró la marcha cuando llegó a la frontera, y hago una pausa para mirar hacia atrás. Suzy me alcanza primero. Pestañeaba, enmudecida, sin aliento, y creí que estaba a punto de decir algo, pero no encuentra las palabras, así que atraviesa el umbral y sale al espacio abierto. Ha escapado del bosque Wicker.

Luego viene Lin, que pasa trotando junto a mí; sus ojos se encuentran con los míos un segundo y luego se agacha para pasar por la hilera de árboles.

No veo a Rhett ni a Jasper, solo veo un muro de humo y llamas que se alzan hacia el cielo, espirales de fuego que arden en las copas de los árboles, intentando quemar las estrellas. Aunque quizás Rhett y Jasper merezcan morir aquí, encontrar su final. Un castigo por todo lo que han hecho.

Pero después salen a la vista, atravesando el humo.

Rhett va a trompicones, tosiendo, y Jasper está igual de mal.

Y entonces algo sucede.

Veo que Jasper se tropieza. Se tambalea por un momento, como si luchara contra algo, y cae hacia delante, dándose un golpe de lado mientras un grito ahogado de sorpresa escapa de sus labios.

Me alejo del límite de los árboles, sin saber bien qué acaba de pasar, pero después lo veo: no se ha tropezado. Lo han hecho caer.

Algo se ha enroscado en su pie; el suelo se mueve debajo de él.

—¿Qué cojones? —pregunta Rhett, que ahora está de pie junto a mí. Pero Jasper está extrañamente callado, lanzando manotazos sobre el suelo chamuscado... horrorizado.

Tiene una raíz enroscada en el tobillo, y está arrastrándolo de vuelta al bosque.

Vacilo: el límite del bosque está muy cerca, a tan solo unos centímetros. Y no debería importarme, debería huir con los demás y dejar a Jasper atrás. Pero no puedo. No puedo ver el terror en sus ojos e irme.

No puedo dejar que Jasper muera aquí, así.

Avanzo con dificultad y me pongo de rodillas, le sujeto los brazos. La raíz del árbol se ha enroscado con fuerza alrededor de su tobillo izquierdo y tira de él, está metiéndolo en el suelo. Sus manos se aferran a la tierra del bosque, a las ramas y el musgo, nada que pueda ayudarlo. Tiene los ojos como platos.

—¡Rhett! —exclamo por encima del hombro—. ¡Ven a ayudarme!

Pero Rhett no se mueve. Está de pie en el límite del bosque, inexpresivo.

—No puedo tirar de él yo sola. —Aun así, Rhett se niega a reaccionar.

Clavo los pies en la tierra para sostenerme, y tiro de los brazos de Jasper. Pero las raíces son demasiado fuertes, sus piernas van hundiéndose en el suelo blando y ceniciente.

—Mierda —empieza a decir, una y otra vez, incrédulo.

Aun considerando todo lo que ha hecho, no quiero verlo morir aquí afuera. No así.

—¡Tienes que ayudarme! —Vuelvo a gritar a Rhett, pero no hace caso. Ya sea por miedo o estupidez, no se mueve de su sitio junto al límite de los árboles, muy cerca de la libertad. Se queda mirando mientras su amigo es empujado bajo de la tierra.

»¡Debes vaciar tus bolsillos! —le grito a Jasper—. Lo que te has llevado del bosque, tienes que devolverlo.

Sus ojos se fijan en los míos, y después me suelta una mano y se la lleva al bolsillo de su abrigo. Con torpeza, saca lo que hay dentro, desparpamando los objetos por el suelo: botones de plata, un broche para el pelo que parece ser de perla blanca y la hebilla de cinturón, a la que le falta el lustre y está cubierta de tierra.

Y entonces lo veo.

Una sola cosa entre las demás.

Un metal que brilla. Un anillo de oro, con una piedra en el centro.

No puede ser.

Quiero aferrarlo, pero no puedo soltar a Jasper. Miro con atención, doblándome hacia delante, y ahora lo sé con seguridad: la piedra de luna tiene un brillo tenue, de un blanco lechoso, incluso en la oscuridad.

El anillo de mi abuela.

El que se cayó al lago cuando me caí en el hielo. «Una ofrenda al bosque», como había dicho el señor Perkins.

Jasper lo ha encontrado en el suelo del bosque, entre la tierra, la podredumbre y los montículos de nieve, dentro del bosque Wicker. Devuelto.

Cosas perdidas que se encuentran.

Me late la cabeza; aparto la mirada del anillo y vuelvo con Jasper.

Pero ya es tarde: está hundido hasta la cintura, retorciéndose, sacudiéndose. La nariz del reno de su suéter ridículo ya está bajo tierra, la nieve va llenando los huecos a su alrededor. El bosque se lo está tragando entero.

No me alcanza la fuerza, y lo miro a los ojos, bien abiertos, llenos de pavor. *El bosque no quiere que nos vayamos.*

Se desparrama más tierra a su alrededor, y le cuesta respirar: ya está hundido hasta el pecho. Me mira una última vez, como si aún no supiera qué está sucediendo, como si siguiera un poco aturdido y pensara que tal vez esto no es real. Solo un sueño, una pesadilla muy, muy espantosa.

Jasper no habla, no grita, y yo lo sujeto de los brazos hasta que son lo único que sale de la tierra. Pero después también terminan hundiéndose en el suelo oscuro y cruel.

Se ha ido.

Se ha ido.

Se ha ido.

Me desmorono sobre la tierra, fijando la vista en el espacio donde había estado Jasper, con los pulmones agitados. «Qué cojones», quiero gritar, pero no sale ningún sonido. Solamente la ausencia de aire.

Encima de mí, los árboles se incendian, llueven chispas. Vuelvo a ponerme de pie con esfuerzo, temiendo ser la siguiente, que me pase lo mismo que a Jasper. Pero las raíces no me buscan. Jasper fue el que provocó el incendio. Jasper robó cosas perdidas a pesar de que le dije que no, y lo hizo cuando el bosque estaba despierto. Fue el único que se metió cosas en el bolsillo para llevárselas a su casa, para quedárselas.

Los árboles nunca habrían dejado que se fuera.

Me limpio la cara, me quito la tierra y el hollín, y me froto las manos contra las rodillas. Quiero deshacerme de la tierra, de todo recuerdo de lo que acaba de suceder, de lo que acabo de ver. *Jasper está muerto. Jasper se ha ido.*

En el suelo, a solo unos centímetros, está el anillo de mi abuela. El corazón se me balancea en el pecho. *Algo va mal. ¿Por qué el anillo está aquí, dentro del bosque?* Pero no me agacho para tocarlo, no lo levanto del suelo. No voy a llevármelo del bosque Wicker, no ahora, cuando el bosque está despierto. No voy a darle razones para perseguirme.

Los árboles resuellan y graznan, las llamas se hacen más grandes, y me pongo de pie, me tambaleo unos segundos, me doy la vuelta y corro hacia el límite del bosque Wicker.

—Lo... —tartamudea Rhett cuando lo alcanzo—. Lo siento. No podía... —Pero no lo dejo terminar. Le doy un empujón en el pecho, tan fuerte que lo lanza hacia atrás y él se choca contra el árbol que está a sus espaldas. No dice nada más. Se queda con la boca cerrada y los ojos apuntando al suelo.

Atravieso el umbral y salgo del bosque Wicker.

El río Negro corre más adelante, con el agua revuelta debajo de la capa de hielo. Suzy y Lin se quedan mirándome. Parece que han oído lo que ha pasado, parece que saben que Jasper no va a salir de entre los árboles. Pero después me doy cuenta de que no están mirándome a mí; están mirando el bosque, el sitio de donde salimos.

Me doy la vuelta y lo veo. Recortado contra el cielo nocturno, las chispas de rojo ardiente se alzan en círculos vertiginosos, y las llamas destrozan el bosque. El bosque Wicker está en llamas.

Observamos, enmudecidos, mientras el fuego se expande y avanza hacia el río Negro.

Está propagándose.

No está contenido dentro del bosque Wicker. Y va a toda velocidad hacia el lago Jackjaw.

—¡Debemos irnos! —digo, sujetando a Suzy del brazo para que me preste atención—. No podemos quedarnos aquí.

Ella asiente, y yo echo un último vistazo al bosque, quizás por *última* vez.

Se me hace un nudo en el estómago.

El sitio que he conocido toda la vida, donde las mujeres Walker surgieron de la tierra hace tanto tiempo que ya nadie recuerda el año, llegará a su fin esta noche. El bosque me ha inspirado temor, pero con luna llena, también lo he sentido como mi hogar.

Aparto los ojos, incapaz de verlo arder.

Tengo que encontrar a Oliver.

OLIVER

El cielo nocturno es electrizante.

Las montañas al norte, el bosque Wicker, en llamas.

Estoy de pie en la orilla del lago, viendo cómo el fuego arrasa con los árboles, rugiendo como truenos.

Sé que es mi culpa. No he podido enfrentarme a ella. Me he ido de la habitación mientras ella dormía. Me he escabullido como un cobarde porque no podía decirle la verdad y ahora siento que la oscuridad me lleva a las profundidades. El bosque siempre presente: lanzándome zarpazos, con uñas y dientes, intentando meterme otra vez en él. Ella era mi única salvación, y la he dejado sola.

No merece lo que he hecho. No merece las mentiras que he dicho. Pero ¿qué más podía hacer?

Mierda.

Quizás sea el villano. Quizás sea todas las cosas horribles que no quería ser. Quizás tenga una furia en mi interior que no pudo contener, una sed de venganza que yace detrás de mis párpados.

No soy quien cree que soy.

Aprieto las palmas de las manos contra las sienes. Me paso los dedos por el pelo.

La he dejado sola. Le he hecho daño. Pero no tanto como cuando se entere de la verdad.

Pensaba dejarla y no verla más. Pero ahora estoy de pie en la orilla, viendo cómo el fuego destroza los pinos cubiertos de nieve, y no consigo mover las piernas.

Mi corazón ahora late en un compás roto, casi nada.

Debo encontrarla.

No voy a dejar que muera aquí. Sola.

NORA

Corremos, tomando atajos por la nieve, mientras el fuego nos persigue por el río Negro. El fuego es un monstruo a nuestras espaldas.

No miro hacia atrás, no hace falta. Puedo sentir lo cerca que está. Siento las chispas que me queman la piel, el pelo, las pestañas.

Llegamos a la orilla, donde el lago congelado ya refleja el brillo estremecedor del fuego. El cielo ha adoptado el color de la sangre, del humo, del tiempo que se acaba.

Los cuatro intercambiamos una mirada rápida, pero ninguno habla. Incluso Rhett parece estar mudo como una tumba.

Jasper está muerto: una muerte que ninguno de nosotros podrá explicar.

—El fuego avanza muy rápido —dice Lin. Se quita la capucha del abrigo y por primera vez le veo la cabeza completa, con el pelo rapado. Al fin hace el calor suficiente para que no use la capucha. Delante de nosotros, los árboles ya están empezando a arder en todos los lados del lago. *No hay tiempo*. Lin me mira a mí y después a Suzy, con la respiración entrecortada, y dice—: Suerte.

Asiento con la cabeza, entendiendo lo que quiere decir: «Ahora estamos cada uno por su cuenta. Hemos llegado al lago, y ahora cada uno va a donde quiere. Así que corred».

Rhett sale primero, girando al oeste en dirección al campamento. Poco después, Lin lo sigue, y las dos siluetas huyen disparadas rodeando el lago, mientras los árboles se incendian a tan solo unos metros de distancia, cada vez más cerca.

Suzy no parece estar segura, no sabe a dónde ir, a quién seguir. No sabe qué destino va a escoger: conmigo, o con los chicos que vuelven al

campamento.

—Vamos —digo, cuando se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas, como si fuera a hundirse en la nieve y darse por vencida. Le sujeto la mano, y parece aliviada.

Juntas, corremos hacia mi casa.

El fuego aún no ha alcanzado la hilera de casas de verano, pero se acerca cada vez más, devorando el bosque que está junto a la orilla. Es solo cuestión de tiempo.

Corremos entre los pinos, y antes de subir la escalera del porche, veo que la puerta está abierta de par en par, golpeando contra la pared. No había quedado bien trabada cuando Jasper la cerró, porque la manilla y las bisagras estaban rotas. Y ahora Finn se ha ido.

Grito hacia los árboles, llamándolo, con el corazón latiéndome demasiado rápido y la garganta seca, pero no viene. *Va a estar bien*, me digo a mí misma, mientras los ojos empiezan a arder con la amenaza de las lágrimas. *Él conoce el bosque*. Va a escapar del fuego, va a salir de este bosque mucho antes que nosotras.

Echo un vistazo a mi casa. Mis pensamientos nadan y chocan como las abejas que se emborrachan con su propio néctar, incapaz de concentrarme. *¿Qué me llevo? ¿Qué busco?*

—Vamos —me apresura Suzy a mis espaldas, tirándome de la manga—. No hay tiempo.

Al otro lado del lago, alanzo a ver a los chicos que empiezan a salir de las cabañas y corren por la orilla, hacia la carretera. Detrás de mi casa, las llamas han empezado a avanzar por la ladera de la montaña: el fuego llegó más rápido de lo que había pensado.

—Espera —digo, y atravieso la puerta principal a toda velocidad. Subo de dos en dos los escalones, me tropiezo en lo alto pero me pongo de pie. Debajo de la cama encuentro el libro de hechizos, lo saco y lo meto bajo el brazo, corro por la escalera y salgo por la puerta.

Suzy echa un vistazo al libro pero no pregunta nada.

—Listo —digo, haciéndole un gesto con la cabeza, y corremos entre los árboles, a lo largo de la orilla.

—Allí viene —señala Suzy.

Me doy la vuelta para ver el fuego bajar por la ladera, detrás de la hilera de casas de verano, arrasando los árboles. Ruge como un tren que trona sobre las vías. Las llamas están tan calientes que la nieve empieza a derretirse a

nuestro alrededor, gotea de los aleros de los techos y forma charcos a nuestros pies.

El fuego no va a detenerse hasta que haya consumido todo.

Tendría que haberme llevado más cosas, pienso. Algunas cosas de mi madre. Fotografías. Sus joyas. El suéter verde aguamarina que tanto le gusta y que colgaba en su armario.

Pero ya no hay tiempo.

Las estrellas se desvanecen, invisibles entre el humo, la ceniza y las brasas que se arremolinan alrededor de nosotras. Corremos entre los árboles, de vuelta a la orilla, hasta que llegamos al muelle.

—¿Qué haces? —grita Suzy cuando yo salgo disparada a la tienda.

—¡Sigue! —respondo—. Tengo que avisar a alguien.

Ella niega con la cabeza y se detiene en la nieve, negándose a irse sin mí. Yo subo a toda prisa por la escalera del porche y llamo con fuerza a la puerta del señor Perkins. Lo oigo maldecir al otro lado, caminando tranquilamente hacia la puerta principal. Un segundo después, se abre de par en par, y durante un segundo, el aire se me queda atrapado en los pulmones mientras intento respirar.

—Se incendia el bosque —alcanzo a decir, señalando el lago, donde los árboles arden por todos los lados.

El señor Perkins sale al porche, poniéndose una mano sobre los ojos.

—¿Qué diablos? —pregunta con incredulidad.

—Tiene que irse... ya.

—Yo no me voy a ningún lado —responde, bajando la mano y caminando hacia la puerta.

—Se va a quemar todo —digo.

Él asiente con la cabeza, lo que hace que se le marquen las arrugas alrededor de la boca.

—Y si tengo suerte, voy a quemarme yo también.

—Por favor —digo. Me raspan los pulmones cada vez que inhalo, el humo en la garganta me sofoca con cada respiración—. Debe irse.

Él alza la mirada y observa el agua, el sitio donde ha vivido toda su vida, y apunta un largo dedo huesudo hacia el límite del bosque.

—¿Por qué no vas a avisar al que está metido en la casa de los Harrison?

En la hilera de las casas de verano, donde se esconde la de los Harrison entre los árboles, alcanzo a distinguir una delgada espiral de humo que sale de la chimenea.

—No debería haber nadie allí —digo. La casa de los Harrison casi no se usa, es una cabaña pequeña de una sola planta que suele estar vacía casi todos los años.

—He visto luces en las ventanas por la noche... velas, creo.

Trago saliva y bajo del porche. *Podría ser Oliver.*

Él ya no estaba en mi habitación cuando los chicos entraron. Tal vez fue a la casa de los Harrison, quizás haya estado escondiéndose. Aunque no sé por qué.

Sin embargo, debo cerciorarme.

Miro al señor Perkins.

—Si usted no se va, entonces yo tampoco. —Una amenaza, un modo de obligarlo a venir con nosotras.

Él me mira a los ojos, me evalúa, a ver si hablo en serio.

—Igual de terca que tu abuela —dice, refunfuñando, y después extiende la mano a sus espaldas y cierra la puerta de un golpe. No hay nada que quiera llevarse, nada que salvar. Pero al menos viene con nosotras. Va a huir de estas montañas.

Le sujetó el brazo y lo ayudo a bajar la escalera.

—Vaya con Suzy —le digo. Suzy mueve los pies, impaciente, lista para correr.

—¿A dónde vas? —pregunta ella.

—Tengo que ir a registrar esa casa, después te alcanzo.

Suzy alza una ceja como si no me creyera.

—Lo prometo —digo—. Adelántate.

Ella abre y cierra los ojos, y el polvo de ceniza cae de sus pestañas. Hasta su suave pelo rojizo ahora está de color gris carbón.

—De acuerdo —dice, asintiendo con la cabeza, y junto con el señor Perkins continúa alejándose del lago, por la nieve sucia y gris. Si mantienen el ritmo, conseguirán bajar de la montaña. Podrán salir antes de que los alcance el fuego.

Pero el corazón no me deja irme hasta saber que *él* está a salvo.

La adrenalina ruge en mi interior.

El fuego ya ha empezado a destruir varias de las demás casas que están más alejadas, entre los árboles. Arden los techos, se rompen las ventanas y las cortinas ondean con el viento mientras las llamas suben por las paredes.

El fuego está hecho una tormenta. Hay chispas en lugar de nieve. Hay cenizas en lugar de frío. El incendio ha bajado por la montaña, desde el norte, y no va a detenerse hasta que lo haya devorado todo.

Hasta que no quede nada.



La nieve que está frente a la cabaña de los Harrison aún es profunda, y se me hunden las botas hasta las rodillas con cada paso que doy. Tengo la respiración acelerada, y los pulmones parecen dagas que me raspan las costillas. Cuando llego al porche, me sujeto del pasamanos para ayudarme a subir, poniendo una mano sobre la otra, con el libro de hechizos bajo el brazo.

Sé que se me acaba el tiempo; las llamas ya han llegado a los árboles que están detrás de la casa. Las ramas se quiebran, la nieve de las hojas se derrite, la corteza silba a medida que se descascara.

Se ve una luz trémula por las ventanas de delante, un brillo tenue, casi imperceptible con tanto humo.

No me molesto en llamar a la puerta. No hay tiempo. La abro de un tirón y me meto en la sala de estar.

El salón está oscuro, atravesado por las sombras. Contra una pared, hay una larga mesa de comedor en la que cabrán unas diez personas, y contra la otra, un hogar enorme arde con todas sus fuerzas.

En el sillón, hay alguien dormido, un chico, medio tapado con una manta.
Oliver.

Mi corazón deja de latir, y doy un paso hacia él, mientras la esperanza me llena peligrosamente el pecho.

—¿Hola? —pregunto. No consigo distinguirle la cara, que está en parte cubierta por un brazo, pero después él se corre a un lado y el brazo cae. El movimiento lo despierta y él se endereza de golpe... veo unos mechones de pelo rubio claro que están aplastados hacia un lado.

No es Oliver. *No es Oliver.*

Es alguien más, un chico que no reconozco, con cara delgada y ojos azules.

Me embarga la decepción.

—¿Quién mierda eres? —pregunta.

—¿Quién mierda eres tú? —respondo.

Él inclina la cabeza, confundido. Y siento que se me tensa el rostro. Ninguno de los dos sabe qué hacer con el otro. Echo un vistazo rápido a la casa: la cocina pequeña con las altas pilas de platos, latas de comida sobre la mesa de madera, las alacenas abiertas. Ha robado todo lo que ha podido encontrar, que no habrá sido demasiado, considerando que los Harrison rara

vez se quedan en su casa de verano. Legumbres secas caducadas y tomates guisados que se olvidaron. Comida de emergencia. Hay una botella de whisky sobre la mesa de café que está junto al chico; solo le quedan unos tragos en el fondo. Ha estado aquí emborrachándose. Quizás escapó del campamento, quizás haya estado aquí desde la fiesta que hicieron en la otra casa y sigue aturdido, sin tener ni idea de qué día es.

Lo miro con el ceño fruncido, y él me hace lo mismo.

—Tienes que salir de aquí —le digo con brusquedad, dándome la vuelta en dirección a la puerta. No me importa quién sea este chico, debe irse y ya está.

Pero él no se mueve de su sitio en el sofá.

—¿Por qué?

—Está bajando un incendio por la montaña. —Señalo la ventana, para que lo vea con sus propios ojos.

Él se rasca la cabeza, enmarañándose aún más el pelo sucio, y entrecierra los ojos, confundido y sonrojado.

—Lo dudo —responde, volviendo a hundirse en el sillón—. Me estás tomando el pelo. —Y después sus párpados se abren de golpe y levanta un dedo, como si señalara algo importante—. Espera, ¿no eres esa chica de la luna? ¿La que vive al final de la orilla? —No espera a que le responda, solo da por sentado que lo soy. ¿Quién más podría ser una chica que está a este lado remoto del bosque?—. Me contaron que maldices a los chicos y los encierras en tu sótano. —Se ríe para sí mismo, frotándose la cara con la mano—. Y no voy a ir a ningún lado contigo.

Suelto un suspiro brusco e irritado y vuelvo a la puerta.

—Me importa una mierda lo que hagas, pero si te quedas aquí, vas a morir.

Él mete el labio inferior para dentro y parece estar dolido, como un niño al que le han dicho que no puede jugar más en su casa del árbol.

—¡Espera! —exclama antes de que yo salga—. ¿Se ha despejado la carretera? —pregunta—. ¿Ha venido la policía? —Sus ojos saltan a la puerta que sigue abierta a mis espaldas, por donde entra el raro viento cortante, una mezcla de aire de invierno y cenizas.

—¿Qué? —Me doy la vuelta hacia él. Me late la cabeza, tengo que salir de aquí, no hay tiempo. Tengo que encontrar a Oliver.

—Digo, ¿ha venido alguien a buscarme?

—No lo sé —respondo—. Debemos irnos.

Él se pone de pie de pronto y vuelve a mirar detrás de mí. Tiene puestos unos pantalones de chándal verdes y un suéter gris que dice el mejor pescador del mundo, y estoy casi segura de que no trajo esa ropa sino que la habrá encontrado dentro de la casa, metida en el cajón de una cómoda, con bolas de naftalina que rodaban en su interior. De pronto se entristece, una oscuridad le embarga el rostro.

—¿Han encontrado el cuerpo? —pregunta con tono grave, con la voz apenas más fuerte que un leve chirrido.

—¿Qué cuerpo? —pregunto, con miedo de saber ya de qué está hablando.

Me mira con los ojos entornados, como si me evaluara, como si intentara descubrir la *verdadera* razón por la que me he metido sin aviso en su escondite.

—¿Quién eres? —Vuelvo a preguntar, mientras algo empieza a recorrerme la columna, vértebra por vértebra, hueso frágil por hueso frágil.

Él vacila y mueve la mandíbula de un lado para el otro como un serrucho.

—Max.

Max, Max, Max.

—¿Tú eres Max? —pregunto, y siento que el color abandona mis mejillas. El calor se va de los dedos de los pies.

—Sí. —Me mira solo a mí, con la piel pálida y demacrada. Necesita un baño. Necesita luz del sol.

Max está vivo.

No murió. No murió en absoluto.



Cada inhalación me quema los pulmones, y me aclaro la garganta, pestañeando. *Pestañeo para quitarme el humo. Pestañeo para borrar a este chico que no puede ser Max.*

—Se supone que estás muerto —digo.

Él cierra la boca de golpe. Se le retuerce la cara.

—Ellos *dijeron* que estabas muerto —continúo—. Los demás chicos. Dijeron que te habías ahogado.

Empiezan a entrar chispas por la puerta abierta, esparciéndose por el suelo de madera; el fuego está muy cerca, justo en el exterior. *No podemos quedarnos aquí.*

—No estoy muerto —responde él, affirmando lo obvio, como si yo no pudiera darme cuenta. Pero su tono es raro, algo no va bien. Hay algo más justo debajo de la superficie de sus palabras.

Empiezan a temblarme las manos.

—No lo entiendo —digo. *Quizás él no es el Max correcto*, pienso. *Es otro Max*. Meto la mano temblorosa en el bolsillo de mi abrigo, buscando la superficie lisa del reloj; lo saco y lo sostengo en la palma de la mano. Toco el dorso, donde el nombre de Max está grabado en el metal—. ¿Esto es tuyo? —pregunto, enseñándoselo.

Él da un paso hacia delante.

—Creía que había desaparecido —dice, pero no lo toma, no intenta quitármelo, como si estuviera contento de haberlo perdido. Un recuerdo que no quería. Una cosa que ha estado intentando olvidar.

Cierro la mano encima de él. Es el Max *correcto*.

El que debería estar muerto.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunta.

Vuelvo a meterlo en el bolsillo. Ya me he acostumbrado a sentir su peso, a la vibración sutil de las manecillas que marcan los segundos, de la medición del tiempo.

—Lo tenía Oliver. Lo ha tenido desde el día de la tormenta.

Pero si Max está vivo... entonces Oliver no lo mató.

Si Max está vivo, Oliver no es un asesino. No dejó que se ahogara en el lago.

Max alza una ceja.

—¿Oliver Huntsman?

Yo asiento con la cabeza.

—¿De qué mierda hablas? —Max rodea la mesa de café, sacando el mentón, con los hombros rígidos. Me doy cuenta de la confusión que surge dentro de él, junto con algo más: ira.

»Has venido a hacerme admitir lo que pasó —dice, con los ojos bien abiertos, sin pestañear—. Quieres engañarme.

—¿Qué? —No entiendo qué sucede, de qué habla. Doy un paso hacia atrás en dirección a la puerta abierta. Me alejo de él.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta, con las palabras llenas de resentimiento.

Una ola de chispas rueda por el suelo de madera, empujadas por el viento.

Max se acerca a mí, con los ojos rojos que se niegan a pestañear, a mirar para otro lado.

—No quiero engañarte —digo. Pero él extiende una mano y me sujetla la muñeca.

—¿Por qué tienes mi reloj? Dime la verdad —insiste, apretándome la muñeca con más fuerza, deteniendo el flujo de la sangre hacia mi mano.

—Ya te lo he dicho —respondo, tirando para soltarme—. Lo tenía Oliver.

Sus dedos se clavan más en mi piel, y él me lleva más cerca. Su cara queda a tan solo unos centímetros de la mía.

—Mientes.

Con el libro de hechizos debajo del brazo, me las arregla para empujarle la cara y el mentón con la otra mano, para obligarlo a alejarse.

—No miento —espeto, soltando el brazo y yendo a la puerta.

—¿Entonces sí han encontrado el cadáver? —pregunta, con la voz vacía, finita, tensa.

Me detengo y lo miro.

—¿Qué?

—En el lago —dice, como si eso aclarara algo, alzando una ceja rubia—. ¿Han recuperado a Oliver?

—Oliver no está muerto —respondo, sintiendo un sabor amargo en el fondo de la garganta.

Un fuerte estallido de risa escapa de los labios de Max. Y cuando la boca vuelve a ponerse seria, se acerca otra vez a mí, con las cejas inclinadas y apretando los dientes.

—Yo lo vi hundirse bajo el hielo. —Su labio superior forma una expresión de disgusto, se le abren las fosas nasales.

Yo niego con la cabeza.

—No digas estupideces —espeto, pero de todos modos busco el borde de una silla, los nudillos se me ponen blancos cuando se aferran al tapizado azul marino a rayas—. Oliver no se ahogó. —Pero incluso cuando lo digo, la sala empieza a girar, el reloj que tengo dentro del bolsillo empieza a hacer un *tic tac* terriblemente fuerte que suena contra mi cráneo.

Un chico que desapareció. Un chico que murió.

¿Cuál es cuál?

Max niega con la cabeza y dice algo, pero su voz parece muy lejana; la habitación se pone de lado, el carrusel se mueve demasiado rápido y quiero bajarla. Necesito salir de esta casa. Hundo los ojos en el suelo para evitar que sigan girando las paredes, y me quedo mirando un escarabajo que está echado de espaldas cerca de una de las patas del sofá... muerto. Siento que voy rompiéndome, unas grietas pequeñas, diminutas, van formándose en la

superficie de mi piel. Y cuando la primera fisura se abra, el resto se hará añicos.

Max no murió esa noche.

Max no se ahogó en el lago.

—¿Qué mierda te pasa? —me dice ahora. Su cara se balancea y queda desenfocada, es un borrón de pelo, ojos rojos y una sonrisa cruel, pero aún está muy cerca, y yo suelto la silla. Me alejo de él, voy hacia la puerta abierta, sintiendo trocitos de cenizas que se pegan a mi piel, como si nunca fuera a poder limpiarla, como si nunca fuera a escapar de estas llamas.

Pero después veo a alguien en el vano de la puerta, cerrándome el paso. Extiende las manos hacia mí. Yo levanto la vista y veo sus ojos muy verdes; siento que las pupilas se me vuelven dos puntos minúsculos.

Oliver.

Oliver está de pie en el vano de la puerta.

Contengo un sollozo extraño y aterrador. Me invade una oleada de alivio.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, respirando con dificultad mientras las cenizas se infiltran en mis pulmones.

—He estado buscándote —responde, con urgencia en la voz, pavor—. He visto el fuego. Tienes que irte de aquí. —Él me tiende una mano, pero yo no la acepto.

—Creía que estabas aquí —explico—, en esta casa. Pero... —*Pero, he terminado encontrando a Max.* Me doy vuelta en dirección a Max, y los ojos de Oliver también se levantan y lo ven por primera vez. Le cambia la expresión del rostro, hierven la ira y el odio detrás de sus ojos, marcando una línea que va desde las sienes hasta el mentón. Quiero preguntarle qué pasa, qué ve cuando mira a Max y se le contrae la mandíbula.

Pero vuelvo a poner los ojos en Max.

—Te he dicho que estaba vivo —digo, con las palabras trémulas, como si en parte no las creyera.

El rostro de Max se suaviza y sus ojos saltan de mí al vano de la puerta.

—¿Qué? —farfulla.

—Estabas equivocado —digo—. Tú no te quedaste mirando cómo Oliver se ahogaba.

Max se arrastra la mano por el pelo, como si se lo arrancara del cuero cabelludo.

—¿De qué mierda hablas? —grita, echando un vistazo al vano de la puerta donde Oliver está parado, mientras la ira estalla en su interior—. Eres tan rara como todos dicen que eres —añade, ahora con una sonrisa amargada

—. Dicen que tendrían que mandarte a un loquero, que has vivido demasiado tiempo en este bosque, que nadie mantiene la cordura en este sitio.

Lo miro con furia.

—No estoy loca —respondo, deseando poder replicar algo mejor y que no tuviera la cabeza tan llena de humo—. Oliver no está muerto —espeto, pero cuando me giro para verlo, la expresión de Oliver ha cambiado. Ha dejado de mirar a Max... ahora me mira a mí, con la boca seria y los ojos que me contagian la tristeza más profunda. Me mira con culpa, remordimiento, quizás pena también.

—Nora... —empieza a decir Oliver.

Pero Max lo interrumpe.

—Ahí no hay nadie, bruja —dice Max, señalando la puerta—. Estás hablando sola.

Niego con la cabeza; la confusión y el miedo resuenan por cada articulación, y yo me alejo de Oliver, alzando una mano.

No sé qué está pasando.

—La brujita ha perdido la cabeza —se mofa Max, que ahora se ríe. Dice algo más, pero no llego a oírlo. Se ríe y entran más chispas por la puerta abierta mientras el humo llena la casa. El fuego está cerca. Pero no me importa.

Max no puede ver a Oliver. Está de pie junto a mí, pero Max no lo ve.

Estaba equivocada.

Equivocadísima.

Doy otro paso para alejarme de Oliver, intentando tragarme saliva, intentando encontrar las palabras correctas, pero nunca se forman.

Creía que a los chicos les preocupaba que yo encontrara el cuerpo de Max. Pero en realidad les preocupaba que lo encontrara aquí, *vivo*. Les preocupaba que lo terminara entregando, que les contara a los supervisores dónde se escondía; un chico que ahogó a otro chico.

Un chico que desapareció, un chico que murió... una chica que no pudo ver la verdad.

—Te ahogaste —digo en voz alta, mirando a Oliver, sin pensar en lo que oiga Max, en si cree que he perdido la cordura. Los pensamientos ahora giran con rapidez, demasiados momentos, demasiadas cosas que pasé por alto. Todo este tiempo. *No lo vi. No lo sabía.*

La mandíbula de Oliver se tensa.

—Nora —insiste.

Pero yo niego con la cabeza. No quiero oír mi nombre en sus labios. No quiero oír nada.

—Nora —repite—. Nora, por favor.

Paso junto a él y salgo por la puerta antes de que él pueda detenerme, antes de que pueda tocarme la piel con la suya. El aire zumba a mi alrededor, las chispas se arremolinan en los árboles. El fuego está cerca.

He esperado demasiado.

Oliver vuelve a decir mi nombre, pero yo ya estoy bajando los escalones con dificultad y metiéndome en la nieve, en el caos de ceniza.

Estoy corriendo hacia el lago, alejándome de las llamas, lejos de Max Caulfield, que no estaba muerto en absoluto.

Lejos de Oliver, *que quizás sí lo esté.*



Sé que las mariposas nocturnas traen presagios que no deben ignorarse y que las escobas nunca deben guardarse en el segundo piso de la casa. Sé que las ventanas abiertas hacia el este pueden traer sueños feos, pero las ventanas que dan al oeste pueden traer un amor predestinado y buena fortuna. Debes llevar una bellota en el bolsillo para ser joven por siempre, y plantar raíces de endivia junto a la ventana de la cocina para alejar a las moscas. La sal se arroja sobre el hombro izquierdo. Y hay que comer pan tostado con miel de diente de león antes de ir a la cama para dormir mejor.

Sé estas cosas porque mi abuela también las sabía, al igual que la suya. Estas cosas son tan verdaderas como la Estrella del Norte, tan ciertas como el hecho de que las picaduras de abejas duelen y arden.

Pero ¿y las cosas que no sé?

Los acertijos que no puedo descifrar.

¿El raro hechizo que hizo que un chico apareciera dentro del bosque Wicker? Un chico que no debería haber vuelto. Un chico como Oliver Huntsman.

Los árboles caen y cuelgan.

La nieve de las ramas se derrite mientras el bosque invernal arde en llamas, y el aire se arremolina lleno de chispas. El fuego me rodea por completo, quemando las plantas, el bosque y todo lo verde, destrozando la hilera de casas de verano.

Llego al lago, resollando, mientras las chispas me chamuscan las mangas del abrigo, el pelo. Una alcanza a caer en la punta de la nariz y la aparto de un

manotazo. Todo arde, y he esperado demasiado para irme. La noche ha cobrado vida, ha estallado, convertida en un carnaval de fuegos, hollín, chispas y calor.

Y entonces la veo, rebotando entre el humo, zigzagueando entre las brasas como una aguja que cose la tela.

La mariposa de hueso.

«La muerte es una criatura alada que no te dejará en paz... no hasta que consiga lo que quiere», dice un fragmento del libro de hechizos, uno que he recordado una y otra vez.

Es preciosa, algo que observo por primera vez: una rara mariposa blanca proveniente de algún sitio recóndito del bosque.

Pero no revolotea cerca de mí, pasa por mi hombro y se mete en los árboles, donde Oliver viene rápidamente hacia mí. Él se detiene en seco cuando me ve mirándolo.

—La mariposa de hueso —digo en voz alta, entendiéndolo al fin.

Se acerca a Oliver, sobrevolando, mirándolo a los ojos.

—La mariposa te seguía a ti —afirmo—. No a mí.

Sus alas batían con suavidad, delgadas como telas que se rozan. Inflamables. Y después sube hacia las copas de los árboles, se agita hacia el centro del lago, escapando de las llamas, desapareciendo dentro de la escalofriante luz dorada. Nunca me había seguido a mí. Nunca me había advertido sobre mi muerte. La mariposa había estado advirtiéndome de que la muerte estaba en mi casa, de que la muerte me había besado en mi habitación, de que la muerte había dormido a mi lado con sus manos sobre mis costillas. La muerte me había abrigado.

Me había equivocado con la mariposa. Me había equivocado con *él*.

Oliver se acerca a mí, y tal vez debería retroceder, salir corriendo por la orilla, pero lo dejo pararse junto a mí, con su hombro tocando apenas el mío.

Me embarga otro *déjà vu*. Oliver tiene el mismo aspecto que la mañana siguiente a la que lo encontré dentro del bosque Wicker. Parece un chico que está a punto de emprender un viaje... o quizás es un chico que acaba de volver de uno: cansado y desgastado, con los pies doloridos y los hombros resentidos, pero con historias increíbles que contar sobre los sitios a los que ha ido y los vastos océanos que ha visto, de villanos de los que consiguió escapar por poco. Un chico que se fue y luego volvió. *Que regresó*.

Solo que ahora quizás estemos al final del relato. La ceniza cae a nuestro alrededor. La luna manchada de rojo salvaje por las llamas: una luna de sangre.

Aprieto el libro de hechizos contra el pecho y cierro los ojos, apretándolos con tanta fuerza que quizás pueda borrar el cielo, el fuego y todo lo que es imposible que sea real. Pero cuando los abro, Oliver sigue allí, parado junto a mí bajo la luna color carmesí.

—¿Te ahogaste? —pregunto. Las palabras salen sílaba a sílaba, con un sabor raro en la boca, a papel de lija y cera, a cuentos de hadas, *a algo que no puede ser verdad*.

Lo oigo respirar, la inhalación y la exhalación de los pulmones que se contraen. *Sus pulmones respiran: la respiración de un chico que parece estar vivo*. Pero ¿qué sé yo de los pulmones de los chicos muertos? ¿Qué sé yo de todo eso? Su piel huele a pinos y helechos, el aroma de alguien que es más naturaleza que chico.

—Sí —responde, asintiendo con la cabeza.

Mis ojos quieren llenarse de lágrimas, pero el ambiente está muy seco y me despoja de toda la humedad de la piel.

—No lo entiendo —digo. *No entiendo nada. Todo.*

—Yo tampoco. —Se mueve apenas un poco; cada movimiento, similar al batir de unas alas... un centímetro muy lejos, un centímetro muy cerca. *Nunca lo bastante cerca*—. Después de que me encontraras en el bosque —comenta en voz baja, como si fuera una confesión—, me dijiste que era imposible que hubiera sobrevivido tanto tiempo, dos semanas enteras en el bosque. Tenías razón.

Porque ya estaba muerto.

No sé si quiero tocarlo o gritar, golpear mis puños contra su pecho y arañarle la piel hasta que sangre. *Voy a hacerlo real. Voy a hacerlo sangrar y sentir dolor, y así volverá a ser un chico real*. La ira es un bulto lleno de pinchos en mi garganta.

Un cuchillo en la espalda.

Sus ojos se deslizan hacia los míos, con los párpados gruesos y conocidos, mientras el mundo arde a nuestro alrededor: fuego, calor y mentiras.

—No lo sabía —me dice, como si fuera algo que *necesita* decir y quitarse de encima—. Al principio no. Pero nadie podía verme, era como si no estuviera. Excepto tú.

Las llamas devoran árboles enteros en la orilla más alejada, elevándose hacia el cielo, y hay un incendio en mis entrañas que está quemándome viva.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me habrías creído? —pregunta—. ¿Me crees ahora?

—No. —*Cómo voy a creerte.*

Él baja los ojos y abre la boca; su garganta combate con las palabras.

—No quería que me tuvieras miedo.

El rugido del fuego a nuestras espaldas me invade los oídos, una bestia que viene a atraparnos, una criatura suelta por el bosque. Quema la casa de verano donde Max ha estado escondiéndose, los árboles que la rodean ya arden con el rojo brillante de las llamas que los consumen. Quizás Max siga dentro. O tal vez haya huido a tiempo. Sea como sea, no me importa. O quizás quiera que se queme, por lo que hizo. *Él es el asesino, no Oliver.*

—No tengo miedo —digo, admito, aunque sé que debería. *Debería tener miedo de lo que eres, de lo que no:* un ser vivo.

Pero Rhett y los demás sí tenían miedo: oían cosas en su cabaña, algo que los aterraba. No era Max. Siempre fue Oliver, que se movía entre ellos, invisible. Ni siquiera Suzy lo vio, ni una vez. Ni en la casa, ni en la fogata. Creía que ella mentía, una crueldad que no entendía. Ahora sé que decía la verdad.

Suzy nunca vio a Oliver. *Yo era la única.*

Él contempla el lago, y mi corazón se parte por la mitad. Se corta en dos. *El antes y el después.*

—No sé por qué tú puedes verme —dice—, y ellos no.

Aprieto el libro de hechizos con más fuerza y siento el aire que abandona mis pulmones.

—Porque yo no soy como ellos —explico—. No me parezco a nadie. —Las Walker siempre han podido ver las sombras: *vemos lo que los demás no pueden ver.* Más que nada en el cementerio, donde vemos a los que se mueven entre esta vida y la siguiente, a los que no están del todo seguros de que han muerto. La noche en que falleció mi abuela, ella me despertó y se sentó en el borde de mi cama. Con las manos temblorosas, se quitó el anillo de piedra de luna que había llevado casi toda la vida y lo deslizó en mi dedo. «Este es mi regalo para ti», anunció, antes de volver a sumirse en las sombras. Horas después, mi madre me dijo que la abuela había muerto durante la noche, mucho antes de que me diera el anillo. Yo había visto al fantasma pasar por la casa antes de salir. Mi madre también la vio, con el largo pelo negro trenzado que le caía por la espalda mientras abría la puerta principal. Pero no era más que un fantasma que caminaba entre nosotras, pasando de un mundo al otro.

Un talento que poseemos todas las Walker: ver a aquellos que se han ido.

Y la noche en que lo encontré dentro del bosque Wicker, vi a Oliver claramente. Nuestros ojos se encontraron en cuanto despertó. No tenía nada oscuro ni fantasmal, o *espectral*. Quizás *yo* lo hice más real al encontrarlo, al tocarlo. *Mi objeto encontrado*. Si no hubiera habido nada que lo atara a este bosque, a este lago, a estas montañas, quizás se habría marchado en silencio como mi abuela, como las demás sombras que he visto, que están aquí y después desaparecen.

Pero en cambio, se quedó.

Una vez más, siento la necesidad de apoyar las manos sobre sus sienes, para ver si está hecho de carne y hueso. De raíces y rodillas. Para saber con certeza que es real.

Pero me da mucho miedo, así que contengo la necesidad. La empujo al fondo de mi mente.

—¿Los demás también estuvieron allí? —pregunto, mientras mis pulmones se esfuerzan por encontrar aire entre la ceniza—. ¿Estuvieron allí cuando te ahogaste?

Vuelve a asentir con la cabeza, su piel palidece... el recuerdo de esa noche destella en sus ojos, le corta la piel, le abre heridas de las que manará sangre de chico muerto.

Lo miro a la cara, necesito ver, necesito hacer la pregunta para la que he querido una respuesta verdadera desde el día en que lo encontré dentro del bosque.

—¿Recuerdas lo que pasó esa noche?

Una bocanada de aire helado abandona sus pulmones.

—Lo recuerdo todo.

OLIVER

No quiero ir al cementerio. Pero los demás insisten.

—Es tu iniciación —dice Rhett con frialdad—. Todos los que llegan al campamento deber ser iniciados. Es la tradición.

He estado tan solo una semana en el Campamento Jackjaw para Chicos Rebeldes, y hasta ahora no se han metido conmigo, apenas me han saludado. Y así lo prefiero: ser una sombra, ser alguien que ellos no recuerden, cuyo nombre desaparezca cada vez que intenten mencionarlo. Pero durante todo el día, en el desayuno y después de la comida, cuando empezaron a caer cortinas de nieve del cielo, he tenido la sensación de que se avecina algo. Mis compañeros de cabaña me observan con un interés renovado, susurran cosas para que yo no alcance a oírlas. *Planean algo.*

Y ahora que se ha puesto el sol, que el resto del campamento duerme y los supervisores ya no revisan las cabañas, los chicos se paran junto a mí y me sacuden para que me baje de la cama.

Max también está con ellos, derecho y rígido al lado de la puerta, esperando.

—No tienes alternativa —agrega Jasper, con su ridículo suéter de reno. El día que llegué al campamento, los ojos rojos del reno pestañeaban, hasta que una noche durante la cena, empezaron a pestañear más despacio, con una sacudida y un tembleque, y finalmente se detuvieron por completo; nunca más han vuelto a pestañear.

Me levanto de la cama y me pongo un abrigo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No quiero ganarme enemigos tan pronto, en un sitio donde quizás pase un buen tiempo, meses, incluso un año.

Salimos de la cabaña y caminamos en fila por la orilla. Los chicos ríen cuando alguno se tropieza con una rama, y chistan de inmediato para pedir silencio. Llegamos al cementerio, Jasper saca una botella de whisky de su

abrigo y la pasa por los miembros del grupo. El líquido oscuro me quema la garganta.

Imagino que me forzarán a tragármuchas cervezas o que me vendarán los ojos, me harán girar y me obligarán a volver solo al campamento. Pero no pasa ninguna de esas cosas. Me llevan a lo profundo del cementerio, a una hilera de lápidas. Algunas son viejas y otras parecen haber sido puestas en el suelo hace unos pocos años. Pero todas tienen el mismo apellido: Walker.

—Las Walker son brujas —explica Jasper, como si estuviera dictando una clase de historia, rozando con la mano la parte de arriba de una lápida.

—Han vivido aquí más que nadie —interviene Rhett—. Antes de que hubiera árboles o lago. Cuando era un desierto.

—Eso no es verdad —dice Max con el ceño fruncido—. Este sitio nunca fue un desierto.

—Bueno —se queja Rhett—. No importa.

—Debes contarlo bien, si no, no parece verdad —señala Max.

Rhett pone los ojos en blanco y aparta la mirada.

—Son brujas —continúa Jasper—. Eso es todo lo que necesitas saber.

Max se acerca a mí, con unos ojos azules que no pestañean.

—Y hay una que aún vive al otro lado del lago.

—Creía que no vivía nadie en esas casas —digo, cruzado de brazos, sin ganas de estar aquí—. Creía que estaban todas protegidas con maderas hasta que pasara el invierno.

—Las Walker se quedan durante el invierno —responde Max—. Son las únicas.

Trago saliva bruscamente, seguro de que quien vive al otro lado del lago no es bruja en realidad, pero no abro la boca. Si ellos quieren creer que vive una bruja en una de esas casas, me importa un rábano. Yo solo quiero terminar con esto.

—Tienes que decir su nombre tres veces —ahora indica Jasper, apoyando el codo largo y desgarbado sobre el borde de una lápida.

—¿El nombre de quién? —pregunto.

Jasper señala con el dedo la lápida que está debajo de él. Grabado en la piedra está el nombre willa walker.

—Si dices su nombre tres veces, se levantará de su tumba —dice Rhett, sacudiendo una ceja para darle más efecto, como si así las palabras sonaran más espeluznantes, o ciertas.

—Cuenta la leyenda que Willa Walker lloró en el lago Jackjaw y lo dejó sin fondo —añade Jasper, como si lo recitara de un libro. Tal vez sea lo

mismo que le contó otro chico cuando llegó al campamento.

Hago un sonido sin intención, un sonido de cinismo, y Max se me acerca, con los hombros rígidos.

—¿No nos crees?

Tenso la mandíbula: ya sé de qué van estas cosas, cómo funcionan las iniciaciones. Quieren que me quede callado y obedezca a todo lo que digan. Cuanto más rápido lo acate todo, más rápido volveré a estar durmiendo en mi cama. Y si hago lo que me piden, no me molestarán después de esta noche. Seré *uno de ellos*. Después, cuando llegue el siguiente chico nuevo, querrán que yo lo obligue a hacer la misma estupidez.

Max retrocede, y hasta Jasper se endereza y se aleja de la tumba sobre la que había estado apoyado. Me dan espacio para invocar a esta vieja bruja muerta. Exhalo por la nariz y digo el nombre tres veces:

—Willa Walker, Willa Walker, Willa Walker.

Se hace el silencio en el cementerio, y durante un momento, parece que el viento haya dejado de soplar, como si el tiempo se hubiera detenido. Echo un vistazo al cementerio, veo los antiguos árboles muertos y la nieve que cae entre las lápidas, y durante un brevísimo instante, pienso que quizás tengan razón. *Willa Walker va a levantarse de su tumba*. Pero después Jasper suelta una carcajada, seguido por Rhett, y las risotadas resuenan por las lápidas.

—Tendrías que verte la cara, tío —dice Jasper, dándome una fuerte palmada en el hombro—. Parece como si de verdad creyeras que va a salir una mano de la tierra.

Rhett me pone la botella de whisky delante, como si fuera mi premio por haber hecho lo que ellos han dicho. Bebo un sorbo y la devuelvo.

Creo que ya hemos terminado y que ahora volveremos al campamento. La nieve cae copiosamente, y los sigo por la salida del cementerio. Cuando llegamos a la orilla, giro a la izquierda. Pero Jasper me llama.

—¿A dónde vas? —pregunta—. ¿Creías que eso era todo? ¿Que lo único que tenías que hacer era decir tres veces el nombre de una mujer muerta?

Rhett se ríe a su lado, pero Max está más serio que nunca.

Lo que sigue es la verdadera razón por la que hemos venido.

Esto es lo que han estado esperando.

Camino hasta la orilla del lago, donde ellos están parados, mientras la nieve sopla de lado entre los árboles. Se acerca una tormenta. Los supervisores nos advirtieron durante la cena que echáramos más leños a las estufas y cerráramos bien las puertas para que no las abra el viento.

Pero ahora estamos de pie en mitad de la tormenta; las montañas del norte están oscurecidas por unas nubes negras.

—Debes caminar por el lago congelado —dice Rhett, con ligereza y entusiasmo, disfrutándolo. *El gran acontecimiento de la noche*. Hasta el centro.

—Y después debes girar como una bailarina —explica Jasper, con una sonrisa tan grande que el hueco entre los dientes parece más ancho de lo normal.

No los miro: me quedo mirando la superficie congelada del lago, el agua oscura que aún puede verse debajo.

—Te ha tocado fácil —dice Rhett—. Podríamos mandarte a dormir fuera.

Niego despacio con la cabeza.

—El hielo no va a aguantar —señalo. Puedo ver que aún está muy delgado: no está del todo sólido. Hace tan solo un mes aproximadamente, estoy seguro de que el agua salpicaba las piedrecitas de la orilla.

—No tienes alternativa, novato —responde Rhett, ahora con frialdad, mientras su boca forma una sonrisa de satisfacción. Le gusta esta parte de las iniciaciones, disfruta de la breve sensación de poder.

—No voy a hacerlo —digo, negándome a apartar la mirada de Rhett. Quiero que sepa que hablo en serio. Decir tres veces el nombre de una bruja que murió hace mucho es una cosa. Pero esta es otra muy distinta. Prefiero dormir a la intemperie toda la noche, hasta prefiero pelear contra todos ellos, antes que arriesgarme a caminar hasta allí.

—Podría ahogarse —opina Lin, el único que parece reconocer lo peligroso que es, que alguien podría morir—. Nunca nadie ha tenido que caminar sobre el hielo —sostiene—. Por lo general los hacemos nadar en el lago en verano, a ver si Willa Walker se los lleva bajo el agua.

—No va a ahogarse —interviene Jasper, mofándose y pasándose una mano por el pelo despeinado—. El hielo aguantará.

—Y si se ahoga, es culpa de él —dice Max, con los ojos como dos orbes negros, como si hirviera algo debajo de la superficie. Los demás quizás no estén seguros del todo de si van a dejarme entrar en su grupito. Pero Max sabe que me odia. Le robé la cama al llegar. Yo no quería, hubiera preferido pasar desapercibido, ser el chico que perdió a sus padres, que llegó ya entrada la temporada pero que se quedaba callado y apenas ocupaba lugar.

Pero Max me odia por eso de todas maneras. Me culpa por el hecho de que él tiene que dormir en una cabaña de una sola habitación que está cerca de los supervisores y el comedor.

Y ahora, de pie en la orilla, sé que no va a dejar que me escape de esta iniciación. Quiere que sufra, que pague por su desalojo.

—Si sabe nadar, no va a ahogarse —añade Max. Lleva algo en la mano, un pequeño reloj de bolsillo plateado, y lo hace girar entre los dedos, mientras la cadena se balancea como un péndulo. Cada vez que lo he visto, ha tenido el reloj, siempre jugueteando con él. Se lo dio su padre, me contaron los otros. Se lo regaló por su cumpleaños antes de que lo enviaran aquí, «para que llevara la cuenta de las horas que ha estado atrapado en este sitio de mierda», bromeaban los demás. En cierto modo, parecía un regalo cruel, un recordatorio de que en el mundo exterior el tiempo seguiría sin él, de que estaba perdiendo el tiempo. Eso nos pasaba a todos, mientras estuviéramos atrapados en estas montañas.

Jasper se ríe, una carcajada fuerte y sonora, y bebe otro largo trago de la botella.

Yo solo parado en la orilla, sin intenciones de moverme.

Max cruza el espacio que nos separa, y antes de poder prepararme, me empuja hacia el lago. Retrocedo varios pasos, y doy un giro, con las manos hechas puños a los costados. Max y yo estamos a tan solo unos centímetros de distancia, ambos listos para hacer algo, para no rendirnos. Los nudillos sangrientos, las mandíbulas rotas y la piel magullada.

Pero después Lin dice:

—Uy, vamos, camina sobre el hielo y terminemos con esto de una vez. — Mis ojos saltan hacia él, que niega con la cabeza—. Hace un frío para morirse aquí afuera. ¿En serio queréis pelearos e intentar explicar a los brutos por qué tenéis los ojos negros mañana por la mañana?

Siento que mi puño se relaja, pero Max no deja de mirarme, deseando que haga algún movimiento en su dirección. He estado solamente una semana en el campamento, y Lin tiene razón: no me conviene empezar algo que quizás no termine. Voy a tener que estar mirando siempre por encima del hombro si Max me sigue entre los árboles. No voy a poder dormir nunca. Y no tengo ni idea de qué castigo nos pondrán los brutos, un castigo que quizás me siga el resto del tiempo que pase aquí.

Así que me alejo de Max, con los brazos tensos, y la nieve que ahora sopla de lado en forma de ráfagas, y pongo un pie en el hielo.

Cruje y se acomoda, pero no cede.

Avanzo hacia el centro, arrastrando los pies despacio con cada paso, hasta que siento que el hielo se va haciendo más delgado: una capa de agua se filtra por mis botas. Me detengo y vuelvo la vista a la orilla.

—¡Sigue! —me grita Jasper.

Pero no puedo; sé que el hielo va a romperse. Niego con la cabeza.

—¡Ese no es el centro! —exclama Jasper.

Me giro y veo que aún me faltan varios metros. Pero no voy a llegar nunca. El hielo está muy delgado. Cuando me vuelvo hacia ellos, Max ha abandonado la orilla. Está avanzando rápidamente hacia mí, lleno de ira, con el pecho hinchado y los brazos apretados.

Me preparo para lo que sea que esté a punto de pasar.

Max no habla cuando llega adonde estoy, se limita a darme un fuerte empujón en el pecho y me echa hacia atrás.

—Te hemos dicho que tenías que ir hasta el centro —espeta, mientras la sangre le sube a la cara.

El hielo gime bajo nuestros pies, pero Max no va a detenerse: quiere ir hasta la mitad del lago, donde el hielo está más delgado. Quiere demostrar algo, que yo tengo miedo pero él no. Me obliga a adentrarme en el lago y los demás ríen desde la orilla, gritan cosas que no consigo distinguir. Oigo las voces que resuenan entre los árboles, alentando a Max.

Pero sé que esto no va a terminar bien, para ninguno de los dos.

Estamos cerca del centro cuando oigo el ruido: el hielo que se resquebraja.

Los ojos de Max saltan a los míos y se le bajan los hombros. Lo veo atemorizado por primera vez, y la cabeza se vuelve de pronto hacia la orilla, para estimar cómo de lejos estamos.

Muy lejos.

—Tenemos que correr —digo, sin aliento. Pero Max parece estar clavado en su sitio. El hielo está muy delgado, y las grietas se entrelazan por la superficie, son pequeñas telarañas que se extienden debajo de las botas de Max. La superficie revienta y se dobla, empieza a ceder.

Los ojos bajan a sus pies, abiertos como platos, y un temblor bajo y vibrante se alza del hielo.

No sé por qué lo hago.

Tal vez solo sea un reflejo. O quizás sea el estallido de los recuerdos que se encienden dentro de mí: de la última vez que me despedí de mis padres, de la sonrisa de mi madre mientras salían por la puerta principal, y después la imagen de su coche, destruido a unos kilómetros de nuestra casa. El recuerdo de ese día, de tener la muerte tan cerca que podía sentirla.

Y aquí está otra vez, haciendo grietas en el hielo.

Salgo corriendo y aparto a Max de un empujón, echándolo con fuerza sobre la superficie del hielo. Algo se sale de su bolsillo: el reloj plateado con

la cadena larga. Ambos lo observamos durante un segundo, a tan solo unos centímetros de distancia, y después el hielo se rompe debajo de mí.

Crac. Y el suelo se deshace.

El frío clava sus garras en mi piel como mil cortecitos hechos con la hoja de un cuchillo dentado. Tras el impacto repentino, mi cabeza se sumerge y los pulmones se quedan sin aire. El pavor sube vertiginosamente a mi cerebro. Extiendo los brazos hacia la superficie, mientras se contraen los pulmones, y lucho para sacar la cabeza del agua, inhalando una rápida bocanada de aire. Intento gritar, pero no puedo. No me queda aire. No puedo hacer nada más que mantenerme por encima de la superficie.

Intento aferrarme al borde del hielo, pero se me resbalan las manos. *Muy frío.* Me pesan mucho los brazos. Busco a Max y lo encuentro parado a más de un metro de distancia, mirándome, como si observara a una criatura en un acuario. Hay curiosidad en los ojos, pero nada de pánico, horror ni miedo: solo se ve una determinación tranquila e inquietante. No se pone de rodillas para intentar ayudarme a salir, no grita para que los demás vengan a ayudar, solo se queda mirando, con la mandíbula apretada y los ojos hechos dos agujeros negros.

Doy zarpazos al hielo, y mi mano sujetala algo, algo frío y liso. Lo sostengo en la palma, y entonces Max aparece de repente, extendiendo una mano hacia mí. Pero no me sujeta del brazo para sacarme; me arrebata algo que tengo, el reloj plateado, y sus dedos se afellan a la cadena y tira de ella. Se termina partiendo, y el reloj queda en mi mano.

Lo miro con sorpresa y respiro por última vez, sabiendo que no volveré a hacerlo. El cielo nocturno y tormentoso se desdibuja a mi alrededor... voy perdiendo la vista a medida que el frío me despoja del calor de la piel, los ojos y los pulmones.

Pestaño e intento llegar al hielo una vez más, pero los brazos apenas se mueven, y lo único que hace Max es mirar. *Una mirada muy, muy fría.*

Cierro los ojos y la oscuridad tira de mí hacia abajo.

Me engulle en un segundo, y todo se me entumece.

El fondo del lago es tan inalcanzable como dijeron los chicos del campamento: una profundidad incommensurable.

Me hundo, y no hay nada de luz. No hay noción del tiempo, ni de cuánta agua puede entrar en los pulmones de una persona.

Me hundo, hasta que vuelvo a abrir los ojos.

Hasta que llego al fondo del lago, que no es lago en absoluto.

El frío aún me invade, la piel aún siente el lago helado, pero tiemblo bajo las densas copas de unos árboles. Cae nieve encima de mí; entra aire en mis pulmones.

Estoy vivo. Dentro de un bosque invernal.

Y hay una chica aquí, arrodillada en la nieve y la oscuridad. Una chica que se inclina sobre mí, de pelo largo y negro.

Una chica, que bien podría ser bruja.

NORA

Un dolor suave se forma en mi pecho, y la oscuridad me recorre como un río.

Max fue el culpable de lo que pasó esa noche.

Él obligó a Oliver a caminar por el hielo. Y los demás, Rhett, Jasper y Lin: ellos también estuvieron allí. Y cuando Suzy les dijo que yo había encontrado a Oliver... *vivo*... me obligaron a entrar en el bosque Wicker para ver si era cierto, si Oliver había conseguido sobrevivir de algún modo y había estado escondiéndose todo este tiempo. Si él estaba vivo, si no se había ahogado, entonces todo cambiaría.

Significaría que ellos no eran responsables de su muerte.

Max podría salir de su escondite, y todos podrían reírse de lo que había pasado: *¿te acuerdas de la vez que pensamos que habías muerto?* Una palmada en la espalda y todo estaría bien. Nadie iría a la cárcel por asesinato. Nadie tendría que fingir que no sabía nada de lo que había pasado: él simplemente había desaparecido de su cama. Nadie tendría que cargar con la mentira durante el resto de su vida, sabiendo que un chico había muerto una noche cuando estaban en un campamento.

Pero me equivoqué. No encontré a Oliver vivo.

Y todo lo que pasó esa noche no podría borrarse ni olvidarse. Sigue habiendo un chico muerto. *Y yo soy la única que puede verlo.* Solamente una Walker puede ver fantasmas en la oscuridad más oscura. Tenemos ojos distintos, raros, capaces de ver lo que nadie más puede ver.

—Lo siento —dice Oliver, como si todo fuera su culpa. Parece que lamentara estar muerto y el hecho de haberme dejado creer que no era así. Es como si él lamentara que ahora mi piel deseé la suya, que me haya besado en

mi habitación, haya dormido en mi cama, haya respirado como un chico de verdad y me haya dejado creer que siempre sería así.

Las cosas malas pasan, pienso.

Un chico que estaba desaparecido es encontrado en el bosque. Un chico muerto.

Bajo el libro de hechizos que llevo en los brazos y observo la lluvia de cenizas que cae del cielo. Respiro y siento como si tuviera cuchillas en los pulmones. El fuego está demasiado cerca, ardiendo vertiginosamente hacia la orilla. *Está muy cerca*. Pero se me desmorona el corazón, y eso duele más.

—Nada de eso importa —digo. De todos modos, ya es tarde. Él me ha roto el corazón, el bosque se destruye a mi alrededor y no hay más tiempo.

Oliver extiende una mano e intenta tocarme, acariciarme la mejilla, pero yo me alejo, estremecida. Está muerto, y aunque no sea su culpa, está muerto igual. *Muerto, muerto, muerto*. Nada puede deshacerlo. Dentro del libro no hay ningún hechizo de las Walker que pueda traerlo de vuelta, que pueda poner aire de verdad dentro de sus pulmones de muerto.

Nada puede cambiar lo que se ha hecho.

Alzo la vista hacia la orilla, donde los árboles que nos separan de la carretera ya están envueltos en llamas, y el fuego llega al horizonte, enciende las copas de los árboles, entre ciclones de calor y ceniza. Hasta el sendero que lleva a mi casa está bloqueado. Ya no hay salida. Hemos esperado demasiado. *Yo* he esperado demasiado.

La nieve se ha derretido a lo largo de la playa, revelando piedrecitas negras y arena cubierta de ceniza.

—Nora —habla él. Pero no quiero mirarlo porque nada va bien, porque todo está en llamas, porque el fuego está muy cerca y ahora me rodea. *Y él está muerto*. Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

»Nunca quise hacerte daño —dice, extendiendo los brazos para limpiarme las lágrimas con sus manos muertas. Es un chico que puedo tocar y sentir, pero solo yo y nadie más—. Lo siento muchísimo —repite—. Ojalá pudiera hacer que todo esté bien.

—Pero no puedes —sostengo; unas palabras resentidas que salen de labios resentidos.

Está tan cerca que podría besarme. Podría borrarlo todo apoyando su boca sobre la mía. Pero no quiero que lo haga. *Carne y hueso*. No quiero sentir el calor de su piel sabiendo que no es real. Nada de esto va a durar.

Nunca me ha correspondido quedármelo.

Me alejo de sus manos encogiendo los hombros. Se me contrae el corazón

dentro del pecho, los pulmones me arden tanto que parece que estuvieran quemándose, envueltos en llamas. Estoy rodeada de fuego: el incendio está muy cerca, el calor es insoportable. Me chamusca la piel, el pelo se me arremolina con el ciclón de cenizas. No puedo quedarme aquí. No voy a sobrevivir.

—¿A dónde vas? —grita Oliver.

—Fuera —respondo.

Él intenta sujetarme la mano, pero yo me escapo y me dispongo a caminar por el hielo. Es la única opción que me queda, el único sitio donde no arderá el fuego.

Sobre el lago.

—Nora, no —exclama él, con voz trémula, desmoronándose debajo de su lengua—. Es muy peligroso.

—Solamente para mí —respondo. Yo soy la única que puede morir, que aún tiene algo que perder. Sé que no hay más tiempo. No hay salida. Si me quedo aquí, me asfixiaré por el humo o arderé por las llamas.

Avanzo con rapidez, antes de que él pueda impedírmelo. Salgo corriendo por el hielo, a través de la densa capa de humo, me resbalo una vez y caigo de rodillas, pero me levanto y sigo. El hielo está más delgado que antes, que la noche en que caí a través de la superficie y sentí el agua como agujas en la piel.

El lago se resquebraja y cruje como madera vieja, como hielo que no está tan grueso como antes. El calor del fuego está derritiéndolo, lo va convirtiendo otra vez en agua. Arrastro los pies y me resbalo, pero sigo avanzando hasta que llego al centro, donde la orilla está a casi la misma distancia hacia todos lados. Apoyo las manos sobre las rodillas e intento respirar, pero el humo es demasiado denso. Me arden los ojos, cada inhalación me raspa los pulmones. Y siento una certeza repentina de que voy a morir aquí, de que este es el final de verdad.

Así es como seré recordada en el libro de hechizos: Nora Walker murió en el lago, y su cuerpo nunca fue recuperado. La larga línea de las Walker terminó con ella.

Me tapo la boca con una mano para que no entre el humo y alzo la cabeza, poniéndome derecha. La vista del lago Jackjaw es la de un bosque en llamas. *Un bosque incendiado*. Un fuego iniciado por un chico llamado Jasper que ahora está bajo tierra, tragado entero.

En el campamento, ya han desaparecido varias estructuras, reducidas a cenizas. Y no tengo forma de saber si queda alguien allí, atrapado en alguna

cabaña. El bosque se incendia y no puedo hacer nada para detenerlo.

Miro el cielo, del color de la pólvora, y recuerdo la sensación de cuando caí en el lago, cuando sentí que se me abría la piel, cuando el anillo de mi abuela se me salió del dedo y se hundió en la oscuridad. *Se fue al fondo del lago sin fin.*

Pero Jasper lo encontró dentro del bosque Wicker. El anillo volvió.

Como cuando encontré a Oliver.

Ambos se hundieron en el lago.

Respiro, persiguiendo los recuerdos tan rápido como ellos se alejan.

El señor Perkins dijo que los mineros solían arrojar cosas al lago: eran ofrendas para el bosque, para tranquilizar al bosque Wicker, porque creían que el lago era el corazón latiente de este sitio.

Las piezas empiezan a encajar en mi mente. El polvo cae entre los rayos de sol, que al fin es visible.

Nunca supe por qué aparecían las cosas dentro del bosque Wicker, qué vil brujería o diablura sucedía allí. Pero ahora lo entiendo: *si cae en el lago, vuelve a salir dentro del bosque Wicker.*

Algo que voy a anotar en el libro de hechizos, si llego a tener la oportunidad.

En una noche fatídica, en mitad de una terrible tormenta de invierno, un chico cayó al lago: se hundió hasta el fondo y fue devuelto dentro del bosque Wicker. Fue una ofrenda realizada en la noche de la tormenta.

Después lo encontré yo bajo una luna llena. Para quedármelo. *El que lo encuentra, se lo queda.*

Ahora lo entiendo, ahora lo veo. Pero no cambia nada en absoluto. Él sigue muerto. El bosque lo trajo de vuelta, pero no del todo.

El frío del lago congelado sube por mis botas, y empiezo a temblar. Creo que oigo a Oliver, que me llama, me busca, pero el humo está demasiado denso, gira en ráfagas raras a lo largo del lago, y él no puede encontrarme.

El fuego escupe hacia el cielo desde las copas de los árboles que están junto a la orilla. Devora, enfadado, hambriento. Parece un monstruo que consume todo el oxígeno. Sé que mi casa ya no está. No habrá quedado nada más que una marca en el suelo; pilas de hollín y ladrillos.

Me brotan lágrimas que caen al hielo y pasan a formar parte del lago.

Yo nací en esa casa, donde han vivido todas las Walker que me precedieron, y ahora ya no está, solo quedan cenizas.

Y es mi culpa.

Me equivoqué con muchas cosas. Me equivoqué cuando pensé que Oliver había matado a Max. Me equivoqué cuando pensé que se acercaba mi muerte. O quizás no, quizás la muerte aún esté a tiempo de encontrarme, en este lago, en este bosque en llamas.

¿Será mejor morir quemada o ahogada? ¿Qué dolerá menos? El hielo se mueve debajo de mí, se dobla por mi peso. Ahora hay unos centímetros de agua en la superficie. Cierro los ojos con fuerza y aparto el frío, aparto el sonido de los árboles que se quiebran y caen al suelo en la distancia. El sonido de las llamas ruge a lo largo de la orilla. Tengo ceniza en el pelo, y caen brasas a mis pies, que derriten el hielo.

He esperado demasiado, vuelvo a pensar. Tendría que haberme ido con Suzy y el señor Perkins.

En algún momento, el hielo que tengo debajo va a romperse y ceder. En algún momento, voy a hundirme en el lago y a ahogarme igual que Oliver.

Otra ofrenda al lago.

Un bosque cubierto de nieve no debería arder. Pero la furia puede encender cosas raras: esta noche, ha encendido todos los árboles. Si estuviera mi abuela, ella podría solucionarlo, alzaría un dedo y los árboles la escucharían. Ella resolvería esto.

A través del humo, diviso el campamento al otro lado del lago y veo a varios chicos que huyen de las cabañas. No se han ido todos aún. Algunos siguen allí.

—El bosque quiere arder —pienso, digo en voz alta a nadie. Y quiere que todos ardamos con él. Tal vez el bosque lo merezca. Tal vez haya vivido demasiado. Aprieto el libro de hechizos contra el pecho y pienso en todas las Walker que han brotado de este bosque, en todas las historias que viven en la tierra y dentro de estas páginas. Y ahora todo eso va a quemarse.

Empieza a zumbarme la cabeza, y una sensación conocida me recorre: ya he estado aquí. Ya he estado de pie sobre este hielo y ya he pensado en todas estas cosas y sentido la ceniza en los pulmones. La sensación de *déjà vu* vuelve a sacudirme con tanta rapidez que mi cabeza se inclina hacia atrás y mira al cielo teñido de rojo.

Tic, tic, tic, tic, tac.

Pestaño y recupero la concentración. Aprieto el libro de hechizos con más fuerza.

El hielo de debajo se mueve, está tan delgado que puedo ver la profunda oscuridad bajo mis pies. Oigo a Oliver en alguna parte, en mitad del humo, exclamando mi nombre. Ya está cerca.

Me crie en este bosque, pienso. Todas las Walker se han criado aquí. *El bosque me pertenece a mí, y yo a él.*

El bosque hiere, gime y grita a lo largo de la orilla; el resentimiento y la venganza alimentan las llamas. El hielo de debajo se rompe. El miedo me sube a la garganta.

Oliver vuelve a gritar entre el humo, pero no lo escucho. No le grito ni le digo dónde estoy. En cambio, miro el cielo espantoso, las puntas de los árboles que apenas alcanzo a ver encima del humo. Y siento que el bosque observa, escucha. *Sabe quién soy.*

—Soy Nora Walker —digo en voz baja, como todas las veces que he entrado en el bosque Wicker, pero ahora mis palabras parecen diminutas. No tienen nada de magia. Nada de significado. Pienso en mi abuela, en lo fuerte que era: un ancla que no podía moverse contra su voluntad. Muchos le temían, por el intenso tenor de su voz, su cabello oscuro descontrolado: nunca la vi cepillarlo y siempre se enredaba y se le hacían nudos con el viento, pero unos momentos después, caía como seda por su espalda. Era una maravilla. Y desearía ser ella en este momento, desearía saber lo que ella sabía, cómo controlar a los árboles que la rodeaban.

Me afiero más fuerte al libro de hechizos, consciente del poder que contienen sus páginas, del peso de tantas palabras escritas del puño y letra de todas las Walker que me precedieron. Conozco el significado que contienen, que alguna vez controlaron a estos árboles, a este cielo oscuro. El bosque y las Walker están unidos. No nos pueden separar, no nos pueden despojar el uno del otro.

Trago saliva y digo:

—Mi madre es Tala Walker. —Una invocación, un recordatorio para los árboles de la sangre que corre por mis venas—. Mi abuela era Ada Walker. —Digo su nombre con un suspiro, dejo que se quede unos segundos en mi lengua—. Soy una Walker. —Antes nos brotaba magia de las venas, *magia de verdad*. Nosotras respirábamos y el bosque escuchaba. Nosotras derramábamos lágrimas y el bosque lloraba savia por sus cortezas. Muchas de las antiguas tradiciones se han olvidado, se han caído por las grietas, pero nuestra sangre es la misma. Aún hay fuego en nuestro interior.

Siento que Oliver está cerca, muy cerca, pero no miro hacia atrás.

—Pertenezco a este bosque —digo en voz alta, deseando con todas mis fuerzas que los árboles escuchen, para calmar su furia, para que las llamas dejen de arder, de devorar lo que queda—. Soy una Walker —repito—. Vosotros sabéis mi nombre. Sabéis quién soy. —Suena a un hechizo, a un

remanente de magia verdadera que se alza en mi interior, que me quema la punta de los dedos.

Respiro y levanto el mentón. La certeza me recorre por completo.

—¡Soy una Walker! —grito, ordenando a mi voz que se vuelva más fuerte que el rugido del fuego que destroza todo lo que rodea al lago.

No tengo miedo.

Oigo a Oliver a tan solo unos metros de distancia.

—¡Nora! —grita, esta vez con más urgencia. Y después se oye otro sonido, un cambio en el aire, un crujido y un zumbido.

Entonces lo veo: las brasas que caen, el gigantesco pino envuelto en llamas por completo. Debe de medir sesenta metros de alto, y el tronco se ha desprendido del suelo blando que está junto a la orilla, mientras el fuego lo quema de las raíces a la copa. Ahora el árbol se inclina, se va de lado, cae. Se desploma a toda velocidad hacia el lago, hacia mí. Me quedo mirándolo como si fuera un espectáculo de fuegos artificiales que estallan en el cielo nocturno. *Admirada*. Todo pasa en cámara lenta: sé que tengo que correr, pero de algún modo quedo atrapada por la imagen deslumbrante de semejante árbol que se tumba, que se viene encima.

Un segundo después, el árbol cae estrepitosamente sobre el lago, resquebrajando la superficie de hielo con un violento golpe. El sonido es tremendo y aterrador, como mil arañas de lámparas de cristal que se hacen añicos a la vez. El lago se estremece a mis pies.

A tan solo unos metros, el árbol se hunde en el agua negra, dentro de un enorme agujero. El hielo se agrieta a su alrededor. ¡Corre!, grita mi cabeza. Pero se me ha detenido el corazón, mis piernas tienen miedo de moverse. El hielo hace un ruido estremecedor, como el metal que se dobla casi hasta el punto de romperse, como un largo aullido reprimido. Tomo aire justo antes de que suceda.

Mis párpados pestañean.

El tiempo se hace más lento.

Y después se rompe el hielo, cede con rapidez, y yo caigo al agua.

Me quedo sin aire en los pulmones de inmediato. Se me hunde la cabeza por completo y el libro de hechizos se me escapa de las manos y se hunde en las profundidades, al igual que el anillo de mi abuela. Lucho para volver a la superficie, para respirar. Intento gritar, llamar a Oliver, pero no sale ninguna palabra. Tengo la garganta demasiado seca; hay demasiado humo. Mis manos golpean contra la superficie del agua mientras intento nadar hasta el borde del hielo, pero no hay ningún borde. El lago se ha hecho añicos, se ha roto, y

ahora solo quedan trozos de hielo que se bambolean sobre la superficie, como yo.

La orilla está demasiado lejos, ni siquiera puede verse a través del humo.

Intento gritar otra vez, pero me invade una oleada de entumecimiento; el frío, muy frío; la ropa mojada, muy pesada. *¿Hace cuánto que estoy aquí?* Un par de segundos, una hora. *Mucho tiempo*. Alzo la vista al cielo sofocado por la ceniza y los brazos se me vuelven inútiles. Mis piernas dejan de agitarse. *Todo se entumece*. Todo es un gran manchurrón negro.

Sin darme cuenta, la cabeza se hunde. Se desliza debajo de la superficie.

Me hundo.

Es peor que antes. El frío es cortante, se me hinchan los pulmones, me queman las costillas: necesitan aire. Cuando caí la vez anterior, me había parecido un sueño, como que no estaba allí en realidad. Pero esta vez es súbita, dolorosa y aterradora.

Cierro los ojos con fuerza y siento la profundidad que me lleva hacia abajo, hundiéndome hasta el fondo sin fin. Pero aún contengo la respiración. Temo que entre el agua, que me llene los pulmones.

No voy a morir así, pienso.

No voy a ser una ofrenda al lago, al bosque. No voy a ahogarme como Oliver y convertirme en un fantasma. Este no es el fin.

Esta no es mi historia.

Soy una Walker.

Mis párpados se sacuden y se abren. Solo veo oscuridad.

Entra un *tic tac* en mis oídos, suave al principio y después, más fuerte. El agua vibra a mi alrededor, como una cometa que da latigazos en el aire, que se sacude en el cielo. *Algo no va bien*.

Me hundo más. Me invade el frío más frío que he sentido jamás. Me hundo, y mis pensamientos giran con rapidez: demasiado rápido para atraparlos, pero también lentos y perezosos, repiqueteando en mi cabeza.

El *tic tac* se hace más fuerte, y busco el reloj de Max en mi bolsillo. Tiembla en la palma de mi mano, las manecillas se mueven nerviosamente hacia delante y hacia atrás.

Espero sentir el fondo rocoso del lago, el momento en que se rinden mis pulmones. Pero el reloj vibra, los segundos retumban contra mi piel, y el agua parece aire, parece que floto, que me muevo sin rumbo entre las nubes oscuras.

Finjo que no tengo frío.

Finjo que no me hundo eternamente en un lago sin fondo.

Finjo que no hay un incendio que acapara toda la orilla y que nunca he ido al bosque con esos chicos. Finjo que la mariposa nunca golpeó en mi ventana y que Suzy nunca me preguntó si podía quedarse en mi casa. Finjo que nunca encontré a Oliver dentro del bosque Wicker y que él nunca apoyó sus labios sobre los míos. Finjo que no se ahogó.

Finjo que soy una Walker que es tan poderosa y valiente como las mujeres que me precedieron.

Finjo que puedo corregirlo todo.

Soy una Walker, vuelvo a pensar. Las palabras me resbalan por la piel como si fueran aceite.

Aprieto el reloj con fuerza; el metal frío me marca la palma de la mano, lo único a lo que me puedo aferrar.

«Cuando la necesites, tu sombra nocturna vendrá», me dijo mi abuela una vez.

Mi corazón sube y después se desploma. Es una pelota dentro de las costillas.

Sé lo que soy.

Mis párpados pestañean y todo, *todo*, se inclina fuera de eje, el lago se da la vuelta hacia el cielo. El reloj plateado late en mi mano, con unos ínfimos movimientos diminutos... *tic, tic, trac*. Las manecillas hacen clic una, dos veces, en la dirección equivocada.

Unos pequeños prismas de luz aparecen dispersos en mis párpados. Aprieto los dedos con más fuerza alrededor del reloj, y las uñas contra el cristal.

Dejo que la oscuridad me lleve.

LIBRO DE HECHIZOS

DE MEDICINAS DEL BOSQUE

Y LUZ DE LUNA

TALA WALKER nació bajo una luna de crema a finales de octubre.

Las abejas de la miel dormitaban en el borde de su cuna, y sus cuerpos gordos y alados se enredaban en las suaves sábanas de algodón mientras ella dormía. Cuando aprendió a caminar, iba tambaleándose al bosque, metía los dedos en las colmenas de las abejas silvestres y volvía a casa con miel pegada en la suela de sus zapatillas de bailarina blancas.

Pero nunca la picaron, ni una vez.

Tala Walker podía encantar a las abejas silvestres con el rápido movimiento de una pestaña, y ellas se sumían en un profundo y apacible sueño cuando Tala estaba cerca.

Se fue del lago Jackjaw a los diecinueve años, con la intención de olvidar lo que era, de ir a un sitio donde nunca se hubiera nombrado el apellido Walker. Se enamoró rápidamente de un chico que tenía la cara cubierta de pecas causadas por el sol, y cuando un bebé empezó a crecer en su interior, supo que debía volver a su hogar, al sitio donde nacen todas las Walker: la vieja casa que está junto al lago Jackjaw. Y su hija no iba a ser distinta.

Dio a luz a una niña de pelo negro azabache llamada Nora. Una niña con la luz de las estrellas en sus ojos del color de la galaxia. Pero Tala tenía la esperanza de que su hija nunca conociera la magia, que nunca necesitara su lado sombrío, eso que hacía que todas las Walker fueran diferentes, raras, marginadas.

Pero estaba equivocada. Su hija sí poseía una sombra nocturna: tal vez la más poderosa sobre la que se ha escrito en el libro de hechizos.

Tala Walker había intentado escapar de lo que era.

Pero lo que más quería su hija, Nora, era ser quien ellas eran de verdad: brujas hechas y derechas.

Cómo entrenar abejas:

Llevar una red sobre la piel descubierta.

Quemar dos ramas de nogal y dejar que el humo entre en la colmena.

Contar hasta once y después susurrar el nombre de Tala Walker al humo.

Recoger los panales en frascos de cristal antes de que las ramas se quemen por completo.

NORA

—Despierta, Nora —dice una voz, fuerte y clara como una campana—. Despierta.

Es la voz de mi abuela, que me persigue desde mis sueños, desde la oscuridad del lago; el suave tenor de sus palabras, susurradas junto a mi cabeza.

Abro los ojos de pronto y siento la nieve contra mi mejilla. Fría y húmeda. El aroma a barro y plantas me llena las fosas nasales.

Ya no estoy en el lago.

La luz de la luna se filtra entre los árboles, pálida y solitaria, bañándome la piel.

Meto los dedos en la nieve, en busca del suelo, y hundo las manos hasta las muñecas. Necesito sentir la tierra, sentirme arraigada a algo que no sea la caída eterna del lago. Me quedo boquiabierta durante un momento, y quiero hablar, solamente para oír mi voz, para saber que soy real, pero no sale ni una palabra. Tengo el cuerpo agitado, tembloroso, y creo que podría llegar a vomitar, pero saco las manos de la tierra y ruedo para ponerme de espaldas, me quedo mirando el cielo negro, sin estrellas. No puedo saber qué hora es. Pero el sol se ha puesto hace rato: la parte más oscura de la noche.

Un zumbido me llena los oídos, e inhalo aire como si nunca lo hubiera sentido tan bien dentro de mis pulmones, con codicia, desesperada. El viento aúlla entre los árboles como si saliera de mí directamente. Un gemido. Un silbido y un chisporroteo.

Pero no estoy dentro del bosque Wicker.

No estoy en las profundidades de la parte más cruel del bosque.

Estoy en los árboles que están fuera de mi casa, cerca de la orilla, cerca de la vieja leñera. Los pinos se alzan encima de mí. Pero no sé cómo he llegado

aquí. No sé con certeza cuánto tiempo ha pasado desde que caí en el lago helado.

Me incorporo; la cabeza se me bambolea. La nieve cae a mi alrededor.

Sin embargo, si no estoy dentro del bosque Wicker, entonces el lago no me ha traído de vuelta. No soy una cosa perdida que ha sido devuelta, no soy como Oliver.

Ha sucedido algo más.

Ha sucedido algo que me hace temblar los párpados. Unas gotas de agua del lago están suspendidas de cada pestaña, cual diminutos orbes cristalinos, mientras unas chispas se cruzan delante de mis ojos.

No tengo humo en la garganta. No caen brasas de los pinos que me quemen la piel. Los árboles son de un profundo color verde y el aire está limpio.

Ningún incendio arrasa el bosque.

Me pongo de pie y apoyo la mano contra el tronco de un árbol, respirando, mientras el aire frío me hace cosquillas en el cuello. Se me pone la piel de gallina.

Se acerca una tormenta. Y el aire oscila en la periferia, vibra, como un *déjà vu*. El cielo está de un color negro oscuro que resulta familiar. Una sensación, un recuerdo que no puedo identificar, clasificar ni catalogar como uno de los especímenes del señor Perkins que cuelgan en los marcos de la pared de su casa.

El zumbido en los oídos se convierte en un gemido, en un grito dentro de mi cabeza. Ya he estado aquí. Ya he estado de pie entre estos árboles, con la nieve que cae en densas oleadas blancas.

Con los dedos temblorosos, me aparto el pelo de la cara y siento el peso de algo en mi dedo: el anillo de mi abuela. La piedra de luna, de un color gris perlado, refleja el cielo, como si nunca la hubiera perdido en el lago. Nunca se me salió del dedo.

Ha sucedido algo más.

Mis ojos saltan al suelo, en busca del libro de hechizos que llevaba en las manos cuando caí al lago, pero no está aquí.

El anillo ha vuelto. Pero el libro ha desaparecido.

Ha sucedido algo... a mí, al bosque, a todo. No recuerdo haberme ahogado. No recuerdo que el frío del agua entrara súbitamente a mis pulmones, ni el dolor de la muerte.

Doy una vuelta, pero no hay señal de Oliver ni de nadie más.

Estoy sola.

Con las piernas temblándome, me despegó del árbol y me dispongo a bajar al lago. Puedo sentir que los árboles se abren, me dan espacio. Obligo a mis pulmones a respirar, para distinguir el norte del sur, para separar el cielo del suelo. Pero los segundos se tambalean de forma extraña, resbaladizos como pececillos de plata que nadan entre juncos.

Si mi abuela estuviera aquí, observaría los árboles, el cielo oscuro lleno de nieve, mis ojos, y sabría si todo ha sido un sueño. Sabría por qué no me ahogué en el lago, por qué no se alzan nubes de ceniza bajo mis pies.

Pero en este momento, la siento muy, *muy* lejos.

Me detengo en la orilla y cruzo los brazos, boquiabierta. No hay árboles ennegrecidos ni chispas que se arremolinan en el cielo. La hilera de casas de verano y el campamento al otro lado del lago no se han reducido a cenizas. Y más arriba, entre los pinos, mi casa sigue en pie.

No se ha quemado nada.

Me acerco unos centímetros más a la orilla, en mitad del frío y la tranquilidad, y a través de la nieve que cae, oigo unas voces, de unos chicos que gritan y se ríen.

Vienen del otro lado del lago.

Quizás sea mejor volver a mi casa, entrar en calor junto al fuego, para que se descongelen la piel y el pelo. Pero no lo hago. Sigo el sonido de los chicos, el tono familiar de sus voces. Porque algo no va bien. Algo ha cambiado.

Todo es aterradoramente distinto.

Paso por el muelle, la tienda y la cabaña del señor Perkins. Brilla una luz en su interior: no es luz de velas, sino luz eléctrica que vibra y zumba. Ha vuelto la electricidad. En la ventana, el señor Perkins contempla la nieve, y me saluda con la mano y una sonrisa. *No salió corriendo para escapar del incendio... porque no hay ningún incendio.*

No estoy muerta. No me ahogué en el lago. El señor Perkins puede verme. *Pero algo va mal.*

Algo que titila en mi mente, pero que está fuera de mi alcance.

Algo que no puedo explicar.

Avanzo con más rapidez hacia el sonido de los chicos, hacia una voz que me parece que es la de Oliver. Y cuando llego al cementerio, al terreno de forma extraña donde se han enterrado los muertos, el aire se me queda atrapado en los pulmones.

Los chicos están de pie entre las tumbas. Todos.

Unas siluetas sombrías se recortan en la nieve que cae: Jasper, Rhett y Lin. Se ríen, mientras se pasan una botella y beben grandes sorbos del líquido

oscuro en su interior. Max también está allí, apoyado contra una lápida, con el pelo rubio que tiene casi el mismo color que la nieve.

Y Oliver: de brazos cruzados, alejado de los demás.

Están todos. *A pesar de que no deberían*.

Me detengo cerca de la entrada, con el corazón que sube y baja dentro de mi pecho, sin saber a ciencia cierta por qué se han reunido en el cementerio, por qué los árboles no están quemados, por qué nada está como estaba.

—Tienes que decir su nombre tres veces —insiste Jasper, cuyo codo huesudo se apoya sobre la lápida de mi ancestro. *Jasper*, que está vivo. No está enterrado en la tierra del bosque Wicker. La escena que tengo frente a los ojos se desenfoca y vuelve, mi mente está confundida, incapaz de identificar un recuerdo, un momento que tenga sentido.

—¿De quién? —pregunta Oliver, y Jasper apunta con un dedo a la lápida, el sitio donde descansa Willa Walker, la Walker que lloró en el lago y lo dejó sin fondo. Es la misma lápida donde Oliver me dijo que los chicos lo habían hecho pararse y susurrar su nombre tres veces: la primera parte de su iniciación.

—Si dices su nombre tres veces, va a levantarse de su tumba —oigo que dice Rhett, con una severidad que me recuerda a cuando se metió en mi casa y me sacó de la cama.

—Cuenta la leyenda que Willa Walker lloró en el lago Jackjaw y lo dejó sin fondo —añade Jasper, con una sonrisita.

Oliver hace un ruido, y Max se acerca a él, echando los hombros hacia atrás.

—¿No nos crees? —pregunta Max. Y otra vez empieza a vibrarme la cabeza, mientras oigo sus palabras y observo a Oliver bajar la vista a la lápida y decir a regañadientes el nombre de Willa tres veces. Ya sé dónde estoy.

Lo sé: es la noche de la tormenta.

Esta es la noche en que Oliver cae a través del hielo y se hunde en la oscuridad. Esta es la noche en que se ahoga.

Hoy es cuando la electricidad va a chisporrotear y cortarse, cuando la carretera quedará bloqueada por la nieve.

El tiempo ha girado y tambaleado, se ha dado la vuelta. O tal vez *yo* lo he deshecho. Yo hice esto. Me he traído a esta noche. He ido hacia *atrás, atrás, atrás*.

Estoy en el sitio donde comenzó todo.

Unos pequeños destellos de luz se cruzan delante de mis ojos, la ya consabida señal del *déjà vu*. El aire titubea contra mis oídos, como si me

cayera y estuviera dando volteretas, perdiendo todo sentido de la gravedad. Esto ya ha pasado antes.

En esa noche tan, tan espantosa.

Y siento que podría llegar a vomitar.

—Tendrías que verte la cara —dice ahora Jasper, igual que me lo contó Oliver. Y le da una palmada en el hombro, riendo; el sonido se alza hacia las copas de los árboles y sobresalta a un mirlo que grazna desde un falso abeto y remonta el vuelo.

Esto ya ha pasado antes.

Los chicos empiezan a caminar por el cementerio, pasándose la botella de alcohol entre ellos. Rhett y Lin saltan la cerca de madera, riendo para sí mismos. Jasper se queda rezagado mientras que Max camina despacio, jugueteando con algo que tiene en la mano. El reloj. *El reloj de bolsillo plateado*. El mismo que encontré en el bolsillo del abrigo de Oliver: el que se rompió justo antes de que Oliver cayera al agua mientras Max miraba y las burbujas subían a la superficie.

La ira me raspa por dentro a la vez que imagino a Max de pie junto al agujero en el hielo, negándose a salvarle la vida a Oliver, a meter la mano en el agua para sacarlo.

Se quedó mirando cómo Oliver moría. Lo *dejó* morir.

Siento la repentina necesidad de caminar a zancadas por la nieve, salir del cementerio y apretar la garganta de Max con las manos, mirándolo a los ojos, sabiendo que lo merece. Quizás hasta lo empujaría al hielo y esperaría a que se rompiera, para hacerlo sufrir lo mismo que sufrió Oliver y que expíe lo que hizo.

Pero aún no lo ha hecho.

Todavía no.

Observo a los demás chicos, que escalan la cerca y avanzan dando pisotones por la nieve, en dirección a la orilla del lago.

Pero Oliver llega último a la cerca, con las manos en los bolsillos y la mirada apartada de la nieve que lo azota. No se da cuenta de que está siguiéndolos para encontrar su muerte, que cuando llegue al lago, van a obligarlo a caminar sobre el hielo. Max le dará un empujón en el pecho, con las manos hechas puños y adrenalina en las venas. Y al final, Oliver va a caerse por la superficie y *hundirse, hundirse, hundirse* en las profundidades del lago.

No se da cuenta de que pronto, antes de que termine la noche, va a ahogarse.

Camino a toda prisa por la nieve, con la respiración agitada, y llego a Oliver antes de que salte la cerca y siga a los demás. No me ve, no al principio, porque tiene los ojos entrecerrados y apartados del viento. Pero cuando me acerco lo suficiente, debe de percibirme porque se da la vuelta de pronto, sobresaltado, y abre mucho los ojos, de un color verde salvaje y verdoso.

—Oliver —digo con un hilo de voz; terrible e imposiblemente débil.

Él reacciona con lentitud, me recorre con la mirada, se detiene en la curva de mis labios, en el pelo mojado, pero sus ojos no me reconocen. No hay ningún destello de recuerdos. No me toma la mano ni me atrae contra su pecho ni me pregunta si estoy bien.

Se queda mirándome y nada más.

Los árboles que rodean el cementerio empiezan a sacudirse apenas un poco, y no sé si es por el viento o si son mis ojos. Si las cosas aún están intentando enfocarse, si el lago está separándose del cielo.

—Oliver —vuelvo a decir, levantando los dedos y acercándolos a tan solo unos centímetros de su pecho, con miedo de tocarlo, con miedo de saber si es real o no, *si está vivo o no*.

No tiene la piel pálida ni cetrina, los ojos no parecen estar atormentados por sus recuerdos del bosque. Se le ve fuerte. Diferente. No está como lo recuerdo.

Pero se le retuerce la cara cuando digo su nombre, y los brazos se le endurecen a los costados. *No me recuerda*. No sabe quién soy. Y eso me parte en dos. Me da ganas de gritar, de soltar un alarido, de sujetarlo y clavarle las uñas en la piel.

Respiro, y cada inhalación es un repiqueteo.

Los demás chicos ya casi han llegado a la orilla; no me han visto aún. Rhett empuja a Lin con aire juguetón, riendo; sus voces se oyen apagadas por la nieve que cae.

—No podemos quedarnos aquí —le digo a Oliver, volviendo a mirarlo a los ojos. Pero aun así, él se aleja de mí, lejos de mi alcance.

Siento un tamborileo dentro de la cabeza. Me castañetean los dientes. Sé que necesito entrar en calor, tengo que estar bajo techo. Tengo el cuerpo demasiado frío. Pero Oliver me mira con los ojos distantes de un desconocido, de alguien que no extenderá la mano para tocarme, que no recuerda nada de lo que pasó antes, que me mira a los ojos y lo único que ve es una chica. Nada más.

Pero otra voz rompe el silencio.

Es Rhett, que grita entre la nieve.

—¿Quién mierda eres? —exclama. Alzo la vista unos segundos, y veo que ha vuelto a la cerca del cementerio: se habrá dado cuenta de que Oliver no los seguía.

Abro la boca, y mis labios empiezan a temblar. *Oliver no sabe quién soy*. Ninguno de ellos lo sabe.

—Soy... —empiezo a decir, pero la voz se me queda trabada detrás de los dientes. *Soy bruja*. Una bruja que después de todo quizás tenga luz de luna en las venas, que saltó al lago y despertó en una noche que ya ha sucedido. Soy una bruja que ha sentido que el tiempo se escurría a su alrededor, que pensaba que no tenía sombra nocturna. Pero tal vez, *tal vez*, estaba equivocada. Tal vez no pueda resucitar a los muertos: quizás ninguna bruja pueda hacerlo. Pero puedo hacer algo más.

El viento sopla más fuerte, y me vuela el pelo que me cubre el cuello. Se alza hacia el cielo, salvaje y hecho nudos.

Quizás lo deseé con muchas ganas. Mi corazón se resquebrajó tanto que se partió por la mitad y mi lado sombrío salió de su interior como lodo negro. «Cuando la necesites, tu sombra nocturna vendrá». Quizás siempre ha estado ahí. Era la parte de mí que sentía que el tiempo caía dando volteretas y quedaba justo fuera de mi alcance. Eran esos momentos en los que estaba segura de que ya había estado en un sitio, el *déjà vu*, una y otra y otra vez. Una cosa que no podía retener durante mucho tiempo, algo que no comprendía. Algo que no podía controlar.

Hasta ahora. *Ahora*.

—Es esa chica de la luna —responde Jasper, que ahora también está junto a la cerca, mirándome. Tiene el encendedor en la mano, lo abre y deja la pequeña llama encendida unos segundos antes de volver a cerrarlo—. Es una Walker —dice con seguridad.

Mis ojos saltan a Oliver, pero él no suaviza su mirada. Tan solo se queda mirándome, con la misma actitud cruel e inexpresiva que los demás.

—¿Qué haces aquí, chica de la luna? —pregunta Rhett.

No le hago caso.

—Oliver —repito, para que siga prestándome atención, a pesar de que no ha apartado los ojos ni una vez—. No salgas al lago —susurro, para que los demás no me oigan. Siento que me acerco unos centímetros a él, con el deseo de tocarlo, de deslizar mis dedos desde la mandíbula hasta la sien, de acercarlo a mí y hacerlo recordar—. Prométemelo, ¿de acuerdo? —Inhalo con

fuerza, mientras la cabeza me da vueltas y los ojos tienen dificultad para enfocar. Es como si siguiera en el lago y el agua me presionara las pupilas.

Pero la expresión de Oliver no cambia: su boca está hecha una línea inmóvil y perpleja.

No tiene ni idea de quién soy.

—¿De qué habla? —interviene Lin.

—Es bruja —dice Jasper, sonriendo. Por primera vez, observo su mejilla izquierda, donde la rama le cortó la piel en la noche de la fogata y le dejó una herida profunda y sangrante. Pero ya no está. La piel se ve clara y blanca. Ninguna cicatriz marca la carne.

Aún no ha sucedido.

—Estará echándole una maldición —continúa Jasper, que salta la cerca y da varios pasos descuidados hacia mí y Oliver, levantando las cejas—. Va a llevárselo a rastras a su casa y enterrarlo bajo los tablones del suelo, como hacen todas las Walker.

La respiración de Oliver se torna rápida y rara, pero sus ojos siguen sin apartarse.

—Cállate, Jasper —espeta, dándome la vuelta para apuntarlo con un largo dedo. Él cierra la boca de inmediato, como si de verdad pensara que podría convertirlo en un triste sapito o coserle los labios con telarañas e hilo.

—¿Cómo carajos sabes mi nombre? —pregunta. De pronto empieza a temblarle la voz, y se queda boquiabierto de la sorpresa.

Porque soy la bruja que creéis que soy. Soy a quien ellos deben temer.

Vuelvo la vista hacia Oliver, respirando tan hondo que me siento mareada.

—Por favor —digo. Sonrío un poco, y durante un momento pienso que él también va a sonreír; sus ojos adoptan un suave color verde, de puesta de sol —. Ven conmigo.

Sus labios se abren ligeramente; cae la tensión de sus hombros.

Pero después Jasper grita a sus espaldas:

—Es obvio que quiere hacerte algo, tío. No dejes que te toque.

—Sé que no me recuerdas —le digo a Oliver, haciendo caso omiso a Jasper—. Pero yo te recuerdo a ti. Y si te quedas aquí con ellos, va a suceder algo malo. —Trago saliva y vuelvo a encontrar mi voz—. Por favor.

Sé que él no lo entiende, sé que nada tiene sentido, pero levanto la mano, despacio para no espantarla, y le toco el pómulo, el cuello, con la esperanza de que él lo vea: que alguna parte de él sepa que ya lo he tocado antes, que me ha mirado a los ojos como ahora y se ha inclinado hacia delante para apoyar

sus labios sobre los míos. Espero que alguna parte profunda y desconocida de él aún lo recuerde.

—Tío —dice Rhett, subiendo la voz—. Te debe de estar haciendo un maleficio, robándote el alma. Mañana ni siquiera recordarás cómo te llamas.

Pero yo mantengo los ojos puestos en Oliver, deseando con todas mis fuerzas que recuerde, y finalmente él me toca... sin embargo, no lo hace con suavidad ni cariño ni ternura. Me sujetó la mano y la alejó de su mejilla, con un movimiento firme y rápido. Después me suelta.

—¡Vete de aquí, maldita bruja! —dice Rhett, y al mismo tiempo, el corazón se me hunde en el estómago. Él trepa la cerca y empieza a acercarse a mí, agitando las manos como si quisiera espantarme como a un pájaro. Como si pudiera enviarme de vuelta a mi rama, a mi casucha en el bosque, pequeña, fría y sola—. O vamos a atarte a ese árbol y tirarte una cerilla para ver cómo de inflamables son las brujas en realidad.

Ahora sé que Rhett lo hará en serio, que todos ellos son capaces de cosas horribles. Se metieron en mi casa y me llevaron a rastras hasta al bosque: no me sorprendería si de hecho me atara a un árbol y encendieran una fogata pequeña, solo para ver qué pasa. Para ver si me sale humo negro de la boca y las orejas mientras me quemo. Están lo bastante borrachos. Y son lo bastante tontos.

—Oliver —vuelvo a susurrar, dando un paso hacia atrás, alejándome de los chicos... con el corazón hecho pedazos, un músculo que late demasiado rápido, que ha perdido la noción del tiempo. Mientras la cabeza va y viene entre las cosas que aún no han sucedido, y las cosas que aún podrían suceder si Oliver va al lago.

El viento sopla entre los árboles, y el cielo está lleno de nieve. La tormenta está empeorando.

—Te he dicho que era peligrosa —comenta Jasper, lo bastante fuerte para que yo lo oiga. Doy otro paso hacia atrás, y otro, con la vista clavada en Oliver. Quiero que diga algo, que grite a los chicos que paren, que me dejen en paz. Quiero que me siga. Pero él se queda callado. Todo lo que alguna vez sintió por mí, todo lo que dijo, se ha perdido. Se ha ido a los rincones más oscuros de su mente.

El Oliver que yo conocía se ha ido.

Rhett sigue mis movimientos, y durante un momento parece que va a venir hacia mí, a sujetarme el brazo y volver a meterme en el cementerio; como si yo fuera lo que él necesita para mantener ocupada su cabeza zumbante.

Así que camino con prisa por la nieve, rodeando el lago, hasta que ya no puedo verlos a través del viento, y juro que oigo cuando se me rompe el corazón, cuando silba y cruce.

Me detengo cerca del muelle y me presiono los ojos con las manos para evitar que salgan las lágrimas. *No es así como debía suceder.*

No es así como termina la historia.

Una profunda cicatriz se abre en mi interior: un sitio donde siempre habrá una costra que nunca sanará. Contengo la respiración hasta que me duele el pecho, hasta que me arden los pulmones ávidos de una bocanada de aire fresco. La tormenta azota el bosque y yo exhalo, larga y profundamente, mientras un escalofrío me recorre la columna y se aloja con firmeza en medio de cada costilla. Siempre he tenido miedo de no ser una Walker de verdad. He tenido miedo de terminar como mi madre: cínica y asustada de ser quien es. Siempre pensé que quería estar sola en este bosque, sin nadie más, en un sitio donde nada puede hacerme daño, donde nadie puede llamarme «chica de la luna» ni «bruja de invierno» ni «salvaje».

Pero me equivoqué. No quiero estar sola. No quiero estar durmiendo a oscuras en mi habitación y nunca volver a sentir las manos de Oliver sobre mi piel. No quiero una vida sin otras personas, sin Oliver, sin que mi corazón me golpee en el pecho como loco y sin saber que el de otra persona hace lo mismo.

Mi vida parece vacía y escasa sin eso.

Soy una Walker que ha encontrado su sombra nocturna. Soy una Walker que quiere que la consideren más que una bruja, más que una chica que infunde miedo. Quiero ser una Walker que pueda confiar en su corazón. Quiero poder perseguir este sentimiento que surge dentro de mí a cada oportunidad que se me presente. Quiero ser amada.

Amada.

Amada.

Amada.

Un amor impulsivo, precipitado. Sin razón ni cautela; sin estar buscando siempre una forma de estropearlo.

Lo quiero a él.

Bajo las manos de los ojos y doy un paso hacia atrás en dirección al cementerio, a través de la tormenta. Porque no tengo alternativa. Porque tengo que llevármelo para protegerlo y evitar que se ahogue. Tanto si él recuerda o no, no voy a rendirme. Porque soy una Walker. Y mi historia no termina así.

Pero solo alcanzo a dar unos pasos, *pestañeó una sola vez*, y veo a alguien que avanza por la orilla, a través de la ventisca... una ilusión. Un chico.

Vuelvo a pestañear.

Es él.

Me detengo y empiezo a sentir un zumbido dentro de la cabeza.

La duda y el miedo se instalan bajo mi piel. Quiero llorar.

Oliver llega a donde estoy y el tiempo se hace más lento. Él levanta la cabeza, y el corazón vuelve a mi pecho, vuelve a recomponerse, trenzando las delgadas fibras de hilo para volver a estar completo.

Al principio, sus ojos recorren el suelo, pero después se encuentran con los míos. Nos quedamos mirándonos, y veo que él busca recuerdos en mi rostro. Busca momentos en el tiempo que no va a encontrar, porque cuando lo miro a los ojos, sé que no me recuerda. No recuerda a esa chica que lo sacó del bosque Wicker y lo dejó dormir junto a ella. Él levanta la mano y yo contengo la respiración; lo miro sin pestañear. Creo que va a tocarme el cuello, la cara, la clavícula, pero sus dedos me rozan el pelo, con tanta suavidad que apenas los siento. Mis párpados se agitan y cierro los ojos, mientras su mano vuelve a apartarse.

Cuando abro los ojos, veo que tiene algo entre los dedos: una ramita, con una hoja verde y puntiaguda que cuelga de un extremo, como si esperara la primavera.

—El bosque se te queda pegado —dice él. Sin saberlo, repite lo que le dije la primera vez que me quitó un trocito del bosque del pelo, la mañana después de que lo encontrara, cuando volvimos al campamento.

Un sollozo se queda atrapado en mi garganta, y una sonrisa me atraviesa el rostro.

Él se queda con la hoja en la mano, un vestigio de cuando desperté entre los árboles, con el pelo extendido en el suelo, y quizás, *quizás* él recuerde alguna parte pequeña de mí, algo que no puede quitarse de la cabeza.

Oliver entorna los ojos, y durante un momento parece estar atribulado, como si intentara diseccionar los trocitos de sombras de los recuerdos olvidados, de las cosas que aún no han sucedido.

—¿Es posible que nos hayamos visto antes? —pregunta, con las cejas inclinadas hacia abajo y el pelo que se le riza justo detrás de las orejas, mientras la nieve cae a nuestro alrededor.

Mis dedos quieren tocarlo otra vez, pero solamente me permite asentir con la cabeza, por miedo a que él se me escape.

—Creo que sí.

—Creo que esa vez me caíste bien —dice.

Empiezan a rodar lágrimas por mis mejillas, imparables, lágrimas grandes. Saladas y dulces.

—Creo que tú también me caíste bien.

Él extiende el brazo, y con las puntas de los dedos, me seca las lágrimas del mentón. Sonríe apenas un poco, y siento que mis piernas están a punto de ceder.

No puedo controlarme: me muevo hacia delante y apoyo ambas manos sobre su pecho. Él no se aparta. Siento el *tum, tum, tum* constante que late dentro de él. *Un chico que está vivo*. Antes nunca había podido encontrar sus latidos: los pulmones respiraban, los ojos se cerraban al pestañear, la piel se ponía cálida y luego fría. Sin embargo, le faltaba el corazón. Como si fuera incapaz de recordar la cadencia que alguna vez había rasgueado. Pero ahora puedo sentirlo bajo la palma de mis manos, y empieza a temblarme el cuerpo entero.

Una exhalación abandona sus labios, y él da un paso hacia mí, a tan solo unos centímetros de distancia, y me toma la mano. No recuerda nada, de verdad que no, pero sabe que yo sí.

Y tal vez eso sea suficiente.

—Estás temblando —dice, y ahueca mis manos en las de él y las lleva a sus labios, donde sopla aire tibio contra mis dedos—. ¿Podemos ir a algún sitio? —pregunta.

Asiento, pero mis piernas no se mueven. El corazón repiquetea demasiado rápido; los árboles se bambolean y vuelven a su sitio de un tirón.

—La tormenta está poniéndose fea. —Oliver alza la vista al cielo, y le cae nieve en el pelo, en las puntas de las orejas, en los pómulos.

Sonríe y vienen más lágrimas. Sonríe y sé que quizás, tal vez, todo va a ir bien.

—Las he visto peores —digo con una sonrisita.

Lo negro en el borde de sus ojos se desvanece: la oscuridad que recuerdo de antes, que siempre tenía en su interior. El frío ha desaparecido, *como si nunca hubiera estado*.

Tomados de la mano, caminamos por la orilla del lago, pasamos por la tienda del muelle, donde alcanzo a ver al señor Perkins por la ventana de su cabaña, contemplando la nieve que cae. Vuelve a saludar con la mano y asiente con un pequeño gesto de la cabeza, y yo le devuelvo el saludo.

Se ha deshecho el tiempo, se ha revertido.

Se avecina una tormenta, la peor que hemos tenido este año. La carretera quedará cerrada, se cortará la electricidad y estaremos atrapados durante semanas.

Pero tendremos tiempo. Mucho tiempo.

Yo siempre lo tendré.

OLIVER

Se llama Nora Walker.

No sé nada sobre ella; sin embargo, por alguna razón recuerdo el arco de su sonrisa, el suave río de su cabello, el revoloteo de sus ojos cuando me mira, el aroma de su piel a jazmín y vainilla, y cuando sus labios se fruncen y ella tararea una canción por lo bajo. Fluyen en mi interior recuerdos que de ninguna manera puedo tener.

Ella es un nombre y un latido que viven dentro de mí, de un modo que no puedo comprender.

La nieve cae, la electricidad se corta y la carretera que sale de las montañas queda bloqueada. Pero ella no parece sorprenderse: ni por la tormenta, ni por nada.

El lago se congela y Nora me lleva al tejado. Me cuenta historias, fábulas que de ninguna manera podrían ser reales. Me habla de un chico que se ahogó, que volvió a aparecer dentro de un bosque oscuro, que no podía escapar del recuerdo de los árboles. Del frío. Y a veces creo que habla de mí. Me cuenta que el chico rescata a una chica de una habitación, que cree que es una bruja pero no le tiene miedo. Me dice que ninguno temía al otro, a pesar de que deberían.

Ella recita sus relatos, mientras contemplamos las estrellas y esperamos a que la primavera se asiente en el lago, a que cambien las estaciones. Escuchamos a los insectos nocturnos que zumban desde los arbustos. Escuchamos a las flores de primavera que brotan del suelo agrietado, a las noches que se alargan y se vuelven más cálidas. Nos acostamos en el tejado incluso cuando llueve a cántaros en verano y las gotas frías caen sobre nuestra piel caliente. Yo le acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja y ella me besa los labios... y estoy seguro de que es el único sitio donde quiero estar.

Estoy seguro de que el amor puede ser una herida: profunda, afilada y llena de sal. Pero a veces vale la pena. A veces estoy convencido de que la he amado antes, de que esta es la segunda vez que mi corazón abraza el de ella con demasiada fuerza.

La segunda vez que la he besado por primera vez.

La segunda vez que he apoyado mis labios sobre su cuello y dejado que mis manos subieran por su espalda. La segunda vez que me he enamorado.

La segunda vez que he sabido que nunca me iré de estas montañas, del frío bosque oscuro, del lago sin fondo que se ve desde su habitación.

La segunda vez que he sabido, sin duda alguna, que nunca la dejaré.

LIBRO DE HECHIZOS DE MEDICINAS DEL BOSQUE Y LUZ DE LUNA

NORA WALKER nació bajo una luna de papel a finales de febrero, durante un año bisiesto de mucho viento.

Su nacimiento fue silencioso: su madre, Tala Walker, apenas emitió sonido, mientras su abuela, Ada, tarareaba la melodía de una canción infantil para traer a la bebé al mundo.

De niña, Nora prefería las granadas en lugar de las fresas, la medianoche en lugar del mediodía, y solía seguir a su abuela, tirándole la falda, rogándole que le diera uno de los dulces de jengibre que Ada llevaba en los bolsillos.

La madre de Nora supuso que su hija había nacido sin sombra nocturna, que había sido la primera Walker en perder por completo la antigua magia. Pero durante una fría luna de invierno, Nora y su lobo encontraron a un chico muerto dentro del bosque Wicker, y mientras intentaba escapar de un incendio forestal, ella cayó al lago y descubrió su sombra, escondida dentro del hueco negro de su corazón de bruja.

Nora Walker podía torcer el tiempo como si fuera un prisma de luz proyectado sobre cristales marinos de color verde azulado.

Para Nora, el tiempo nunca se había movido en línea recta, pero esa noche, aprendió que podía ir hacia delante y hacia atrás cuando su corazón se lo rogara, cuando ella lo pidiera.

Podía deshacer los errores del pasado.

Podía corregir sus equivocaciones.

Podía traer de vuelta a chicos que habían muerto.

Y usó su sombra nocturna muchas veces.

Nora Walker se enamoró una sola vez, con una ferocidad abrumadora, de un chico que sabía exactamente lo que ella era. Se quedó en el lago Jackjaw durante el resto de su vida, en la vieja casa emplazada entre los árboles. Escribió muchas historias en el libro de hechizos, como el invierno en que la tormenta azotó el lago y no todos sobrevivieron, no al principio. Se volvió narradora, no solo de sus propios relatos, sino de los objetos perdidos que encontraba dentro del bosque Wicker y de las personas que conocía. Contaba sus historias para que no los olvidaran.

Sin embargo, su muerte es un espacio en blanco que nunca figuró aquí. Porque el tiempo no era fácil de medir para ella: el año y la edad de su muerte, de la mayoría de los sucesos de su vida, no podían ser precisos.

Pero se dice que Nora vivió la vida más larga, rara y completa que ninguna Walker haya vivido.

Algunos incluso dicen que es posible que su historia aún no haya terminado.

Dicen que la historia de una bruja, de una que se escabulle por el tiempo, nunca puede tener un final de verdad.

Cómo torcer el tiempo:

Encender una vela negra dentro de una ventana que mire al sur y dejar que arda durante diez minutos de invierno.

Sostener un trozo de cristal verde sobre la llama, para proyectar un prisma en el suelo.

Escribir la fecha y la hora deseadas en un papel blanco y quemarlo sobre la vela.

Cerrar ambos ojos y apagar la llama de un soprido.

EPÍLOGO

No existen los bosques comunes.

Sitios con árboles ordinarios y terreno normal y corriente.

Los bosques están hechos de maldades y fechorías, de espinas que muerden la piel desnuda, de raíces que atrapan el cordón suelto de un zapato que camina por un sendero. La maldición vive en la oscuridad, fermenta debajo de las densas copas de las ramas perennes, se adentra en el bosque húmedo como un gusano con forma de aguja.

Pero algunos bosques son más antiguos que otros. *Los más antiguos de todos.* Algunos acumulan odio en la corteza y las hojas comidas por las mariposas nocturnas, de modo que es imposible atravesarlos y salir sin un rasguño.

A menos que estés hecha del bosque. A menos que te corra sangre negra como el alquitrán por las venas.

A menos que seas una Walker.

Las Walker nunca temieron a los árboles, al antiguo balanceo de las ramas que arañaban su largo cabello tiznado.

Los lugareños dicen que brotaron del suelo, que surgieron como árboles jóvenes ávidos de sol y calor, que sus huesos están hechos de raíces, zarzas y ortigas.

Ellas pertenecen a este bosque; al río Negro, donde se encontraba oro a lo largo de la orilla rocosa; al lago Jackjaw, oscuro y sin fondo; a la luna hinchada, que cuelga del cielo esperando oír el susurro del hechizo furtivo de una Walker.

La historia de las Walker es rara, fabulosa, y forma parte del folclore.

Y eso es lo que ellas prefieren: ser convertidas en leyendas.

AGRADECIMIENTOS

Por momentos, escribir este libro fue como perderme en un bosque muy, muy oscuro. Quizás no habría encontrado la forma de salir si no hubiera sido por algunas personas espectaculares.

Un agradecimiento tremadamente enorme a Nicole Ellul por aventurarse a entrar conmigo en el bosque Wicker, por hacer hechizos, finales inesperados y magia con las palabras. ¡No hay duda de que tienes luz de luna en las venas! Gracias a Mara Anastas y Liesa Abrams por dar cobijo a mis relatos oscuros y retorcidos. A Jessi Smith y Thandi Jackson, gracias por leer infinidad de borradores. Gracias a Sarah Creech por diseñar a la perfección una portada que da miedo; a Mike Rosamilia, por diseñar un interior igual de perfecto; y a Jim Tierney, por su mágica obra de arte. Gracias a Elizabeth Mims y Sara Berko por asegurarse de que las historias se conviertan en libros. Gracias a Clare McGlade por alisar los bordes. ¡Gracias a Caitlin Sweeny y Alissa Nigro por su magia marketinera! ¡Gracias, Lauren Castner, por todo el trabajo ultrasecreto que haces! Gracias, Cassie Malmo, por hacer malabares con los calendarios y asegurarte de que este relato llegue a las manos de la mayor cantidad de lectores posible. Gracias a Anna Jarzab, Emily Ritter, Jill Hacking y Chrissy Noh: señoritas, sois superheroínas. ¡Y gracias a todos los bibliófilos de la oficina de S&S que hacen posible este libro de todas las maneras pequeñas/grandes que he visto jamás!

Jess Regel, has leído una cantidad interminable de relatos míos: relatos que nadie más que tú o yo leerán, y has sido la mejor aliada que una podría pedir. Brindo por los libros que quedaron sepultados en las antiguas bandejas de entrada de ambas. Gracias por todo. De verdad.

A mi madre y mi padre, gracias por todos los cuentos que me contasteis antes de dormir. A Sky, gracias por distraer a los animales mientras yo escribía y por comer solo cereales cuando no tenía tiempo de cocinar. Te querré hasta la eternidad. A Mel, Andra y Andee, que siguen siendo las mejores amigas que una chica puede pedir.

A Ann y Nicky, Jeanie y Tyler. Tenía que cumplir con una fecha de entrega durante nuestro viaje, pero vosotras os asegurasteis de que me metiera en esa agua turquesa y jugara al cocobocce. Os quiero a todas. *Banana*.

A los lectores de esta historia, si alguna vez se encuentran atrapados en un bosque oscuro, sin una cerilla para alumbrar el camino: sed vuestra propia luz.



SHEA ERNSHAW vive y trabaja en un pueblecito enclavado en las montañas de Oregón con su esposo, un perrito llamado Diesel y dos felinos peludos. Su mayor felicidad la encuentra perdiéndose en un buen libro, perdiéndose en el bosque o escribiendo su próxima novela.

Con *La maldición del mar* fue ganadora del Oregon Book Award de 2019.